
Ya no soy tuya
Anne K. Austen
A&V Publishing


Ya no soy tuya
Anne K. Austen

Título: Ya no soy tuya

Primera edición: octubre de 2025

© 2025 Anne K. Austen

© 2025 A&V Publishing

ISBN: 979-13-990874-3-7

Número de registro: 2025060451

Imagen de cubierta: Ink & Bloom Studio

@annekausten

annekausten@gmail.com

https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

La editorial A&V publishing defiende la protección del copyright. Quedan reservados todos los derechos de esta obra y está rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Cronología Histórica de Escocia

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo

Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía

Cronología Histórica de Escocia
(1250-1745)

1250-1300

- 1250-1286: Reinado de Alejandro III. Durante su reinado, Escocia mantuvo una relativa paz y estabilidad económica.
- 1271: La condesa Marjorie de Carrick se casa con Robert de Brus, VI señor de Annandale. Serían los padres de Robert Bruce, el futuro rey de Escocia.
- 1286: Muerte de Alejandro III, lo que lleva a una crisis sucesoria.
- 1297 - 1305: William Wallace surge como líder durante las Guerras de Independencia de Escocia contra Eduardo I de Inglaterra.

1300-1400

- 1306-1329: Reinado de Roberto I (Robert Bruce).
- 1314: Batalla de Bannockburn, una victoria decisiva para los escoceses liderados por Robert Bruce contra los ingleses.
- 1320: Declaración de Arbroath, un documento que afirmaba la independencia de Escocia.
- 1338: Asedio del castillo Dunbar defendido por Black Agnes.

1400-1500

- 1488-1513: Reinado de Jacobo IV.
- 1513: Batalla de Flodden, una derrota devastadora para los escoceses contra los ingleses. Muere Jacobo IV. Su hijo, Jacobo V, apenas un año, queda como heredero.

1500-1600

- 1513-1542: Reinado de Jacobo V.
- 1513–1528: Regencias sucesivas en Escocia. John Stewart, Duque de Albany, actúa como regente. Escocia está políticamente inestable.

- 1524–1528 **(contexto de la novela):**

  • Margarita Tudor, madre del joven Jacobo V, **toma el poder como regente**, se divorcia de Archibald Douglas, Conde de MiraAngus, y lucha por mantener el control político.
  • Durante este periodo, el joven **Jacobo V es virtualmente secuestrado por Angus**, quien lo retiene en Edimburgo y gobierna en su nombre.
  • Margarita logra **rescatar a su hijo en 1528**, y Jacobo V asume el trono con 16 años.

- 1539-1540: En este período, hubo varias escaramuzas y conflictos menores entre Escocia e Inglaterra, como parte de las tensiones crecientes que eventualmente llevarían a las Guerras del Rough Wooing.
- 1542: Batalla de Solway Moss, una derrota significativa para los escoceses contra las fuerzas inglesas.
- 1542-1567: Reinado de María I, también conocida como María, Reina de Escocia.
- 1542-43: María I es coronada reina siendo una bebé.
- 1544: Durante las Guerras del Rough Wooing, Inglaterra lleva a cabo una serie de incursiones destructivas en Escocia, incluyendo el saqueo de Edimburgo, conocido como el «Incendio de Edimburgo».
- 1543-1567: Durante su minoría de edad, Escocia fue gobernada por varios regentes, incluyendo a James Hamilton, 2.º conde de Arran, y más tarde por su madre, María de Guisa, hasta su muerte en 1560.

Después de su muerte, su medio hermano, James Stewart, 1. ° conde de Moray, asumió la regencia hasta su asesinato en 1570.

- 1560: Reforma Protestante Escocesa y el fin del control de la Iglesia Católica.
- 1567-1625: Reinado de Jacobo VI.
- 1567: Jacobo VI se convierte en Rey de Escocia a la temprana edad de un año, tras la abdicación de su madre, María I de Escocia
- 1567: Muerte de Lord Darnley, el segundo esposo de María, Reina de Escocia, y padre de Jacobo VI.
- 1587: Ejecución de María, Reina de Escocia. Tras 19 años de cautiverio en Inglaterra.
- 1603: Tras la muerte de Isabel I, Jacobo VI de Escocia se convierte también en Jacobo I de Inglaterra.

1600-1700

- 1603: Primera proscripción del clan MacGregor, una medida legal que prohibió el uso del nombre MacGregor y les desterraba de sus tierras, condenándoles a la proscripción.
- 1639-1651: Guerra Civil de los Tres Reinos, una serie de conflictos armados y maniobras políticas que ocurrieron en Escocia, Inglaterra e Irlanda. Estos conflictos vieron enfrentamientos entre los realistas, que apoyaban al rey, y los parlamentarios, que buscaban mayor control sobre el gobierno.
- 1649-1660: Interregno, un período sin monarca, durante el cual Oliver Cromwell lideró como Lord Protector de la Commonwealth, tras decapitar a Carlos I de Inglaterra y Escocia.
- 1653-54: Oliver Cromwell establece el Protectorado.

- 1654: Batalla de Dalnaspidal, donde las fuerzas de Cromwell se enfrentaron a los realistas escoceses.
- 1660-1685: Restauración de la monarquía con Carlos II como rey.
- 1689-1702: Reinado de Guillermo III y María II.
- 1689: Batalla de Killiecrankie, donde los jacobitas obtuvieron una victoria pírrica contra las fuerzas gubernamentales.

1700-1745

- 1707: Acto de Unión, que unió a Escocia e Inglaterra en el Reino de Gran Bretaña.
- 1714-1727: Reinado de Jorge I, de la casa de Hannover, también rey de Inglaterra.
- 1715: Primer levantamiento jacobita.
- 1727-1760: Reinado de Jorge II, también de la casa de Hannover y rey de Inglaterra.
- 1745: Segundo levantamiento jacobita.
- 1746: Batalla de Culloden, la última batalla librada en suelo británico, donde las fuerzas jacobitas fueron derrotadas por las fuerzas gubernamentales.



Prólogo

«LEIGH»

Dún Fhionnlaigh, invierno de 1526

El humo de la turba se arremolina en el salón y la lluvia golpea los ventanales como un tambor obstinado. El calor del fuego apenas compensa la humedad que se cuela por cada rendija.

—¿Sabéis qué es lo más peligroso de esta casa? —pregunta Tavish, mi primo, hijo del segundo hermano de mi padre, acomodado en el alféizar, con un trozo de pan en la mano.

—Tus opiniones —respondo sin girar la cabeza, mientras Iona, mi otra prima, hija del tercer hermano de mi padre, me trenza el pelo con más tirones de los necesarios.

—Eso y la sopa de la abuela, que en paz descanse… —añade Ronan, hermano pequeño de Iona, desde el suelo, con una sonrisa de zorro.

—No blasfemes, crío. —dice mi abuelo al golpear el bastón contra la piedra—. Esa sopa ha criado más guerreros que la espada de los MacKinley.

—Y también los ha enterrado —replico, bajito.

Iona se muerde los labios para no reírse, pero sus dedos tiemblan en mi pelo. Ronan suelta una carcajada abierta. El laird me

lanza una mirada lenta, pesada como un yunque, y luego la desvía hacia Ronan.

—¿Y tú de qué te ríes? —pregunta, arqueando una ceja.

—De que Leigh siempre dice lo que piensa, y yo solo tengo que esperar para verla castigada en mi lugar.

—No es castigo, Ronan, es educación —corrige el abuelo—. Y si tú la hubieras recibido igual que ella, hablarías menos y escucharías más.

—¿Y acabaría como Tavish? —replica Ronan, señalando a nuestro primo, que mastica con la tranquilidad de una vaca en verano.

Tavish le lanza el mendrugo con un gesto rápido, sin quitar la sonrisa.

—Mejor que acabar como tú: sin seso.

Ronan se encoge de hombros, descarado.

—Gracias a Dios, yo no tengo que perderme entre libros ni aprender a llevar cuentas. Para eso ya están Tavish y Leigh, con sus responsabilidades. Yo tengo la suerte de ser libre… y puedo dedicarme a lo que de verdad importa: ser el mejor guerrero de las Highlands.

—Pues empieza por ganar una pelea en el patio, y luego hablamos.

Sonrío por inercia, aunque sus palabras me aprietan el pecho. Somos una familia de nietos, no de hijos. El sudor inglés, esa enfermedad rara que comienza con calor, se llevó a mis padres, igual que a los suyos. Una fiebre cruel que calaba la piel hasta ahogar la vida en temblores.

Mi padre era el mayor de los hijos del laird y por eso, cuando el abuelo falte, el valle de Fhionnlaigh será mío. No por mérito, sino por derecho. Las tierras, los rebaños, las rentas y todo eso que yo apenas sé cómo proteger. El título de laird, en cambio, lo heredará Tavish.

A él le tocará el mando, a mí el legado. Y a Ronan… esa libertad que tanto celebra, como si no doliera.

Respiro hondo, con el tirón áspero de las manos de Iona en mi pelo, y pienso que ninguno de nosotros salió indemne de aquella enfermedad. Unos cargamos la pérdida en silencio; otros, la disfrazan de risas.

—¡Ay! —grito ante otro tirón de Iona.

—Deberías agradecerme esto —murmura, mientras tira con dedos firmes—. Nadie más tendría paciencia para desenredar esta maraña.

—Paciencia o valentía —replica Tavish—. Si tira un poco más, Leigh, te vas a quedar calva.

—¿Y qué? —interviene Ronan, con la rapidez de siempre—. Así combinaría con el abuelo Seumas.

El salón estalla en risas. Incluso mi abuelo, que golpea el suelo con el bastón como si así pudiera imponer orden, no consigue esconder la sonrisa que le baila bajo la barba.

—Ingratos —gruñe—. Este pelo que tanto envidiaríais se quedó en el campo de batalla, luchando por vosotros.

—¡Ay! —protesto otra vez.

Iona sonríe con aire inocente.

—Al menos irás peinada cuando llegue Kerran, tu prometido.

Me arde la cara.

—Él no es de los que dan importancia a esos detalles.

—No, claro —replica Iona, divertida—. Se fijará en esos ojos azules tuyos que solo lo miran a él como si fuese el único hombre en toda Escocia.

—¡Iona! —Mi voz suena más alta de lo que pretendía.

Tavish suelta una carcajada seca.

—Bah, tampoco es para tanto. El Campbell no es ningún santo. Es más bien demasiado listo para su propio bien.

—Listo y guapo —añade Iona, implacable—. Con ese pelo oscuro, los ojos cargados de tormenta y esa sonrisa de medio lado… si no lo quisieras tú, Leigh, yo no tendría reparo en…

Ronan da una palmada, feliz de la caza.

—¡Lo sabía! Leigh se pone roja cada vez que lo nombráis.

—Es el fuego de la chimenea —miento, y clavo la mirada en el suelo.

El salón se llena de risas.

—Tenemos suerte, no lo olvidéis. —Mi abuelo nos mira uno a uno, los ojos pequeños pero encendidos—. Los Campbell son un clan poderoso, mucho más grande que el nuestro. Podrían habernos aplastado con la yema de un pulgar. Y, sin embargo, aquí estamos, conviviendo en paz.

Se acaricia la barba, satisfecho.

—¿Y por qué? Porque desde que estos dos eran niños se prometieron. —Me señala con el bastón, y las mejillas me arden otra vez—. Mi preciosa nieta y el hijo del laird de los Campbell, el conde de Argyll. Esa unión nos ha dado años de calma, y cuando estén casados del todo y empiecen a traer bisnietos para este viejo, todavía más.

Se ríe, ronco, y el eco de su carcajada sacude el salón.

—¡Abuelo! —protesto, sin atreverme a mirarlos, porque sé que Iona y Ronan están disfrutando más que nadie de mi vergüenza.

Tavish se tapa la cara fingiendo horror.

—¿Bisnietos? Por favor, que primero aprendan a hablar sin discutir.

—Cállate, Tavish —le increpo.

El calor de las risas, el olor a pan tostado, el humo en el aire… todo se queda suspendido cuando la puerta se abre.

El frío entra como una cuchilla y la lluvia trae consigo el olor a barro y a hierro. Uilleam Campbell cruza el umbral con la capa empapada pegada a sus hombros y con él el silencio absoluto.

—Laird MacKinley —saluda, con voz cavernosa—. Traigo noticias importantes y, me temo, trágicas.

La trenza de Iona queda a medio hacer sobre mi hombro. El salón, que hace un segundo estaba lleno de calor y risas, ahora huele a miedo.

El abuelo se incorpora un poco en la silla, apoyando ambas manos en el bastón.

—Habla, Uilleam —ordena con voz grave—. No me gustan los rodeos.

Él avanza despacio, cada gota que cae de su capa marcando el suelo como un tambor de muerte. Sus ojos recorren el salón con calma, y se detienen en mí apenas un instante. Lo suficiente para helarme.

—Mi hermano, el laird de los Campbell, conde de Argyll, ha muerto.

La frase cae como una losa. No sé si la oigo o la siento dentro del pecho.

—¿Cómo ha…? —empieza mi abuelo, pero Uilleam lo interrumpe, frío, corto.

—Lo mató mi sobrino. Su propio hijo, Kerran.

Ese nombre retumba en mi sangre.

Iona suelta la trenza como si se hubiera quemado. Tavish aprieta los labios hasta que la comisura le blanquea.

—No puede ser —susurro, y mi voz es un hilo roto.

Uilleam baja la cabeza con una pena medida.

—Discreparon por el compromiso. Mi hermano defendía vuestra unión, Laird, porque creía en la paz entre los clanes. Pero Kerran… Kerran se negó. Dijo que jamás se casaría con ella. —Su mirada me atraviesa—. La rabia le cegó y la descargó contra su propio padre.

Las palabras se hunden en mi oído como clavos. Siento que las rodillas me flaquean; la sala gira con el crujido de la madera. En mi cabeza solo hay una imagen que no quiere irse: Kerran mirándome una última vez, y luego marchando, dándome la espalda. Huyendo. Dejándome.

El frío se mete bajo la piel, como si la lluvia hubiera entrado conmigo. No lloro porque el golpe es demasiado seco, pero contengo un jadeo que me parte el alma.

Mientras Uilleam sigue hablando, yo repito en silencio una frase que se me clava en la garganta:

«Kerran me ha repudiado».

No es la muerte de su padre lo que me destroza, ni siquiera la vergüenza que ahora colgarán sobre mí como una losa. Es esa sensación muda que cae sin voz: no me quiso, nunca me quiso. Y eso arde con una violencia que no supura, que no sangra, sino que quema en silencio.



Capítulo 1

«LEIGH»

Dun Fhionnlaigh, otoño de 1529

En la sala del consejo, el fuego chisporrotea más por costumbre que por calor. Las piedras ya no retienen la llama como antes, o quizá sea que yo no tengo fuerzas para sentirla.

La lluvia arrastra el barro por los muros como si la tierra quisiera devorarnos desde abajo. Lleva días lloviendo. O semanas. Ya no lo sé.

El humo de la chimenea empapa las vigas, y el olor a humedad se ha mezclado con el de piel curtida y lana mojada, hasta convertirse en el aliento rancio de un castillo que envejece con nosotros.

Aferrada a la repisa, miro cómo Tavish cruza el patio empapado. Viene cubierto de lodo, con la camisa rasgada por el hombro y la mandíbula tensa.

Ni siquiera se molesta en sacudirse los restos de sangre seca que le manchan el brazo.

La capa le cuelga del hombro, empapada, y el cabello oscuro y revuelto se le pega a la frente. Está herido. Lo noto en su andar, en

la tensión del brazo derecho. Pero no dice nada. Nunca lo dice.

Le ha vuelto a plantar cara a los hombres del clan Campbell. Otra vez. Otro aviso. Otra amenaza.

Ya no me acuerdo de la última semana sin hostigamientos, sin mensajeros empolvados exigiendo revisar el tratado o evaluar el estado de los pastos compartidos. Siempre con esa sonrisa educada que huele a hierro.

Tavish empuja la puerta con el hombro, sacudiéndose la humedad de la capa con un manotazo seco. Trae los ojos oscuros como la tormenta que se cierne sobre nuestras tierras, y en su silencio caben más verdades de las que cualquiera se atreve a nombrar.

—¿Cuántos esta vez? —pregunto, sin necesidad de respuesta.

—Tres. Y uno llevaba el sello de Argyll. —Apoya la espalda contra la puerta, como si el marco pudiera sostenerlo un poco más—. Nos cercaron junto a las colmenas. Dicen que nuestros pastores cruzaron la linde a propósito. Que buscan compensación.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Que si quieren compensación, vengan con algo más que amenazas. —Se pasa la mano por la nuca, y los dedos tiemblan. No de miedo, sino de contención.

Se oye el leve rumor de pasos en el pasillo. Ronan, probablemente. O uno de los sirvientes con ese paso ligero de quien ha aprendido a no molestar.

Me cruzo de brazos. La tela del vestido me roza la piel con una aspereza que hoy no soporto. Todo me irrita.

—Se están preparando, Leigh —añade Tavish al cabo—. Nos están cercando.

Lo sé. Lo sabemos todos.

Desde que el nombre de Kerran se volvió ceniza y nadie volvió a nombrarlo sin que se atragantara, los Campbell, con Uilleam al

mando como nuevo conde Argyll han apretado cada vez más.

Primero con cortes de suministro, luego con la exigencia de rendir cuentas por el Paso, y ahora… ahora con algo peor: el desgaste.

Nos quieren cansados. Nos quieren desesperados. Nos quieren cediendo, hechos sus vasallos.

—No podemos seguir así, Tavish —murmuro.

Él asiente. Me conoce lo suficiente para no responder con promesas vacías. No es de esos.

—He recibido un mensaje del rey.

Tarda en decirlo. Sus ojos recorren la sala, como buscando un rincón más cálido, más fácil. No lo encuentra.

—Recluta hombres de confianza para reforzar el sur. Dicen que hay movimiento en los límites. Que los MacLeod necesitan apoyo.

—¿Y vas a ir?

—¿Tengo elección?

—¿Y crees que es casualidad que justo ahora te elijan a ti? —le espeto, con la garganta ardiendo—. ¿Que alguien en Edimburgo se haya acordado de nuestro pequeño rincón del mapa? No lo han hecho para premiarte. Lo han hecho para quitarte de en medio y dar vía libre a la ambición de ese maldito Campbell.

No sé si me escucha, pero no me detengo.

—Y todo esto es culpa de… —la voz me tiembla, pero no por tristeza—. Ese demonio de Kerran. Por su culpa, el tirano de su tío ostenta ese título, y nosotros estamos así: sitiados en nuestra propia tierra.

Respiro hondo. El pecho me pesa como si llevara piedras atadas a las costillas.

Tavish va a marcharse. Y con él, lo único que se interpone entre estas tierras… y los dientes afilados de Argyll.

—Leigh… —Su voz baja una octava. Apenas un susurro, apenas él—. Si hubiera forma de quedarme, lo haría.

Sus ojos buscan los míos, y no tengo fuerzas para apartar la mirada.

—Lo haría por ti.

La garganta se me cierra, pero no por ternura. No hay ternura en mí desde hace años.
Solo cicatrices. Algunas con forma de promesa rota. Otras, de puñal en la espalda.

—No necesitas decir eso —murmuro—. Ya tengo suficiente con los que me miran como si fuera solo un trozo de tierra que vale más que su portadora.

Tavish se acerca un poco, sin atreverse a tocarme. Hay algo en su forma de mirarme, en cómo me observa sin moverse, que me recuerda a los días en que aún podía permitirme reír o… llorar.

—No te miro así —responde, tan rápido que me corta el aire—. No lo he hecho nunca.

—Te van a matar allí fuera, Tavish.

—Puede.

—Y aquí no voy a poder con todo.

—Puedes más de lo que crees. —Me sonríe, leve, pero no es burla ni consuelo. Es certeza—. Y no estarás sola.

Se gira un poco, hacia la puerta, pero se detiene a medio camino.

Mete la mano en la capa y saca algo envuelto en tela. Lo deja sobre la mesa, entre los documentos del notario y las amenazas de Argyll.

—Si me pasa algo, esto te dará el control sobre el clan. Ronan también está de acuerdo. No podrán moverse sin tu voz.

Me acerco a la mesa y desenvuelvo el paño.
Es un sello. El anillo del clan del abuelo, fundido con el hierro de la vieja espada MacKinley y grabado con el lema del clan: *Ne quid nimis.* Nada es demasiado… pero no es verdad. Todo esto lo es.

Es un símbolo de mando. Una llave. Una renuncia.

—¿Por qué haces esto?

—Porque sé que tú no fallarás. —Y se encoge de hombros, como si no fuera nada—. Y porque tú me importas más que lo demás.

Vuelve a mirarme. No dice más.



El abuelo no está en el salón, y eso ya es mala señal.

Lo encuentro en su cuarto, sentado en un sillón con la manta mal puesta sobre las piernas, mirando por la ventana como si no supiera qué día es.

A veces olvida el año. O el nombre de Ronan. Pero nunca olvida a mi abuela. Hay días en que me llama por su nombre.

—¿Ha vuelto Kerran? —me pregunta de pronto, sin apartar los ojos del paisaje.

—No, abuelo.

—Tenía buen porte, ese muchacho. Un poco bromista, pero buen mozo. —Asiente despacio, y durante un segundo creo que va a dejarlo estar.

Pero entonces gira la cabeza, y sus ojos, por un instante, están tan lúcidos que me estremecen.

—Podrías casarte con Tavish, Leigh. Dios sabe que ese chico siempre te ha mirado con buenos ojos. Podríamos pedir una

dispensa a la Iglesia para que podáis hacerlo y, cuando yo falte, todo quedará en vuestras manos.

El aire se me escapa por los pulmones como si me hubieran golpeado.

—Abuelo…

—No finjas que no lo has pensado. Es lo mejor. Con este tipo de uniones se mantienen las tierras en casa, los nombres en el consejo y la fuerza dentro del clan. No es un mal chico —insiste—. Es sensato, trabajador y quiere lo mejor para todos.

—Se va, abuelo.

Él no se gira. Solo alza un poco las cejas.

—¿Quién?

—Tavish. Dicen que es para reforzar el sur. Que hay disturbios en la frontera con Inglaterra. Que el rey necesita hombres leales.

Un instante. Luego asiente, despacio.

—¿Y tú te lo crees?

—No. —Trago saliva—. Sé que es obra de ese maldito conde. Otra jugada. Sabe que si Tavish se va, él se acerca un poco más.

Sus ojos, tan claros y hundidos, se entrecierran con una expresión que mezcla ironía y lucidez.

—Entonces cásate con él, Leigh. Antes de que se vaya. Si no lo haces, Campbell se presentará aquí, te raptará y te obligará a hacerlo con él. Y no con anillos ni bendiciones. Con amenazas. Con presión. Forzándote si hace falta.

—¡Abuelo!

—No pretendo asustarte. Solo adelanto lo evidente.

Me levanto. Camino hasta el hogar, donde las brasas ya no calientan, pero siguen vivas. Me encojo junto a la repisa, con los

brazos cruzados y el alma rota. Él no lo entiende. O sí. Pero no lo recuerda.

—Tú crees que debo casarme con él como si fuera la única salida para todo.

—Lo es.

—Precisamente por eso no quiero hacerlo. No quiero ser una carga. No quiero que otro hombre sienta que se ve obligado a casarse conmigo como si fuera un saco de grano que se reparte para evitar el hambre.

Él me observa en silencio. Luego suelta un resoplido que podría haber sido risa o desprecio.

—¿Y prefieres casarte con ese cara de asno de Uilleam?

Me muerdo el labio. A veces olvida mi nombre. Pero su lengua nunca ha perdido filo.

—No quiero casarme con nadie —murmuro—. Estoy harta de que todo lo que me rodea sea una transacción. El apellido, la herencia, la tierra… Yo no soy eso. Solo quiero que dejen de jugar conmigo. Que me miren de verdad.

El abuelo apoya las manos sobre la manta y se incorpora un poco.

—Tavish te ve. Desde que os pusisteis a caminar, ese chico te ha mirado como si fueras la única razón por la que valía la pena crecer. Tan inteligente para unas cosas… y tan tonta para otras.

—¿Perdona?

—Cuánto daño te hizo ese maldito Campbell —dice, sin levantar la voz, pero con toda la rabia concentrada en el nombre—. Te dejó pensando que no mereces que nadie te quiera de verdad. Te rompió por dentro y aún no has cerrado todas las heridas.

Siento el calor de la vergüenza subiéndome por el cuello.

Él se recuesta de nuevo. Cierra los ojos unos segundos, pero aún habla:

—Cásate con Tavish. Hazlo mientras aún puedes. Antes de que Uilleam vuelva con su ejército de sonrisas.

—Tavish no se ha ofrecido.

—Lo hará si tú se lo pides.

—Es lo que me faltaba para sentirme aún más humillada. No solo me repudian, ahora tengo que suplicarle matrimonio a un hombre.

—Leigh, esto no va de romanticismos. Va de supervivencia. Sin protección de fuera, debemos mantenernos unidos. Ve y díselo antes de que parta. Dale una buena razón para volver.

—¿Y si él no quiere?

Me observa como quien evalúa si su nieta ha crecido o no.

—No seas necia. Si no quisiera, ya lo sabrías. Tavish nunca ha sabido fingir.

Silencio. Solo el rumor de la lluvia y el crujido de la madera.

—Hazlo, Leigh. No por el clan. Por ti.

—Al demonio con todo. Siempre soy yo la que tiene que dar el paso. Tragar. Morderme la lengua. Pedir como si no valiera nada.

El abuelo arquea una ceja.

—Esa lengua tuya, ¿de dónde la has sacado? ¿Del establo? Si te oyera tu abuela, se le caería la cofia del susto.

Lo aprendí de él.

—También se le caería si supiera que debo mendigar un marido. —Algún día te contaré la historia de cómo consiguió que yo pusiera los ojos en ella. Ahora ve y sé una digna nieta.

—Vale, lo haré.

—¿Ahora?

—Cuando vuelva. No soy su premio de consolación antes de partir.

—No lo eres —admite el abuelo—. Pero tampoco estás para ponerte exquisita.

—Después, abuelo —replico, ofendida y con cabezonería—. Y entonces los dos podremos decidir con calma y elegir con sensatez.

—Hija mía, qué fácil haces que a uno se le atraganten las galletas. Menudo genio gastas.



Capítulo 2

«LEIGH»

La mesa está servida, pero nadie tiene verdadero apetito. El humo del fuego se mezcla con el olor al pan recién horneado y a la sopa de cebolla.

El abuelo está en la cabecera, envuelto en su capa de lana, con la espalda recta como en los viejos tiempos, aunque los ojos, hoy, vagan por otro siglo.

A su derecha, Iona le ayuda a romper el pan en pedazos, como si aún pudiera salvarle los recuerdos a bocados.

—Ponle más sal —le susurra a la mujer que sirve—. Ya sabes que mi esposa dice que la sopa salada le recuerda al mar.

El leve crujido del pan en sus dedos me desarma más que un grito.

Ronan, sentado a mi izquierda, gira el cuenco entre sus manos sin llegar a probarlo. Lleva la camisa remangada y las uñas negras de tierra. Se ha pasado el día reforzando los cercos del lado este, y tiene ese olor a barro y humedad que solo se gana a base de esfuerzo.

Tavish entra en ese momento, y es como si el aire se hiciera más denso.

La tela de tartán le cae sobre los hombros, y el pelo, aún húmedo, le gotea por la nuca. Su presencia arrastra el frío del exterior, y sin embargo, todos giramos la cabeza hacia él como si fuera el hogar encendido.

Se planta ante la mesa y apoya ambas manos en la madera.

—Parto al amanecer. Me acompañarán seis hombres.

—¿Seis? —pregunta Iona, con el ceño fruncido y el tono de quien ya huele la amenaza antes de verla—. ¿Solo seis?

—Seis que se mueven como uno —aclara él.

—Y aun así —añado yo, despacio, con los dedos tensos alrededor de la taza—, siguen siendo solo seis frente a una guerra que todavía no tiene nombre.

—No es una guerra, Leigh. Aún no.

—¿Y si lo fuera? —insisto—. ¿Y si os usan como carnaza para medir el terreno, mientras aquí nos debilitan?

No me gusta. No me gusta nada. Pero asentir es más fácil que implorar. Y yo ya no estoy para suplicar.

Ronan deja la cuchara, se pasa la mano por la barba lampiña de adolescente y lanza una mirada de soslayo, como si las palabras fueran más pesadas de lo habitual.

—Si las cosas se ponen feas... hay quien dice que aún hay hombres en los bosques de Perthshire capaces de luchar sin rendir cuentas al rey. O a ningún laird.

Tavish levanta la mirada. Lenta, muy lenta.

—¿A qué te refieres?

Ronan se encoge de hombros. Parte un trozo de pan, se lo lleva a la boca. Mastica. Traga. Y entonces, con voz neutra, lanza:

—Los Cuervos.

El nombre flota en el aire como una blasfemia. El abuelo alza las cejas. Yo frunzo el ceño.

—¿Quiénes? —pregunto.

El abuelo carraspea, incómodo.

—No necesitamos mercenarios —dice, aunque su voz carece de la firmeza de otros tiempos.

Tavish deja el cuenco sobre la mesa con un golpe sordo. Sus dedos se tensan alrededor de la madera.

—No son mercenarios, abuelo. Son supervivientes.

—Se comenta que son proscritos. Forajidos —sigue Ronan—, pero no como los del sur. Dicen que cuando el fuego llega, ellos ya han salido. No dejan testigos ni heridos. Solo comida, mantas y a veces… venganza. Ayudan a quien no tiene a quién recurrir.

—No son más que rumores —corta mi abuelo—. Por lo que yo sé, son igual de peligrosos que cualquier otro malhechor.

—Y mientras tanto, ¿qué? ¿Dejamos que Argyll siga rondando como si fuéramos ovejas esperando al lobo? —dice Ronan, llevándose un trozo de pan a la boca; habla con la miga aún entre los dientes.

—¿Y por qué los llamarían Cuervos? —pregunta Iona, por romper el silencio.

—Porque visten de negro, se dice. Y porque aparecen cuando el aire huele a muerte.

La mesa guarda silencio. Solo se oye el tintinear de la cuchara del abuelo al chocar contra la madera.

El abuelo levanta el bastón y golpea una vez contra el suelo. El sonido reverbera en la sala, más símbolo que fuerza real.

—Calla, muchacho. No quiero oír esa palabra en mi mesa.

Yo trago saliva. El olor a humo, a grasa y al cuero húmedo de las chaquetas, todo me resulta sofocante.

Miro a Tavish y, por un instante, me parece que me sostiene la mirada como si supiera exactamente lo que pienso. Que tarde o temprano no quedará otra salida.

—El mando es de Leigh mientras yo no esté… y cuando el abuelo esté cansado —dice con tiento.

—¿Y si el rey no lo permite? —pregunto.

—El rey está lejos. Tú estás aquí.

Del cinturón, saca un pergamino sellado con cera. Lo deja frente a mí, con un gesto tan firme como inevitable.

—Ronan, Innes y Fergus han firmado como testigos.

Miro el pergamino. Luego lo miro a él. Y aunque la lengua me arde con ganas de replicar, solo atino a decir:

—¿Y si no quiero?

—Pues lo harás igual. Porque tú no sabes rendirte.

Silencio.

La leña cruje en el hogar. Iona coge la jarra de vino y la sirve con gesto lento. El líquido rojo cae con un sonido denso, como una herida abriéndose en la copa. Por un instante, todo se queda quieto.

—Entonces… —rompe Ronan, apoyando los codos sobre la mesa —. ¿Qué hacemos si Argyll avanza en tu ausencia? ¿Si Uilleam da un paso más? ¿Si ataca?

—Entonces os defendéis. Usad la guardia. Usad la red de aliados. Y si no basta…

—¿Sí?

Tavish traga saliva. Mira al abuelo, que ahora parece dormido, aunque sus dedos se aferran aún al bastón.

—Buscad a los Cuervos.

Iona se ríe, sin humor. Una risa seca, hueca.

—Eso es como pedirle al viento que nos traiga un ejército.

—Quizá. Pero el viento cambia. Y estos tiempos llaman a los que viven en las sombras.

Me cuesta tragar.

—¿Cómo se les encuentra?

Tavish se encoge de hombros.

—Quizá no se les encuentra. Quizá te encuentran ellos cuando huelen la desesperación y la injusticia.

—Qué bonito —murmuro, sin mirar a nadie—. Una esperanza más con forma de humo.

—Te gustan los imposibles, ¿no? —responde Tavish, sin quitarme la vista de encima.

—Me estoy quitando ese vicio —replico, alzando la copa sin brindar con nadie.

Él sonríe. No del todo. Solo con una comisura, como si supiera que me tiene calada y le divirtiera que aún intentara disimular.

—Vas a estar bien —me dice en voz baja, solo para mí.

—¿Ah, sí? ¿Lo has leído en las nubes o en las tripas de algún ciervo sacrificado?

—Lo he leído en tu cara —contesta—. Aunque igual lo he soñado. Y ya sabes que sueño cosas raras cuando me acuesto con hambre.

—Pues come, idiota. Y si sueñas conmigo otra vez, que sea en algo más útil.

—No dije que soñara contigo —responde, encogiéndose de hombros.

—No. Pero lo has dejado caer con el arte de quien quiere que lo sepa sin tener que admitirlo.

—¿Y tú? —pregunta, apoyando el codo en la mesa, ladeando la cabeza—. ¿Soñarás conmigo cuando no esté?

—Tavish, si tú sales en mis sueños, será para rememorar aquella vez que tropezaste borracho en un barrizal. Desnudo.

Él suelta una carcajada que por un segundo disuelve la tensión del salón. El abuelo no reacciona. Ronan rueda los ojos. Iona sonríe como quien escucha una historia aburrida.

—Prometo no emborracharme tanto —dice él.

—Promete volver entero —le corrijo, y la voz me sale más bajita de lo que pretendía.

Tavish se inclina hacia mí. No me toca, no se atreve. Pero su presencia se pega a mi piel como el humo.

—Volveré —susurra—. No pienso dejarte sola.

Me aguanto el temblor en los dedos. Le sostengo la mirada. Y me digo, muy en silencio, que tampoco esta vez voy a llorar. Lo que sería un alivio.

Pero el maldito idiota siempre sabe cómo desmontarme.



Capítulo 3

«LEIGH»

La primera noche tras la marcha de Tavish fue la más silenciosa.

No por falta de ruidos. No. Los hubo todos: los crujidos del techo bajo el viento, los cascos lejanos de algún jinete que nunca se detenía, los perros que ladraban sin motivo. O quizá con demasiado motivo. Pero lo que no hubo fue voz. Ni suya, ni del abuelo, ni siquiera de Iona. Solo el eco de nuestras propias dudas rebotando en las paredes.

Desde entonces, pasaron veinte días como quien arranca tiras de piel con las manos. Cada uno peor que el anterior. Cada uno un nuevo recordatorio de lo que no teníamos: soldados, aliados, poder.

Cada día una amenaza más velada. Una flecha clavada en la puerta de la herrería. Un mensajero que aparecía con la mirada rota y decía: «Dejadlo estar. El conde de Argyll puede ser generoso si lo deseáis.»

Yo no deseaba nada de él. Y justo por eso, cada vez éramos más vulnerables.

La octava noche mataron a dos reses. Las encontramos abiertas en canal frente a la entrada, como una advertencia grotesca. La decimotercera, robaron en el granero más cercano al muro este.

Perdimos grano, heno, herramientas. Y también perdió la fe una parte de la gente.

Pero lo de esta noche...

Esta noche ha sido diferente. Ha sido una declaración.

Estoy en el patio. Todavía huele a carne quemada. Las llamas llegaron tan rápido que nadie pudo hacer nada. Las piedras del suelo están calientes bajo mis botas. En algún rincón aún gotea algo que no quiero mirar demasiado.

La lluvia ha llegado tarde. Ya no sirve para apagar nada. Solo para mezclar ceniza con sangre.

Liam, el mozo de cuadras, apenas cuenta dieciséis inviernos. El viejo Malcolm, que tejía redes de pesca. Y la mujer de los cabellos grises, la que siempre dejaba flores en las ventanas de la capilla. Tres. Cuatro. Tal vez más. No los hemos contado. No hemos tenido tiempo. Ni valor.

Están muertos. No heridos. No capturados. Muertos.

Y el rey está lejos. Y Tavish también.

Iona está a mi lado, con el cabello pegado a la cara y el vestido manchado de humo. No dice nada. No hace falta.

El grito de una madre me sacude desde la torre norte. Alguien corre por el pasillo, llorando. Dicen que Eilidh no ha sobrevivido. Que la encontraron en el establo, con la espalda abierta y la mirada fija al cielo.

No puedo respirar.

No puedo.

Y entonces, una cosa más. Como si el universo se divirtiera. Algo cruza el cielo y cae justo frente a mí, al pie de las escaleras de

piedra. Una flecha. En la punta, atada con un cordel, una hoja doblada.

Me agacho. La desato.

La leo.

Y me quemo.

«Tienes dos caminos, Leigh MacKinley. O te conviertes en mi esposa o tu clan acaba en cenizas».

Firmado con la letra de Uilleam. Y un dibujo: un círculo con un jabalí dentro, los colmillos hacia arriba. Es su escudo.

—¡Qué cobarde! —escupo, rompiendo el papel con los dedos empapados—. Ni siquiera ha tenido el valor de venir a pedírmelo en la cara.

Iona me agarra el brazo, suave pero firme.

—Esto no es una petición, Leigh. Es una advertencia.

La miro. Miro lo que queda de la torre sur. Miro los cuerpos que ya no volverán a levantarse. Miro la sangre, las cenizas, los rostros derrotados.

Y por primera vez, lo admito.

No podemos salvarnos solos.

Pero quizá tengamos una oportunidad.

Los Cuervos.

Me trago el miedo como se tragan las piedras.

—Voy a encontrarlos.

Porque ya no es cuestión de orgullo. Es cuestión de supervivencia.

—No puedes ir sola —dice Ronan, con la mandíbula apretada.

Me giro hacia él. El humo aún le tiñe el rostro, como si lo llevara tatuado desde dentro. Bajo la suciedad, sigue siendo un niño.

—Tienes que quedarte. El abuelo… —trago saliva— el abuelo ha tenido uno de sus días. Me ha llamado por el nombre de la abuela. Y a ti…

—Me ha llamado Angus. El nombre de mi padre. Lo sé.

Silencio.

—No puedes dejarlo ahora —añado, más bajo—. Ni a él. Ni a Iona. Ni a los que siguen vivos.

Ronan baja la cabeza, como si las palabras le pesaran. Cuando levanta la vista, sus ojos brillan.

—Entonces llévate a alguien. A Innes. A uno de la guardia.

—No. Todas las manos cuentan. Dùn Fhionnlaigh no puede permitirse perder a nadie más.

—Pero no puedes…

—Sí puedo —le corto, despacio, firme.

—Una mujer sola, Leigh… —murmura Iona desde atrás, casi en un susurro—. ¿Sabes lo que te harán si te atrapan unos desalmados en el camino?

—Lo sé. También sé lo que me harán si no busco una solución y Uilleam ataca otra vez.

No grito. No tiemblo. Pero mis palabras saben a hierro.

—¿Y si no los encuentras? —pregunta Ronan.

—Pues moriré buscándolos.

—Leigh… —insiste Iona, un paso más cerca, cruzando los brazos sobre el pecho—. Podrías… podrías disfrazarte de chico. No hace falta que te enrolles un tartán, pero tal vez… unos pantalones, una camisa…

—¿Y cómo disimulará esas enormes…? —empieza Ronan, con la boca más rápida que el cerebro.

Lo fulmino con la mirada.

Él carraspea, gira la cabeza y se rasca la nuca como si pudiera esconderse en su propio cuello.

—Quiero decir… que es complicado. Por la anatomía. Y eso.

Iona, esta vez, no puede evitar soltar una risa. Breve. Dolida. Pero risa al fin.

—Te vendaré el pecho —dice— firme, pero sin ahogarte. Y te cubrirás con una capa. Pelo, rostro, todo. Que parezca que ocultas una cicatriz. Nadie preguntará.

—Perfecto —digo, con una media sonrisa torcida—. Un chico taciturno, de voz ronca, que no enseña la cara y huele a miedo. ¿Quién sospecharía?

—Tú no hueles a miedo —responde Ronan, serio de pronto—. Hueles a fuego.

Me quedo callada. Porque me dan ganas de abrazarlo. Y no puedo.

Así que asiento.

—Esta noche me prepararé. Al alba, me marcho.

—¿Y qué decimos si preguntan? —pregunta Iona.

—Nada.

—¿Nada?

—Decid que me he ido a buscar la única esperanza que queda.

La decisión ya está tomada. Está en mi voz. En mi postura. En la forma en que todos me miran y bajan la vista al momento siguiente.

Camino hacia el centro del patio. Aún huele a carne quemada y ceniza, pero tengo que ignorarlo.

—Quiero que a todos los muertos se les entierre con nombre. Que no falte una flor. Ni una oración. Ni un tartán MacKinley verde y azul que los cubra.

Iona asiente.

—¿Y las familias?

—Lo que tengamos, se les da. Mantas, pan, grano, medicinas. Si alguien ha perdido a su padre, que sepa que tiene al clan detrás. Si ha perdido a su madre, que no se quede sin comida ni leche.

Ronan me observa desde el lado opuesto del patio. Sus ojos, más de hombre que de niño hoy, asienten en silencio.

—Haz una lista. Tú sabes quiénes eran. Hazlo justo y sin dejar a nadie fuera.

—Lo haré —responde.

Me doy la vuelta. La sangre en las piedras parece más negra bajo la lluvia.

—Y después —añado—, envía a alguien a preparar una mula. Y una ruta. Y dame unos pantalones.

—¿Míos? —pregunta Ronan.

—Tendrás, ¿no? O solo te gusta ir con las piernas al aire.

—Mis piernas atraen más respeto que mis palabras —dice Ronan, encogiéndose de hombros—. Pero, yo ya soy medio gigante, ¿recuerdas? Mi ropa no te valdrá.

—Entonces tendré que buscarlos en otro sitio. De alguien más joven. Más delgado. ¿Tal vez ese paje nuevo que siempre me mira como si me fuera a convertir en rana?

—Sufrirá un trauma —dice Iona—. Pero sobrevivirá.

Ríen. Un poco. Solo un poco. Y está bien.

Más tarde, cuando todo está en calma y el castillo guarda luto con los postigos cerrados, Iona me ayuda a vendarme el pecho. No digo nada cuando el aire se me escapa de los pulmones y las costillas se quejan. Solo le sujeto el antebrazo con una mano y le miro a los ojos.

—No te ahogues, ¿vale? —dice, sin sonreír.

—Lo haré si me pones otro nudo.

—No digas tonterías.

—Siempre digo tonterías cuando estoy nerviosa. Es mi don.

Después vienen los pantalones. Demasiado cortos. Y la camisa, que me tira de los hombros. Me miro en el reflejo del cubo de agua y no me reconozco.

Luego entro en la sala común.

Ronan me ve… y se sonroja.

Se gira tan rápido que se golpea con la esquina de la alacena.

—¡Por el amor de Dios, Leigh! ¡Avísame cuando vayas a aparecer así!

—¿Así cómo? —pregunto, con sorna—. ¿Vestida?

—¡Así… ajustada! —se queja, sin atreverse a mirarme del todo—. ¡Y sin capa!

—¿Temes que alguien me vea los tobillos?

—Temo que nadie te confundirá con un chico ni aunque te afeitaras la cabeza.

—Pues gracias —respondo, con una media sonrisa—. Creo…

Él sacude la cabeza, aún colorado.

—Ponte ya la capa. Una grande. De esas con capucha que te cubra entera y te haga parecer menos… tú.

—Calla y dame una tuya, tonto.

Ya en mi habitación, me siento junto al arcón y dejo caer la capa sobre mis hombros. La tela pesa más de lo que recordaba. O quizá

soy yo la que pesa más esta noche.

No por el cansancio. Sino por todo lo que llevo dentro.

Encima de la mesilla está el peine de madera que era de mi madre. La hebilla de plata de mi padre. Una piedra lisa que Tavish me dio cuando tenía seis años y lloraba porque mis padres no volverían.

«Guárdala», dijo. «Es para que recuerdes que hay cosas que no cambian, aunque el mundo se rompa».

Mañana ya no estaré aquí. Ni Iona para obligarme a cenar. Ni Ronan para soltar sandeces. Ni el abuelo… que mañana puede no saber quién soy.

Aprieto en la palma de mi mano el sello que Tavish me dio antes de partir con esa calma suya que en realidad siempre fue una forma de ocultar sus emociones.

Lo cojo. Lo giro entre los dedos.

Pesa.

Pesa como una promesa.

Como una despedida.

Como la certeza de que ahora soy yo la que tiene que mantener esto en pie.

«Esto te da el control en mi ausencia», dijo.

Pero nadie me dio el control del miedo. Ni de la rabia. Ni de la soledad.

Y aquí estoy. Aterrorizada.

Pero tengo que irme.

No por mí. No por orgullo. No por venganza.

Por ellos.

Por lo que queda.

Por lo que aún puede salvarse.

Porque a veces, para ser quien debes, tienes que dejar de ser quien eras.



Capítulo 4

«KERRAN»

La humedad me cala hasta los huesos, como cada mañana en este agujero bajo la montaña. Pero ya ni la noto. Lo que noto es el silencio denso que precede al turno de molienda.

El eco de los primeros pasos, las voces que aún suenan a sueño, el rumor del lago que nunca calla. Aquí abajo, el tiempo se mide en sonidos. Y hoy empieza más lento de lo habitual.

Me acomodo el tartán al hombro —negro con una fina línea roja — y me agacho a atizar las brasas que aún parpadean en el centro de la sala común.

Aquí todos somos MacNeish: vestigios de un clan que ya no existe, remiendo de apellidos perdidos, gente que fue dejando casa y padre para ser adoptada por este nombre como por un abrigo gastado.

Las cenizas respiran y yo con ellas, por costumbre, para no pensar demasiado.

—¿Otra noche sin dormir, Kerran? —La voz de Finn rebota por la roca, desenfadada, mientras baja por la pasarela de tablones con

una manzana entre los dientes y la melena recogida de cualquier manera.

—Duermo lo justo. Así mantengo esta cara de encanto constante —respondo sin mirarlo.

Él suelta una carcajada mientras se deja caer a mi lado, con ese andar suyo entre ágil y despreocupado, como si la gravedad apenas le afectara demasiado.

—¿Encanto? ¿A eso le llamas ahora al ceño fruncido y a las ojeras perpetuas?

—Lo llamo virilidad. Y tú deberías probarlo. A ver si maduras esa cara de niño que parece que acaba de robar miel.

Me siento en un banco de tablones, y afilo mi daga con movimientos lentos, casi perezosos, aunque no hay nada de pereza en la forma en que observo a Finn.

—Caelan habrá montado una guardería en Dùn Fergas con olor a leche agria y culo sucio ahora que se ha llevado al niño y a la princesa allí —resopla Finn, alzando una ceja—. ¿Te das cuenta de que el guerrero más imperturbable de las Highlands ahora canta nanas?

Se deja caer en la silla contigua, estirando las piernas con descaro.

—Ese niño va a crecer creyendo que su padre es un santo. —Clavo la daga en la mesa y sonrío con media boca—. Pobre criatura.

Finn me lanza los restos de la manzana, que esquivo sin esfuerzo.

—Es bueno ver algo de ternura por aquí. Entre humo, humedad y heridas mal cosidas, se agradece. ¿Te acuerdas de cuando esto era solo un agujero lleno de barro y miedo? —dice Finn, en voz más baja.

—Claro que me acuerdo. Por eso me aseguro de que siga siendo otra cosa.

—Y lo es. Ahora huele a pan, a hierro y a vida. A niños. A esperanza. Aunque no te guste la palabra.

—No me disgusta. Me incomoda. No se me da bien cuidar lo que no sé proteger.

Finn sonríe con ese gesto torcido que usa cuando sabe que no puede ganar, pero tampoco va a rendirse.

—Algún día dirás lo que piensas sin esconderlo tras una pulla.

—Y ese día —respondo, llevándome un dedo al cuello para cruzarlo a través—, será porque estoy muerto.

El eco de pasos interrumpe nuestra charla. No son los habituales, demasiado firmes, demasiado marcados. Finn se endereza, curioso. Yo me inclino hacia atrás en el asiento, cruzándome de brazos, con la daga aún clavada en la madera.

Altair entra en la sala como una sombra con alas. Trae a un muchacho encapuchado, con las manos atadas y la cara cubierta por una venda. El agua le escurre de la capa y deja un rastro oscuro en las piedras.

—¿Otro muchacho hambriento, Altair? —pregunta Finn, alzando una ceja—. Como sigamos acogiendo a todos los desdichados de las Highlands, vamos a tener que empezar a cobrar diezmo.

Altair no responde. Avanza hasta el centro, planta al muchacho frente a todos y le arranca el gorro y la venda de los ojos de un tirón.

El silencio cae de golpe. El cabello oscuro se desparrama sobre los hombros y la espalda de la figura hasta la cintura.

—No es un muchacho —anuncia Altair, con una chispa de burla en los labios—. Es una mujer. Ningún disfraz puede ocultar esas curvas.

El corazón se me detiene. Los demás murmuran, pero yo no oigo nada. Solo veo.

Los ojos azules, como el cobalto encendido en la herrería. La tez dorada, como si el sol hubiera elegido besar su piel más que a ninguna otra. Esa manera de sostenerse erguida aun en la humillación de estar rodeada.

Leigh.

Mi Leigh.

La reconozco al instante, como si el periodo de distancia no hubiera existido, como si casi dos años de silencio no hubieran bastado para arrancarla de mí.

Pero ella… ella no me reconoce.

Lo veo en la forma en que su ceño se frunce. En cómo escanea a todos, uno por uno, sin detenerse en mí más que medio segundo. Para ella, soy solo un hombre más.

Yo ya no soy aquel muchacho con el que creció. Llevo la barba espesa, el pelo largo, cicatrices que me cruzan el rostro como heridas mal cerradas. Soy otro por dentro y por fuera.

Finn se pone rígido. Luego me lanza una mirada de esas que no necesitan palabras. Y luego, muy bajo, solo para mí pregunta:

—¿Es la del risco?

No respondo. No hace falta.

Y entonces, Leigh habla.

—¿Dónde estoy?

Altair se cruza de brazos.

—En el único sitio donde podrías estar a salvo y aun así habértelo jugado todo para llegar.

Ella se endereza.

—No he venido a esconderme.

Y ahí está. La voz. El fuego. La Leigh que arde por dentro.

—He venido a buscar a los Cuervos.

Altair sonríe alzando algo en la mano. Una daga pequeña, recién sacada de entre sus ropas.

—Venía armada. Y escondía esto bastante bien.

—¿La has registrado? —Mi voz suena más áspera de lo que pretendía, seca, agria, como si en vez de palabras escupiera tierra.

Altair ladea la cabeza y me mira con esa sonrisa suya que siempre invita al desconcierto.

—Tenía que asegurarme de que no escondía más armas —responde, sin molestarse en disimular el tono divertido—. ¿Eso te ofende?

No le contesto. No puedo. Porque ella me está mirando.

Se ha girado hacia mí con los ojos entrecerrados, como si acabara de notar algo extraño. Algo fuera de lugar. Algo... familiar. El ceño se le frunce apenas un instante, pero el destello en su pupila azul cobalto me atraviesa como una descarga.

Entonces Altair suelta mi nombre.

—Kerran, relájate —dice, y en cuanto la palabra resuena en la bóveda, ella vuelve a mirarme. Esta vez de verdad.

Sus ojos se clavan en los míos con más atención, más curiosidad, más desconcierto. Los agranda un poco, como si tratara de encajar una pieza que no acaba de cuadrar. Y luego… retrocede un paso.

—Creo que me he equivocado de hombres —murmura.

Y extiende las manos hacia Altair.

—Ponme la venda otra vez o suéltame, pero llévame de vuelta. No tengo nada que hacer aquí.

—¿Qué? —pregunta Altair, arqueando una ceja.

—Por todos los demonios… ¿Eres sordo o qué? —suelta ella, sin levantar la voz, pero con ese filo de rabia que corta más que cualquier grito—. Te he dicho que me lleves de vuelta.

Da un paso hacia atrás, otro más, pero ya no tiene escapatoria. La rodean hombres armados, paredes de roca y un silencio que se ha vuelto demasiado denso.

—Espera —intervengo. Su nombre se me queda trabado en la garganta, pero consigo sacarlo—. Leigh…

El aire cambia. Como si la palabra tuviera peso. Como si todo el refugio la hubiese escuchado por primera vez.

Ella se queda quieta. No me mira. Aún no. Aprieta los labios, los mismos que me juré que no volvería a mirar sin culpa.

—¡No me hables ni pronuncies mi nombre! No tienes ningún derecho a hacerlo.

—Lo sé —respondo.

Mi voz se quiebra por dentro, pero no permito que se note. Me mantengo inmóvil, con los brazos cruzados, los pies firmes, como si todo mi cuerpo fuese piedra. Solo los ojos me delatan. Solo ellos la siguen como si pudieran contener lo que mi lengua no se atreve a decir.

Ella aprieta la mandíbula. Y cuando por fin se gira para mirarme, no hay rastro de duda en su expresión. Solo furia. De la vieja. De la que se lleva acumulando años en la boca del estómago. La que fermenta con el recuerdo de una traición.

—No quiero escucharte. No quiero mirarte. No quiero ni saber qué demonios haces aquí.

Broen frunce el ceño desde el fondo, donde apoya el hombro en una viga de roca. Su mano se tensa sobre el pomo de la espada y lanza una mirada inquisitiva a Finn, como preguntando si todo esto es real. Colum, en cambio, se acerca con cautela, ladeando la cabeza, analizando sin intervenir.

Finn se encoge de hombros, como si lo disfrutara un poco más de lo que debería.

—Parece que nuestro Kerran te conoce.

—¡No! —estalla Leigh, girándose hacia él, con el rostro encendido—. No reconozco a este hombre. Nunca llegué a conocerlo.

Los murmullos se apagan.

Yo no me muevo.

Podría decirle que no fue así.

Podría contarle la verdad que nadie quiere oír, la que huele a traición desde todos los ángulos.

Pero no lo hago. Porque mi historia es un pozo y ella no me ha pedido que la saque de allí.

—¿Te han hecho daño? —pregunto. Y mi voz, por primera vez, suena baja, sincera. Jodidamente humana.

Leigh pestañea. Por un segundo, parece que va a responder. Pero luego niega, como si esa pregunta fuera otra afrenta.

—¡A ti qué te importa!

Finn se revuelve incómodo a mi lado, pero no dice nada. No se burla. No esta vez.

Altair, en cambio, se encoge de hombros.

—Va a ser un invierno muy entretenido… —murmura.

Leigh lo fulmina con la mirada.

—Quiero irme.

—No puedes —responde Altair, con calma—. No después de lo que has hecho. Llegaste hasta aquí con una daga, disfrazada, sola… Si querías negociar con los Cuervos, ya lo estás haciendo. Este es el precio.

Ella alza el mentón.

—Creía que erais hombres de honor, pero me he equivocado. Entre vosotros se esconden cobardes.

Ella gira la cabeza con lentitud, con los ojos encendidos. Pasa por cada uno, hasta llegar de nuevo a mí.

Y en ese momento, como si el destino tuviera un humor particularmente cruel, una gota de agua resbala por el mechón oscuro que le cae sobre la sien. La humedad le empapa los labios. Tiembla, apenas perceptible. Pero lo hace. Y algo en mi pecho se resquebraja.

Lleva demasiadas horas mojada, sola, expuesta. Y sin embargo, no se rinde. Se sostiene como una reina sin trono.

Doy un paso al frente.

Porque Caelan está lejos y ahora el mando me pertenece. Aunque no lo haya pedido ni lo quiera.

—Basta —digo. Y mi voz no necesita gritar para hacerse oír.

Todos callan.

—Dejadla descansar. No vamos a decidir nada ahora. Está agotada y muerta de frío. Luego ya veremos si quiere hablar o seguir maldiciéndome.

Leigh guarda silencio.

Los ojos de todos vuelven a mí.

Pero yo no digo nada.

Porque entre los Cuervos nadie exige explicaciones. Nadie hurga en cicatrices ajenas. Aquí, las historias se guardan como armas: solo se muestran si decides usarlas. Y eso, a veces, te salva.

—Vamos, misteriosa Leigh —dice Daena, tendiéndole una mano curtida por la harina y el humo—. Yo te daré mantas, comida y una cama.

Leigh duda un instante antes de aceptar. Su mano pequeña, fría, contrasta con la firmeza cálida de la de Daena. El olor a pan y lana limpia que siempre acompaña a la mujer la envuelve de golpe, casi como un refugio dentro del Refugio.

Yo me quedo quieto.

Solo la sigo con los ojos.

Ella a mí no.



Capítulo 5

«LEIGH»

Entro en el mundo por la piel: la lana me muerde los brazos y la espalda. Abro los ojos y la estancia es todo roca y huecos.

Estoy cubierta por una manta áspera que pica en la piel, demasiado pesada, demasiado desapacible.

Parpadeo. Mis pestañas aún guardan gotas de lluvia. La humedad sigue en mis huesos, aunque anoche me ofrecieran un cuenco con caldo caliente.

No estoy en mi cama. Ni en mi casa. Ni en ninguna parte que pueda llamar mía.

Estoy en el Refugio de Perthshire. El nombre pesa más que las rocas que me rodean.

Cierro los ojos de nuevo y me obligo a recordar cómo he llegado hasta aquí.

El camino fue un castigo.

Cada vez que me cruzaba con alguien en el camino, bajaba la cabeza y fingía ser invisible. Funcionó… a medias. Hubo veces en

que tuve que correr cuando mi disfraz no sirvió; otras, tuve que esconderme, y eso que tomé caminos transitados.

En cada aldea donde pregunté por los Cuervos, encontré la misma respuesta: ojos que se apartan y puertas que se cierran.

Hasta Kilbrannan. Allí un párroco afanado en arreglar el tejado de su iglesia, me atendió con ternura y con miedo: los curas suelen conservar ambos. Cuando por fin reuní valor para decirle lo que buscaba, inclinó la cabeza y murmuró: «Baja la falda del Bealach, hasta el lago. Si los Cuervos quieren encontrarte, lo harán».

La tarde fue una guerra. Los árboles del Bealach se cerraban como mandíbulas negras, y la lluvia no dejaba de caer como alfileres en mi cara. Con cada sombra que me rozaba, me volvía más pequeña. Sin embargo, seguí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Y entonces lo sentí: un cosquilleo en la nuca, un peso entre los omóplatos.

—Sé que estás ahí —dije en voz alta, porque la palabra tiene poder y porque la sospecha me daba cierto orgullo. Una rama crujió, no estaba loca. Alguien me miraba.

Giré la cabeza con lentitud y me encontré un arco tensado, una figura en la sombra, una trenza dorada que colgaba por encima del hombro como si no supiera lo bonita que le quedaba.

—¿Quién eres? —pregunté. La voz me salió áspera.

—Depende. ¿Tú qué estás buscando? —respondió él, sin bajar la guardia.

—A los Cuervos.

—Entonces… quizá yo sea uno.

—¿Quizá? —me burlé y me crucé de brazos, el jubón me apretaba en el pecho—. Recorro media Escocia para que me reciba un filósofo.

Bajó el arco un poco. Me observó con cuidado, como si calculase el peligro real que yo representaba, que debía ser poco si

comparábamos envergaduras.

Dio un paso hacia mí y me midió de arriba abajo, ladeando la cabeza.

—¿Y tú quién demonios eres?

—Un viajero.

—Ajá. —Sus ojos descendieron y recorrieron mi jubón demasiado grande, las botas llenas de barro, mi postura—. Viajero con poco arte para el disfraz.

—¿Qué insinúas? —gruñí.

—Nada. —Sonrió, apenas—. Solo que no todos los hombres caminan como tú. Ni siquiera los muchachos.

El calor me subió a la cara. Intenté fingir indiferencia como si no me hubiera desnudado con una sola frase.

Él dio un paso más, rápido, y en un gesto ágil me agarró del brazo, palpó el jubón y sacó la daga escondida bajo la tela que presionaba mis pechos.

Levantó el arma con calma, sin mirarme.

—Ningún mozo esconde un cuchillo así… ni lo lleva en ese sitio.

—Devuélvemela.

—No. —La guardó en su cinturón, con una sonrisa torcida—. Pero te daré otra cosa. Una venda para los ojos.

—¿Y si no quiero? —escupí.

—Entonces puedes quedarte aquí bajo la lluvia, haciéndote pasar por quien no eres. A mí me parece un espectáculo entretenido, pero poco práctico.

Suspiré. El cuerpo me pesaba. El disfraz me apretaba. Y él ya me había visto.

—Soy Leigh MacKinley —confesé como un suspiro, como una rendición—. Y mi clan necesita ayuda.

—Eso encaja más. —Su sonrisa se ensanchó—. Leigh suena menos a mozo perdido y más a problema con piernas.

—Y tú, a idiota con trenzas. —Le fulminé con la mirada.

—Perfecto, ya tenemos confianza —añadió mientras rebuscaba algo en el cinto—. Vamos, reina del disfraz. Algo me dice que esto va a ser muy divertido.

Sacó un trozo de tela, se acercó. Sus manos no temblaban. Pero yo sí. Un poco. Lo justo. Lo suficiente como para notar que ya no tenía escapatoria.

Y cuando la venda me cubrió los ojos, solo me quedó el sonido de sus pasos y el rumor del lago para convencerme de que no estaba cayendo al vacío.

Aunque, en el fondo, eso también dependía.



Me levanto despacio. Todavía llevo la ropa de muchacho. Me recoloco los pantalones y la camisa ya sin la venda que me oprimía el pecho como si eso pudiera devolverme algo de dignidad.

Sigo el olor como una mendiga sigue las campanas de misa. Doblo un pasillo estrecho, con muros negros que sudan humedad, y de pronto entro en una sala amplia iluminada por antorchas.

Por un segundo, me siento fuera de lugar: mesas largas, bancos de madera, jarras y cuencos. Como una taberna improvisada bajo la montaña.

Dudo.

Si mi abuelo me viera entrando sola en un lugar así, con hombres en las mesas y el alcohol corriendo como cataratas, me soltaría un

sermón de una semana.

Pero aquí hay mujeres y niños también.

Una mujer amasa pan cerca del hogar, otra reparte gachas en cuencos de barro. Los niños corretean entre las mesas, dejando huellas de barro que nadie parece querer borrar. No es una taberna. Es un comedor común. Una familia hecha a golpes.

Y entre ellos… está él.

Kerran Campbell.

Maldita mi suerte.

Está sentado en un extremo, con la espalda recta, el pelo oscuro cayéndole sobre los hombros, la barba sombreándole el rostro y esas cicatrices nuevas cruzándole la piel como recordatorios. Su mera presencia ocupa el aire, como si necesitara más espacio del que hay. Me atraganto con mi propia respiración y aparto la vista al instante.

Camino con rapidez hacia otro lado y me dejo caer en el banco junto al de las trenzas doradas —el hombre del arco, Altair—. A su lado hay otro al que no vi bien anoche: cabello pelirrojo, rebelde, ojos verdes que parecen brillar incluso en la penumbra, una sonrisa peligrosa en los labios.

Altair resopla al verme sentarme a su lado. Ladea la cabeza y, sin disimular, lanza una mirada a Kerran. Un brillo de regocijo cruza su rostro.

—Vaya, vaya… —murmura, como quien se relame con un secreto.

El pelirrojo da un sorbo a su jarra y me observa de arriba abajo con descaro, como si yo fuera la novedad del día. Yo me cruzo de brazos, incómoda. Los pantalones se ajustan más de lo que deberían, y la camisa, ahora que ya no llevo vendas, se pega a mi piel marcando cada curva que intentaba esconder.

—Entonces, ¿vienes para quedarte? ¿O solo estás de visita, como las tormentas?

—Depende —respondo, con sequedad.

—Ah, como Altair. —Su sonrisa se ensancha—. Él tampoco sabe nunca si se queda o se va. Solo que tú hueles mucho mejor que él.

—Que te den —resopla Altair, aunque no puede evitar reírse.

—Me llamo Finn, por cierto. Aunque tú puedes llamarme como quieras.

—Prefiero no llamar nada a nadie que se ofrezca así —respondo, seca, pero no tanto como me gustaría.

Altair se echa a reír.

—Déjala en paz. Bastante tiene con estar aquí. Ni ganas le quedan de saludar al jefe.

No hace falta que señale con el mentón. Sé perfectamente a quién se refiere. Y por desgracia, Kerran también lo ha oído.

—No hace falta que salude —responde él, sin levantar la voz, pero con la puntería de siempre—. Ya me está mirando cada vez que cree que no la veo.

—Vaya. —Finn se lleva una mano al pecho—. ¿Tenemos miradas furtivas a primera hora? ¿Quién eres tú y qué has hecho con el Kerran de siempre?

—Cállate, Finn.

—No te pongas nervioso, Kerran —dice Altair, con una sonrisita —. Que te conozco, y cuando comes en silencio es porque algo te está jodiendo más que el hambre.

Kerran apoya los codos en la mesa, sin apartar la vista del pan que está partiendo con los dedos.

—Estoy en silencio porque estoy pensando —replica—. Algo que tú deberías probar, Altair. No es doloroso, lo prometo.

—¡Santo cielo! —exclama Finn—. El proscrito ha resucitado.

Altair silba, impresionado.

—Vaya, ahí está. Ha vuelto el Kerran poético.

Los ignora, pero su voz llega grave y contenida hacia mí.

—No has dicho aún a qué vienes.

Me sobresalto. No esperaba que me hablara directamente. No esperaba que me dirigiera palabra alguna, de hecho. Y lo prefería.

—He venido a buscar a los Cuervos. —Lo digo sin rodeos, con la espalda recta.

Un silencio espeso cae sobre la mesa. Hasta los niños que jugaban cerca parecen haberse quedado quietos.

—Ya los has encontrado.

—¿Y tú… eres uno de ellos? —pregunto, aunque la respuesta ya la sé. La respuesta la llevo clavada en el pecho como un cuchillo mal sacado.

Finn sonríe como un gato satisfecho.

—Oh, querida, él no es uno de ellos. Aquí dentro, ahora mismo, si Kerran estornuda, todos nos tapamos.

—Entonces, estoy arruinada. No hay nada que pueda ofrecerle a cambio de ayuda.

Mis dos acompañantes giran hacia mí, sorprendidos. Pero yo no aparto la vista de Kerran.

—Vengo huyendo de los Campbell. Son ellos quienes me acosan, quienes han puesto a mi clan contra la pared. Y resulta que el hombre al mando de los Cuervos… —mi voz tiembla, aunque no lo quiero— es un Campbell.

El nombre explota en la sala como una brasa en aceite. Finn parpadea, genuinamente desconcertado.

—¿Campbell? ¿Él?

—Lo dices como si no lo supieras —escupo.

—No, preciosa, lo digo porque si lo hubiera sabido, ya lo habría usado contra él veinte veces.

Todos giran hacia Kerran, esperando. Pero él no dice nada. Sus ojos clavados en los míos, tensos, oscuros, como si contuvieran un mar entero que amenaza con romperse.

Y de pronto, siento que todos los demás han desaparecido. Que estamos solos. Que lo estuvimos siempre, incluso en la distancia.

Pero la furia en mi pecho no me deja respirar.

—¿Vas a negarlo, Campbell?

Lo repite un hombre corpulento, sentado más atrás, con voz grave y gastada, como si probara el nombre en la boca para ver si aún sabe a enemigo. Otro, de mirada afilada y gesto tranquilo, no dice nada, pero me observa con una intensidad que me incomoda más que cualquier palabra.

No hay nada que pueda hacer yo ahí. No encontraré ayuda y tampoco estoy segura de quererla ahora.

Me levanto del banco con toda la intención de alejarme, pero apenas doy un paso cuando noto una mirada que se arrastra como baba por mis piernas.

Uno de esos hombres sin nombre me examina sin disimulo, la boca torcida en una sonrisa grasienta. El gesto me enciende de rabia, aunque no tanto como el comentario que oigo detrás.

—En un trato —la voz de Kerran se abre paso entre el murmullo como el filo de una hoja— no importa lo que estés dispuesta a ofrecer a cambio de ayuda.

Se hace un silencio breve. Puedo sentir los ojos de todos sobre mí.

Él se incorpora despacio, sin perder esa calma insolente que siempre tuvo.

—Lo que cuenta es lo que la otra parte desea.

La frase me golpea más fuerte que la mirada del otro. La sonrisa torcida, el brillo irónico en sus ojos… todo en él es un desafío.

—¿Y qué deseas tú? —escupo, clavándole la mirada aunque me tiemblen las manos.

Su media sonrisa se ensancha, burlona.

—Eso, Leigh, es lo único que deberías preocuparte por averiguar.

Las carcajadas de un par de hombres rompen el aire, pero yo solo siento que me arde el pecho.

Lo odio.

Odio la seguridad con la que habla, la forma en que me reduce con una sola frase, y lo peor: que aún sea capaz de doblarme por dentro con nada más que una sonrisa de medio lado.

Me cruzo de brazos, clavando la mirada en la mesa para no tener que soportar la suya. Odio sentir cómo me observa, cómo me taladra con esos ojos que ya no reconozco. No es el Kerran que yo conocía. Ese muchacho desapareció.

Ahora es otro. Rudo. Peligroso. Con ese aire de hombre que se ha curtido en la intemperie, con cicatrices que cuentan historias que no quiero escuchar.

El idiota de la mesa vecina suelta una risita y vuelve a mirar mis pantalones con descaro.

No le da tiempo a más.

Kerran se acerca a él, lo agarra por el cuello de la camisa y lo empuja contra el banco con tal fuerza que el tipo pierde el equilibrio y acaba de culo en el suelo. El ruido de la caída resuena por toda la sala.

—Mira al suelo —gruñe Kerran, sin alzar la voz, pero con un filo de acero que hiela—. Es más seguro que mirar donde no debes.

Altair y Finn se ríen aún todavía. Yo solo oigo mi propia respiración, acelerada.

Lo odio todavía más.

Porque él destruyó mi mundo, a los míos y lo que yo era.

Porque me abandonó negándose a casarse conmigo.

No tengo ningún interés en saber qué desea de mí.



Capítulo 6

«LEIGH»

El Refugio nunca duerme del todo.
Aunque las antorchas se consumen y los niños se acurrucan junto al fuego, siempre queda el eco de un martillo, el murmullo del agua filtrándose por la roca o el chasquido de un cuchillo contra la madera.

Aquí abajo, el silencio nunca es completo.

Salgo de la estancia que Daena me prestó para pasar la noche, con las ropas secas que me dio dobladas. El aire aún huele a pan recién hecho y a humo, pero también a hierro, a sudor y a algo más: expectación. Como si las paredes supieran que algo está a punto de decidirse.

—Y yo que pensaba que las damas nobles dormían como lirios al caer la noche. —La voz me llega desde una sombra. Me giro. Finn está apoyado contra la pared, brazos cruzados, ojos verdes brillando como brasas divertidas en la penumbra.

—No soy una dama noble —replico, con un tono más frío del que siento.

—Claro que no. Has llegado al corazón de la montaña disfrazada de mozo y plantándote delante de Kerran como si quisieras arrancarle la barba de un tirón. Poca nobleza hay en eso. Mucho coraje, sí.

Acelero el paso, pero él no se inmuta. Me sigue con un andar ligero, como si flotara en vez de pisar el suelo empapado.

—El consejo se va a reunir —me informa, bajando un poco el tono—. Quieren escucharte. No todos los recién llegados tienen el honor de ser escuchados por los Cuervos.

—No lo he pedido —respondo.

—Y sin embargo lo tienes. —Me lanza una sonrisa torcida por encima del hombro—. Misterios del destino. O quizá solo caprichos de Kerran.

Me muerdo la lengua. No le daré la satisfacción de ver cómo se me hiela la sangre al oír ese nombre.

—¿Y qué esperan oír? —pregunto.

—Que no eres una carga. Que traes algo más que problemas. —Hace una pausa teatral y luego añade, divertido—. Aunque con esa cara, los problemas seguro que no te faltan.

Resoplo, pero no me digno a contestar. Finn aprovecha el silencio para inclinarse hacia mí, con los ojos verdes brillando bajo la luz de una antorcha.

—No estés tan a la defensiva. Aquí Kerran es la roca que aguanta el techo. Firme, leal, obstinado como una mula en celo. Lo que promete, lo cumple, aunque se parta los huesos en el intento. —Se detiene un instante, como buscando la palabra exacta—. Kerran se ha ganado el respeto de todos a base de sangre y lealtad.

Trago saliva sin querer.

—¿Lealtad? ¿De un Campbell? —mi voz me traiciona, más amarga de lo que pretendía.

Finn sonríe de medio lado.

—Sí, de un Campbell. —Se encoge de hombros—. Aquí su apellido no importa. Todos somos MacNeish y se lo ganó con los puños, con la espada y, sobre todo, con esa testarudez suya que hace que nadie lo mueva ni a pedradas.

Hace un gesto con la mano, como si recordara algo.

—Cuando llegamos aquí, esto era un agujero húmedo lleno de barro. Nadie creía que pudiera convertirse en un refugio. Nadie excepto él. Fue Kerran quien levantó la primera empalizada, el que bajó al lago a por troncos como un condenado y el que se enfrentó a Darian hasta convencerlo de que no bastaba con sobrevivir. Había que vivir. Y lo creímos porque él lo creía.

Me muerdo el labio. El recuerdo de mi Kerran —el de antes— se mezcla con esa imagen de un hombre distinto, endurecido, al que no quiero conceder virtud alguna.

Finn lo nota y sonríe con picardía.

—No pongas esa cara. Sé que lo odias. Y tendrás tus razones. Pero aquí dentro, hasta el más bruto de los Cuervos bajaría la cabeza por él. ¿Sabes por qué? Porque no busca que lo hagan. Porque no pide nada que no esté dispuesto a hacer él primero. Y no necesita gritar ni amenazar. Tiene esa forma de mirar… como si ya supiera cómo vas a fallar antes de que lo intentes. Y aun así, se queda a tu lado.

Camino en silencio unos pasos, digiriendo sus palabras aunque no quiera.

Finn se frota la nuca y suelta una risa breve.

—Y sí, también es insoportable. Sarcástico, orgulloso y con ese aire de que siempre sabe más que los demás. Pero si te metes en un lío, créeme… es el único al que querrías tener al lado. —Hace una pausa, casi sonríe—. Kerran no pide confianza. Te la arranca. Y cuando la tiene, ya no se la quitas nunca.

—Curioso —digo, sin mirar a Finn—. Hablas de lealtad y constancia como si fueran su piel. Yo lo recuerdo de otra manera:

alguien que promete un futuro y lo rompe de golpe, que da la espalda a los suyos y huye cuando más lo necesitan. Si eso es lealtad… —mi voz se me quiebra un segundo, pero me recompongo con un gesto seco—, prefiero la traición.

Finn arquea una ceja, sorprendido, aunque no replica. Quizá intuye que hay más de lo que digo. O quizá simplemente sabe que no es el momento de discutirlo. Se limita a caminar en silencio, con esa sonrisa torcida que oculta más de lo que muestra.

Y yo sigo sus pasos, con el pecho ardiendo y un nudo en la garganta, preparada para enfrentar a un consejo de hombres que lo veneran… mientras yo solo veo al canalla que me dejó atrás.



El salón del consejo parece menos un tribunal y más una taberna mal ventilada.

La mesa rebosa nueces a medio abrir, jarras de cerveza y dagas clavadas en la madera como si fueran adornos.

Cuando entro, varios se giran al unísono; otros, ni se molestan. Siguen discutiendo como si estuvieran apostando a los dados. Las carcajadas se mezclan con golpes en la mesa, un comentario obsceno y hasta una jarra que casi se vuelca.

—Vaya, la muchacha disfrazada de mozo —comenta Altair con su sonrisa de dientes blancos—. ¿Vienes a pedirnos ayuda o a enseñarnos a coser camisas ajustadas?

Las risas estallan. Yo aprieto la mandíbula y mantengo la espalda recta.

—No necesitas coser, Altair —interviene Colum, más delgado, ojos afilados, con esa calma que intimida más que un grito—. Tus camisas revientan solas cuando respiras.

Otra carcajada, esta vez a su costa. Altair lo mira con fingida indignación y le lanza una cáscara de nuez.

El corpulento de barba rojiza, Broen, sentado al fondo, levanta la jarra.

—Ya está bien de gallos. La muchacha no ha venido a ver quién tiene más pecho, sino a hablar. ¿O me equivoco? —Me mira, arqueando una ceja.

—No te equivocas —respondo, con la voz firme.

El murmullo baja de golpe. Todos me miran. Todos menos él.

Kerran está sentado en el extremo, medio en sombra.

Viste el tartán negro atravesado por hilos rojos de los MacNeish, ceñido a la cadera con un cinturón curtido que ha visto camino y batalla; sobre la camisa de lino, una chaqueta de cuero le ajusta los hombros y deja a la vista la hendidura tibia de la garganta.

Las botas, altas hasta la rodilla, llevan pegadas las millas en barro seco.

—Mi nombre es Leigh MacKinley. Soy la nieta y heredera de Duncan MacKinley.

—Ah, sí, el viejo oso… —resopla Broen, con un deje de respeto extraño en su voz—. Fue él quien mantuvo Dùn Fhionnlaigh en pie cuando todos pensaban que caería. Recuerdo que hizo frente a tres clanes a la vez y aún tuvo humor para escupirles en la cara.

—Mi abuelo ya no es quien era. —Mi voz se me quiebra un instante, pero me enderezo con orgullo—. Hay días en que ni siquiera recuerda su nombre. Perdió a todos sus hijos y confunde a sus nietos con ellos. Mi clan se sostiene a duras penas y los Campbell lo saben. Nos atosigan.

—Malditos Campbell —escupe Colum, y Kerran ni parpadea.

—El nuevo conde de Argyll nos obliga a entregar granero tras granero o los quema. Reclama pastos que no son suyos. Ha amenazado a los mercaderes para que no nos vendan semilla. Nos han cortado las rutas de salida, nos han quitado a los herreros, han reclamado los pasos y los puentes. —Respiro hondo, el pecho me arde—. Nos están deshilachando como se deshilacha un viejo tartán: hilo a hilo.

El silencio pesa. Incluso Finn deja de sonreír.

—¿Y vuestro futuro laird? —pregunta Colum con voz baja.

—Mi primo Tavish. —Trago saliva—. Pero lo han enviado a la frontera con Inglaterra por petición del rey. Una misión casi suicida, para dejar nuestro castillo sin defensa.

Kerran se mueve por primera vez incómodo y yo me dirijo a él:

—Tu tío me quiere en su cama para legitimar su dominio. Como no cedo, manda hombres cada luna para recordarme que puedo perderlo todo de un plumazo.

Las miradas se vuelven hacia Kerran. Él, en la penumbra, apenas se mueve.

—Eso es lo que dejaste atrás cuando huiste —escupo, sin apartar la vista de él.

Entonces, por fin, habla. No sube la voz, no se endereza. Solo ladea la cabeza, con esa media sonrisa que siempre odié porque no dice nada y lo dice todo.

—¿Huida? —Su tono es bajo, áspero—. Qué palabra tan bonita. Yo lo recuerdo más como… dejar que cada cual jugara su partida.

Una carcajada seca estalla en Altair.

—Eso sí que es arte. Dejar que los demás se ahoguen y llamarlo estrategia.

—Cállate, Altair —replica Kerran, sin mirarlo siquiera. Sus ojos siguen clavados en mí.

Y esos ojos… no brillan de burla, no del todo. Hay algo más. Como si cada palabra que me dice fuera un muro que levanta a toda prisa para que no vea lo que esconde detrás.

—Conveniente manera de nombrar tu cobardía —escupo, sintiendo cómo me tiembla la voz y aun así no me callo.

Finn se inclina sobre la mesa, divertido.

—Creo que nunca había visto a nadie dejarlo tan desarmado con tan pocas palabras. ¿Estás bien, Kerran? Pareces un santo en cuaresma.

Él ni siquiera lo mira.

—Tranquilo, Finn. No me he quedado sin lengua. Solo elijo cuándo usarla.

Yo aprieto los dientes. Porque esa facilidad suya para disfrazar todo con humor me resulta insoportable. Porque mientras los demás ríen, yo solo escucho el eco de mi abuelo debilitándose, de Tavish marchando a una guerra que no le corresponde, de las noches en las que me he quedado sola frente a la amenaza de su maldito tío.

—Que sigas teniendo lengua afilada no borra lo que hiciste —digo, y mi voz no tiembla aunque el pecho me arda—. Dejaste un clan a merced de buitres. Y ahora hablas como si fuera un juego.

El silencio que sigue es espeso. Ni siquiera Finn se atreve a romperlo.

Kerran no parpadea. Su media sonrisa se mantiene, pero es más un gesto de dolor camuflado que de burla. Lo sé, porque yo lo conocí antes de que aprendiera a mentir.

—Llámalo como quieras, Leigh. Cobardía, traición… Lo que te ayude a dormir por las noches. Al menos, con mi huida, tú seguiste respirando.

—Oh, ¿me perdonaste la vida?

—No me refería a que…

—¡Qué generoso eres! —lo corto, incapaz de contenerme—. Claro que no sé si ese es el adjetivo perfecto. ¿Cómo se llama a un hombre que rechaza a su prometida? ¿Que la deja sola, deshonrada y convertida en la burla de todos?

Finn alza las cejas, teatral.

—¿Prometida? —repite, encantado—. ¿Alguien más se ha perdido esa parte de la historia?

Pero se queda a medias cuando ve la sombra que cruza la cara de Kerran. No es burla lo que asoma en sus ojos. Es algo más oscuro. Algo que casi parece… dolor.

—Cierra la boca, Finn —gruñe Broen, sin quitarme los ojos de encima—. Esto no va contigo.

Luego cierra los ojos un instante. Pero no se esconde. Me mira de frente cuando abre la boca.

—Maté a un noble. A mi propio padre. —Lo dice como quien arranca una astilla de la piel—. Si me hubiera quedado, me habrían colgado antes de que amaneciera.

—¡Pues no haberlo hecho! —La rabia me quiebra el pecho—. Nadie te obligó, Kerran. Nadie puso esa daga en tu mano. ¿O fue más fácil así? ¿Más fácil que casarte conmigo?

—¡Fue un accidente, maldita sea! —ruge. Es la primera vez que le tiembla la voz—. ¿Crees que desperté esa mañana pensando en matarlo?

—No lo sé —respondo, y duele más que gritar—. Lo que sé es que no querías casarte conmigo. Que discutisteis por eso. Que tu padre te obligaba y tú… tú lo solucionaste de la forma más salvaje posible.

Kerran se queda quieto. Por un segundo, creo que va a romperse.

Pero no.

Inclina la cabeza, esboza una sonrisa torcida, esa que hiere más que consuela, y murmura con una calma venenosa:

—Vaya, entonces, qué alivio saber que todo fue por eso. Por evitar casarme contigo. Yo, que siempre fui tan cobarde, preferí ser proscrito antes que esposo…

—Realmente me da igual, Kerran. Solo sé a ciencia cierta que te largaste. Y que en cuanto el clan quedó sin Laird ni heredero, el título pasó a tu tío y con él su hostigamiento. Y tú se lo dejaste en bandeja.

Silencio.

Lo veo en su cara. El peso. La culpa. El veneno tragado a medias.

—Hice lo que tenía que hacer.

—Qué poético. Muy digno, pero te fuiste porque eres un egoísta que solo piensa en sí mismo.

Kerran, de pronto, se ríe. Una risa seca, incrédula. Dolida.

—¿Y aun así has venido a pedirme ayuda?

—No te la he pedido a ti. Se la he pedido a los Cuervos.

—Pues resulta que soy uno de ellos y, ahora mismo, estoy al mando.

—Pues supongo que me iré por donde he venido. Gracias por nada.

—No he dicho que tengas que hacerlo. Te ayudaremos.

—¿Y vas a enfrentar a tu tío? ¿Al conde de Argyll?

Kerran me mira. Sus ojos ya no brillan. Arden.

—Ya me enfrenté una vez a un conde de Argyll, ¿recuerdas? —responde, con la voz afilada.

Silencio.

Y entonces Finn se aclara la garganta, como quien intenta volver a respirar tras un golpe.

—Bueno… —dice, despacio—. Yo no sé vosotros, pero después de este teatrillo romántico, yo tengo sed y habrá que deliberar.

Broen asiente, gruñendo algo que suena a aprobación.

Altair alza la jarra.

—Por los que se fueron. Y por los que volvieron.



Capítulo 7

«KERRAN»

El eco de la voz de Leigh todavía resuena en mis costillas mientras nos sentamos alrededor de una mesa a compartir una botella de whisky.

No es que hayamos decidido sentarnos a hablar de lo ocurrido. Nadie propone eso. Los Cuervos no solemos hablar del pasado, ni del dolor. Pero todos estamos aquí. Beber juntos es lo más parecido a una confesión que tenemos.

Broen golpea una jarra contra la mesa con tanta fuerza que salpica a Altair, que protesta sin ganas mientras se limpia con la manga.

—Joder, ¿siempre bebes como si estuvieras en una taberna a punto de reventar al posadero? —murmura, empapado.

—No me juzgues. El whisky está flojo. Echo de menos el que elaboraba la princesa.

Colum resopla desde el rincón, jugando con un puñal sin mirar a nadie. A veces parece que no escucha, pero siempre lo hace.

Finn está en silencio, lo cual ya es raro. Se ha quedado con los ojos clavados en las brasas, como si leyera un mensaje secreto ahí.

Y yo… bueno.

Yo estoy aquí.

Bebiendo.

Con ellos.

Como cualquier otro día.

Excepto que no lo es.

Me siento más observado que un gallo en corral ajeno. Nadie dice nada, pero noto sus miradas. No de juicio. De algo peor: de comprensión.

—Vaya, vaya… —Finn rompe el silencio, cómo no. Está medio tumbado en el banco, con los pies encima de la mesa y una manzana en la mano—. Resulta que nuestro querido Kerran no solo sabe maldecir mejor que nadie, sino que también tuvo prometida. Y nada menos que esa belleza de cabellera negra.

No le contesto. Clavo la mirada en la daga que estoy afilando, aunque ya esté tan afilada que podría partir un pelo.

—Tuvo que doler dejarla atrás —insiste Finn, con una sonrisa traviesa—. Y si algo he aprendido de ti es que, cuando te enfadas, suele ser porque han dado en el clavo.

Las risas se encienden. Yo no. Yo sigo afilando.

Colum, que nunca gasta saliva de más, apoya los codos en la mesa y me observa con esa mirada incisiva que corta más que un cuchillo.

—Así que la nieta del oso MacKinley era tu prometida. Y tú podías haber sido… ¿qué? ¿Conde de Argyll?

Finn silba, divertido, y levanta la manzana como si brindara conmigo.

—El conde de Argyll, nada más y nada menos. Menudo cuadro.

Me río, seco, sin humor.

—Un cuadro digno de colgarse en la letrina.

Eso arranca carcajadas. Pero yo noto cómo la verdad me pesa bajo la lengua. Sí, pude haber sido conde. Sí, Leigh pudo haber sido mi esposa. Y sí, destruí todo con mis propias manos.

Broen se pasa el dorso de la mano por la boca y añade con sorna:

—Quién lo diría. El mismo hombre que ahora manda a proscritos y duerme en cuevas con ratas, pudo haber tenido criados limpiándole las botas.

—Y lo habría odiado —replica Colum, sin apartar la vista de mí—. Este hombre no nació para alfombras.

Nadie responde de inmediato. El silencio se alarga, cómodo, casi respetuoso. Un silencio extraño aquí abajo.

Por fin, Finn da un mordisco a su manzana y habla con la boca llena:

—Y aquí yo, compartiendo mi pan rancio contigo, y tú callado como si fueras uno más. Siempre creyendo que tu sarcasmo te salía gratis, y resulta que solo era un disfraz —dice, recostándose en el banco con la sonrisa de un gato satisfecho.

Por primera vez, los siento mirarme de otro modo. No como al hombre que siempre está dispuesto a burlarse de todo con tono ácido, sino como al que lleva demasiado dentro y no lo suelta.

Y esa es la ironía: nunca estuve tan expuesto como ahora, justo cuando no digo nada.

—Soy uno más —respondo, de repente, sin alzar la vista.

Broen resopla.

—No exactamente. Uno más no carga sacos como si fueran plumas ni planta cara a Darian en plena reunión. Y, desde luego, uno

más no habría sobrevivido al invierno del 28 sin botas y con media costilla rota.

—Tampoco un conde —añade Altair, divertido—. Yo nunca he visto a un conde dormir sobre piedras con tanta devoción.

Las risas corren por la mesa. Yo no sonrío.

Colum me observa con su calma habitual, esa que a veces pesa más que un interrogatorio.

—Si lo hubieras querido, no estarías aquí.

Me encojo de hombros.

—El título lo heredó otro. Y mejor. A mí nunca me gustaron los salones ni las reverencias.

—Pero sí la mujer —apunta Finn, con esa puntería que solo él tiene para incomodar.

Su comentario arranca un silencio espeso.

Yo no respondo.

Broen mastica, tranquilo, como si nada, pero termina diciendo:

—No hace falta que expliques nada, Kerran. Todos tenemos pasados de los que no hablamos. El tuyo solo resulta más… ruidoso.

—Y más interesante —añade Finn, como quien echa sal a una herida con una sonrisa.

Altair apoya los codos en la mesa y me mira con descaro.

—Lo que sorprende es que nunca lo dijiste. Con lo mucho que hablas cuando no quieres decir nada, parecía que no había rincón tuyo que no conociéramos.

Yo dejo la daga en la mesa, cansado de fingir que la piedra aún sirve para algo.

—No lo dije porque no hacía falta. No me pedisteis cuentas, y yo no quise darlas.

Colum asiente, como si esa respuesta le bastara.

—Y no hace falta ahora tampoco.

Esa es la diferencia con los Cuervos. Aquí nadie exige confesiones. Aquí las cicatrices se guardan como armas: se enseñan solo si quieres.

Pero aun así, noto sus ojos. La curiosidad ardiendo bajo la piel. El respeto silencioso. La camaradería que no juzga, aunque pese.

Finn da el último mordisco a su manzana y sonríe, ladeando la cabeza.

—Aunque… sigo pensando que es una coincidencia increíble. La princesa y tú de sangre noble, intentando haceros pasar por proscritos.

—Bah —resopla Altair—. Yo siempre lo intuí. Nadie de campo escribe con esa letra limpia ni sabe citar versos latinos sin trabarse. El día que pusimos a prueba a la princesa con aquel pergamino, tú fuiste el único al que no corrigió una sola palabra.

—Eso no prueba nada —replico, ladeando la sonrisa—. Solo que aprendí a escribir insultos con buena ortografía.

Broen suelta una risa ronca.

—Pues a mí me cuesta imaginarte con calzas bordadas y jubón de terciopelo. No encajarías en un salón ni aunque te arrastraran a él a empujones.

Colum añade, seco:

—Te falta delicadeza para parecer noble. Demasiado ancho de hombros para eso. Hubieras parecido un toro vestido de doncella.

—Y qué decir de esa barba y esas cicatrices. Ahora parecería el conde pirata —murmura Altair.

—¿Perdona? —respondo, alzando la ceja—. Esta barba tiene más carácter que todos vuestros culos juntos.

—Y probablemente más historias, también —suelta Broen, en voz baja.

Me río, esta vez de verdad. Esa risa que no es defensa, ni máscara. Esa que me nace sin pedir permiso.

—No has respondido, ¿qué fue lo que más te jodió? —pregunta Altair, mirándome con esa mezcla de descaro e interés genuino—. ¿Perder el título, la tierra… o a la mujer?

Lo miro.

—Las pelucas —respondo con toda la solemnidad posible.

Y esta vez, hasta Colum se ríe.

Por dentro, me arde. Por fuera, solo ven lo de siempre: mi lengua afilada y una sonrisa torcida. Y así está bien.

Pero la calma dura poco.

—¿Y ahora qué? —pregunta Broen, sin rodeos, mientras deja la jarra vacía sobre la mesa—. Ella no ha venido solo a lanzarte verdades.

Yo sigo bebiendo, despacio.

Finn sonríe con esa malevolencia encantada que le sale sola.

—Venga, hermano, no te escondas en la jarra. Que tú siempre tienes lengua para todo, pero justo cuando se trata de ella te vuelves mudo. Curioso.

Colum, más serio, apoya las manos sobre la mesa.

—No hablamos de un capricho. Uilleam la codicia por algo más que su cara bonita.

Broen gruñe:

—Y tú, Kerran, eres el único que puede impedirlo. Porque nadie más va a plantarle cara a ese bastardo.

Yo dejo la jarra en la mesa con un golpe seco.

—¿Creéis que no lo sé?

Silencio.

Todos me miran.

Y sé lo que esperan: una respuesta, un plan, algo que saque la verdad que llevo pudriéndose en el pecho desde hace años.

Sonrío, torcido, como siempre.

—Tranquilos. A mi tío no le saldrá nada gratis.

Finn me observa con esa chispa de satisfacción en los ojos, como si hubiera conseguido arrancarme lo que quería.

—Eso suena mejor. Ya pensaba que ibas a brindar por la boda.

—Que se case con quien quiera —respondo, con un filo en la voz que corta el aire—. Pero con ella no.

Finn arquea las cejas, satisfecho.

—Eso suena bonito. Pero tú no eres de los que hacen discursos. Así que, venga, dilo claro: ¿qué haremos?

Yo me reclino en la silla, los brazos cruzados.

—Les daremos lo que mejor entienden, el miedo. Emboscamos, sí. Pero haciendo lo que sabemos hacer mejor: desgastar. Si los Campbell les han cerrado las rutas, habrá que abrir otras. Pero también devolveremos lo robado al pueblo. Que todas las Highlands sepan que, cuando los Campbell los exprimen, hay manos dispuestas a devolverles el pan.

Broen asiente, convencido.

—Eso sí que es lenguaje que la gente entiende.

Colum tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—El riesgo es alto. Más emboscadas significan más ojos sobre nosotros. Más posibilidades de que descubran este lugar.

—Ya saben que existimos —respondo, con una sonrisa torcida—. Mejor que nos teman por lo que hacemos a que nos busquen por lo que callamos.

Finn lanza una carcajada.

—Por fin hablas como el conde que nunca fuiste.

—Cállate —le corto, aunque no sin reírme.

Colum levanta la jarra como si brindara.

—Esperemos que este segundo conde tenga mejor suerte que el primero. Aunque, conociéndote, lo dudo.

Altair sonríe con malicia.

—Pobre mujer. No sabe dónde se ha metido.

—Nadie lo sabe hasta que ya está dentro —respondo, recogiendo la daga—. Y para entonces… es demasiado tarde.

Las risas estallan. Yo no río. Porque por dentro sé que esta vez no bastará con una daga y un secreto para protegerla.

Un mozo, Wil, irrumpe, empapado, con la cara blanca.

—¡Kerran! La dama… dice que se va. Que si nadie le presta una barca, se irá a nado.

La jarra me tiembla en la mano y la dejo caer con un golpe seco.

—Mierda —dejo escapar.

Me levanto. El banco rechina contra la piedra.
Altair y Finn me miran divertidos, como si supieran que se avecinan problemas para mí y lo disfrutaran.

—Corre, conde —murmura Finn, con esa sorna maldita suya—. O se te escapará la trucha..

Camino a zancadas hacia la salida sin mirar atrás.



Capítulo 8

«LEIGH»

El muelle cruje bajo mis pies. Las tablas están empapadas, resbaladizas, y el lago parece un pozo oscuro que respira. El agua golpea los pilotes con una cadencia lenta, traicionera. Sé que no voy a saltar, pero el vértigo me calma más que quedarme quieta.

—Ni se te ocurra —dice su voz a mi espalda. Baja, pero con ese filo suyo que corta más que un grito.

Me giro despacio. La lluvia me pega el pelo a la cara y, aun así, lo miro con toda la rabia que me cabe en el cuerpo.

—¿Vienes a impedirlo?

Él da un paso más, sin perder ese gesto tranquilo que siempre me desesperó.

—No. Vengo a decirte que, si quieres cruzar, al menos espera a que la corriente no esté tan fuerte. Me molestaría tener que pescarte después.

Las palabras me atraviesan como una burla. Aprieto los puños hasta que los nudillos se me ponen blancos.

—Prefiero ahogarme que quedarme aquí.

Se queda quieto, con las manos abiertas como si quisiera mostrarme que no va a tocarme. Sus ojos, sin embargo, están fijos en mí, oscuros, burlones.

—Prefieres ahogarte que deberme nada —corrige, con esa media sonrisa torcida que siempre ha usado para disfrazar lo que siente.

La lluvia me entra en los ojos y no sé si tiemblo de frío, de rabia o de otra cosa. Porque sigue siendo él, porque incluso aquí, con mi vida hecha pedazos, me lanza frases como cuchillos y parece que todo le resbala.

Levanto la vista sin querer y tropiezo con él. Hasta ahora no lo había visto tan de cerca como si él mismo estuviera empeñado en mantener la distancia física conmigo.

Las cicatrices le recorren la piel, en la mejilla, en la ceja, en la frente… líneas que lo vuelven más salvaje. Fiero. Maldito. Hermoso de una forma irresistible.

—No te soporto. —Las palabras se me escapan como un escupitajo.

—Y sin embargo sigues mirándome —responde.

Siento cómo me arde el cuello. Giro la cara hacia el lago, pero sé que ya lo ha visto. Siempre lo ve.

—No te miro.

—Mientes fatal, Leigh. —Su voz se acerca, grave, burlona—. Deberías practicar más.

Miro sus manos. Una de ellas descansa en la empuñadura de la daga. La otra… me obliga a tragar saliva. El hueco donde falta la falange de un dedo es un recordatorio brutal de lo que no sé, de todo lo que vivió lejos de mí. Y aun así, se mueve con la misma seguridad que antes. Como si nada pudiera quebrarlo del todo.

Sus ojos azules, encendidos en la penumbra, me atrapan.

—Ya lo ves —dice, al notar mi inspección—. Más feo que antes. Aunque admito que el dedo no lo echo de menos. Nunca me sirvió

para nada útil.
Sonríe con esa maldita sorna, como si el dolor fuera un chiste privado.

Me muerdo el labio, furiosa conmigo misma por sentir el calor que me sube desde el vientre.

—No intentes hacerte el gracioso.

—No intento nada, Leigh. —Su tono baja, casi un murmullo—. Tú eres la que no puede dejar de mirarme.

—Tú lo has dicho, porque estás más feo. —Lo suelto como un látigo, aunque me tiemble un poco la voz.

Él ríe, esa risa baja que siempre me confundía; no sé si suena a amenaza, a caricia o a desafío.

—Entonces deberías apartar tus ojos de mí o te provocaré pesadillas esta noche.

—Ya me das pesadillas desde hace tiempo.

Su sonrisa se ensancha, lenta, descarada.

—Me halaga ocupar tanto espacio en tu cama, aunque sea en sueños.

Siento cómo me arde la cara.

—No he dicho eso.

—No hacía falta. —Da un paso más, y ahora lo tengo tan cerca que la lluvia que resbala por su barba me salpica la piel.

Aprieto los puños con tanta fuerza que me duelen.

—Ojalá te callaras.

—Ojalá —responde, con esa media sonrisa que siempre me desarma—. Pero entonces no tendría el placer de ver cómo ardes cada vez que abro la boca.

Me estremezco, no sé si por el frío o por la cercanía. Él está tan próximo que puedo oler el cuero húmedo de su chaqueta mezclado

con el humo que siempre parece seguirlo. Su sombra me cubre aunque no me toque.

—No me provoques —le advierto, con la voz rota en dos.

Kerran ladea la cabeza, y una gota de lluvia que cae de la ceja sigue la cicatriz hasta la barba..

—¿Qué? —pregunta, casi divertido—. Yo solo hablo. Eres tú la que tiembla.

—No tiemblo.

—Claro. —Su mirada baja, lenta, a mis manos apretadas, a mi respiración agitada—. Yo tampoco.

La rabia y la vergüenza me suben juntas como una marea. Doy un paso atrás, sobre la madera del muelle. Antes de que pueda corregirlo, su mano —la de los dedos completos— se levanta apenas, sin tocarme, como una advertencia muda.

—No des ni un paso más —dice, sin cambiar el tono, pero con un filo que me atraviesa.

Le miro, clavando la mirada en su pecho empapado.

—No voy a ca…

La madera cruje. Un segundo después, el mundo se vuelve agua. La tabla mojada cede bajo mi bota y caigo. El frío me muerde entera.

Un brazo me alcanza por instinto. Kerran también se ha arrojado al agua.

Me ahogo en la sensación de que me sostiene; me ahogo en otra cosa distinta: que lo necesito. Su calor choca con el agua que me hiela. Sus dedos se ciñen a mi costado con la tensión de alguien que no va a permitirme irme.

El muelle está sobre nuestras cabezas y la corriente nos golpea los costados.

—Agárrate a mí —gruñe junto a mi oído.

Lo hago. Rodeo sus hombros con mis brazos. Estamos pegados, jadeando, la lluvia cayéndonos encima como una cortina. El lago nos golpea, el muelle cruje.

—Nunca aprendiste a entrar con estilo —dice, entre dientes, con esa maldita sorna que ni el agua puede apagar—. Siempre saltas directa al barro.

Sin embargo, él pelea con la corriente, con la noche, conmigo.

Sombras corren por las tablas. Pasos, voces, manos. Broen y Altair se asoman al borde y sueltan cuerdas. Finn maldice mientras se arrodilla, estirando un brazo hacia nosotros.

—¡Coge esto, joder! —brama Broen, tirando de la cuerda con una fuerza que hace vibrar los pilotes.

Kerran engancha la cuerda a su muñeca con un gesto rápido, me aferra con la otra y gruñe:

—No te sueltes ahora.

La corriente nos zarandea, pero pronto noto manos tirando desde arriba. Una fuerza conjunta nos arranca del agua, primero a mí, luego a él. La madera del muelle golpea mi costado cuando me arrastran sobre las tablas.

Kerran cae a mi lado. Jadea, pero sonríe. Esa maldita sonrisa torcida.

Finn suelta un bufido y deja caer la cuerda.

—Por todos los demonios… —resopla, medio riéndose—. No sabéis hacer nada sin espectáculo, ¿eh?

Altair chasquea la lengua, con las trenzas empapadas.

—La próxima vez le prestas la barca y te ahorras el chapuzón.

Kerran se incorpora y me sujeta por la cintura de nuevo para ayudarme a levantarme.

—Suéltame —escupo, intentando que la voz no me tiemble.

Obedece despacio, pero no deja de sonreír.

—Claro. Ya sabes que me encanta salvar damas que no quieren ser salvadas. —Lo dice lo bastante alto para que todos lo oigan.

Finn suelta una carcajada.

—Y luego dices que no eres un caballero.

Lo tengo delante, alto, mojado. La lluvia le escurre por la barba, le resalta la cicatriz del pómulo como un tajo fresco y esa maldita voz grave se me mete en el esternón.

—Lo ves… —dice, su media sonrisa apenas un hilo de voz—. Sigues mirándome. Y yo sigo intentando no tocarte.

Y entonces, justo cuando el aire entre los dos se vuelve insoportable, una voz corta la tensión:

—¡Por el amor de Dios, estáis calados hasta los huesos! —Daena aparece al borde del muelle con una manta en los brazos. Sus ojos me recorren primero a mí, luego a él, y frunce el ceño—. Leigh, ven conmigo. Necesitas un baño caliente antes de que acabes con fiebre.

Me agarra suavemente del brazo y me aparta de su sombra.

Yo no protesto. No puedo. Todavía siento la mirada de Kerran en la nuca, clavada como una daga cuando me alejo de él.



La bañera todavía humea cuando salgo, envuelta en la manta áspera que Daena me dejó. El calor me ha devuelto algo de vida, aunque no borra el temblor que me sacude desde dentro. El agua no limpia la rabia. Ni el recuerdo de sus manos.

La puerta chirría sin aviso. Una mujer entra, alta, con la melena pelirroja trenzada y los ojos brillantes como brasas. Trae un fardo de ropa en los brazos y una sonrisa torcida que no llega a ser amable.

—Otra princesita —murmura, dejándolo caer sobre la cama improvisada—. A los Cuervos les gustan las causas perdidas.

La reconozco. Morna. La misma que en la mesa común se reía demasiado cerca de Altair.

—No soy ninguna princesita —respondo, sujetando con fuerza la manta en el pecho.

Ella se ríe, seca.

—Lo dirás tú. —Me examina como quien mide una oveja nueva en el redil—. Pero no eres como nosotras. Se te nota en la piel, en las manos.

Se cruza de brazos y me mira de arriba abajo, con descaro.

—Kerran quiere que hables con él en cuanto estés vestida.

La frase me deja helada.

—¿Para qué?

Morna se encoge de hombros.

—A mí no me cuentan nada. Solo supongo que has conseguido lo que viniste a buscar.

—¿Y qué es eso? —pregunto, con desconfianza.

Su sonrisa se afila.

—Su atención. Lo cual, créeme, es bastante inusual.

—No me interesa —respondo rápido, menos seca de lo que quisiera.

Ella suelta una risa corta.

—Ya, claro. Pero te lo diré igualmente. No es un hombre que se entretenga con mujeres. Ni siquiera con las que se lo ponen fácil. —Sus ojos se entrecierran, deslizándose por mí como un cuchillo—. Y,

créeme, he visto a muchas sentándose sobre su regazo buscando algo más que un asiento estable.

Me arde la piel bajo la manta, aunque ya no es por el agua caliente.

—¿Qué insinúas? —le suelto, con un filo que apenas esconde mi incomodidad.

Morna ladea la cabeza, divertida.

—Nada que no salte a la vista. —Da un paso hacia la puerta, pero antes de salir añade, con esa voz que sabe dónde clavar la espina—. Si Kerran te presta atención, no es porque quiera tu cuerpo. De esos tiene bastantes a su alcance.

Me cruzo de brazos, encogiéndome un poco más en la manta.

—Gracias por una información que no he pedido ni quería oír.

Morna arquea una ceja, divertida.

—Con un «gracias» bastaba, boba. Ya sabes, me gusta abrirle los ojos a quien viene con ellos cerrados.

—Pues búscate otro entretenimiento. Yo no necesito tus lecciones.

Ella se ríe, seca, sin apartar la vista de mí.

—Bueno, ya he hecho mi caridad del día. No te olvides de buscar a Kerran.

—¿Y dónde lo encuentro? —pregunto, harta.

Morna se cruza de brazos, ladeando la cabeza.

—Búscate la vida. Si de verdad quieres hablar con él, lo localizarás.

—Qué generosa eres.

—Un secreto entre tú y yo —dice, inclinándose hacia mí con una chispa peligrosa en los ojos—: la generosidad no sirve de nada aquí. La astucia, en cambio, te puede salvar la piel.

—Pues no te preocupes, de eso voy servida.

Morna se ríe otra vez, pero esta vez suena casi… satisfecha.

—Lo estoy viendo. Igual no eres tan princesita como parecías.

—Y tú igual no eres tan zorra como finges.

—Oh, no, cariño. Eso no es fingido.

Cierra de un portazo, y me deja con la piel ardiendo, sin saber si quiero estrangularla o darle las gracias.



Capítulo 9

«LEIGH»

Cuando termino de vestirme, echo a andar por los pasillos con la excusa de perderme; en realidad busco a Kerran. No porque quiera**,** sino porque aquí todo pasa por él.

El Refugio es una colmena de piedra y ecos: túneles que se abren en salas encajadas en la roca, hogueras que iluminan lo justo, sombras que se mueven como si fueran parte del lugar. Pregunto una vez, me ignoran; la segunda, recibo una mirada torva; a la tercera, uno de los hombres me señala con la barbilla hacia un corredor más ancho.

—Allí. —No añade más, como si nombrarlo fuera peligroso.

Las puertas son de madera burda encajada en los muros, reforzadas con hierro. Paso dos sin atreverme a mirar dentro. En la tercera, un chaval rubio, con más cicatrices que años, me dice que ahí. Que esa es la suya.

Trago saliva. Es ridículo sentir que estoy a punto de entrar en la boca de un lobo cuando fue él quien me mandó llamar. Pero la sensación es esa.

Empujo la hoja. La puerta chirría y se abre.

El calor me golpea primero: una hoguera encendida en el centro y un brasero junto a una bañera de madera humeante. Huele a jabón áspero, a madera y a humo. Una cama grande, una mesa cargada de mapas, una silla torcida contra la pared.

Y él. Dentro de una bañera.

Se pone en pie al instante, buscando instintivamente la daga que descansa sobre la mesa. El movimiento lo deja expuesto. Entero.

Me quedo helada. Él no.

—Tenías prisa —dice al fin, con esa voz grave, burlona, como si yo fuera la intrusa en mi propia desgracia—. Podrías haber llamado.

La daga brilla a medias, pero su mirada no necesita filo.

Yo intento no mirarlo. Lo intento de verdad.

Fracaso estrepitosamente.

La luz temblorosa del fuego se desliza por su piel húmeda, recorriendo cada línea de un cuerpo que parece cincelado para la guerra.

El agua resbala en surcos por sus pectorales, baja por el vientre firme como una piedra trabajada.

Bajo la línea de su abdomen, el vello oscuro guía la mirada hacia lo que me niego a mirar, y acabo mirándolo igual.

Su sexo, desnudo y desafiante, imponente. Una provocación en carne viva. Descarado, pesado, tan real que me deja seca la garganta. No hay nada pulido ni idealizado en él: es brutal, como si su cuerpo entero estuviera hecho para imponerse, para resistir, para arrasar.

Parece un dios desterrado, forjado en granito y fuego, que hubiera decidido habitar entre los hombres solo para recordarnos lo frágiles que somos frente a él.

No hay ni una gota de pudor en él, ni en su cuerpo ni en su forma de sostener mi mirada mientras el agua le escurre por las

caderas.

—¿Ya? —dice, arqueando una ceja—. Porque si quieres puedo girarme despacio para que no te pierdas nada.

La rabia me devuelve la voz.

—Eres un idiota.

Él sonríe, medio serio, medio burlón.

—Tal vez. Pero el idiota no es quien tiene la boca abierta ahora mismo.

Me arde la cara, y junto los labios de un tirón. Aun así no aparto los ojos. No puedo. Lo odio por eso.

—¿También quieres tocar?

La pregunta me golpea como un latigazo.
No es que lo diga con suavidad, ni con ternura. Lo lanza como un reto, como si quisiera arrancarme la máscara de orgullo de un tirón.

—Ni en tus sueños —escupo, aunque la voz me sale ronca.

Kerran ladea la cabeza, todavía sosteniendo la daga en una mano con esa maldita calma que me desquicia.

—Si sigues mirándome así no te creeré. —Se acerca un paso, sin molestarse en cubrirse.

Trago saliva. El aire se me atasca en la garganta.

—Te confundes si piensas que me impresionas.

—¿Impresionar? —ríe en voz baja, esa risa suya que suena como el filo deslizándose contra la piedra.

Apoya la daga sobre la mesa y se cruza de brazos, desnudo, desafiante y para eso estira el cuerpo hacia mí y alcanzo a oler el jabón y sentir el calor en la piel de su pecho.

—Yo no intento impresionar a nadie. Tú eres la que se ha quedado clavada.

Intento apartar la vista. Lo intento de verdad. Pero mis ojos regresan, atraídos a cada detalle: las gotas que resbalan por la cicatriz de su pecho, la tensión de sus músculos, la forma en que su sexo sigue ahí, pesado, arrogante, como si el pudor no existiera en su mundo.

Y entonces lo veo. Cómo cambia. Cómo empieza a engrosar, a erguirse, a volverse aún más imposible.

He oído susurros. Criadas que bromeaban a escondidas, amigas que se atrevían a decir que los hombres crecen como si fueran bestias en celo y yo misma lo intuí alguna vez en algo más que abrazos con él.

Pero una cosa es intuirlo y otra tenerlo delante, real, vivo, desnudo, alzándose con descaro bajo mi mirada. No hay aviso que prepare para esto.

Trago saliva, helada y abrasada al mismo tiempo.

—¿Qué… qué estás haciendo? —murmuro, sin darme cuenta de que me tiembla la voz.

Kerran ríe bajo, esa risa suya que araña y acaricia al mismo tiempo.

—Yo nada. Lo estás haciendo tú con tu mirada.

—Para. —Quiero sonar firme, pero la palabra me tiembla.

Él no se mueve. Solo se queda ahí, con el agua deslizándose por su piel y su erección alzándose descarada, como si quisiera probar hasta dónde me atrevo.

Él da un paso más, lento, seguro, como si el aire entre los dos le perteneciera.

—Siempre has sido muy curiosa, Leigh. —Su voz baja, grave, vibra en el pecho como un trueno contenido—. No puedes evitarlo, ¿verdad?

Su media sonrisa se afila.

—Vamos. Tócalo.

Mis labios tiemblan cuando le escupo lo único que puedo:

—Vete al infierno.

Él sonríe.

—Eso ya lo hice, Leigh.

Antes de pensarlo demasiado, mi mano se alza. Le planto la palma en el pecho, como si quisiera empujarlo lejos. La piel me arde bajo los dedos: firme, caliente, tensa. Él no se mueve. Ni un milímetro.

—¿Contento? —escupo, sin apartar la mano.

Su mirada baja, lenta, azul y cortante.

—Todavía no. —La chispa en sus ojos me sacude entera—. Estás demasiado arriba.

Nos educaron para la demora, pero aprendimos a encendernos con el roce. Él sabía cuándo parar y yo cómo pedir más sin decirlo.

Eso fue entonces.

Ya no se parece al hombre que contenía las manos a duras penas.

Y yo tampoco soy ya aquella muchacha virtuosa que sabía que debía esperar.

Ahora podría apartarme. Podría salir corriendo. Pero no lo hago. Porque algo en mí —orgullo, desafío, deseo— me empuja a bajar unos centímetros más.

Mis dedos rozan el inicio del vello húmedo, la cabeza de lo que late cada vez más fuerte erguido hacia su vientre.

El aire se me corta como si hubiera saltado al lago otra vez.

Lo rozo apenas, con la punta de los dedos, como si quisiera convencerme de que es real. Y lo es. Más real de lo que jamás

hubiera imaginado. La punta está enrojecida, húmeda, brillante en la penumbra, y de ella se desliza una gota a través de un orifico.

Las venas se marcan a lo largo del tronco, gruesas, tensas, y el peso de su sexo me intimida tanto como me atrae.

Bajo un poco más, y mis dedos rozan la piel más blanda de la base, las dos formas pesadas que caen como un recordatorio brutal de lo que tengo en la mano.

Un sonido me sacude. Un gemido bajo, ronco, escapándose de su garganta. Lo deja salir, grave, animal.

Yo jadeo, la mano aún quieta en torno a él, sin atreverme a moverla. Incrédula y avergonzada por lo que acabo de hacer.

—¿Qué…? —balbuceo, con la voz rota.

No me da tiempo a apartar la mano ni a pensar. De pronto su cuerpo entero se abalanza sobre mí.

El golpe de su pecho contra el mío me arranca el aire. Mi espalda choca con la piedra húmeda de la pared, fría, áspera, pero ni la noto porque él ya me devora y yo solo puedo sujetarme a los músculos de sus brazos.

Su boca se estrella contra la mía con la violencia de un hambre acumulada durante años. No hay aviso, no hay dulzura. Es un choque de labios que se abren a la fuerza, de dientes que rozan, de lenguas que se buscan con desesperación. Su sabor me inunda: humo, especias, un rastro salado de agua y calor humano que me enciende entera.

Kerran gruñe en mi boca, un sonido gutural que me sacude en lo más hondo, mientras su lengua invade la mía sin pedir permiso. Se enreda, me arrastra, me obliga a seguir el ritmo de un beso que no es beso: es una batalla, un asalto, una confesión hecha saliva.

Mis labios arden bajo sus mordiscos, pequeños, rápidos, desesperados. Me muerde como si quisiera asegurarse de que me

marca y después lame esa misma piel, mezclando dolor y alivio en un mismo trago.

Su erección, dura y caliente, se aplasta contra mi vientre a través de la ropa. La siento pulsar, viva, exigiendo, presionando como un arma que no sé si temo o deseo. Y él me aprieta contra la pared con todo el peso de su cuerpo desnudo, como si pudiera fundirme ahí mismo.

Me falta el aire, jadeo en su boca, pero él no se aparta. Me toma como si ese beso fuera lo único que lo mantiene vivo, como si casi dos años de silencio y rabia se hubieran destilado en este instante brutal.

Sus manos me sujetan la cara, los dedos hundidos en mi mandíbula, obligándome a sostenerle el beso, a rendirme a él.

Es un beso que hiere. Que sabe a rabia, a deseo, a los años perdidos.

Un beso que no sacia. Un beso que enciende.

Hasta que la razón me golpea en mitad del pecho.

Lo empujo con las palmas, la espalda ardiendo por la pared fría.

—¡Basta! —jadeo, la voz rota—. Esto no está bien.

Su frente sigue pegada a la mía, su respiración mezclada con la mía.

—¿Por qué no? —murmura, con los ojos ardiendo—. Ya nos hemos besado antes.

—¡Entonces estábamos prometidos! —escupo, temblando de rabia y de otra cosa que no quiero nombrar.

Él no parpadea.

—Nunca hemos dejado de estarlo, Leigh.

La frase me atraviesa como una lanza.

—¡Te fuiste! —grito, sintiendo cómo se me rompe la voz—. ¡Más de un año sin una palabra! ¡Me abandonaste! ¡Ya no soy tu prometida, Kerran!

Él aprieta la mandíbula. Hay rabia en sus ojos, pero también algo peor: dolor.

—Si no lo sientes así, dime entonces por qué me has esperado todo este tiempo —ruge, con esa voz que hace retumbar las paredes de piedra—. ¡Dímelo, Leigh! ¿Por qué no te casaste con otro?

Su respiración es un vendaval, su cuerpo tiembla de rabia contenida. Y yo… yo me muerdo la lengua antes de responder, pero las palabras se me escapan, desgarradas:

—¡No! Yo no te he esperado. Voy a casarme con Tavish. Se lo he prometido a mi abuelo.

El silencio que sigue es brutal. Kerran se aparta de golpe, como si le hubiera clavado un cuchillo en el pecho. Sus ojos me buscan, incrédulos.

—¿Te has prometido con él? —Su voz es baja, rota, más peligrosa que un grito.

Trago saliva.

—Aún no. Pero lo haré. Cuando vuelva.

Kerran ríe. No es una risa alegre, ni siquiera una risa burlona. Es seca, amarga, como un gruñido que le nace de la herida.

—Vaya —murmura al fin—. Así que el bueno de Tavish. Correcto, obediente, leal como un perro bien adiestrado.

Levanto la barbilla, intentando sonar firme.

—Y será mi esposo.

Él da un paso hacia mí, todavía desnudo, con esa fiereza que me arranca el aire. La cicatriz de su mejilla parece arder con la hoguera.

—No. —Su voz es grave, cortante, como un tajo en la piedra—. Tú eres mía.

La rabia me sacude entera.

—¡¡Ya no soy tuya!! —grito, con la garganta rota.

Kerran se queda inmóvil un instante, mirándome como si hubiera esperado esas palabras durante años. Y aun así, la chispa en sus ojos arde más fuerte.

—Claro que lo eres. —Su voz baja, ronca, me eriza la piel—. Lo eres aunque me odies, aunque me maldigas. Aunque jures lo contrario.

Me falta el aire. El pecho me golpea contra las costillas, desbocado.

Su respiración y la mía llenan la estancia como un tambor de guerra. La hoguera crepita, pero el aire es frío entre nosotros.

Yo me doy la vuelta de golpe. No puedo mirarlo ni un segundo más.

—No he venido a esto, Kerran. —Mi voz me sale rota, pero firme —. Sabía que era inútil esperar ayuda de ti.

Camino hacia la puerta. Mis dedos rozan la madera áspera y tiro de la argolla, cuando su palma empuja la hoja con un golpe seco para volver a cerrarla.

—No —dice a mi espalda, cerca, tan cerca que siento su aliento contra la nuca—. No te vayas.

Aprieto los ojos, pero no me muevo.

—Kerran… —murmuro.

Su mano sigue ahí, firme, bloqueando mi salida. Su voz baja, ronca, sin sombra de burla:

—Sí, voy a ayudarte, Leigh.

Trago saliva. No me atrevo a girarme.

—Los Cuervos lucharán por los MacKinley. Es lo que quería decirte. Mañana saldremos al amanecer. —Su tono es seco, decidido,

como si acabara de firmar un juramento con sangre.

Me quedo inmóvil, con la frente contra la madera húmeda, los ojos cerrados y el corazón dándome golpes como si quisiera escapar. Es lo que necesito oír, lo que llevo rezando por oír. Y, sin embargo, lo único que me provoca es un nudo en la garganta.

No respondo. Quisiera agradecerlo. No puedo.

Al final, su mano se aparta despacio. La puerta queda libre.

Camino sin mirar atrás, con los pasos resonando en la piedra como un juicio. Porque lo que ha prometido no es lo mismo que lo que he perdido.



Capítulo 10

«LEIGH»

El murmullo del agua se mete en mis oídos antes de notar la tela áspera contra los párpados cuando Kerran me ajusta la venda sobre los ojos.

—¿Es necesario? —murmuro, crispada.

—Normas del Refugio —responde él, cerca. Su aliento roza mi oreja—. Sin excepciones.

Sus dedos rozan apenas mis sienes al anudar, firmes, seguros, como si atarme los ojos fuera lo más natural del mundo.

—¿A gusto? —pregunta, con esa ironía que cala más que la lluvia.

—Muérete —respondo, seca.

Su risa baja me roza la oreja antes de apartarse. El sonido de botas y voces alrededor me confirma que no estamos solos. Finn silba, divertido.

—Veo que las cosas no mejoran entre vosotros.

Un empujón suave en la espalda me obliga a dar un paso adelante.

El eco de las voces se agranda, se encoje, como si las paredes se movieran con nosotros. Camino a ciegas, con la guía de una mano que me sujeta por el codo: firme, inevitable.

El muelle cruje bajo mis botas. Reconozco el sonido antes de que un cambio en el aire me indique que estamos en el borde. El agua respira ahí abajo, honda y oscura, y por un momento me siento una niña con los ojos tapados a punto de caer en un pozo.

—Cuidado —murmura Kerran, demasiado cerca. Su voz vibra justo detrás de mi nuca. Sus dedos bajan hasta mi cintura para guiarme—. Un paso más y estarás en la barca.

El contacto me enciende como una brasa. Odio depender de él. Odio cómo mi cuerpo reacciona igual.

—Mantente quieta —ordena—. Si caes al agua esta vez, no pienso saltar contigo.

—Nadie te lo ha pedido.

—No hace falta que lo pidas, Leigh. —Su tono se afila—. Siempre acabas arrastrándome.

Unas manos ajenas me sujetan por los brazos y me ayudan a descender. La madera húmeda se hunde bajo mi peso. El agua golpea suave contra los costados.

—Ya está —dice Altair, desde algún sitio frente a mí—. Ahora los enamorados al centro, que no se vuelque.

Las carcajadas de Finn me rodean. El banco cruje cuando Kerran se sienta a mi lado, tan cerca que el calor de su muslo atraviesa la tela de mi falda empapada.

La barca se sacude, los remos empiezan a cortar el agua. Oigo a los demás moverse en otra barca, murmullos y chasquidos de madera. Finn bromea sobre el desayuno, Altair le responde con una pulla, Colum manda callar.

El eco se vuelve más abierto. Sé que estamos dejando atrás la caverna, que el amanecer espera fuera.

Y aun así lo único que siento es el peso de él a mi lado, el olor a humo y jabón que todavía le queda en la piel. La venda, que me roba la vista, me obliga a reconocer la verdad: en esta oscuridad, solo lo tengo a él para no perderme.

Cuando por fin tocamos tierra, el olor a caballo, a cuero húmedo, me golpea con fuerza. Kerran me coloca de un empujón sobre una silla de montar, seco, sin delicadezas, y antes de que pueda ajustarme ya lo siento subir de un salto detrás de mí.

El aire se me corta. Su cuerpo me envuelve entero, el calor de su pecho rozando mi espalda, sus muslos fuertes a cada lado de los míos.

Su brazo me roza el costado cuando toma las riendas.

—Quédate quieta —ordena, tan cerca que casi siento la vibración en la piel.

—No me empujes tanto —murmuro, intentando sonar firme.

—¿Prefieres caerte? —responde con sorna.

El caballo se pone en marcha. Cada movimiento del animal me obliga a encajarme más contra él. Sus muslos se tensan a mi alrededor guiando al caballo.

—Me pregunto cuándo será mi turno —dice Finn con sorna—. Llevar a mi dama sobre mi montura con los ojos vendados.

Sé perfectamente que no habla solo de caballos.

—Seguro que ya lo has hecho, Finn.

—Sí, pero no con una que sea mía. —El comentario me atraviesa como un látigo.

—¡Yo no soy suya! —escupo, erguida aunque no vea nada.

—¿Lo oíste, Finn? —dice Kerran, inclinándose junto a mi oído—. No es mía. Se esfuerza mucho en repetirlo con tanto empeño que hasta parece que intenta convencerse a sí misma.

—Idiota —murmuro.

—Eso también lo repite mucho. —Su boca está tan cerca que me roza el lóbulo al hablar—. Diría que es tu forma de decir «te he echado de menos».

Me enciendo por dentro.

—En tus sueños.

—Precisamente ahí es donde lo dices más —replica, descarado.

Finn suelta una carcajada.

—Por Dios, Kerran, vas a perderla antes de llegar.

—No te preocupes —responde él, apretándome la cintura con un gesto que me hace contener el aliento—. No voy a soltarla tan fácilmente. Aunque patalee, grite o me llame idiota veinte veces más.

—Prefiero cabalgar en silencio y que me ignores

—Imposible. —Su voz se clava como un cuchillo suave—. No sabes lo difícil que es ignorar a alguien que se mueve tanto en mi regazo.

—¡Kerran! —protesto, con la sangre ardiéndome en la cara.

—¿Qué? Siéntate quieta y no tendré nada de qué quejarme.

—Me ignoraste más de un año entero.

—¿Ves? —dice Kerran, en tono casi pedagógico—. Está obsesionada conmigo. No habla de otra cosa.

Altair resopla entre carcajadas.

—Me pregunto quién de los dos acabará antes agotado.

—Yo no me agoto nunca —dice Kerran, descarado—. Ya lo sabes.

—No, tú no te agotas, solo agotas a los demás. —Le clavo el dardo sin pensar.

—Ah, maldita sea… —responde Colum, divertido—. Esto promete más que cualquier torneo.

—Juro que preferiría la venda tapando mis orejas para no tener que oírlo —me quejo.

Un rugido de risas estalla detrás. Finn silba, Altair aplaude dos veces.

Las risas se apagan poco a poco, tragadas por el golpeteo rítmico de los cascos sobre la tierra húmeda. El aire huele a bosque mojado, a amanecer que se abre entre ramas. Los demás cuchichean detrás, pero yo solo siento el calor sofocante de Kerran pegado a mi espalda.

—¿Sabes qué es lo peor de ti, Leigh? —su voz baja, casi ronca, imposible de ignorar.

—Que respiras el mismo aire que yo.

—No. —Una pausa. Su tono cambia, como si le pesara algo—. Que siempre creíste que podías engañarme.

Me tenso en la montura.

—¿De qué hablas ahora?

Siento su risa breve, sin humor.

—No sabes fingir ni un poco. Recuerdo aquella vez que te escondiste detrás del carro de grano con la cara y las manos manchadas de harina. Juraste que no habías estado robando bollos calientes de la cocina mientras Gertrur, la cocinera, buscaba al culpable a voz en grito.

Me muerdo el labio. Apenas tenía doce años.

—Eras un delator.

—Era un idiota que se guardó tu secreto y cargó con las culpas. —Su voz se endurece—. Aunque me llamaste traidor y me lanzaste una piedra por si acaso. ¿Qué clase de prometida ataca a su futuro marido con piedras?

—La que nunca pidió ese compromiso.

—Ni yo —responde Kerran, con un deje extraño en el tono—. Pero aun así me aprendí tus mentiras de memoria. Parpadeabas dos veces seguidas antes de soltar una.

Me muevo inquieta, queriendo negar, pero la venda en los ojos hace que cada palabra se clave más hondo.

Su brazo me aprieta con más fuerza contra él, sofocando mi intento.

—Cuidado, Leigh. —Su tono baja, grave, con esa sorna suya que me eriza la piel—. Si sigues frotándote así, voy a empezar a pensar que lo haces a propósito.

—Lo dices como si fuera mi culpa que el caballo me zarandee.

—Lo es. —Su tono se vuelve burlón, arrogante—. He estado más de un año practicando cómo no volverme loco y, créeme, lo estás echando todo por la borda.

Me arde el cuello.

—No me uses de excusa para tus desgracias.

—No, claro. Tú nunca eres la excusa. —Su risa profunda vibra contra mi espalda—. Tú siempre eres el motivo.

Me muerdo la lengua. No le daré la satisfacción de oír mi respuesta. Él lo nota. Siempre lo nota.

—Mira, hasta callada tienes más fuerza que muchos hombres con espada.

—Para. —Mi voz se rompe, aunque intento que suene firme—. No quiero oír lo que sea que estés insinuando.

Su silencio dura apenas un latido, lo justo para hacerme pensar que va a dejarlo estar. Pero no.

—Algún día tendrás que oírme, Leigh —murmura, áspero, como si cada palabra le desgarrara—. Entiendo que me odies. Pero al menos me debes eso.

Trago saliva, mordiéndome la lengua antes de soltar lo único que puedo:

—Ayúdame a salvar a mi clan de las garras de tu tío… y entonces quizás te escuche.

Él tarda un segundo en responder, pero cuando lo hace, su voz es un hierro candente:

—Hecho, Leigh MacKinley. Es un trato.



Capítulo 11

«LEIGH»

El sendero sigue el cauce del río Lyon con un bramido constante. El agua es oscura y rápida, golpea las piedras con espuma blanca y se abre en remolinos donde la corriente choca contra la orilla.

A la izquierda, la ladera se eleva abrupta, tapizada de abetos y robles húmedos, tan apretados que apenas dejan pasar la luz.

La bruma del amanecer aún se aferra al agua, y en algunos tramos parece que cabalgamos dentro de un túnel de niebla verdosa.

El caballo bajo nosotros sacude las orejas, inquieto, y noto cómo los muslos de Kerran se tensan contra los míos al guiarlo.

No necesito ver su cara. La rigidez de su cuerpo me lo dice todo.

—¿Qué ocurre? —murmuro, intentando que mi voz no tiemble.

Su respuesta me llega baja, rozándome el oído.

—No mires. Y, sobre todo, no hables más alto de lo que lo has hecho ahora.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Qué…?

—Nos siguen desde hace un rato. —Su brazo se tensa alrededor de mi cintura como si ya anticipara el golpe—. Cinco a la izquierda, ocho más detrás. Puede que alguno delante.

—Qué paseo tan animado —murmura Finn, rompiendo la tensión —. Si aparece un ciervo, alguno se mea encima.

Nadie ríe.

Kerran baja la voz junto a mi oído.

—Mantente recta, pero no mires a los lados. —Sus dedos me aprietan la cintura.

Altair levanta el arco sin decir nada, Colum lleva la mano a la empuñadura, Broen acerca su montura.

Entonces, el estruendo. Troncos recién cortados ruedan por la pendiente y bloquean el paso delante. El caballo se encabrita, Kerran lo controla con un tirón seco.

De entre los árboles surgen unos quince hombres, andrajosos, con barbas desaliñadas, ojos de hambre y desesperación. Llevan armas oxidadas, pero armas al fin.

Altair ya apunta. Finn suelta una carcajada seca.

—Por fin un poco de diversión. Pensaba que el único peligro de este viaje iba a ser escuchar a estos dos discutir.

—Bajad de las monturas —gruñe el más cercano, con un garrote al hombro—. Dejad los caballos y las armas y quizás sigáis respirando.

—Y a la mujer —añade otro, relamiéndose los dientes—. Hace tiempo que no vemos algo tan bonito.

El aire se me corta.

El brazo de Kerran me oprime contra su pecho, duro como hierro. Su risa baja, helada, me sacude entera.

—Mala elección de palabras.

Uno da un paso hacia nosotros, señalándome con el filo mellado de un cuchillo.

—Bájala de la silla.

El caballo de Kerran gira sobre sí mismo, bloqueando el paso con la fuerza de su cuerpo. La daga aparece en su mano como si hubiera estado allí desde siempre.

—Intenta tocarla —murmura, bajo y peligroso—. Y te arranco la mano antes de que parpadees.

Los hombres se tensan al ver el destello de acero. El del garrote escupe al suelo.

—Sois cinco contra quince, y nosotros no tenemos nada que perder.

Finn ríe por lo bajo, encajando mejor las riendas en la mano.

—Eso es mentira, siempre hay algo que perder. El orgullo, los dientes, la vida… Yo empezaría por la sonrisa, a ti te sobra.

Altair suelta la primera flecha. Silba como un látigo y se clava en el suelo a un palmo del pie del último forajido que ha hablado.

—La próxima no fallará —advierte con calma.

El silencio que sigue dura un latido. Después, uno de los forajidos se abalanza con un grito.

Todo estalla.

El primero que se mueve lo hace demasiado rápido. O demasiado lento.

La flecha de Altair lo clava contra el tronco antes de que levante el garrote. No hay aviso, no hay duda: un silbido, un golpe seco, y un hombre menos.

—Uno —dice Altair con calma, encordando otra flecha.

El resto se lanza con un grito torpe, mitad hambre, mitad rabia.

Finn desmonta de un salto y carga contra dos a la vez.

El caballo de Colum se adelanta, cortando la carga. Broen avanza sin decir una palabra. Su hacha corta el aire, seca, certera.

El cuchillo vuelve a señalarme. El hombre avanza, y yo me endurezco, lista para morder, patear, cualquier cosa. Pero Kerran no le da la oportunidad.

Lo siento moverse antes de verlo: su cuerpo se estira detrás de mí como una sombra, y en un latido ya está en el suelo, encima del atacante. La daga brilla en un arco breve, implacable. El grito del hombre se ahoga en su garganta.

Cuando Kerran se endereza, la mirada azul me golpea como otro filo.

—Te dije que no dejaría que la tocarais.

Mi aliento se corta. No es lo que ha hecho, sino cómo lo ha hecho. Sin dudar, sin un parpadeo, como si hubiera nacido para ser esa amenaza.

Otro le embiste por la espalda, pero Kerran gira sobre el barro como una sombra y lo derriba con la rodilla en el pecho. La daga sube y baja, una, dos veces, hasta que el grito se apaga en seco.

No hay vacilación. No hay misericordia. Solo movimiento, filo, sangre.

El río ruge al lado, el barro salpica bajo las botas, y entre gritos y golpes lo único que alcanzo a oír es su respiración, pesada, controlada, como si cada muerte fuera una cuenta más en un rosario que lleva grabado en la piel.

—¡Leigh! —La voz de Finn me saca del trance un segundo, mientras empuja a su oponente al agua—. ¡A cubierto, por Dios!

Uno de ellos me agarra del brazo desde el lado contrario, tirando de mí para arrancarme del caballo. No tiene tiempo de más: le clavo la punta de la bota en la cara con un golpe que le abre el labio.

—¡Maldita perra! —Tira de mí, con tanta brusquedad que me arranca del caballo. El suelo me golpea la espalda, el barro frío me corta la respiración. Un tirón seco en el pelo me arranca un jadeo de dolor. Lo veo encima de mí, los ojos oscuros brillando con una codicia asquerosa.

—Hace tiempo que no olía nada tan bueno.

Apesta a sudor y humo. Me sujeta con tanta fuerza que me cruje el hombro. Pateo, araño, muerdo, pero apenas consigo que suelte un gruñido.

Y entonces, lo oigo. Un rugido salvaje.

Cuando levanto la vista, Kerran ya está encima.

Su mano me arranca del brazo del forajido y me empuja detrás de él como si fuera una pluma.

Su daga describe un arco breve, implacable, y el grito del hombre se ahoga en la garganta.

Los Cuervos parecen otra especie.

Y yo lo miro a él.

Porque Kerran está delante de mí, el rostro manchado, los músculos tensos, la daga brillando con fuego y sangre. Parece un demonio desatado, una fiera que no entiende de treguas.

Y yo lo miro, paralizada, con un frío que me cala hasta los huesos.

Este no es Kerran Campbell.

Este hombre es un demonio, una fiera con los ojos ardiendo que ha peleado sin un temblor, sin un instante de duda, como si la muerte no le pesara en las manos.

No puedo creer que hace un momento me plantara delante de él sin miedo, desafiándolo como si lo conociera.

Como si no hubiera sido capaz de matar a su propio padre para librarse de mí.

Cuando los últimos de los atacantes escapan, Finn se limpia la hoja en la manga como si fuera un gesto habitual y suelta una carcajada baja, corta, que intenta romper la tensión y apenas la rasga:

—Bien, señores, hemos tenido emoción matinal. ¿Alguien trae desayuno?

Altair recoge una flecha del barro y la vuelve a guardar sin mirar a nadie, como quien vuelve a colocar lo que siempre tuvo bajo control. Colum y Broen hacen el recuento con dos miradas, secas, eficientes: cuerpos, armas, un par de caballos nerviosos. En sus rostros no hay sorpresa, solo el costado frío del oficio.

Kerran está de pie junto a mí, respirando despacio. La daga brilla con reflejos que no son del fuego; la pasa por la tela de una de las camisas de los muertos y la hoja deja un surco negro de barro y sangre.

Lo observo hacer eso me sorprende cuánto intento no mirarlo, mientras se mueve con la calma de quien vuelve a guardar lo que fue necesario soltar. Cuando acaba, esconde la daga en su bota y, sin prisa, se acerca.

—Ven —murmura apenas—. ¿Te ha hecho daño?

Deshace los cordones que sujetan mi moño con movimientos rápidos, sin miramientos. El nudo cede y mi melena cae en cascada sobre los hombros, húmeda y rebelde, liberando un olor a lluvia y tierra que me deja extrañamente desnuda.

Sus dedos tocan mi cuero cabelludo donde aún duele el tirón del hombre. No hay poesía en el gesto, sino una eficacia que lo vuelve íntimo, casi imperceptible. Mi pecho se tensa.

—Deberías taparte la cara con la tela otra vez —dice, medio en broma, medio en serio—. No podemos permitir que tus encantos nos retrasen.

—No tiene ninguna gracia —le lanzo, sin apartar la vista de él.

Sus labios se curvan apenas, esa media sonrisa que no sé si odio o me sostiene. Me sujeta un mechón húmedo y enredado entre los dedos, como si buscara comprobar que no me he roto.

—Bien. —Su voz es baja, grave, como si hablara solo para mí—. Te prefiero enfadada, que callada y blanca como el papel. —Una pausa breve, peligrosa—. Igual un día hasta me sonríes.

Respiro hondo, todavía con el barro pegado a la espalda y la sangre ajena demasiado cerca. Mi voz me sale áspera, pero firme:

—Si lo hago, preocúpate. Seguro que estoy tramando algo.

Él deja escapar una risa baja, esa que me enerva porque parece que me conoce más de lo que debería.

—Entonces rezaré para que nunca dejes de tramar.



Capítulo 12

«LEIGH»

La senda se estrecha cada vez más hasta convertirse en un simple rastro entre arbustos. Kerran desmonta primero, examina un risco cubierto de musgo y da una seña breve.

—Pasaremos la noche en esta cueva.

Los demás obedecen sin discutir. Altair guía a los caballos río arriba, donde el agua baja con más calma para abrevar. Finn silba entre dientes.

—Un palacio, vaya. Con techo de piedra y decoración de murciélagos.

La cueva no es más que una hendidura en la roca, amplia, húmeda, con un arco bajo que la protege de la lluvia. Dentro huele a tierra mojada y a hoguera vieja, como si hubiera guardado fuegos apagados de otros fugitivos antes que nosotros.

Me rodeo los hombros con la manta que Broen me lanza sin decir palabra. El frío de la piedra se cuela bajo la falda y me recorre las piernas, cubiertas por medias de lana hasta los muslos, recordándome que hace apenas unas semanas, cuando viajé sola

hacia Dùn Fhionnlaigh, me detenía cada noche en posadas iluminadas, con camas de paja seca y un cuenco de sopa caliente.

Ellos no tienen nada de eso.
Viven en los márgenes, entre riscos y cuevas, vigilando cada sombra como si fuera un enemigo.

Kerran arroja un par de ramas al suelo y empieza a hacer un pequeño fuego, con la calma de quien repite un gesto aprendido hasta el cansancio. Sus manos, aún manchadas de barro seco, parecen tan firmes como cuando blandía la daga minutos atrás.

Finn se deja caer contra la pared, exhalando.

—A ver, ¿quién comparte manta conmigo? —Su sonrisa apunta en mi dirección.

Kerran ni levanta la vista.

—Prueba con Broen.

El silencio que sigue hace que incluso yo suelte un resoplido breve. La chispa prende al fin en la yesca, y la primera llama ilumina las paredes húmedas.

—No os sentéis todavía —gruñe Colum—. Primero las armas. No quiero óxido mañana.

Finn resopla teatral.

—Yo creí que íbamos a cenar, no a trabajar en la herrería.

—Cierra la boca y limpia esa hoja antes de que se te pudra en la funda —replica Broen, seco.

—Y luego, al río —añade Colum, señalando a Finn con la barbilla —. Hueles como un ciervo muerto.

Finn sonríe, lanzándome una mirada descarada.

—Lo que quiere decir es que soy demasiado irresistible y teme que lo devoren los lobos.

Kerran ni siquiera levanta la vista.

—Vamos antes de que te ahogue yo mismo.

—No —digo de golpe, y todos se giran hacia mí.

—¿No? —pregunta Kerran, arqueando una ceja.

Me enderezo, apretando la manta contra mi cuerpo.

—Yo iré primero. También quiero lavarme.

—No te preocupes —replica Finn, levantándose con un salto—. Te escoltaré yo, y de paso enseño estos encantos.

Kerran se pone en pie al instante. La sombra de su cuerpo tapa la luz del fuego.

—No. —Su voz corta como un tajo—. Voy yo.

Finn arquea una ceja, divertido.

—Ah, la posesividad de los Campbell. No sé cómo no lo he notado antes.

—Si te acercas, te lavo yo. —Saca la daga de la bota y la limpia en el dobladillo de su tartán sin prisa—. A navaja.

Altair alza una ceja con una sonrisa.

—Qué delicadeza la tuya, conde.



El arroyo serpentea junto a la entrada de la cueva, apenas un hilo de agua que en algunos tramos se ensancha en charcas poco profundas. El agua es cristalina, helada, corre sobre piedras lisas y musgo.

No es un río ancho para nadar, sino un arroyo de montaña: suficiente para sumergir los brazos, mojarse el rostro o incluso hundirse hasta la cintura si uno se atreve.

Camino con la manta apretada al pecho, sintiendo a Kerran pisándome los talones.

—No hace falta que vengas. —Lo digo sin girarme.

—Y dejarte sola en un valle donde acabamos de rebanar gargantas. Claro. —Su voz áspera me sigue, pegada a la nuca—. Date prisa.

Cuando por fin llegamos al borde, me giro y lo señalo con la barbilla.

—Gírate —le ordeno. No se ha separado de mí ni un paso.

—Como quieras. —Se vuelve despacio, aunque su tono arrastra burla—. Aunque si gritas, tardaré más en hacerme el sordo que en volverme a mirar.

—Imbécil.

Me descalzo primero, dejando las botas y las medias en la orilla. El barro frío se mete entre mis dedos mientras me deshago de la falda empapada y la cuelgo en una rama, temblando por el contraste.

La camisola se me queda pegada a la piel.

Me subo el dobladillo hasta los muslos para poder agacharme y sentir el río. El aire helado me muerde los muslos desnudos.

Me inclino sobre el cauce y dejo que la corriente me salpique los brazos. El agua está tan fría que me arranca un gemido ahogado, pero sigo, frotándome el cuello, la nuca, y después deslizo las manos por los hombros para bajar la camisola.

La tela se descuelga, dejando al aire mis clavículas y parte del pecho. Echo agua sobre la piel caliente, jadeando cuando el frío me corta la respiración. Gotas heladas bajan por mi escote, resbalan por mi pecho hasta perderse en la tela mojada.

Y entonces, el estruendo. Un grito largo, desaforado, rompe la calma.

—¡Por las barbas de San Columba! ¡Está helada!

Es Finn, que aparece sin un hilo de ropa, lanzándose de cabeza al agua con un chapoteo que me salpica entera.

Las carcajadas rebotan en la roca cuando saca la cabeza, sacudiéndose el pelo empapado.

—¿Qué pasa, Lady MacKinley? —me lanza desde otro pozo del río, los músculos tensos y brillantes—. ¿Nunca ha visto carne antes de la cena?

Detrás de él, Altair se zambulle sin hacer un comentario, solo un gruñido ronco al sentir el agua helada. Broen se agacha para lavarse los brazos, sin más ceremonia, y Colum se mete hasta las rodillas como si nada. Para ellos no hay pudor, ni malicia: solo costumbre. Soy yo la intrusa.

Me giro al instante, con los hombros aún mojados y las mejillas encendidas. Mis manos intentan subir la camisola, pero el tejido se pega y no sube lo bastante deprisa. El frío y la vergüenza me inmovilizan un segundo y me encuentro cara a cara con Kerran, que también me mira de frente.

—Si sigues girando la cabeza con tanta brusquedad, te vas a desnucar —murmura burlón.

Pero luego, sus ojos bajan despacio desde mis hombros desnudos al escote insinuado bajo la tela traslúcida, luego a mi vientre húmedo y más abajo, a los muslos al descubierto. Su mandíbula se tensa, la sombra azul de sus ojos arde en la penumbra. El silencio se me clava en la piel más que el agua helada.

De pronto, su voz estalla como un látigo:

—¡¡Finn!! Mantente alejado. Si se te ocurre acercarte a ella, te quedas sin el trozo de carne del que tanto presumes.

Finn ríe, levantando las manos en gesto inocente.

—Oh, no te preocupes, hermano. Nunca podría competir contra ti.

—Por supuesto que no —añade Altair desde el agua, divertido—. Nadie podría. Además, lo suyo lleva sangre azul.

—Bah, a mí también se pone morado.

Las risas se mezclan con el chapoteo y el rugido del río. Yo, en cambio, no sé qué me enciende más: sus comentarios, la vergüenza de tanta carne desnuda alrededor… o la forma en que Kerran no aparta su sombra de mí, como si mi propia respiración dependiera de la suya.

—Si quieres, puedo ayudarte a lavarte—lanza Finn desde el agua, con una sonrisa lobuna—. Dicen que frotar la espalda es muestra de hermandad.

—Acércate y probarás hermandad con la hoja de mi espada —responde Kerran, seco.

Las risas vuelven, pero yo apenas respiro.

Kerran se suelta el cinturón con un gesto brusco, y el kilt húmedo se abre como un ala oscura antes de caer sobre la piedra. No hay vacilación ni pudor. Solo la calma de quien lleva la intemperie tatuada en la piel.

Se agacha junto al agua, en cuclillas, y toma un cuenco invisible entre las manos. El agua helada le escurre por el pecho en un movimiento lento, implacable, dibujando los músculos tensos, las sombras en su abdomen, la cicatriz que le cruza el costado como una firma grabada a fuego. La luna, alta y blanca, acaricia cada gota que resbala por él.

Yo debería apartar la vista. Dios sabe que debería. Pero mis ojos se quedan ahí, fijos. En la curva de sus hombros, en la espalda poderosa que se arquea al inclinarse… y más abajo.

Su sexo pendula con naturalidad entre sus muslos, pesado, expuesto, sin un atisbo de vergüenza.

El movimiento es tan crudo, tan masculino, que un calor súbito me sube desde el estómago hasta las mejillas.

Trago saliva, girando el rostro a toda prisa, aunque ya me ha visto.

Su risa baja me alcanza como una caricia envenenada.

—Vaya, vaya… —su voz se arrastra, burlona, pegándose a mi piel —. Y yo que pensaba que la dama quería intimidad.

Aprieto los brazos contra el pecho, furiosa.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Lavarme yo también —responde con total calma, como si no hubiera nada indecente en mostrarlo todo bajo la luna—. Estás tardando mucho y necesito descansar.

Le sostengo la mirada, la ironía me sube a los labios antes que la vergüenza.

—¿Y era necesario exhibirte como si fueras la ofrenda principal de un banquete?

Kerran ladea la cabeza, divertido, sin dejar de pasarse el agua por el cuello.

—¿Exhibirme? —Su sonrisa ladeada me atraviesa como un cuchillo—. Entonces mirabas más de lo que quieres admitir.

—Mirar y disfrutar no es lo mismo —replico, seca, aunque la sangre me arde en la cara.

—Lo sé. Créeme. Pero eso podemos arreglarlo, si quieres.

Da un paso hacia mí y, de pronto, su cuerpo ocupa todo el espacio. Se planta delante, alto, ancho, bloqueando con su sombra la visión de los demás. El agua le escurre todavía por el pecho, brillante bajo la luna, y su proximidad oprime el aire.

—Quédate ahí —murmura, sin apartar los ojos de los míos—. Ahora nadie más puede verte.

—Excepto tú —apostillo con la respiración acelerada.

—Solo yo, sí.

Su mirada desciende sin pudor por mi cuerpo y me quema. No es un vistazo rápido, ni siquiera una insolencia: es hambre.

Recorre mi piel como si me desvistiera capa a capa, sin dejar un rincón sin reclamar. Baja despacio, de mis clavículas empapadas al escote marcado por la tela mojada, más abajo, al vientre desnudo, a los muslos expuestos. Su respiración se acelera con la mía.

Sabe lo que está haciendo. Sabe que lo veo.

—¿Ya has tenido suficiente? —le lanzo, intentando sonar firme aunque la voz me tiemble.

Su mandíbula se tensa, los dedos aún mojados cerrándose en puño como si se contuviera.

—No. —Su voz es ronca, áspera, peligrosa.

El aire se me atasca en la garganta. Su cercanía me atrapa. Ocupa el espacio como si fuera suyo, como si yo también lo fuera.

—Deja de mirarme como si… —empiezo, sin poder acabar.

—Como si te deseara. —La interrupción me corta el aliento. No sonríe esta vez. Su mirada es puro fuego, descarada, brutal—. Porque lo hago, Leigh. Y no pienso disimularlo.

No hace falta que mire abajo. Su erección roza el espacio entre nosotros con una contundencia imposible de negar. Él tampoco lo intenta.

Mi corazón golpea contra las costillas.

—No te confundas —logro decir, aunque suena más a súplica que a advertencia.

Su media sonrisa se curva, tensa, peligrosa.

—Créeme, Leigh. No hay nada confuso en lo que quiero ahora mismo.

El silencio entre nosotros se espesa, cargado, tan denso que siento cada pulso suyo retumbando en mi piel. Su mirada me sostiene, implacable, como si pudiera desnudarme solo con ese azul

encendido.
Su pecho aún gotea, el agua resbalando en surcos hasta perderse más abajo. Demasiado abajo.
Me arde la garganta de tanto contener el aire. Él no se mueve, no retrocede. Y yo tampoco.

Un chapoteo rompe la quietud. Altair resopla desde el agua, su voz ronca atravesando la noche:

—¡Vamos ya, demonios! —gruñe—. Se me están congelando las pelotas.

Las carcajadas de Finn estallan al instante, seguidas del bufido resignado de Colum y del gruñido breve de Broen.

El hechizo se rompe. El aire vuelve a entrarme en los pulmones de golpe, como si hubiera estado al borde del ahogo.

Kerran no aparta la mirada, pero su sonrisa vuelve, torcida, descarada.

—Ya lo has oído. —Su voz baja vibra contra mí—. Otro día seguimos.

Se da la vuelta con la calma insolente.

Y yo sigo temblando, incapaz de saber si es por el frío del agua… o porque un demonio acaba de confesarme, sin pestañear, que me desea.



Capítulo 13

«LEIGH»

El fuego apenas logra morder la humedad de la cueva. Las sombras suben y bajan por la roca como bestias cansadas. Estoy tumbada de lado, con la manta hasta la barbilla, intentando no pensar en el frío.

Me muevo un poco hacia el fuego, buscando calor. El suelo es duro, la manta insuficiente. Y, de pronto, otra figura se mueve a la vez. El hombro que roza mi hombro no es de lana, sino de carne.

Me sobresalto y giro la cabeza.

—Podías dejar un poco de espacio.

Kerran no se aparta. Su voz baja vibra contra mi espalda.

—Podías dejar de moverte como una anguila.

Contengo la sonrisa, aunque se me escapa en el aire frío. Y entonces me doy cuenta de que ya estoy pegada a él. Su hombro firme está contra el mío, su muslo junto al mío bajo las mantas y el calor que nace de esa fricción me recorre más que el fuego.

—Pues… ahora no pienso moverme —digo, medio en broma, medio en serio.

Él suspira, un sonido ronco que me hace cosquillas en la nuca.

—Lo sabía. Siempre acababas encima de mí sin darte cuenta.

—¿Cuándo? —arqueo una ceja, aunque no me giro.

—¿Quieres que empiece la lista? —Su tono arrastra burla. Pausa breve, peligrosa—. El establo.

El calor que me sube a las mejillas no tiene nada que ver con la hoguera.

—Eso no cuenta.

—¿No? —Su voz se acerca, tan baja que la siento más en la piel que en los oídos—. Te recuerdo sentada sobre mí, tus muslos bajo mis manos y cómo te rozabas contra mi…

El aire se me atasca en la garganta.

—Tú eras el que lo hacía.

—Yo era el que estaba a punto de perder la cabeza —responde, sin rastro de ironía. Una pausa breve, casi avergonzada—. Me humillé yo solo, frotándome contra ti como un chiquillo.

Me río por lo bajo, nerviosa.

—Eso sí que es un recuerdo glorioso.

—Glorioso y doloroso. —Su tono es medio risa, medio herida—. No sabes lo que me costó no seguir.

El silencio entre los dos se espesa. Mi pecho sube y baja más rápido, pero mi lengua no se queda quieta.

—Seguro que en este año y medio has podido hacerlo en otros brazos.

Kerran se queda quieto. Muy quieto.

—No.

La rotundidad de esa palabra me atraviesa. Giro un poco el rostro, buscando sus ojos en la penumbra.

—No me lo creo.

—Sigo siendo un imbécil con la virginidad intacta, como un monje.

—Me tomas el pelo.

—¿Desde cuándo estamos prometidos? ¿Los trece años? ¿Los catorce? —Su mandíbula se tensa, pero no aparta la vista—. ¿Y se suponía que debía acostarme con otra cuando ya tenía prometida? Tenía que conformarme con lo que tú me dejabas hacer… y créeme, me bastaba.

Me atraganto con mi propia respiración.

—¿Y en todo este tiempo… tú no? —pregunto, la voz apenas un hilo.

—No, Leigh. —La firmeza con que lo dice me sacude—. Aunque no lo creas, soy leal y mi lealtad es solo tuya.

Me arde la garganta. Su confesión me golpea con más fuerza que la pelea de esa tarde, que la sangre, que la daga.

Él ladea la cabeza, su sombra azul encendiéndose.

—¿Es que tú… con Tavish…?

—No, claro que no —respondo enseguida, con un nudo en la garganta.

Él se inclina hacia mí, su sombra cubriéndome por completo.

—¿Y le has dejado meter la mano bajo tu falda?

—¡No! —la protesta me sale demasiado alta, demasiado viva. Me estremezco—. Él y yo… No, claro que no.

Sus labios se curvan apenas, en esa media sonrisa que corta y cura a la vez.

La intensidad en su mirada me ancla, como si no existiera nada más que esa pregunta, esa respuesta, ese fuego entre nosotros.

Su media sonrisa no se desvanece. Si acaso, se ensombrece, como si un recuerdo lo arrastrara también a él.

—No sabes lo que daría por volver a aquel establo —murmura, y su voz vibra grave, cargada de deseo—. Tenías el pelo revuelto, los labios hinchados de tanto morderlos… y yo debajo, jadeando como un perro hambriento mientras tirabas de mi cabello para besarme sin dejarme respirar.

La manta me quema de golpe. Mi pecho sube y baja demasiado rápido.

—Kerran… —su nombre me sale entrecortado, como una súplica.

Él no se detiene. Baja un poco más la voz, tan áspera que me eriza la piel.

—Recuerdo el calor de tus muslos apretando los míos, tu falda fuera del camino y cómo me rozabas con fuerza, empapada, frotándote contra mí como si quisieras arrancarme el alma. Y yo, maldito idiota, creyendo que con no empujarte más, con conservar la ropa puesta, ya estaba siendo un caballero.

Me estremezco. La imagen es tan vívida que la siento en el cuerpo.

—Te encantaba, Leigh. —Su respiración me roza la sien, su boca demasiado cerca—. Lo sé porque gemías contra mi oído como si quisieras que todo el maldito establo supiera que estabas a punto de morirte de placer sobre mí.

Mi vientre se contrae con violencia. Cierro los ojos, intentando negar lo que me sacude por dentro, pero mis manos aprietan la manta como si pudiera esconderme en ella.

Él ladea la cabeza, acercando sus labios aún más.

—Lo disfrutaste —dicta sentencia, antes de que pueda negarlo. Su voz es baja, implacable—. Lo sentí en cada sacudida de tu cuerpo, en cada maldito temblor contra mí.

El aire me falta. No puedo mentirle. Y él lo sabe.

Su rodilla roza la mía bajo la manta, un contacto tan leve que me estremece como si fuera un golpe. Trago saliva, la garganta seca, y

me obligo a replicar:

—Y si lo hice… ¿qué más da? —susurro, más afilada de lo que pretendía, aunque la voz me tiemble.

Su sonrisa se ladea, peligrosa, y se inclina aún más, hasta que el calor de su aliento me acaricia la piel.

—Si me dejas, haré que lo disfrutes otra vez.

Su rodilla sigue presionando la mía, su aliento me quema la piel. Estoy a un suspiro de ceder, de rendirme. Y lo odio.

—¿Y luego qué? —Mi voz me sorprende, quebrada, pero afilada —. ¿Volverás a marcharte sin una palabra? ¿Dejarás que otros hablen por ti mientras yo me pudro sin saber por qué?

Él se queda inmóvil. La media sonrisa desaparece.

—Leigh…

—Dime la verdad. —La garganta me arde, pero no aparto la mirada—. ¿Es cierto que le dijiste a tu padre que no te casarías conmigo?

El silencio se abre entre nosotros como una grieta. Por un instante pienso que lo negará, que inventará algo. Pero sus ojos azules no se apartan de los míos.

—Sí.

El mundo me golpea con esa palabra. Me duele más que cualquier daga, más que el barro, más que la sangre de esta tarde.

—Tenía un motivo —añade deprisa, como si pudiera vendar con palabras lo que ya sangra.

—No quiero escucharlo. —Me giro, dándole la espalda, apretando la manta hasta los nudillos blancos—. No hoy. Ya he tenido suficiente cuota de dolor con esa afirmación. Ahora no soy aquella muchacha ciega que aguardaba cada gesto tuyo como si fuera el sol que salía por la mañana.

Kerran traga saliva, sus facciones tensas, como si quisiera protestar, pero no lo hace. Solo asiente despacio.

—De acuerdo. Cuando todo acabe, lo escucharás.

Cierro los ojos, y un nudo me sube hasta la garganta.

—Hubo un tiempo en que te lo habría dado todo, Kerran —susurro—. Hasta mi último aliento. Pero ahora… ahora lo único que tengo es este muro. Y si lo bajo demasiado pronto, me destruye.

Él se queda quieto, la respiración contenida a mis espaldas. Y yo sé que me mira, que la daga de sus propios silencios lo corta tanto como a mí.

—Además —añado, casi en un susurro, pero con firmeza—, le prometí a mi abuelo que me casaría con Tavish. No puedo permitirme esa clase de intimidad con otro hombre.

La frase se queda flotando entre los dos. Y luego le oigo reír. Una risa baja, sin humor, más herida que sarcástica.

—No me jodas, Leigh.

Me giro, dolida por el tono, pero sabiendo que lo he provocado.

—No lo dije para ofenderte.

—¿Ah, no? ¿Entonces para qué? ¿Para clavarme una estaca justo después de decirme que no quieres oír mis razones?

—Hasta donde yo sé, Kerran, yo fui quien te encontró. Si tenías razones podías habérmelas contado antes. Pero tú… tú no has movido un solo dedo por saber cómo estoy, por saber qué ha sido de mi vida o darme explicaciones.

Él se queda helado, con la mandíbula tensa, como si mis palabras lo hubieran atravesado más que cualquier daga.

—No me buscaste —continúo, bajando la voz, casi un susurro—. Nunca. ¿Y ahora sí quieres que te escuche?

El silencio que sigue pesa más que la humedad de la cueva.

Kerran se inclina hacia mí, el fuego reflejado en sus ojos encendidos.

—¿De verdad crees que hubiera permitido que te casaras con otro sin oponerme? ¿Que me habría quedado escondido mientras tú te entregabas a Tavish? Lo hubiera impedido incluso con medio país persiguiéndome.

La rabia en su voz me sacude, pero el dolor me enciende más que sus palabras.

—¡Es lo que has hecho! —mi voz me sorprende, rota y afilada—. Te negaste a casarte conmigo, te largaste sin una palabra, no diste señales de vida en más de un año. Y ahora vienes a hablarme de permisos y de promesas.

—Tenía mis razones.

—¡Perfecto! —le corto, las manos apretando la manta hasta doler —. Tienes tus razones. Pero yo también tengo las mías para hacer con mi vida lo que me da la gana.

Sus ojos azules me taladran. Se inclina más, su sombra cubriéndome.

—Por encima de mi cadáver, Leigh. No vas a casarte con él. Nos pertenecemos y lo sabes, joder.

—No lo sé, Kerran. Lo único que sé es que no estabas. —Le sostengo la mirada, aunque me tiemble la voz—. Y cuando una no tiene respuestas, acaba construyendo muros.

Su respiración se acelera, la rabia y la culpa se le enredan en la garganta.

—Es bueno saber —murmura, con un filo de amargura— que, si no te hubieras topado conmigo, habrías acabado con Tavish.

—¡Claro que sí! —le devuelvo, la voz me tiembla pero no retrocedo—. Si no hubiera encontrado a los Cuervos, ni siquiera sabría que sigues vivo. ¿Qué se suponía que debía hacer, esperar sentada como una idiota?

Él me mira como si quisiera sacudirme y besarme a la vez.

—Yo tampoco sé qué se supone que debía hacer, Leigh —dice con ira—. Pero nunca, ni un solo día, dejé de pensar en ti y sí, fui a buscarte, en muchas ocasiones. Iba a Dùn Fhionnlaigh me escondía cómo podía. Te vi caminar con tu abuelo, recogiendo flores con tu prima. Te vi reír. Te vi llorar. Y me quedaba ahí, como un desgraciado, porque acercarme solo hubiera arruinado tu vida.

El golpe me deja sin aire.

—¿Me observabas…? —La rabia me sube, caliente, desgarradora —. ¿Me dejaste pudrirme creyendo que me habías abandonado, mientras tú me mirabas desde las sombras?

—No lo entiendes… —se incorpora un poco, la voz rota—. Verte era lo único que me mantenía cuerdo.

—¡No, Kerran! —Mi grito retumba en la cueva, más fuerte que el fuego—. Me rompía el alma no saber de ti. Cada día. Cada noche. Y ahora me dices que estabas tan cerca… y preferiste callar.

Él cierra los ojos, como si mis palabras fueran un hachazo.

—¡Tienes razón! Me equivoqué, Leigh. Me equivoqué del todo. Pero creí, iluso de mí, que me conocías lo suficiente para entender que no te haría daño sin una buena razón. Creí que me esperarías mientras se calmaban las cosas.

Me río, amarga, aunque la garganta me arde.

—Dime, Kerran, ¿cómo se espera a alguien que nunca escribe, que nunca aparece, que deja que el mundo entero me convenza de que no era suficiente para él?

Él se inclina hacia mí, el pelo cayéndole sobre la frente, la mandíbula tensa.

—Creí que te protegía —susurra al fin, la voz ronca, casi un ruego—. Creí que al mantenerme lejos te salvaba. Pero cada vez que te veía, tenía que tragarme las ganas de arrancarte de allí y llevarte conmigo.

—Y mientras tanto yo me iba rompiendo. —Le corto—. Un día tras otro. Cada rumor, cada mirada, cada vez que mi abuelo me repetía que debía seguir adelante, que debía olvidarte. Y yo tragando. Convenciéndome de que ya no existías.

—Leigh…

—Ni siquiera podemos hablar cinco minutos sin clavarnos cuchillos. —La rabia y la tristeza se mezclan en mi voz—. Ya no soy aquella que te esperaba en la ventana como una idiota. Y tú tampoco eres el muchacho que sonreía como si el mundo no pudiera con él.

Su respuesta me corta, seca, pero no retrocede.

—No, en eso tienes razón. —Su voz suena como una roca contra otra, quebrada—. Ya no soy ese. Soy peor. Más oscuro. Pero tú sigues siendo lo único que me enciende, Leigh. Lo único que me arrastra de vuelta a la vida aunque me odies.

No quiero escucharlo, y aun así me atraviesa. Mis dedos se crispan, pero mi cuerpo, traidor, se acerca otro centímetro al suyo, como si el calor que desprende pudiera cerrar esta herida.

Su mano, tibia, roza apenas mi codo bajo la manta. No la aparta, no me agarra, pero está ahí.

Él avanza un poco más, hasta que nuestros hombros vuelven a rozarse, hasta que su calor se impone sobre el frío.

—Me odias —repite como si necesitara confirmarlo, tan cerca que siento su aliento en la sien.

—Te odio —miento, bajísimo, y mi voz tiembla demasiado para sonar convincente.

Estoy a punto de girarme del todo, de darle la espalda para no seguir escuchando, cuando noto su rodilla avanzar un poco más, rozando la mía bajo la manta. No es un movimiento brusco, es apenas un contacto, pero me recorre como un rayo.

No me aparto. No puedo.

Sus hombros, firmes, rozan los míos; su calor se filtra a través de la manta. Lo odio por eso, por lo fácil que es que mi cuerpo lo reconozca, que mi piel lo busque incluso cuando mi boca lo rechaza.

Él se mueve, despacio, como si temiera que saliera corriendo, y en ese gesto me rodea. Su brazo roza mi costado, fuerte, hasta que me recoge con una torpeza tierna que no recordaba.

No es un abrazo de deseo, ni de dominio, ni de furia: es un abrazo de consuelo, de dos náufragos que han pasado demasiado tiempo braceando solos.

Resisto un instante, rígida, como si pudiera mantener el muro erguido. Pero después cedo. Mis manos, temblorosas, se cuelan entre su pecho y la manta, y entonces me aplasto contra él. Aspiro su olor a humo, barro, sudor, lluvia. Y debajo, algo más, algo que no se ha borrado nunca y que mi memoria reconoce con una punzada brutal: hogar.

Su barbilla se apoya en mi coronilla, sus labios apenas rozan mi pelo. No me dice nada más. No hace falta. Sus brazos me aprietan como si se negara a soltarme, como si en ese gesto buscara reparar todo lo que se rompió.

Y yo, al fin, dejo que las lágrimas me quemen. No sollozo, no me quiebro en voz alta. Pero mi pecho tiembla contra el suyo, y él lo siente, y me aprieta más fuerte.

Ese abrazo nos destruye y, a la vez, nos salva.



Capítulo 14

«KERRAN»

La lluvia golpea la entrada de la cueva al amanecer como un ejército diminuto. No es un aguacero brutal, solo una llovizna obstinada, el tipo de lluvia que cala los huesos sin hacer ruido.

Me quedo de pie, los brazos cruzados, observando cómo las gotas se deslizan por la piedra hasta formar riachuelos que serpentean hacia el barrizal.

Unos pasos húmedos me sacan del trance. Altair regresa tras vaciar la vejiga. No me mira directamente —nunca lo hace cuando las cosas pesan demasiado—, pero al pasar junto a mí me da una palmada seca en el hombro. Ni una palabra. Solo ese golpe breve, áspero, que en su idioma significa: Lo oí. Y sigo aquí.

Al poco, Broen cruza la entrada para ir a ensillar el caballo. Tampoco dice nada. Solo me da una palmada en la espalda, fuerte y rápida, como quien comprueba que un tronco sigue en pie después de la tormenta. Su silencio lo dice todo.

Colum es el siguiente. Trae la espada envainada, aún húmeda del río. Me clava la mirada un segundo, con esa seriedad que le parte el rostro en piedra, y asiente una sola vez. No necesita más.

Resoplo por la nariz, una media risa sin humor. Estupendo. Todos los malditos Cuervos con las orejas bien abiertas.

Pero no hay burla en sus gestos, ni juicio. Solo esa forma tosca, torpe, de recordarme que no estoy tan solo como me empeño en creer.

No lo admito en voz alta. Ni loco. Pero mientras la lluvia golpea y mi pecho sigue ardiendo por las palabras de Leigh, esa camaradería silenciosa se me mete bajo la piel como el calor de un trago de whisky en una noche helada.

Y entonces, claro, aparece Finn.

Lo oigo antes de verlo, tarareando una tonada descarada. Se sacude el agua del pelo y se planta frente a mí, sonriendo como si el mundo le perteneciera. Me da una palmada en el pecho que resuena como un golpe de tambor.

—Así que… nuestro fiero Kerran Campbell lleva todo este tiempo guardando su lanza en la vaina. —Se inclina, fingiendo reverencia, la sonrisa brillándole como un cuchillo—. ¿Tienes miedo de que te duela?

Su carcajada retumba en la cueva. Los demás fingen no escuchar, pero sé que lo hacen.

Yo cierro los ojos un instante. Respiro hondo. Y me prometo no matarlo todavía.

No se suponía que lo escucharan.

—Finn —gruñe Broen desde el fondo, sin levantar la vista de la silla que revisa—, deja de tocarle las pelotas o te las arranca.

—Bah, ¿no ves que la contención es su punto fuerte? —insiste Finn, con esa sonrisa lobuna.

Abro los ojos, le sostengo la mirada y arqueo una ceja.

—Sí, y la tuya es soltar gilipolleces hasta que alguien te cruja la mandíbula.

Finn suelta una carcajada que rebota en la piedra.

—Me halaga que me reconozcas talento, hermano.

Pero cuando los demás se dispersan en sus tareas y la lluvia sigue tamborileando contra la piedra, Finn se me acerca sin su máscara de bufón. Se apoya en la pared a mi lado, la sonrisa más suave, los ojos demasiado claros en la penumbra.

—¿Sabes cuál es tu problema, Kerran? —empieza, como si hablara del clima.

Alzo una ceja, gruñendo apenas.

—Vas a darme un sermón. Genial.

Ignora la pulla, cómo no.

—Eres el cortafuegos del grupo. El que entra cuando todo arde, suelta una verdad incómoda y apaga el incendio a empujones. —Hace un gesto con las manos, exagerando—. ¡Pam! Medio mundo callado, y tú ahí, con esa cara de «no necesito explicar nada más».

Resoplo.

—Suena poético en tu boca, y eso ya me preocupa.

Él sigue, implacable.

—El borde que se ríe de todos, pero nunca para hundir. El que se pone delante sin pedirlo. El que hace de cuenta que todo es sarcasmo cuando en realidad está cuidando desde la sombra. —Clava los ojos en mí, serio por fin—. ¿Sabes qué pasa? Que a veces se te nota demasiado.

Me río por lo bajo, aunque me quema.

—¿Y qué se supone que se me nota?

—Que cargas con más mierda de la que puedes y te empeñas en que nadie lo vea. —Su tono baja un punto, sin broma ya—. Ahora entiendo por qué parecías tan infeliz detrás de tanta ironía. Cuanto más sonreías, más intentabas tapar.

Trago saliva, y me odio por sentir cómo me da de lleno.

—Pues entonces no lo ocultaba tan bien —murmuro.

Él se encoge de hombros.

—Lo suficiente para engañar a medio mundo. Pero no a nosotros. —Me da un golpecito en el pecho con dos dedos, seco—. Y menos a mí. Para Altair eres la eficacia con patas. Dos gestos, tres resultados. Para Broen, sarcasmo como herramienta, no como escudo. Para Colum, el cabrón que se acuerda del detalle que salva el cuello cuando todos estamos mirando al horizonte. Darian diría que eres un buen hombre con mala fama porque te conviene. Y Caelan… Caelan sabe que eres su freno.

Se inclina un poco hacia mí, los ojos chispeantes aunque la voz le suena más seria.

—¿Quieres que siga? Para Aithne eres un canalla encantador —sí, lo dijo con esas palabras, lo sé—. Y para mí… —pausa, ladeando la cabeza, como si calibrara cuánto apretar—. Para mí eres el hermano que nunca tuve. Y por eso sé que te haces el duro para que nadie cargue con tu mierda, pero si algún día te da por dejar de hacerte el impenetrable, avísame. Nos sentamos y escucho el milagro de Kerran hablando en serio.

Lo miro de reojo, con el ceño fruncido, incómodo por la puntería de sus palabras.

—Ten cuidado, Finn. Si empiezas a hablar como un filósofo, nadie va a creerte cuando jures que eres solo un bufón.

Él se encoge de hombros, con un destello serio en la mirada que no encaja con su tono ligero.

—Puede ser. Pero los bufones también saben cuándo el truco no hace reír a nadie, Kerran.

Me quedo quieto. La mandíbula tensa, la lengua ardiéndome con una réplica que no sale. Joder, no me duele la pulla, me duele que tenga razón.

Su sonrisa vuelve, descarada, y me da un golpe en el brazo.

—Aunque dime, Kerran… —su tono baja, casi confidencial, aunque todos fingen no escuchar—. ¿No es un desperdicio tanta arma guardada bajo el tartán para nunca desenvainarse?

Alzo una ceja, despacio. Él ya está disfrutando de su propio chiste.

—Seguro que más de una dama se habrá llevado el chasco de su vida, pensando que la llevabas al huerto… y descubriendo que lo único que blandías era el sarcasmo. —Se inclina un poco, la sonrisa lobuna—. Una lástima, porque siempre pensé que usarías la lanza con la misma destreza que la lengua.

Su carcajada estalla, vibrando en la piedra.
Yo gruño, ladeo la cabeza y suelto:

—Tanta fijación con mi polla empieza a ser preocupante, Finn. No te culpo si sueñas con ella, pero al menos ten la decencia de invitarme a beber antes de insinuarte.

Las carcajadas de Colum y el resoplido de Altair llenan la cueva. Finn levanta las manos, fingiendo inocencia, pero sus ojos siguen brillando, encantado con el golpe de vuelta.

La carcajada aún rebota en la piedra cuando la veo.

Leigh.

De pie, a unos pasos, de vuelta del río, envuelta en la manta como si quisiera volverse invisible. Pero no lo consigue. Sus ojos recorren la escena.

Se me clava en la piel la forma en que me mira. No es odio puro, ni desdén. Es algo peor: ese brillo pasivo-agresivo que significa que va a sangrarme poco a poco, sin mover un dedo.

—Vaya —dice al fin, con voz neutra—. Qué estimulante amanecer.

Finn, claro, abre la boca, pero yo le piso la réplica con una sonrisa torcida.

—No te preocupes, Leigh. Solo estaban discutiendo sobre mi castidad. Nada que no hayas confirmado tú misma.

El silencio que sigue vale oro. Colum se carraspea. Altair ni se inmuta. Y Leigh me mira como si hubiera probado hiel.

—¿No te cansas de escucharte? —pregunta, tranquila, como si no le afectara.

—Jamás. —Cruzo los brazos y arqueo una ceja—. Aunque reconozco que escucharte a ti es mucho más entretenido.

Y ahí está de nuevo esa maldita necesidad de pincharla, de obligarla a mirarme aunque sea para fulminarme.

Ella no contesta. Se limita a girarse hacia los caballos, la manta arrastrando un poco de barro húmedo.

—Cuando terminéis de chismorrear, quizá podamos partir.

—¿Ves? —murmuro, lo bastante alto para que me oiga—. Ya empieza a sonar como una esposa.

Finn suelta otra carcajada. Yo sonrío, porque aunque me odie por ello, Leigh me ha mirado de nuevo.

Le paso la rienda del caballo a Colum y, cuando me acerco a ella, alzo la mano.

—Arriba.

Me lanza una mirada como si le pidiera que escale el Ben Nevis descalza.

—Puedo sola.

—Lo sé. Pero tardarías el doble y yo no tengo paciencia para verte luchar contra el barro.

No protesta más. Apoya la bota en mi rodilla y se impulsa. Yo la sujeto de la cintura y la coloco en la silla, delante.

Se acomoda tiesa, como si la rigidez pudiera mantenerme lejos, pero cuando monto detrás no hay rigidez que valga: mi pecho se

pega a su espalda y mis brazos la encierran al tomar las riendas.

—¿Cómoda? —susurro contra su sien.

—No.

—Mientes. —Sonrío al notar cómo se tensa—. Estás más caliente que anoche.

Ella aprieta la manta contra el regazo.

—Será fiebre.

—O costumbre. —Acerco un poco más los labios a su oído—. Te adaptas rápido a tenerme encima.

Leigh resopla, como si quisiera apartar con aire mi voz.

El trote empieza a sacudirnos y, con cada movimiento, su espalda choca contra mi pecho. Podría mantener las manos firmes en las riendas, pero cedo un poco, dejando que una se apoye en su cintura, sujetándola como si fuera la única brida que necesito.

Me inclino, despacio, hasta rozarle la sien con los labios.

—¿Sabes qué recuerdo ahora? —Mi voz le roza la piel más que el aire.

Ella se tensa, pero no contesta.

—La primera vez que te robé un beso. Tenías barro en las trenzas y me mirabas como si fueras a escupirme la vida en la cara. —Sonrío apenas, hundido en la memoria—. Y aun así, cuando te apreté contra la pared, temblaste como si hubieras esperado ese momento desde siempre.

Noto su respiración atraparse en la garganta. No me basta. Acerco un poco más la boca a su oído.

—El sabor que dejaste en mis labios me persiguió semanas. Lo buscaba en el agua, en el vino… nada se parecía. —Hago una pausa, grave—. Hasta hoy sigo sin encontrar nada que se acerque.

Le rozo el mentón con la nariz, disfrutando de la forma en que se encoge.

—Pareces un abuelo contando batallas —murmura, sarcástica.

Suelto una carcajada ronca, sincera, y le aprieto más la cintura hasta pegarla por completo contra mí.

—Un abuelo, ¿eh? Pues escucha al viejo… porque tengo un repertorio entero.

Un relámpago cruza el cielo y el trueno retumba segundos después, como si quisiera subrayar lo que voy a decir.

—¿Te acuerdas de la feria de Beltane en Kilbrannan? Ese vestido azul… Maldición, Leigh. Ni el whisky más fuerte me ha mareado tanto como aquel escote.

Ella se revuelve un poco en la silla, pero yo atrapo sus manos sobre las riendas, obligándola a sentir mi risa pegada a su espalda.

—Siempre llegabas tarde a todas las celebraciones. Por temprano que empezaran, aparecías jadeando y despeinada. Y yo… siempre miraba a todos lados, esperando a que aparecieras.

—Suena más a obsesión que a recuerdo —replica con sarcasmo.

—Llámalo como quieras. —Me encojo de hombros, acercando la nariz a su cuello—. En el último Beltane llevabas flores en el pelo. No recuerdo ninguna otra cara de aquel día. Solo la tuya.

Ella aprieta los dedos contra las riendas, como si quisiera cortarlas. Yo sonrío, disfrutando del filo.

—Y cuando bailabas… —bajo la voz, grave—, todos te miraban. Y yo me reía, porque sabía que eras mía y ninguno podría tocarte jamás.

El cielo gruñe con otro trueno. Ella tiembla apenas, y yo sonrío y apoyo mi mentón sobre su coronilla.

—Sigues odiando las tormentas…

El trueno posterior sacude el aire y ella se encoge apenas, como siempre hacía. Me arranca una sonrisa torcida, porque los recuerdos golpean más fuerte que la tormenta.

—¿Sabes qué recuerdo ahora? —Mi voz baja, grave, rozándole la nuca—. La borrasca en Dùn Fhionnlaigh, la noche en que el techo del establo casi se viene abajo.

Ella se queda inmóvil. Sé que lo recuerda también.

—Tenías quince años, Leigh. Te metiste allí con los caballos porque jurabas que estarían asustados. —Aprieto la mano en su cintura, acercándola más a mí—. El trueno retumbaba tanto que parecía que el suelo temblaba. Y tú, pequeña insensata, temblabas más que ellos.

Un relámpago ilumina el sendero, y yo sonrío contra su sien.

—Te encontré abrazada al cuello de tu yegua, llorando a escondidas. —Mi voz se ablanda, como si todavía pudiera verla allí, temblando en la penumbra—. ¿Recuerdas lo que hice?

Ella calla, pero lo sé. Sus hombros se tensan como entonces.

—Me tumbé en el suelo del establo, contigo acurrucada contra mi pecho, y te obligué a escuchar mi corazón hasta que los truenos pasaran. Te dije que cada golpe de mi pecho era más fuerte que cualquier tormenta y que podían bloquear el ruido.

Le rozo el pelo con los labios, suave.

—Y te dormiste ahí mismo, con mis brazos alrededor de ti y la lluvia rugiendo afuera. Yo no pegué ojo. Me quedé vigilando, por si el techo caía. Por si te despertabas. Por si la tormenta se atrevía a llevarte.

Dejo escapar una carcajada ronca, aunque el nudo en mi garganta no tiene nada de gracioso.

—Esa noche entendí que lo único capaz de asustarme de verdad no era un trueno ni un rayo… eras tú. Porque si la tormenta te tocaba, Leigh, yo no habría sobrevivido.

Ella tarda en responder. Me doy cuenta de que lo recuerda todo, aunque su orgullo la obligue a enarcar la barbilla.

—Solo a ti se te ocurriría usar tu corazón como antídoto contra una tormenta —murmura al fin, con esa voz sarcástica que en realidad es temblor disfrazado.

Sonrío, pegando los labios a su sien.

—Funcionó, ¿no?

El relámpago ilumina su perfil, y aunque finge mirar al horizonte, siento cómo se le acelera la respiración. Sus dedos se clavan un poco más en las riendas. No me responde. No lo necesita.

El caballo sigue avanzando, con los cascos chapoteando en los charcos, mientras los Cuervos se adelantan unos metros. El cielo gruñe otra vez, y yo la estrecho apenas contra mí, como si siguiera teniendo catorce años y la tormenta pudiera arrancarla de mis brazos.

Pero ahora no es una niña. Ahora es la mujer que me mira como si quisiera odiarme y al mismo tiempo no pudiera dejar de recordar lo que fuimos.

Sonrío contra su pelo, dejando que el trueno se mezcle con mi voz.

—No importa cuántas tormentas vengan, Leigh. Siempre voy a ser más ruidoso que ellas.

El silencio que sigue no es de rechazo, ni de burla. Es ese silencio denso que lo dice todo. Y aunque el cielo se parte de luz sobre nuestras cabezas, yo sé que la verdadera tormenta la llevamos nosotros dos encima del mismo caballo.



Capítulo 15

«LEIGH»

El relámpago parte el cielo en dos y, un latido después, el trueno estalla encima de nosotros como un cañonazo. El caballo se encabrita, los cascos resbalan sobre la roca húmeda y siento el mundo desmoronarse bajo mis pies.

El tirón de Kerran en mi cintura es lo único que me mantiene unida a algo mientras el animal se levanta sobre las patas traseras. Mi respiración se corta en seco, un grito ahogado que no llega a salir, y lo siguiente es el vértigo, el barranco abriéndose a un lado, el aire golpeándome la cara y el rugido ronco de Kerran en mi oído.

Caemos.

El impacto contra el suelo me arranca el aliento. Rodamos, envueltos en un torbellino de barro, ramas y piedras. Siento el peso de su cuerpo cubriéndome, aplastándome contra la pendiente, sus brazos intentando protegerme mientras el mundo nos arrastra hacia abajo.

Cada golpe me sacude entera: la espalda contra una roca, la cadera contra la tierra dura, el aire escapando de mis pulmones en jadeos cortos y desesperados.

De pronto, todo se detiene con un estrépito seco. El silencio me zumba en los oídos, interrumpido solo por la lluvia que sigue azotando. Intento moverme, pero un dolor agudo me atraviesa el tobillo derecho como una lanza. Ahogo un gemido, llevándome la mano a la pierna.

—Por todos los demonios… —jadeo, la voz entrecortada—. Creo que…

Kerran se incorpora a mi lado con los cabellos húmedos pegados a la frente. Su respiración es un gruñido entrecortado.

—No te muevas. —La orden sale grave, ronca.

El relincho del caballo corta el aire como un cuchillo. Giro la cabeza y lo veo a unos metros, tendido de lado, pataleando en vano. Una de sus patas delanteras está torcida en un ángulo imposible. El sonido gutural que emite me desgarra el pecho.

—No… —susurro, llevándome la mano a los labios, incapaz de apartar la vista.

Kerran se arrastra hacia él, con un gesto que no consigo descifrar entre dolor y determinación. Se arrodilla junto al animal, posa una mano firme en su cuello para calmarlo. La lluvia le resbala por la barba y en sus ojos hay un brillo que no le había visto nunca.

—Lo siento, compañero. —Su voz es apenas un murmullo, pero cada sílaba pesa.

El destello metálico de la daga se mezcla con el fulgor de un rayo. Un movimiento rápido, certero. Después, silencio. Solo la lluvia y mi propia respiración desbocada.

Kerran permanece agachado un instante más, con la cabeza inclinada, los dedos aún sobre el pelaje inmóvil. Luego se levanta despacio, tambaleándose apenas. Cuando vuelve hacia mí, veo la tensión en sus rasgos, la forma en que un músculo salta en su cuello.

Me aparta los mechones mojados del rostro con la palma embarrada, sus ojos azules recorriéndome como cuchillos.

—¿Estás herida? —pregunta cortante por la tensión.

—El tobillo —susurro, con rabia por la fragilidad en mi tono. Intento ponerme en pie y un dolor lacerante me hace apretar los dientes.

—No lo intentes. —Su mano se cierra con firmeza en mi rodilla, obligándome a quedarme quieta. Se inclina un poco más, tan cerca que puedo ver la gota de lluvia deslizándose por la cicatriz de su mejilla—. Dime la verdad, Leigh. ¿Es solo eso?

Asiento, aunque me tiembla la respiración. No se lo digo, pero me duele más lo que acabo de ver en sus ojos cuando hundió la daga en el caballo que mi propio tobillo.

El trueno se repite más lejos, como un eco de la catástrofe que acaba de pasarnos por encima. El caballo yace inmóvil y yo sigo jadeando, la espalda empapada, el tobillo palpitándome como si tuviera un hierro candente clavado.

Lo observo mientras se incorpora. Hay algo extraño en la forma en que se lleva una mano al costado, como si no quisiera que yo lo notara. Pero su atención vuelve a mí enseguida.

Un grito resuena desde lo alto del barranco.

—¡Kerran! ¿Estáis vivos?

Es Colum. La silueta de los Cuervos asoma contra el cielo plomizo. La lluvia arrecia, los rayos siguen iluminando las piedras como cuchillas.

—Estamos aquí —ruge Kerran, con la voz áspera.

—Vamos a tiraros una cuerda —grita Broen—. ¡Aguantad!

—¿Estáis heridos? ¡Puedo bajar a ayudaros! —grita Finn preocupado.

La cuerda cae desde lo alto con un golpe sordo contra la roca húmeda. Broen grita algo que el trueno arrastra, pero entiendo la orden: subir.

Kerran tira de la cuerda para comprobar la resistencia. Luego me mira, esa media sonrisa torcida pintada en el rostro.

—Bueno, al menos ya sabes que no miento cuando digo que siempre acabo contigo en brazos. —Su media sonrisa me corta más que el tobillo hinchado.

Lo miro incrédula.

—¿De verdad es momento para tus bromas?

—Siempre lo es. —Sus ojos me recorren, azules y filosos—. Si no puedo reírme, tendría que llorar. Y prefiero ser práctico y Don Práctico dice que subirás conmigo. Rodea mi cintura con las piernas.

Yo arqueo una ceja, aunque el dolor del tobillo late con fuerza.

—Prefiero trepar sola.

Su carcajada es seca, sin rastro de humor.

—¿Con ese tobillo? O rodeas mi cintura o caerás y te romperás el cuello.

—Eso sigue sonando mejor que pegarme a ti —replico, con el orgullo encendido.

Sus labios se curvan en esa sonrisa torcida que hiere más que cualquier daga.

—Vamos, Leigh, ¿tan grave sería? ¿Tienes miedo de que te guste y quieras más?

Aprieto los dientes, con la rabia dándome voz.

—Lo haré con Finn.

Su mirada se oscurece como el cielo antes del rayo. El gruñido que le brota del pecho vibra más que la tormenta.

—Ni lo sueñes. Eres mi prometida. Subirás conmigo.

—No lo eres, Kerran. —Le sostengo la mirada, aunque la garganta me tiemble—. Y yo no soy tuya.

Su ceja se arquea, peligrosa.

—¿Ah, no? Pues no te voy a dar la oportunidad de salir de aquí más que pegada a mí.

Sujeta la cuerda con una seguridad insultante, pero yo ya he visto la sangre oscura en su costado, el modo en que aprieta la mandíbula cada vez que respira hondo. Por eso niego con la cabeza antes de que abra la boca.

—Estás herido, Kerran —lo digo firme, sin darle espacio a la burla —. No voy a dejar que cargues conmigo.

Él suelta una carcajada ronca, sin rastro de humor.

—Claro, la dama se preocupa. Qué conmovedor.

—No es una broma —replico, con la garganta ardiéndome—. Apenas te mantienes en pie.

Se inclina hacia mí, con los ojos encendidos.

—Y así es como expresas tu preocupación, ¿eh? —Su voz es un cuchillo bajo—. Negándote a dejar que te toque… y ofreciéndote a restregarte contra otro para volverme loco.

—¡Lo he dicho por tu bien, porque sabía que, de otro modo, te empecinarías en que estás bien y puedes hacerlo!

—Créeme, Leigh, nada me hierve más la sangre ni me empeña tanto en subirte yo como imaginarte rodeando con tus piernas la cintura de otro —gruñe, los dedos crispándose sobre la cuerda.

El corazón me golpea el pecho con fuerza. Él no entiende. Yo quiero evitar que su cuerpo se rompa más de lo que ya está, y en cambio lo único que consigo es despertar esa furia posesiva que le arranca las palabras como un rugido.

—Prefiero trepar sola —insisto, aunque el tobillo me late como fuego.

Él se inclina aún más, tan cerca que apenas hay aire entre nosotros.

—Con ese tobillo, treparás hasta tu tumba. Y si te empeñas en llevarme la contraria, te juro que te cargo igual, aunque tenga que atarte a mí.

La cuerda chasquea contra la roca con otro tirón desde arriba. El eco de Finn nos llega entre la lluvia:

—¡Dejad de discutir y subid de una vez!

Pero Kerran no aparta la mirada de mí. Sus ojos azules brillan como cuchillas mojadas, tercos, desbordando rabia y algo más oscuro que no me atrevo a nombrar.

Cedo. No porque quiera, sino porque no me queda otra. El tobillo me arde con cada intento de moverlo y, por mucho que mi orgullo patalee, la única opción es dejar que él me lleve.

Kerran me da un tirón seco hacia sí y, antes de que pueda protestar, ya me ha encajado contra su cuerpo. Sus manos me obligan a rodearle la cintura con las piernas, y el calor de su torso se cuela a través de la ropa empapada. La lluvia nos golpea en la cara como agujas heladas, pero contra su pecho todo es calor sólido, áspero, demasiado vivo.

Mis brazos se aferran a su cuello por puro instinto. Siento la tensión de sus músculos bajo mis manos, cada fibra dura como piedra, cada jadeo rugoso en mi oído. Su barba roza mi sien y el olor a hierro y tierra mojada me llena los pulmones.

Él ríe bajo, un sonido ronco que me vibra en el pecho.

—¿Ves, Leigh? Esto es suficiente para sentir que resucito.

No respondo al sarcasmo. Porque ahora, con el rostro tan cerca, lo veo: la sangre que se mezcla con la lluvia en la comisura de su boca, un corte abierto en la frente, el jirón de su chaqueta desgarrada sobre el hombro. Aprieto más los brazos alrededor de su cuello, con el corazón golpeándome como un tambor.

—Kerran… no tienes buen aspecto, créeme.

Él sonríe de medio lado, el azul de sus ojos más oscuro bajo el aguacero.

—Tú tampoco.

Sacudo la cabeza, el nudo en mi garganta creciendo.

—Pero tú te has llevado la peor parte. —Mi voz se rompe un poco —. Y todo por protegerme.

Sus dedos se cierran con fuerza en mi cintura, sujetándome contra él como si no existiera la cuerda ni el precipicio sobre nuestras cabezas. Su sonrisa vuelve, torcida, peligrosa.

—Y ahora estoy siendo recompensado con tus piernas alrededor de mi cintura.

Cierro los ojos, la lluvia corriéndome por las mejillas. No sé si reírme o golpearlo. Lo único que sé es que, incluso sangrando, incluso medio roto, Kerran siempre encuentra la forma de volverme loca.

La cuerda cruje, tensa, bajo sus manos. Kerran tira de ella y el primer impulso me sacude entera contra su cuerpo. Estoy pegada a él y la sensación de que me eleva solo con la fuerza de su voluntad se intensifica.

Su cuerpo se transforma en un ancla y un arma al mismo tiempo.

Siento cómo se endurecen sus músculos, la espalda arqueándose, los brazos tensándose hasta que cada vena palpita como un río bajo la piel.

El movimiento de su torso me sacude entera: el latido en su cuello contra mi mejilla, el gemido grave que deja escapar al clavar los pies en la piedra húmeda, el rugido ahogado cada vez que se impulsa hacia arriba.

Mis piernas aprietan su cintura con fuerza, mis manos se aferran a su nuca, y aun así tengo la sensación de que soy nada, apenas un peso extra, comparado con la fuerza descomunal con la que él trepa.

Cada tirón de cuerda parece arrancado a un dios.

El barranco es puro barro y lluvia, pero él avanza como si estuviera hecho para esto.

Siento el temblor en su abdomen contra mi vientre, el calor animal de su cuerpo rompiendo el frío de la tormenta.

Su respiración se vuelve un gruñido, un jadeo profundo, rítmico, y cada vez que tira de nosotros hacia arriba, el mundo parece doblegarse a su voluntad.

—Aguanta fuerte, Leigh —grita, la voz rota, sucia de cansancio, pero todavía cargada de arrogancia.

—Si aprieto más las piernas, te parto en dos.

Él deja escapar un gruñido ronco, que a medias es dolor y a medias risa.

—Promesas, promesas…

Cuando por fin sus manos alcanzan la cornisa húmeda y sus brazos se tensan una última vez, el gemido que suelta no es humano. Es salvaje, es fuerza desnuda.

Y entonces estamos arriba.



Capítulo 16

«LEIGH»

Kerran se desploma de espaldas, jadeando, con la cuerda aún entre los puños y yo… sigo sobre él, el corazón golpeándome como si todavía estuviéramos cayendo.

—Bonita entrada —murmura Altair, cruzándose de brazos.

Kerran suelta un gruñido ronco y apoya la cabeza en el suelo embarrado. Su pecho sube y baja con violencia bajo mis manos.

—Ya puedes soltarme, Leigh —gruñe, con la voz ronca—. O acabarás convenciéndome de que volvamos a caernos.

Le lanzo una mirada fulminante, pero no me muevo. Sus ojos brillan entrecerrados, el agua corriéndole por la frente. Tiro de su chaqueta empapada. Él resopla, medio carcajada, medio dolor.

—Sabía que al final encontrarías una excusa para desnudarme.

—Cállate —escupo entre dientes, arrancándole la prenda con brusquedad.

Bajo la camisa empapada, la mancha roja ya ha teñido todo un costado.

Mis dedos tiemblan mientras busco la herida. Él se arquea, un gemido ronco escapándosele cuando rozo el corte.

—No es nada —masculla, apretando la mandíbula.

—Claro —replico, con la rabia subiéndome al pecho—. Te clavas medio bosque en el costado y no es nada.

Me arranco un jirón de mi prenda interior, la retuerzo para hacer presión sobre la herida y me inclino encima de él, sujetándolo con el peso de mi brazo. Él me mira con esa sonrisa torcida, pese al sudor y la sangre.

—Siempre soñé con verte tan empeñada en tocarme.

—Silencio, Kerran.

—Eres preciosa hasta cuando mandas. —Su respiración se entrecorta, pero aún encuentra aire para seguir clavándome el sarcasmo—. ¿Sabes? Así casi no duele.

Broen se agacha, serio, y me pasa una cantimplora con whisky.

—Sirve para evitar malos humores.

Le echo el líquido en la herida, y Kerran gruñe, cerrando los ojos con un jadeo. Su mano atrapa mi muñeca, fuerte, aunque no me aparta.

—No finjas que no te gusta tenerme bajo tus manos, Leigh. —El sarcasmo le sale entre dientes, pero la tensión en su mandíbula lo traiciona.

—Lo único que me gusta es ver cómo no te retuerces de dolor —le escupo, apretando más fuerte.

Altair observa en silencio, aunque sus labios se curvan apenas. Finn se inclina un poco más, disfrutando del espectáculo.

—Qué bonito. Juraría que si aprieta un poco más lo estrangula.

—Fuera de aquí —gruñe Kerran, pero ni siquiera tiene fuerzas para sonar amenazante.

Yo termino de anudar la tela y me siento de rodillas a su lado, las manos cubiertas de barro y sangre. El vendaje ya oscurece, pero al menos la hemorragia cede.

—Hay que moverlo —dice Broen seco.

—Estoy perfectamente —gruñe Kerran, incorporándose con un gesto brusco que le arranca otro gemido.

Finn se agacha junto a nosotros, la sonrisa encendida.

—Sí, sí, se nota que estás para bailar jigas. Menos mal que tienes a tu prometida para mantenerte entero.

—Que no soy su prometida —me quejo, aún arrodillada a su lado.

Finn sonríe, encantado.

—Pues hacéis un buen papel. Ya me diréis cuándo es la boda, para llevar vino.

Kerran deja escapar una risa baja, amarga, y me mira con esos ojos azules encendidos, más vivos de lo que deberían después de tanto dolor.

—¿Ves, Leigh? No puedes engañar a nadie. Al final, aunque lo niegues, acabarás siendo mía.

Le fulmino con la mirada, el corazón latiendo demasiado fuerte para que la tormenta sea la única culpable.

Finn se incorpora, aún con esa sonrisa maliciosa pegada en la cara, y silba hacia donde esperan los caballos.

—Colum, compártelo conmigo. —dice dándole una palmada en el hombro mientras él resopla resignado—. A este par les cedo mi montura, no vaya a ser que nuestra dama se quede viuda antes de casarse.

—Finn —le amonesto, como quien intenta tapar un río con las manos.

Altair se ríe por lo bajo.

Kerran no dice nada. Se pone en pie con un gesto brusco que casi me hace olvidar su herida… hasta que lo veo apretar la mandíbula, un músculo saltándole en la sien.

Broen revisa el vendaje con una mirada que dice más que mil sermones cuando Kerran monta.

—Aguantará —sentencia, y eso basta.

El dolor en mi tobillo me arranca un jadeo cuando me pongo en pie.

Colum me ayuda a subir, pero Kerran me arrebata antes de que acomode el pie bueno en el estribo.

Tira de mí contra él con esos brazos de hierro, y me coloca delante de su pecho, rodeándome al tomar las riendas.

—Agárrate bien —gruñe, sin mirarme.

—Deberíamos parar hasta que te sientas mejor, Kerran.

—No pienso detenerme. —Su tono es tan áspero como la tormenta que aún retumba sobre nosotros—. No hasta llegar a Dùn Fhionnlaigh.

—Si sigues así, no llegarás a ninguna parte.

—Entonces, quédate más pegada. —La sonrisa torcida le quiebra la voz, un sarcasmo disfrazando el cansancio brutal—. Así al menos no tendré que gastar fuerzas sujetándote.

—Kerran… —empiezo, viendo cómo aprieta la mandíbula, el sudor mezclado con lluvia.

—No discutas. —Su voz es áspera, sin espacio para réplica—. Llegaremos.

Las murallas de Dùn Fhionnlaigh aparecen al fin entre la cortina de lluvia, grises y desafiantes sobre la colina. Kerran aprieta las riendas, la respiración encendida en mi oído.

—¿Ves? —murmura con un hilo de voz que aún destila ironía—. Todavía no me he caído muerto.

Sé que debería odiar su cabezonería. Sé que debería preocuparme más por el vendaje empapado que oscurece su costado. Pero en medio de la tormenta, con él negándose a caer, con su calor devorando todo el frío, lo único que puedo pensar es que nunca he visto a nadie tan imposible.

—Aunque quiero que tengas en cuenta —añade, con indiferencia —, que puede que alguno de los MacKinley decida que la recompensa por mi cabeza merece la pena y me delate. Acabaría en la horca antes de pisar el salón.

—Eso no pasará —le corto, girando apenas la cara para que me oiga por encima de la tormenta—. Has venido a ayudarnos. Ningún MacKinley te delatará.

Él resopla una carcajada amarga, clavando más los talones en el caballo.

—Ojalá fuera tan simple. También debes recordar que basta con que un Campbell me vea aquí para que me delate a la corona. Y en ese caso… la horca me espera igual.

El trueno revienta encima de nosotros, como si quisiera subrayar sus palabras. Yo me vuelvo un poco más hacia él, la manta pesada sobre mis hombros.

—Entonces explícame algo, Kerran. —Mi voz tiembla entre la rabia y el miedo—. ¿Por qué demonios has venido? Podrías haber enviado a los Cuervos y quedarte en tu escondite.

Sus ojos se clavan en los míos, azules y fieros incluso bajo la lluvia. No sonríe esta vez.

—Porque, Leigh… —murmura, con un filo que me eriza la piel— ellos han venido por tu causa, pero yo vine por la mía.



El portón de Dùn Fhionnlaigh se alza oscuro y húmedo bajo la tormenta. La piedra rezuma agua como si el castillo entero sudara frío, y el lodo se arremolina en los charcos donde los soldados, agotados, hacen guardia con las capas pegadas al cuerpo.

El patio vibra de actividad contenida: criadas corriendo con cubos de agua, perros ladrando al compás de los truenos, ancianos refugiándose bajo los soportales. Cuando cruzamos el umbral, las miradas se clavan en nosotros desconfiadas al principio, hasta que me reconocen.

Ahí sí, los cuchicheos no cambian de tono: miedo, cautela, suspicacia.

—Son los Cuervos… —murmura alguien.

Yo siento los dedos de Kerran firmes en las riendas, su pecho duro contra mi espalda, y sé que la tensión en su cuerpo no se debe solo al dolor del costado.

La lluvia gotea desde mi mentón cuando el silencio en el patio se rompe de golpe.

—¡Leigh!

La voz estalla como un látigo, y yo alzo la cabeza a tiempo de ver a Tavish cruzando el patio.

La capucha empapada resbala hacia atrás, dejando a la vista un rostro endurecido por la preocupación y el enfado.

Su andar es rápido, casi furioso, como si con cada zancada me reclamara una explicación.

—¿Has perdido el juicio? —me espeta, la ira vibrándole en la mandíbula—. ¡Salir sola a buscar a proscritos! ¿En qué demonios estabas pensando?

La sangre me hierve bajo la piel, pero no encuentro voz. Antes de que pueda responder, Kerran suelta un bufido seco contra mi sien.

—Bonita bienvenida. —Su tono rezuma veneno—. Parece que alguien se cree con derecho a gritarte.

El azul de sus ojos chisporrotea al ver cómo Tavish rodea el caballo, la mano alzándose para ayudarme a bajar.

Y entonces ocurre. Tavish me mira, me aparta con gesto protector y al posar los ojos en Kerran, se congela. Un latido después, su expresión cambia de incredulidad a furia pura.

—Tú… —ruge, la voz quebrándose en el aire—. ¡Tú!

Antes de que pueda detenerlo, Tavish tira de mí para apartarme y agarra a Kerran del brazo con una fuerza desesperada.

Lo arranca del caballo como si no existiera el vendaje, la herida o la lluvia y le da un puñetazo en la cara.

Kerran cae de rodillas en el barro, jadeando, pero ni siquiera se defiende. Una chispa torcida de sonrisa se dibuja en sus labios.

Yo me lanzo hacia delante, interponiéndome con los brazos extendidos. Menos mal que el tobillo apenas se queja ya.

—¡Basta, Tavish! ¡Está herido!

El aire se corta con la tensión. El aguacero resbala por los tres mientras Tavish me fulmina con una mezcla de rabia y desconcierto. Kerran alza la cabeza y sus labios escupen la pulla como un desafío.

—Aparta, Leigh. —Su voz ronca vibra como un tambor bajo la tormenta—. Veamos si el pequeño Tavish ya se ha hecho un

hombre.



Capítulo 17

«LEIGH»

Los nudillos de Tavish impactan de nuevo en la cara de Kerran, con un golpe que suena a hueso contra piedra.

—¡Parad! —grito, plantándome en medio, con la lluvia escurriéndome por las pestañas.

—¡Basta! —intento interponerme, pero Colum me sujeta del codo con una suavidad engañosa.

—Déjalos —murmura—. A veces los perros tienen que olisquearse los collares.

—¡Está herido, maldita sea! —escupo, pero mi voz se pierde entre las carcajadas de los demás.

Finn chasquea la lengua, se frota las manos.

—Apuestas abiertas, caballeros. Un chelín a que Kerran lo tumba a la segunda con la izquierda, pese a la fuga del costado.

Altair sonríe y escupe al barro.

—Cuatro. El chico es rápido.

Broen alza dos dedos, impasible.

—Tres. Es rápido, pero derrocha fuerza.

—¿Vais a dejar de comportaros como buitres? —les suelto.

Finn me guiña.

—Es una iniciación, Leigh. Es mejor que se midan ahora que cuando la lucha sea contra Argyll.

—¡Son estupideces!

—Las estupideces sostienen clanes —dicta Broen, como un salmo.

No me da tiempo a replicar. Tavish carga de nuevo, furioso, directo a la mandíbula. Kerran no retrocede ni un palmo. Gira apenas la cabeza y deja que el golpe se pierda en el aire, devolviendo un brutal choque de hombro que lo lanza hacia atrás. Tavish patina en el barro, pero se levanta de inmediato, jadeando como un toro acorralado.

—Uno —cuenta Altair.

Tavish patina en el barro, gira la cadera y lanza un gancho que tumbaría una puerta. Kerran lo huele, baja medio cuerpo y barre el pie de apoyo con el talón.

Tavish se va al suelo, chapotea, rueda como puede y se levanta. Los ojos le arden.

—Dos —dice Broen.

—¡Kerran, para! —grito—. ¡Estás herido!

—Y cabreado —responde sin mirarme.

Tavish carga de nuevo, esta vez al vendaje. El puñetazo impacta y Kerran gruñe. La camisa se oscurece. El dolor lo enciende, pero responde con un golpe corto, preciso, directo al plexo que dobla a Tavish sobre sí mismo.

—Tres. —La voz de Altair es tan plana como el trueno que retumba encima.

El cuarto asalto llega con desesperación. Tavish embiste ciego, directo al corazón del vendaje. Pero Kerran lo atrapa en pleno movimiento, le retuerce la muñeca y, con un giro brusco, lo lanza contra el suelo. Cuando ruedan, la lluvia parece fundirse con ellos. El barro salpica, los cuerpos se enredan, y un latido después Kerran tiene la rodilla clavada en el pecho de Tavish y el puño suspendido sobre su rostro.

—Cuatro —dicta Broen, como un juez.

—¿Lo dije o no lo dije? —ríe Altair, levantando ambas manos como si fuera el maestro de ceremonias.

Kerran no remata. Lo deja respirar. Espera a que Tavish levante la cara. El patio entero se queda mudo.

—¿Eso es todo? —pregunta, tranquilo.

Tavish jadea bajo el peso de Kerran, con los ojos encendidos de odio.

—¡Acaba! —le escupe—. ¡Si eres hombre, acaba!

Veo cómo a Kerran se le oscurecen los ojos, cómo el puño tiembla un segundo, pero en lugar de descargarlo baja despacio la mano, humillándolo más con la renuncia que con el golpe.

—Si te parto la cara hoy —le susurra, ronco—, mañana me odiarás menos. Y no pienso darte ese alivio.

Lo suelta y se aparta, tambaleándose. La sangre le oscurece la camisa y la sonrisa torcida le abre la herida aún más. Tavish intenta reincorporarse, pero yo me planto en medio, con los brazos abiertos.

—¡Se acabó!

—Leigh, quítate —ruge Tavish, aún con la furia temblándole en los músculos.

—Ni lo sueñes. —Le clavo la mirada con la rabia latiéndome en la garganta—. Para llegar a él, tendrás que pasar por mí.

El silencio se tensa como una cuerda en el patio. La lluvia golpea con más fuerza, los perros ladran desde las galerías, y yo siento los ojos de todos los MacKinley clavados en nosotros.

Detrás de mí, Kerran ríe bajo, un ronquido áspero que me hiela y me abrasa al mismo tiempo.

—Déjalo, Tavish. —Su voz se abre paso entre el aguacero—. Ya has probado lo que querías.

Finn silba, satisfecho.

—Y nosotros también. Apuesta cerrada, espectáculo concluido.

Tavish me fulmina, pero da un paso atrás, temblando aún de ira.

—¡Eres un hijo de puta! —ruge, retorciéndose—. ¿Qué carajo haces aquí, Campbell?

El nombre resuena en el patio como una maldición. Yo me estremezco, porque nunca había escuchado a Tavish pronunciarlo con tanta rabia.

—Dejaste a Leigh tirada, la humillaste delante de todos, te escondiste más de un año como una sanguijuela. —Su pecho sube y baja con rapidez—. ¿Y ahora apareces aquí como si nada? ¿Crees que puedes volver y plantarte en nuestra casa?

Noto las miradas en mi espalda. Los hombres de mi clan no saben qué pensar.

—Bonito discurso —responde Kerran, la voz ronca, grave—. Pero si vas a contar la historia, procura aprenderla entera.

Tavish se adelanta otro paso, con la furia ardiéndole en los ojos.

—La única historia que conozco es la de un cobarde que huyó, dejando a su prometida a merced de los rumores, de la ambición de su tío. —Su mirada me atraviesa, y me duele más que un golpe—. Y si piensas que ahora puedes volver a reclamar lo que perdiste… te juro que te mato aquí mismo.

Kerran se limpia la sangre del labio con el pulgar y suelta una risa grave, seca, que vibra más que el trueno.

—Qué apasionado eres, Tavish. Aunque… suena menos heroico cuando uno sabe que lo que en verdad ansías es mi lugar en la cama junto a ella.

—¡Kerran! —le amonesto con un hilo de voz afilado, furiosa y avergonzada a la vez.

Las carcajadas de los Cuervos no ayudan. Tavish se crispa, los puños temblándole como si quisiera romperle la mandíbula a golpes hasta borrarle la sonrisa.

Sus ojos me buscan un instante, ardiendo de humillación, y luego vuelven a Kerran con un odio que se siente en la piel.

—¿Tu lugar, Campbell? —repite con desprecio—. No tienes ningún lugar. Ni en su cama, ni a su lado, ni si quiera tienes derecho a respirar el mismo aire que ella. Y si piensas lo contrario… eres más iluso aún de lo que siempre fuiste.

Siento las miradas de todos en la nuca, la vergüenza ardiéndome en la piel, pero Kerran… Kerran solo ladea la cabeza y sonríe, con ese brillo insolente que me pone los nervios de punta.

—No sé qué me divierte más: que hables de esos lugares como si te pertenecieran o que creas que puedes borrarme con un par de insultos.

Me adelanto antes de que la rabia de Tavish vuelva a estallar. Le tomo la cara con las dos manos, la lluvia escurriéndome entre los dedos, y le obligo a mirarme.

—Estás vivo —susurro, con una sonrisa quebrada por el alivio—. Eso es lo único que importa.

Él parpadea, desconcertado, y sus hombros ceden apenas bajo mi contacto.

—Escúchame, Tavish. —Mi pulgar recorre su pómulo húmedo, como si quisiera borrar la furia—. No tienes que pelear con él. Estos

hombres… son los Cuervos. Y ahora los dirige Kerran. Han venido a ayudarnos.

Los murmullos explotan a nuestro alrededor. Tavish me mira como si no hubiera entendido una sola palabra.

—Solo ha venido a ayudarnos, nada más. —Mi voz insiste, firme, como si al repetirlo pudiera grabárselo en la piel.

Detrás de mí, escucho a Kerran resoplar una risa baja, cargada de veneno.

—¿Nada más?—repite, con la ironía impregnándole cada sílaba.

Los Cuervos sueltan carcajadas contenidas. Tavish se tensa otra vez, y yo noto el calor de Kerran a mi espalda, su rabia disfrazada de burla, vibrando con la tormenta.

—Me preocupé como los infiernos cuando me dijeron que te habías ido, Leigh —murmura Tavish, la furia de antes transformada en un temblor contenido—. Joder, solo a ti se te ocurre irte sola a buscar a… estos tipos.

Le tomo la mano, necesito calmarlo.

—Eh, estamos bien. Los dos.

Él suelta un resoplido, como si no pudiera creerme, y me atrae contra su pecho con un abrazo apretado, húmedo de lluvia y barro. El calor de sus brazos me devuelve un instante de alivio, de hogar.

—Esto no cambia nada —susurra contra mi sien—. Tenemos una conversación pendiente.

Sé a qué se refiere, y el peso de esas palabras me oprime el estómago.

—¡Eh! —La voz ronca de Kerran corta el aire como un cuchillo—. Me estoy desangrando aquí mismo. ¿Esta es la hospitalidad de los MacKinley ahora?

Me separo de Tavish de golpe. Kerran me mira con esos ojos azules oscuros, rebosando sarcasmo, pero lo que vibra por debajo

no es burla: es rabia contenida.

Tavish se gira hacia él con una mueca de desprecio.

—Para ti no hay hospitalidad, Campbell. Ni ahora ni nunca.

Iona se abre la capucha con un gesto brusco, la lluvia pegándole los rizos rojos al rostro, y su mirada recorre la escena como una daga. Ronan, más empapado que un perro de caza y con la sonrisa pintada en la cara, casi tropieza en el barro de las prisas.

—¡Leigh! —la voz de Iona me corta la respiración. Antes de que pueda responder, me rodea con los brazos, empapándonos las dos como si no importara—. Maldita seas, pensé que no volvería a verte.

La aprieto contra mí, la lluvia colándose entre los huecos del abrazo. El nudo en mi garganta apenas me deja hablar.

—Estoy aquí. —Mi voz se rompe un poco—. Estoy aquí.

Ronan llega un latido después, atropellado, y me alza del suelo con una risa que suena demasiado cerca del llanto.

—¡Sabía que eras demasiado terca para morirte! —me aprieta hasta doler, y luego me baja de golpe, empapándome de barro en la falda—. Aunque, joder, ¿tenías que volver con… *ese*? —lanza una mirada envenenada a Kerran, y su gesto de burla apenas esconde la rabia.

—Basta, Ronan —le corto, aunque no puedo evitar reír entre lágrimas, porque sigue siendo el crío de siempre, aunque ya no lo sea. Le enredo una mano en el pelo mojado, como hacía de niña, y él resopla fingiendo fastidio.

Me giro, y ahí están los tres: Tavish aún con la furia contenida en los puños, Iona con los ojos vidriosos y Ronan con la sonrisa desbordada de nervios. Los abrazo de nuevo, los tres a la vez, aunque apenas quepamos bajo el aguacero.

—Os he echado de menos —susurro. Luego levanto la cabeza—. ¿Y el abuelo?



Capítulo 18

«KERRAN»

El viento nos azota en la colina, trayéndonos el olor del mar mezclado con humo húmedo y estiércol de caballo. Desde aquí arriba, el castillo de los Campbell parece un lobo durmiendo con un ojo abierto: torres de piedra, almenas escurridas de lluvia, y una muralla que todos consideran inexpugnable.

Dunstaffnage es su orgullo, su símbolo, una fortaleza levantada para resistir siglos… y, sin embargo, yo conozco la grieta por donde se desangra.

—Ahí está tu antigua casa, Campbell —susurra Finn a mi lado, con esa sonrisa que no se gasta ni bajo la lluvia—. Bonita cárcel.

—Bonito establo —corrijo, entornando los ojos hacia el ala lateral donde guardan los caballos.

No necesito verlos para saber que allí, entre las sombras, sigue estando el mío. Bran. Soberbio, fiero, negro como la boca del infierno, con la frente marcada por un remolino blanco. Mi padre decía que era indomable. Yo lo domé en dos días. Quizá él lo odiaba tanto porque era demasiado orgulloso para aceptar otro jinete. Como su dueño.

—Vaya —masculla Colum, con la mandíbula apretada—. A tus parientes les gusta construir a lo grande.

—Les gusta aparentar a lo grande —corrijo, con media sonrisa torcida—. La piedra se alza más deprisa que el honor.

Finn, claro, suelta una carcajada y me da una palmada en el hombro.

—Lo que a ti te duele es que añoras la cama de plumas, hermano. Seguro que aún sueñas con esas sábanas.

—Sueño con el caballo que me robó mi tío —replico—. Y voy a recuperarlo esta noche.

Altair se encoge de hombros.

—Solo espero que no relinche mucho cuando te vea. Los animales suelen tener más memoria que las personas.

—Y menos rencor —añade Broen, seco, sin apartar la vista de las almenas.

Los ignoro.

El plan es simple: bajar en silencio, abrir los establos, llevarnos los mejores animales. Y dejar un sello en la puerta para que mi tío sepa quién vino. Los Cuervos no nos escondemos, sino que picoteamos donde duele y dejamos las plumas en la herida.

El plan parece una locura, pero no lo es. Dunstaffnage no se rinde ni con cañones, y mucho menos con cuchillos. Si alguien desde fuera intentara abrir las puertas, acabaría empalado en las almenas antes de dar tres pasos. Pero yo no soy alguien de fuera.

Cuando era crío descubrí el punto débil, escondido donde nadie miraba. Un pasadizo estrecho junto al ala de los establos, a ras de río, que los mozos usaban para sacar estiércol en cubas hasta las barcazas. Nadie se preocupa por vigilar dónde huele a mierda.

—¿Y por aquí se entra? —susurra Finn, tapándose la nariz mientras nos agazapamos entre los juncos.

—Por aquí se entra, se sale… y mejor no respires —respondo, palpando la pared húmeda hasta encontrar la piedra suelta que siempre fue mi llave.

La aparto apenas lo suficiente para que pase un hombre agachado. Broen empuja primero, haciendo más espacio y uno a uno nos deslizamos dentro, envueltos en un hedor agrio que me revuelve el estómago.

El pasillo es angosto, con las paredes rezumando agua, y el sonido de nuestros pasos se mezcla con el goteo constante. El aire se espesa a medida que avanzamos, hasta que el olor cambia: de estiércol a heno húmedo y cuero. Estamos bajo los establos.

Altair se adelanta, palpando en la oscuridad, y levanta la trampilla de madera que da directo a la parte trasera de los pesebres. Nadie vigila aquí; los guardias prefieren el calor de la entrada principal. El crujido de la trampilla se pierde en el chapoteo de la lluvia contra el techo.

Asomamos la cabeza entre las vigas

Dentro, los caballos se agitan, perciben la intrusión. El aire es espeso, mezcla de cuero mojado y sudor animal. Paso la mano por los lomos tensos hasta que lo veo. Bran. Su crin oscura brilla bajo la tenue luz, los ojos relampaguean como brasas.

—Hola, compañero. —Mi voz se quiebra apenas mientras paso los dedos por su cuello—. Te he echado de menos, pero ya has vuelto a mí.

Finn silba.

—Si hablas así a Leigh, igual también te deja montarla.

—Antes tendrá que domarla —se burla Altair.

—¿Domarla? Qué desperdicio. —Ladeo la sonrisa, acariciando la frente del caballo, sin apartar los ojos de la sombra de Bran—. Las llamas no se doman; se aprende a arder con ellas.

El silencio dura lo justo antes de que Finn se atragante de risa, tapándose la boca con el puño. Altair suelta un bufido incrédulo, y hasta Broen gira apenas la cabeza, con esa media expresión que para él ya equivale a una carcajada.

—Dios… —Finn me golpea el hombro, conteniéndose para no lazar una carcajada de pura diversión—. Como se te ocurra soltarle eso delante de Tavish, ese halcón te arranca los ojos.

La imagen me vuelve como un golpe: Tavish rodeándola con los brazos, ella sonriendo con alivio, posándole la mano en la mejilla. Yo sangrando a un lado como un idiota, sin merecer siquiera ese gesto.

La mandíbula se me tensa.

—¿Y desde cuándo alguna vez me ha frenado un halcón? —respondo, apretando las riendas de Bran, que resopla como si entendiera mi rabia.

No debería pensar en eso, pero vuelve una y otra vez. Vuelve cuando cierro los ojos, cuando la herida tira, cuando recuerdo el calor de sus dedos presionándome el costado con más furia que ternura. Y vuelve sobre todo a la noche anterior antes de que partiéramos hacia aquí cuando comprobó que la herida siguiera limpia, como si aún dudara de que yo supiera cuidarme solo.

La veo otra vez, inclinada sobre mí con el ceño fruncido, apartándome la camisa, sus dedos fríos contra mi piel caliente. Yo, mordiéndome la lengua para no gemir ni por dolor ni por otra cosa. Y la broma me salió sola, ronca, amarga:

—A él le diste un abrazo en cuanto lo viste. A mí apenas una mirada rencorosa. —Levanté la ceja, dejando que el veneno se mezclara con la sonrisa torcida—. ¿No podrías replantearte darme ese abrazo ahora?

Sus ojos azules se alzaron a los míos, cansados y furiosos, pero también con ese brillo que me corta la respiración.

—Tu seriedad no dura mucho —me dijo, bajando la voz como si temiera que alguien más la oyera.

Yo sonreí, ladeando la cabeza, aunque me doliera cada músculo del cuerpo.

—También mi corazón está herido, Leigh. Y curar el dolor del corazón requiere contacto físico.

El recuerdo me arranca otra mueca torcida. Ella me dejó con la venda bien apretada y sin abrazo. Tavish, en cambio, sigue llevándose las caricias. Y yo sigo aquí, robando caballos con un costado abierto y la certeza de que, cuando se trata de ella, ni cien halcones podrán apartarme.

Bran resopla, su aliento húmedo y cálido me golpea la cara cuando le paso la mano por el cuello. No hace falta que tire de las riendas: me reconoce. Los demás caballos se agitan, como si sintieran que la manada está a punto de partir.

—Hora de irnos —murmuro.

Broen abre la trampilla lateral y la madera gime, un quejido ahogado por la lluvia. Colum sujeta a dos de los animales más fuertes, Altair silba bajo para calmarlos. Solo Finn parece divertirse, como si robarle caballos a Argyll fuera un juego de taberna.

Un golpe de viento abre la puerta del patio y casi nos delata. El guardia de la esquina se gira, frunce el ceño, pero antes de que dé un paso Altair se escurre entre las sombras y lo despacha con un golpe seco. El cuerpo se hunde en el barro sin un ruido más alto que el trueno.

—Listo —susurra al volver, sacudiéndose el agua de la capa.

Finn me mira, esa chispa burlona aún en los ojos.

—¿Y ahora, jefe? ¿Nos vamos como ratas o como cuervos?

La respuesta es obvia. Me acerco a la puerta principal de los establos, saco de mi zurrón una tablilla de madera con el cuervo grabado a cuchillo y la clavo en el dintel con la daga.

—Que todos sepan quién ha venido —murmuro.

Broen abre la puerta de entrada de golpe. El chirrido rompe el silencio y de inmediato un par de perros empiezan a ladrar, pero ya estamos montando. Bran relincha, poderoso, con un bramido que resuena como un desafío.

—¡Vamos! —gruño, espoleándolo.

El portón se abre con violencia y la estampida sacude el patio: cascos contra piedra, crines negras volando bajo la lluvia. Los Cuervos avanzamos como una bandada oscura, arrasando con el estrépito de los animales. Los gritos de los guardias apenas alcanzan a rozarnos; la tormenta y la confusión cubren nuestra huida.

Bran se lanza al galope con la furia de los años robados. Yo me inclino sobre su cuello, sintiendo cada músculo tensarse y sonrío con los dientes apretados.

—Bienvenido a casa.

Detrás, Dunstaffnage tiembla con los gritos de alarma. Pero en la puerta del establo clavada, bajo la lluvia, el sello de los Cuervos queda brillando oscuro como una firma en la herida.

Bran avanza como si nunca hubiera dejado de galopar conmigo. La tormenta borra nuestras huellas y el rugido de los truenos apaga cualquier grito desde Dunstaffnage.

No vamos directos a Dùn Fhionnlaigh; sería regalarles el camino. En cambio, nos internamos por los senderos embarrados del bosque, cambiando de dirección tantas veces que hasta los cuervos que vuelan sobre nosotros podrían perderse.

La lluvia amaina cuando el sol empieza a hundirse tras las colinas. Al fin, tras horas de barro y silencio, llegamos a terreno seguro. Reconozco el perfil de las murallas de los MacKinley.

Bran resopla, como si también supiera que estamos en casa… aunque nunca del todo a salvo.

El portón del castillo se abre con un chirrido áspero, y el patio se llena con nuestro estrépito. Cascos contra piedra, resoplidos, el

chasquido de las riendas. Los MacKinley se arremolinan, murmurando. Y en el centro, en lo alto de la escalinata, lo veo. El viejo laird.

Sus ojos, que Leigh me describió vidriosos, ahora destellan de pura vida. Una carcajada grave, rota por la edad, le sacude el pecho.

—¡Muchacho! —exclama, señalándome con el bastón como si hubiera regresado un fantasma—. Sabía que volverías. Y menuda entrada la tuya. Siempre supiste cómo dar espectáculo. No has cambiado ni un ápice.

La sonrisa torcida se me escapa antes de poder contenerla.

—Eso dice mucho más de usted que de mí, mi laird. No esperaba que todavía tuviera fuerzas para gritarme.

—¿Gritarte? —Baja un escalón, los ojos entornados de picardía—. Todavía puedo bajar a pegarte una paliza con mi bastón. —Se ríe con ganas, y yo bajo la cabeza un instante, porque en su voz no hay rencor, solo esa familiaridad que nunca tuve en mi propia casa.

—Y estoy seguro de que yo acabaría perdiendo —le devuelvo, inclinando apenas la cabeza.

El viejo se acerca lo suficiente para darme un golpe flojo en el brazo con el extremo del bastón.

—Sigues con la lengua afilada, igual que tu padre. Solo que a ti aún te queda corazón. —Su voz baja de pronto, ronca, cargada de afecto—. Me alegra verte de vuelta, Kerran. Aunque sea así, empapado como un perro y trayendo sombras detrás.

Trago saliva, porque no me esperaba ese destello de orgullo en sus ojos. El recuerdo de Leigh hablándome de sus «días malos» me muerde en silencio.

—También me alegra verle, Laird.

–Aunque…Bueno, supongo que hay cosas que hablar —murmura, más para sí que para los demás.

Antes de que pueda añadir nada, Leigh se cruza de brazos delante de nosotros, con el pelo pegado a la cara y la mandíbula apretada.

—Ni uno de vosotros entrará en el castillo con ese olor sin pasar antes por agua. —Su mirada recorre a todos, de arriba abajo, hasta que Finn suelta una carcajada.

—¿Quieres acompañarnos al baño, como la última vez? —pregunta, con el descaro brillándole en los ojos.

El jadeo de Iona se oye claro desde el grupo que se ha congregado.

La voz de Tavish corta el bullicio del patio como una espada desenvainada.

—¿Este es tu plan para ayudarnos? ¿Recuperar tu caballo?

Yo sonrío, esa mueca torcida que nunca aprendí a contener.

—Sí. Para empezar. —Le acaricio la crin a Bran, que resopla orgulloso como si entendiera todo—. Acostúmbrate, Tavish. No es lo único que pienso recuperar.

Tavish da un paso al frente, los puños cerrados.

—¿No es un poco tarde para cambiar de opinión?

Clavo los ojos en él, sin parpadear, la voz grave, firme.

—Yo nunca cambié de opinión. Lo que quiero… siempre ha sido lo mismo.

Leigh evita mi mirada, pero sé que lo ha oído, que cada palabra la ha alcanzado a ella antes que a Tavish.



Capítulo 19

«LEIGH»

El aire de los pasillos es espeso, cargado de cansancio y murmullos. Llevan toda la noche y el día sin dormir, y aunque sus pasos aún resuenan firmes contra la piedra, se nota en sus ojos que la vigilia los ha vaciado por dentro.

—Son nuestros huéspedes —anuncio, firme—. Han venido a ayudarnos. Dadles habitaciones.

Iona me lanza una mirada rápida, como midiendo cuánto me pesa esa palabra, pero no dice nada. Se limita a ordenar a las criadas que preparen jarras de agua y ropa limpia. Innes abre puertas, distribuyendo a los hombres por las estancias del ala este.

Finn bromea incluso medio dormido, Colum acepta la cama sin una palabra, Broen apenas asiente.

Cuando todos desaparecen tras sus puertas, Kerran sigue de pie en el pasillo, con la camisa pegada al cuerpo y esa sonrisa torcida que no se gasta ni con el cansancio.

—He perdido la venda en el lago mientras nos bañábamos —su tono es bajo, casi íntimo—. Tendrás que volver a ponerme una.

El corazón me da un vuelco absurdo. No es más que una herida, un deber, pero la forma en que me lo dice hace que la piedra bajo mis pies parezca más inestable que nunca.

—Vamos —murmuro.

La puerta cede con un chirrido, revelando un cuarto sencillo con una cama amplia, arcón, brasero encendido y una jarra de agua sobre la mesa. El silencio pesa más que el cansancio.

—Siéntate —ordeno, intentando que suene más frío de lo que me sale.

—Si me siento, me duermo. Si me duermo, te vas —responde, seco, y arquea la ceja—. ¿Ves qué rápido razono incluso con un agujero en el costado?

Le lanzo los paños mojados a la cara. Los aparta con una risa ronca que se le corta en un gesto de dolor. El corazón me da un vuelco, odioso. Acerco el brasero y le señalo con la barbilla.

—Quítate la ropa.

—Se suponía que esa sería mi frase.

—Kerran.

No hace falta decir más. Se desabrocha el cordón del cuello de la camisa con torpeza. La tela, pegada a la piel, se resiste. Cuando tiro yo, le arranco un jadeo que podría ser un insulto o una plegaria.

El corte no es limpio. La herida se abre en un tajo irregular, enrojecido y feo, pero no tan profundo como para temer por su vida si deja de hacer estupideces veinticuatro horas. No lo hará.

Empapo el paño y acerco la mano al costado.

Los músculos del abdomen se le tensan cuando el vinagre arde como una lengua de fuego. No aparta la vista de mí ni un segundo. Puedo contarle las pestañas. Puedo sentir su respiración en mi cuello.

Le alzo el brazo y paso la venda alrededor del torso. Su espalda, dura, marcada de cicatrices viejas, roza mi pecho. Siento cómo se le acelera el pulso de la muñeca en mis dedos. Siento cómo se me acelera el mío en respuesta.

—¿Has hecho esto por Tavish alguna vez?

—No voy a hablar de Tavish contigo.

—Pero yo tengo que vivir con la idea de Tavish a tu lado.

Le aprieto la venda. Él suelta el aire en un gemido que mis oídos traducen a mil idiomas.

No sé si reír o empujarlo. Termino el nudo, compruebo el borde del vendaje con los dedos. No me deja soltarlo y su pulgar traza un círculo breve, distraído por mi muñeca, que no es nada y lo es todo.

—¿Te duele? —pregunto.

—Desde hace años.

—La herida.

—También.

Me alejo medio paso para guardar el vinagre, y él se sienta sobre la cama de forma pesada, pero estira el brazo y su mano atrapa mi falda, a la altura de la cadera, con apenas dos dedos.

—Quédate un minuto —pide, y el tono me pulveriza—. Solo uno.

Su petición me deja clavada en el suelo. Solo un minuto, dice, como si no supiera que con uno basta para desarmarme.

Trago saliva, porque el aire en la estancia se ha espesado de repente, como si el brasero se hubiera vuelto hoguera.

Él inclina la cabeza hacia atrás, los párpados pesados por la vigilia, la sonrisa torcida todavía prendida en la boca. Esa boca. Respira hondo, y el movimiento tensa la venda recién atada; mi propio pulso se sincroniza con el suyo en un latido que me duele en la garganta.

—Un minuto —repito, con la voz más segura de lo que pensaba.

—O dos —susurra él, ronco, y noto cómo su pulgar vuelve a moverse en círculos esta vez sobre mi cadera, tan lento que me arde el estómago entero.

Podría apartarme. Debería. Pero en lugar de eso, acerco la mano a su rostro y se lo sostengo para apartarle un mechón húmedo que se le ha pegado a la frente. Su piel está caliente, más de lo que debería, y bajo mis dedos siento la sombra de la barba, áspera, peligrosa, como si rozara una brasa. Él cierra los ojos un instante, un gesto breve, un suspiro contenido que me atraviesa como un secreto.

Cuando los abre, me encuentro de golpe con ese azul que nunca aprendí a sostener. Azul cansado, febril, lleno de un deseo tan explícito que casi me arranca el aire de los pulmones.

Me tiembla la mano. Él lo nota, porque sonríe apenas, con esa insolencia que nunca lo abandona ni medio muerto.

—¿Eso era ternura o comprobabas si tengo fiebre?

—Era… —mi garganta se seca—. Era comprobar que sigues vivo.

—Entonces sigue comprobando.

Su voz roza la piel más que el oído. Sujeta la falda un segundo más y luego la suelta, como si respetara la rendija de control que todavía me queda. Pero su otra mano, callosa, sube despacio hasta cubrir la mía, la que aún descansa en su rostro. La lleva a sus labios sin dejar de mirarme, sin parpadear, y deposita un beso breve, casi torpe y perezoso, en la base de mis dedos.

El cansancio lo derrumba en un gesto que me corta la resistencia. Sus labios se curvan en esa media sonrisa que no sé si quiero golpear o besar.

—Te advertí que si me sentaba, me quedaba dormido —murmura, con los ojos medio cerrados.

—Entonces duerme —respondo, sin fuerza ya para fingir frialdad.

—No hasta que me des lo que le diste a Tavish.

Me paralizo. Su voz es un roce, pero sus ojos están abiertos, fijos en los míos, desnudándome más que sus dedos. La herida, el desaliño, el cansancio… nada le quita ese brillo insolente que me tiene atrapada.

Y antes de pensar, lo hago: acerco mi frente a la suya, un gesto a medio camino entre un abrazo y… ni yo lo sé, pero me aproximo lo justo para que su respiración se mezcle con la mía.

Él cierra los ojos y suelta el aire en un gemido bajo, más gratitud que triunfo. Sus brazos se cierran alrededor de mi cintura.

Un minuto, me digo. Solo un minuto.

Pero los brazos de Kerran me arrastran contra él, tan firme que apenas me da tiempo a respirar. Su pecho late duro bajo mis manos, y yo sé que debería apartarme, que un abrazo es suficiente… pero no lo es.

Su boca está a un suspiro de la mía, y el roce leve que antes había sido un amago se convierte en fuego cuando me inclino del todo.

Nuestros labios se encuentran primero con torpeza, como si buscáramos comprobar si esto es real, y luego se funden, lentos, inevitables. El calor de su lengua roza mi labio inferior, tanteando, pidiendo paso, y yo cedo con un temblor que me recorre desde el estómago hasta las rodillas.

El beso se abre, húmedo, profundo, un vaivén lento al principio, como si ambos necesitáramos saborear cada segundo robado. Su lengua acaricia la mía con un ritmo que me desarma, húmeda, insistente, hasta que succiona con suavidad y siento que me falta el aire. Jadeo en su boca, pero no me aparto. Al contrario, me hundo más en él, bebiéndolo, dejándome arrastrar por ese calor pegajoso que se vuelve ansia.

Sus dientes se cierran un instante en mi labio superior, un mordisco breve, preciso, que me arranca un gemido ahogado. Él lo

traga como si fuera suyo, y la presión de sus brazos en mi cintura aumenta, pegándome más a su cuerpo. Mi lengua se atreve entonces, roza el paladar suave, explora el borde de sus dientes, juega con la suya en un duelo húmedo, lento al inicio y luego cada vez más voraz.

El sabor de él me inunda: sal y algo más, un calor animal que se queda pegado en mi lengua.

Sus labios succionan los míos con hambre, dejando rastros húmedos que me encienden la piel. Su lengua recorre la mía con una insistencia abrasadora, y yo me aferro a sus hombros.

De pronto, se deja caer hacia atrás sobre el colchón, arrastrándome con él. El mundo se tambalea y de golpe estoy encima, mis rodillas a ambos lados de sus caderas, mi cabello cayendo como una cortina alrededor de los dos.

No me suelta. Una de sus manos se aferra a mi cintura, la otra se hunde en mi nuca, obligándome a no romper el beso.

Acaricio el relieve duro de su abdomen, resigo el camino de una cicatriz que se pierde bajo el tartán. Su piel arde, húmeda de deseo, y me sorprendo queriendo grabar en mis palmas cada línea de él. Es brutal y salvaje, sí, pero también hermoso de un modo que me parte en dos.

No es el cuerpo pulido de un noble de salón; es el de un guerrero… imposible de domar. Y aun así, bajo mis manos, tiembla.

—No me mires así… —susurra, con la voz rota, viéndome explorarlo—. Vas a hacer que pierda la poca cordura que me queda.

Su boca me devora con más ansia ahora, los labios pegados, la lengua entrando y saliendo, rozándome hasta arrancarme jadeos que él engulle sin darme respiro. Yo muerdo de vuelta, y su risa se mezcla con el beso, una vibración ronca que me estremece.

El calor se dispara directo entre mis piernas. Gimo contra su lengua, y él responde con un movimiento de cadera que me arranca un sobresalto.

Mis dedos se enredan en su cabello, tirando, buscando anclarme a algo mientras la cama rechina cada vez que sus caderas se arquean contra las mías. El roce es brutalmente íntimo incluso con la ropa entre nosotros; el calor se filtra a través de la tela y me arranca un gemido torpe.

Mis manos buscan su rostro, delinean con dedos temblorosos la barba húmeda, la mandíbula tensa, el arco de sus labios antes de volver a besarlo con más hambre, con más saliva, con más todo.

El roce se vuelve un asalto lento, carnal: nuestras bocas brillan de humedad, se persiguen, se muerden y se vuelven a lamer como si no hubiera mañana.

Su mano en mi nuca aprieta, firme, casi dolorosa, marcando el ritmo. Y yo cedo, me dejo guiar, me dejo arrastrar, porque aunque debería detenerlo, la verdad es que no quiero.

Ni un minuto, pienso. Ni dos. Quiero perder la cuenta entera.



Capítulo 20

«LEIGH»

Me da la vuelta con una facilidad insultante, como si el cansancio que arrastra no pesara en sus músculos.

El colchón me recibe de espaldas y, en un parpadeo, su cuerpo está encima del mío, caliente, inmenso, tan cerca que me corta el aliento.

Su boca abandona mis labios para perderse en mi cuello. El primer contacto es un roce mojado, lento, que me eriza la piel desde la garganta hasta la nuca. Aspira contra mi clavícula, deja un beso más profundo, y siento cómo sonríe cuando se me escapa un suspiro que no consigo atrapar con los dientes.

—Si este es mi último aliento, que sea con esta imagen grabada.

—Idiota… —susurro, pero me falta aire para sonar convincente.

Su mano me sujeta la cintura con firmeza, clavando los dedos en la tela de la falda, y la otra se abre paso bajo el lino hasta mi pantorrilla. El calor de su palma me recorre como una brasa. Me dobla la pierna por la rodilla con un movimiento brusco, seguro, obligándome a abrirla a un lado. El colchón cede bajo nosotros y me siento expuesta, vulnerable… y, aun así, incapaz de cerrarme.

La falda se arruga a mitad de muslo, sus nudillos rozan mi piel mientras ascienden despacio. Cada centímetro que sube me roba aire. Mi respiración se vuelve torpe, entrecortada, y la suya se mezcla con la mía, grave, impaciente, como si buscara acompasarla.

—Kerran… —Las palabras me salen a tirones y suplican más de lo que advierten No lo detengo, pero la duda me tiembla en la garganta como si todavía tuviera fuerzas para resistirme.

Él se contiene un instante, lo justo para mirarme. Sus ojos arden, desbordados de deseo, y la sonrisa torcida se rompe en algo más brutal, más vulnerable.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con esto? —dice, ronco, con la voz quebrada—. Tocándome como un crío en mi cama, corriéndome como un maldito adolescente solo por imaginarte debajo de mí. Y ahora estás aquí… —jadea— y no puedo dejar que sea un sueño más.

El calor me inunda el vientre. No puedo apartar la mirada, ni decirle que pare. Mi cuerpo ya lo ha decidido antes que mi boca.

Su mano se abre paso entre mis muslos, firme, desesperada, hasta que los dedos rozan la hendidura de la entrepierna.

Jadeo, temblando, cuando presiona justo ahí, con la palma sin compasión, buscando abrirse camino. El roce es torpe al principio, luego más firme, más incisivo, hasta que todo mi cuerpo se arquea contra él.

No puedo permitir que pase esto y, sin embargo, mis caderas lo buscan sin querer, presionándome contra su palma. Él ríe bajo, áspero.

—Así… —gime contra mi cuello, el aliento caliente golpeándome la piel—. Así me imaginaba tu cuerpo llamándome.

Me abre con los dedos y desliza la yema entre mis labios, frotando despacio, con una cadencia que me vuelve loca. El sonido húmedo llena el silencio de la alcoba, indecente y abrasador.

Lo noto dudar, su respiración se acelera en mi cuello, hasta que al pasar otra vez por un lugar sensible e hinchado, mi cuerpo se arquea como una llama buscando aire.

Sus labios se curvan contra mi piel, incrédulos, como un muchacho que acaba de descubrir un secreto.

—Aquí… —murmura, y lo repite, frotando justo en ese lugar—. Aquí te gusta.

Me cubro el rostro con la mano, avergonzada de lo evidente, pero él me aparta los dedos y me muerde el labio.

—No te escondas —gruñe, jadeante—. Enséñame lo que te enloquece.

Su pulgar vuelve a frotar ese punto y la corriente me sacude con violencia. La vergüenza se disuelve en placer. Mis caderas se mueven solas, buscándolo, y él deja escapar un gemido incrédulo, con la frente apoyada en la mía, como si no pudiera creer lo que siento bajo sus manos.

Sus dedos se aventuran más abajo, húmedos ya de mí, y lo siento explorar con torpeza, tantear la entrada como si temiera romperme. La respiración se le corta en seco, y levanta apenas la cabeza, mirándome como si buscara permiso en mis ojos.

—¿Así…? —pregunta, y su voz tiembla de pura anticipación.

Gimo, y ese gemido le da permiso

Me acaricia con una desesperación que no sabe de ternura ni de paciencia, como si necesitara grabar cada gemido mío en su memoria. Su pulgar presiona y frota en círculos breves, casi torpes, mientras dos dedos buscan el centro, húmedo y caliente y uno de ellos comienza a presionar, a hacerse sitio hacia dentro y la sensación me arranca un gemido que él atrapa con la boca.

Mi cadera se eleva contra su mano, exigiendo más de lo que sé pedir.

Un gruñido suyo se mezcla con mis jadeos, ronco, incrédulo, como si no pudiera creer que mi cuerpo respondiera así.

—Dios… —jadea, quebrado—. Eres tan cálida…

Se mueve dentro, despacio, probando, aprendiendo mi cuerpo con cada espasmo, con cada sollozo que arranca de mis labios. Y cuando vuelve a rozar arriba con el pulgar, al mismo tiempo que me llena con el dedo, la corriente me sacude más fuerte.

Él lo nota. Claro que lo nota.

—Aquí pierdes el aliento —resopla, casi riendo, como si acabara de descubrir un tesoro oculto.

—Kerran, si alguien entra… —intento decir, pero ya no sé si sollozo o suplico.

Su boca vuelve a atrapar la mía, como si necesitara probar el jadeo que me acaba de arrancar. Sus besos se vuelven desesperados, húmedos, llenos de saliva y mordiscos que saben a pura necesidad.

Me restriego contra él, pidiendo más, y descubro su erección dura rozándome a través de su tartán en mi muslo.

No puedo detener el vaivén de mis caderas, buscando más, buscándolo a él. El colchón cruje, la madera gime bajo nuestro peso. Cada roce me incendia un poco más, me acerca a un borde que se me antoja peligroso, imposible de frenar.

Y entonces él cambia la posición de sus caderas, las encaja entre las mías, y la tela que aún nos separaba desaparece en un descuido. Siento el peso duro de su erección rozarme justo donde ardo, tan real, tan cerca, que me corta la respiración.

El contacto es brutal. Él jadea, y me doy cuenta de que también tiembla, de que está al borde.

Se queda quieto un instante, el pecho subiendo y bajando contra el mío, como si el mundo se hubiera reducido a ese punto de

contacto. La mirada se le oscurece, los labios entreabiertos, el sudor pegándole mechones de pelo a la frente.

—Tranquila… —jadea, ronco, con una sonrisa torcida que no engaña a nadie—. No voy a tomar lo que aún no me das… hasta que no estés segura.

—Kerran…

—No me importa si mañana me odias de nuevo, ahora necesito saber que tu cuerpo me pertenece únicamente a mí.

Me besa otra vez para interrumpirme, con torpeza, con hambre. Su lengua busca la mía como si no bastara. Sus caderas se mueven apenas, rozando, y un gemido se me escapa sin permiso.

—Solo… —su voz se quiebra, desesperada, su aliento ardiendo en mi boca—. Solo déjame sentirte. Déjame esto, aunque sea así… Inventaré un ritmo propio para nosotros dos, si es necesario, en el que pueda dar a tu cuerpo todo lo que desee.

El primer roce de la punta de su sexo contra mis labios húmedos me arranca un jadeo que muerdo en su boca.

Siento cómo resbala, cómo se desliza con facilidad, empapándose de mí. Roza con toda su extensión entre los pliegues, acaricia, presiona justo donde más siento y cada movimiento me quiebra la respiración.

Cuando baja más despacio, siento cómo empuja contra la entrada, firme, caliente, rozándome con esa amenaza deliciosa de romper la última barrera.

Mi cuerpo tiembla, la humedad lo facilita, y él se queda ahí, presionando apenas, como si quisiera memorizar el umbral que aún no se atreve a cruzar.
Gimo, arqueándome hacia él, y la fricción me incendia de dentro a fuera.

Entonces sube de nuevo, despacio, la punta abriéndose camino por mis labios mojados, hasta frotar en círculos sobre mi sexo

hinchado. Su gemido se mezcla con el mío, ronco, como si ese descubrimiento lo devastara.

El vaivén se vuelve un ritmo, más firme, más desesperado, y yo me pierdo en cada movimiento.

Su pubis golpea el mío en cada acometida, el hueso duro chocando contra mí, sus rizos oscuros rozándome la piel húmeda, abrasando cada vez que se mueve.

Bajo mis manos, sus músculos se mueven como los de un animal contenido. Siento la fuerza en cada fibra, la energía a punto de desbordarse, y aun así, en ese instante, es mía. Todo él, fiero y rendido a la vez, bajo mis dedos.

Y yo no puedo hacer otra cosa que abrirme más, dejar que me arrastre con él.

Cada vez que baja hasta el fondo siento que voy a romperme, que mi cuerpo va a estallar. Y él lo sabe. Lo noto en cómo tiembla su mandíbula cuando aprieta la frente contra la mía, en cómo me mira como si estuviera viendo un milagro que no se atreve a profanar del todo.

Sus manos no saben dónde sujetarme: primero la cadera, luego la nuca, luego mi muslo abierto, como si quisiera grabarse cada rincón de mí en las palmas.

—Dios, Leigh… —gime, hundiendo la frente en mi cuello—. Me vas a volver loco.

El resoplido que me lanza contra el cuello es tan crudo que me estremece.

Él aprieta los dientes, como si el control le costara la vida. Su frente cae en mi clavícula, su respiración arde, sus caderas se mueven sin ritmo ni paciencia, solo pura necesidad. Una y otra vez me restriega contra él, la punta rozando mi entrada, mojándose en mí antes de volver a subir para frotarse en lo más alto.

Mis uñas se clavan en su espalda. No sé si le pido más, pero la voz no me sale. Él me muerde el hombro, ahogando un gruñido que suena a derrota y victoria a la vez.

—Leigh… —jadea, la voz rota, como si estuviera partiéndose en dos—. No sabes lo cerca que estoy…

Y él tampoco, porque cada vez que su pelvis choca con la mía, cada vez que su sexo roza en el lugar justo, la presión dentro de mí amenaza con estallar. El colchón gime, la madera cruje, y el mundo entero se reduce a ese roce húmedo, ardiente, imposible de detener.

Hasta que no puedo más: mi cuerpo se arquea, los músculos se tensan, y un gemido roto me estalla en la garganta. El placer me sacude con violencia, desbordándome en oleadas que me hacen aferrarme a él como si me fuera la vida.

Kerran gime contra mi cuello, un rugido bajo que me atraviesa.

Él tiembla encima, la mandíbula apretada, los ojos oscurecidos. Su erección vibra contra mí, palpitante, agitada, y sé que está a punto de romperse. Y cuando lo hace, lo siento estremecerse con violencia, un gemido desgarrado contra mi cuello, y un latido después su calor espeso me moja entre las piernas y los muslos. Su sexo pulsa contra mí, sacudiéndose en oleadas que me marcan tanto como la semilla que se derrama entre nosotros.

El calor de su líquido me prolonga el orgasmo, como si cada gota me incendiara un poco más.

Mi cuerpo se arquea, me sacude el placer con tanta fuerza que apenas sé si gimo o lloro.

Él se queda jadeando sobre mí, los brazos temblándole a los lados de mi cuerpo. La respiración entrecortada, los labios aún buscándome como si no pudiera aceptar que ha terminado.

—Dios… —susurra, roto, casi un sollozo de agotamiento y alivio —. Si me muero ahora, habrá merecido la pena.

Sonrío, pero lo único sensato que hago ahora es aferrarme a su nuca, con el pulso desbocado y el calor de su semilla aún deslizándose por mi piel, recordándome lo que acabamos de hacer.

No sé si fue solo deseo o rendición, pero ya no puedo fingir que odiarlo es fácil.



Capítulo 21

«LEIGH»

El fuego del brasero apenas logra vencer al frío que se cuela por las rendijas. La sala del consejo siempre huele a algo muy antiguo, como si las paredes llevaran siglos escuchando planes que acaban mal.

El abuelo ocupa la cabecera, encorvado pero todavía con esa mirada que asusta a los hombres. Tavish se apoya en la mesa, los brazos cruzados y ese aire de querer resolverlo todo a espadazos. Ronan garabatea un mapa con una daga. Fergus, el capitán de la guardia, guarda un silencio tenso, el tipo de silencio que solo rompen los hombres acostumbrados a obedecer.

Y luego están ellos.

Los Cuervos.

Kerran, por supuesto, parece disfrutar de la incomodidad ajena. Se sienta donde no debería, en la esquina de la mesa reservada para los jefes MacKinley, con los codos apoyados en ella y la sonrisa de quien está deseando que alguien le discuta. Broen, Colum y Finn lo flanquean, más atentos a las chispas que a la discusión.

—El conde de Argyll ha puesto precio a nuestras cabezas —dice Broen, con un tono casi alegre—. Y, al parecer, no pequeño.

—No esperaba menos —responde Kerran, sin apartar la vista del mapa—. Si un Campbell no patalea, es que está muerto.

Tavish chasquea la lengua.

—Hablas como si te enorgulleciera que te busquen para ahorcarte.

Kerran levanta la vista. Ese brillo suyo, mitad burla, mitad fuego, se instala en la sala.

—No hablo de orgullo, sino de eficacia. Cuando un enemigo se enfurece, es que lo has tocado donde duele.

—Podríamos dejar de provocarlo y centrarnos en sobrevivir —interviene Fergus, nuestro capitán, con esa calma de soldado que ha visto demasiadas estupideces.

—Sobrevivir —repite Finn, con una carcajada baja—. Qué palabra tan aburrida.

El abuelo golpea el bastón contra el suelo y el eco resuena en la piedra.

—Basta. No estamos aquí para medir quién tiene el ego más inflamado.

Yo intento no sonreír. *Demasiado tarde, abuelo.*

Kerran se inclina sobre el mapa.

—Argyll reforzará las patrullas en el valle, pero aún tiene rutas abiertas por el norte. Los suministros que llegan de Dunstaffnage pasarán por el paso de Glen Etive. Si bloqueamos allí, lo obligaremos a retroceder.

Tavish niega con la cabeza.

—Eso es una locura. Si nos ve a todos en el paso, creerá que buscamos guerra abierta.

—¿Y qué crees que es esto, Tavish? —replica Kerran, sin perder la calma—. ¿Una partida de caza?

Los dos se miran con esa intensidad que hace que hasta el fuego parezca apartar la vista.

—Tú no eres parte de este clan —gruñe Tavish—. No decides por nosotros.

—No pretendo hacerlo. Solo evitar que metáis la pata antes de que amanezca.

—Te advierto… — empieza Tavish, acercándose.

—Adviertes mucho —lo interrumpe Kerran, arqueando una ceja —. Deberías probar con actuar.

—¡Basta! —intervengo, más alto de lo que pretendía.

Los dos me miran como si acabaran de recordar que sigo aquí. Genial.

—Esto no es una taberna ni un corral —añado—. Si vais a comportaros como niños, al menos esperad a que acabe el consejo para pegaros.

Broen se ríe entre dientes.

—Ella tiene razón.

El abuelo suspira.

—Argyll no olvidará el robo de los caballos. Es cuestión de días que mande una respuesta.

—Pues habrá que dársela antes de que la encuentre —dice Kerran.

—¿Y qué propones? —pregunta Ronan, divertido.

Kerran apoya un dedo sobre el mapa.

—Esos caballos no eran lo único que guardaba en Dunstaffnage. Hay víveres, armas, cartas de comercio… Si perdemos el norte, lo atacamos por el sur.

Finn se ríe.

—Robos, sabotajes, distracciones. Me gusta.

—Escaramuzas pequeñas —añade Colum—. Fuego en los establos, trampas en los caminos, interceptar sus mensajeros. Que no pueda dormir tranquilo.

Tavish niega.

—Eso solo atraerá más represalias.

—Perfecto —replica Kerran—. Así sabremos que funciona.

La sonrisa que le lanza me da ganas de tirarle algo a la cabeza.

—¿Podrías dejar de provocarlo cinco minutos? —le espeto.

—Si dejo de provocarlo, es que se me ha enfriado la sangre —contesta sin mirarme, pero la sonrisa va dirigida a mí.

—Eso tiene cura —replico—. Una dosis de humildad y se te calienta lo justo.

Finn se ríe. Tavish no.

El abuelo levanta la mano, agotado.

—Antes de que esto se convierta en un duelo de egos, propongo algo más útil: pensar cómo defender el castillo si Argyll decide adelantarse.

Las conversaciones se entrecruzan: planes, refuerzos, hombres, armas. Yo intento concentrarme, pero la tensión entre Kerran y Tavish llena la sala como el humo del fuego.

Y entonces la puerta se abre. Innes entra, con el rostro serio y un sobre sellado entre las manos.

—Acaban de traer esto.

El sello es inconfundible: cera roja, grabado con el escudo de Argyll.

Kerran alza una ceja.

—¿Ves? Ya ha llegado su respuesta. Qué impaciente el conde.

Rompo el lacre y leo. La letra es elegante, fría. Leo en voz alta:

«Lady Leigh MacKinley está cordialmente invitada al baile de máscaras que se celebrará en el castillo de Dunstaffnage con motivo de la estación de invierno. Su presencia será recibida con el honor que corresponde a su linaje.»

Silencio.

Puedo sentir las miradas clavadas en mí, incluso la de Kerran, que por una vez no sonríe.

Tavish es el primero en hablar.

—No irás —dicta, sin preguntar.

—Por supuesto que no —añade el abuelo, mientras Ronan se inclina hacia delante, curioso.

Kerran se recuesta en la silla, despacio, con ese brillo que anuncia problemas.

—Yo diría lo contrario. Si la quieren como invitada… —se encoge de hombros—. Que les dé el gusto.

—¿Estás loco? —Tavish lo fulmina—. ¡Es una trampa!

Kerran juguetea con el borde del mapa, sin apartar la vista de mí.

—Claro que lo es —replica, tranquilo—. Por eso debemos aprovecharla. Argyll organiza una fiesta para la nobleza. Estará distraído mientras tiene al enemigo dentro de sus murallas.

—Y si va, podría retenerla —le espeta Tavish.

—No lo hará porque no irá sola.

—¿A qué te refieres? —pregunta Ronan, divertido.

Kerran me mira, y su sonrisa se convierte en promesa.

—Que bailemos con ellos. Ella y yo, pero a nuestro ritmo.

Por un segundo, nadie respira. Y entonces me doy cuenta de que me he sonrojado. No un leve rubor, no. Las mejillas me arden.

Perfecto.

Tavish se gira hacia mí y frunce el ceño.

—¿Qué significa eso? —pregunta, mirando alternativamente a Kerran y a mí, como si hubiera entrado en una conversación a medias.

—Nada —digo, demasiado rápido.

Kerran se acomoda en la silla con una lentitud insultante, como si el mundo girara solo para él.

—Significa —responde, sin apartar la mirada de mí— que confía en mis pasos. Ya hemos bailado juntos una vez.

El aire se me atasca en la garganta.
Finn se ríe por lo bajo.

—No entiendo a qué estás jugando, Campbell.

—No lo hago—replica Kerran, sin dejar de mirarme—. Solo digo que algunos bailes no se olvidan.

La frase me golpea justo donde no debería.
Recuerdo el roce de su piel, el olor del sudor, su aliento temblando contra mi cuello. El peso de su cuerpo.

Y, por un instante, temo que se me note por fuera que ardo por dentro.

—Yo no bailo con hombres que se confunden de pasos —logro decir al fin, alzando la barbilla.

Kerran sonríe despacio, una comisura primero, la otra después, como si disfrutara de cada segundo de mi incomodidad.

—Y aun así seguiré tarareando la melodía hasta que decidas en qué dirección quieres ir.

Por un instante nadie habla. Solo el chisporroteo del fuego llena la sala.

—¿Y si te reconoce? —pregunta el abuelo, mirándolo directamente a él.

Kerran no responde enseguida. Se limita a sostenerle la mirada, sin parpadear.

—No lo hará —dice por fin—Llevaré máscara, ¿recuerdas?

—¿Y si lo hace? —insiste Tavish—. Uilleam no olvida una cara, y menos la de su sobrino fugitivo.

Kerran lo ignora por completo y se levanta, despacio.

—A veces hay que acercarse al fuego para saber cuánto quema.

Se vuelve hacia mí, y por un instante su voz baja hasta hacerse privada, íntima.

—Tranquila, *aingeal*. Prometo que si me descubren, a ti nadie te tocará ni un pelo.

Hay algo en el modo en que Kerran dice «prometo» que obliga a todos a pensar en consecuencias. Argyll no es un conde cualquiera, es su tío, y un encuentro en Dunstaffnage sería un cuchillo a cielo abierto.

—Si aceptamos esto, lo hacemos con reglas —digo y miro al abuelo—. Si hay riesgos, los asumimos midiendo cada paso.

Kerran se recuesta, la expresión afilada y suave a la vez. Se acerca y, casi rozando mi oreja, susurra:

—Serás la dama que baila como si el mundo fuera suyo.

Hay en esa idea más que coquetería. Si me arriesgo a entrar en Dunstaffnage, será para tomar la iniciativa y devolver cada golpe que nos quieran dar.

—Yo también voy —suelta Tavish, seco—. Si ella entra en el castillo de Argyll, no lo hará de la mano de un proscrito. Irá con su familia.

Kerran levanta la cabeza despacio, como si saboreara el desafío.

—No.

No alza la voz. No le hace falta.

—¿Y por qué no? —pregunta Tavish, cruzándose de brazos.

Kerran se recuesta en la silla, se toma su tiempo, como si buscara una razón en el techo.

—Porque sería... demasiado previsible. Un movimiento tan obvio levanta sospechas.

Finn levanta una ceja.

—No digas estupideces —espeta Tavish—. Yo podría entrar con ella sin levantar sospechas. Soy parte de su familia. Y tú… eres el prófugo con cara de querer incendiar el castillo.

Kerran no lo mira siquiera.

—Precisamente por eso funcionaría.

Tavish se ríe, sin humor.

—¿Y tú crees que mi presencia levantaría alarmas, pero la tuya no?

—Exacto.

—Eres ridículo.

—Y tú eres molesto —murmura Kerran, lo bastante alto como para que todos lo oigan.

Finn se inclina hacia Broen, fingiendo confidencia.

—Yo solo espero que lleguen a los puños. He apostado cinco monedas a que Kerran lo tumba en el primer golpe.

—¿Puedo subir la apuesta a que Leigh los tumba a los dos? —susurra Colum.

Intento mantener la calma, pero ya tengo las manos apretadas contra los brazos de la silla.

—¡Basta ya! —intervengo, sin molestarme en suavizar el tono—. Esto no va de quién lleva a quién ni de quién se pasea más gallito por el castillo.

—No me insultes llamándome gallito —masculla Kerran—. Soy un pavo real.

—¡Un cuervo con complejo de águila más bien! —le lanzo.

Los demás disimulan mal sus sonrisas.

Tavish respira hondo, conteniéndose.

—Esto no va de quién puede proteger mejor a Leigh. No quieres que yo vaya y punto —concluye Tavish—. Podrías decirlo sin andarte con rodeos.

—Lo acabo de hacer —dice Kerran, sin apartar la vista de él.

—Yo iré —interviene entonces Fergus, serio como una lápida—. El capitán de la guardia es quien debe escoltarla.

—Y lo hará. Pero no serás tú —responde Kerran, girando la cabeza hacia el fondo de la sala—. Será él.

Todos se giran. Altair se endereza desde la sombra junto a la puerta, donde lleva rato callado, como si todo esto no fuera con él.

—¿Yo? —dice, alzando una ceja—. ¿Y cuándo decidimos eso?

—Hace un segundo —responde Kerran.

Tavish da un paso al frente.

—No puedes decidir eso tú solo.

—No lo hago por capricho —responde Kerran, esta vez sin burla —. Lo hago para proteger al clan.

—¿Protegiéndonos de qué?

—De una guerra abierta —dice, y por primera vez su tono es serio, grave—. Si algo sale mal, si hay un malentendido o un movimiento sospechoso… más nos vale que no haya un solo MacKinley en la sala. Ni tú, ni Fergus, ni Ronan. Nadie que puedan

usar como excusa para acusaros de traición o de provocar una revuelta. Irán los Cuervos. Solo los Cuervos.

Silencio.

No por respeto, sino porque saben que tiene razón.

El abuelo asiente, despacio.

—Es la única manera de que la jugada no nos explote en la cara si Argyll se siente amenazado. Leigh irá acompañada de un escuadrón que no represente a ningún clan. Solo a sí mismos.

—Eso somos nosotros —añade Colum, con una sonrisa ladeada.

—Los que no responden ante nadie —murmura Broen.

Kerran se gira hacia Altair.

—Tú eres el único que puede escoltarla sin hacer ruido. Sin dejar huella.

—Me parece bien.

Me echo hacia atrás. No para relajarme, sino para no acabar golpeando la mesa.

Apenas susurro:

—¿Terminamos ya? Lo digo por saber si me toca fingir que esto es un buen plan.

Finn suelta una carcajada baja. Kerran no sonríe, pero se le tensa la mandíbula como si intentara contenerla.

—¿No te convence la idea de infiltrarte en un baile, armada hasta los dientes y con un Cuervo como pareja? —pregunta él, sin moverse.

—Lo que no me convence es tener que aguantar que el señor del ala oeste de la mesa decida quién va y quién no como si esto fuera su patio de recreo —le contesto, girándome hacia el mapa—. Prefiero que Tavish también vaya y, creo, que tiene más sentido.

Kerran se recuesta en la silla, esa maldita silla que debería estar prohibida para actitudes así. La expresión que se le queda es una mezcla exacta entre provocación y deseo mal disimulado.

—Podemos practicar los pasos si eso te da seguridad —dice en voz baja.

Le sostengo la mirada. No me inmuto. Pero no puedo evitar que el calor se me suba por la nuca.

—Tú solo intenta no pisarme —replico, suave como una amenaza bonita—. El resto se me da bastante bien.

Kerran se incorpora un poco, codos sobre la mesa, los dedos entrelazados.

—A ti se te da mejor hacerme daño sin moverte —responde.

No lo dice como un cumplido. Lo dice como si acabara de dejarme una daga sobre la lengua.

El silencio que sigue no es solemne. Es incómodo.

Porque él consigue que, en medio de una sala llena de hombres armados hasta los dientes, parezca que estamos solos.

Que no hay mapa, ni guerra, ni estrategias, ni máscaras que valgan. Solo él, sentado con ese aire insolente y esa boca que nunca se calla, pero que dice más cuando lo hace.

Y yo. Que debería estar pensando en la misión. En el baile. En el riesgo. Solo puedo pensar en su voz, en la forma en que me mira.

—Perfecto —digo al fin, bajando la vista a la invitación que sigue sobre la mesa. La doblo con cuidado—. Entonces ya está todo decidido, ¿no?

No espero respuesta. Me levanto.

Kerran se encarga ya de las órdenes: Finn será el que provoque los rumores en las tabernas, Colum y Broen montarán cortinas de humo en los caminos, Ronan se encargará de vigilar a los mensajeros de Argyll. Tavish, a regañadientes, acepta enviar a

Fergus con una pequeña escolta a asegurar un nuevo desvío de suministros hacia el sur.

Que empiece el baile.



Capítulo 22

«LEIGH»

Nunca he visto a un grupo de hombres tan peligrosamente convencido de que la improvisación es una estrategia militar.

Los Cuervos lo llaman *intuición*.

Yo lo llamo suerte. O locura.

En apenas dos semanas han conseguido lo impensable: colarse en los graneros de Argyll, robarle sus provisiones y devolverlas a los pueblos, interceptaron una caravana de recaudación y repartir el botín entre las aldeas, y lo hicieron sin derramar sangre, sin ser vistos, sin dejar más rastro que un escudo invertido grabado en la piedra.

También se cuenta que envenenaron la cerveza de sus soldados, lo justo para provocarles una diarrea colectiva que paralizó la guarnición entera durante tres días.

Yo también me reí con eso último.

Cada vez que vuelve una partida de Cuervos con sacos de grano o flechas robadas, alguien murmura su nombre como si fuera una especie de bendición, como si fueran héroes de baladas.

Y lo peor es que las baladas ya han empezado.
Las escuché anoche, en el patio del castillo, entre risas y jarras de cerveza: *los Cuervos de Perthshire, que vuelan de noche y restituyen lo robado*.

La canción aún no tiene melodía, pero ya tiene estribillo.

Kerran lo finge bien, eso de no importarle. Pero se le nota en los ojos cuando alguien la tararea: esa chispa de orgullo mal disimulado que le ilumina la cara antes de volver a fingir que todo fue una operación menor.

Finn se encarga de corregirlo, claro.

—Menor, dice. Si las almenas ardían como una boda.

Y todos se ríen.

Lo increíble es que los MacKinley, que hace un mes le llamaban *traidor*, ahora le miran como si fuera un salvador recién descubierto.

—Ese Campbell sí que tiene sangre —oí murmurar a un soldado esta mañana.

Yo no murmuro. Yo gruño.

Porque *ese* nombre a mí todavía me sabe a abandono. Y no hay pan, flechas ni hazañas que lo endulcen.

Sin embargo, las patrullas de Argyll se han reducido, los nuestros viajan más seguros, los envíos no se retrasan y nuestros graneros vuelven a llenarse.

El clan respira.

Y todo gracias a ese hombre que no sabe callarse y al que todos siguen como si hubiera nacido para eso.

Lo veo desde las ventanas del patio, rodeado de Broen, Finn y Colum, los tres hablando al mismo tiempo mientras él escucha con una media sonrisa, como si todo lo que dijeran fueran planes que ya había previsto antes. Lleva el cabello atado a medias, un mechón oscuro cayéndole sobre la frente, el cuello manchado de polvo. No

debería resultarme atractivo. Y, sin embargo, hay algo en la forma en que inclina la cabeza, en cómo sus manos se mueven, que me hace contener la respiración sin querer.

Me obligo a bajar. El aire del amanecer está tan frío ya que se me congela en la nariz.

—¿Qué conspiráis ahora? —pregunto, apoyándome en la valla.

Kerran levanta la vista, y esa sonrisa se dibuja despacio, peligrosa, como si acabara de encontrar algo mejor que un tesoro.

—Nada que te preocupe, *aingeal*.

—Ah, entonces seguro que sí me preocuparía —respondo.

Finn deja escapar una carcajada, y Kerran finge pensarlo mientras deja el cuchillo clavado en la madera del barril.

—Podrías unirte. —Me mira con fingida inocencia—. Nos vendría bien alguien con talento para meterse donde no la llaman.

—¿Y tú serías el instructor? —pregunto.

—No. Yo solo superviso. Muy de cerca, si hace falta.

Le lanzo una mirada que debería haberlo dejado helado, pero su sonrisa no se inmuta.

Antes de que pueda replicar, Ronan aparece corriendo desde la torre, con el tartán medio abrochado y esa expresión de entusiasmo que solo tienen los jóvenes que todavía creen que todo es un juego.

—He conseguido algo. —Su voz resuena antes de llegar al círculo —. Un mensajero de Argyll pasa todos los jueves por la taberna la Dama Carmesí. Siempre bebe, siempre presume, y siempre lleva una bolsa con cartas selladas para Dunstaffnage.

Kerran lo observa con atención, y yo noto el brillo en los ojos de Ronan.

Desde que los Cuervos llegaron, se pasa los días pegado a ellos, fascinado por sus hazañas, queriendo aprender a montar como ellos, a lanzar cuchillos, a desaparecer entre los árboles. Lo miro y se me

encoge el estómago. Es como mi hermano, y temo que se deje arrastrar por ese fuego que a Kerran parece no quemarle.

—Si el mensajero pasa cada semana por el mismo lugar, podemos interceptarlo —dice Finn, limpiándose la boca con el dorso de la mano después de morder una manzana.

—O seguirlo —añade Colum—. Tal vez encontremos algo más útil que un saco de cartas.

—No podemos abordarlo en el camino —interviene Kerran—. Está demasiado expuesto. Demasiados ojos, demasiados oídos. Y quiero que este robo sea discreto, que Uilleam no sepa que tenemos esa información.

Hay un silencio breve. Ronan mira el mapa, mordisqueándose el labio.

—La taberna es un burdel —añade—. Los soldados de Argyll la frecuentan de paso.

El comentario enciende algo en la mirada de Finn.

—Entonces se lo birlaremos mientras está… ocupado —concluye después de echarme un ojo y carraspear.

Y ahí, sin pensarlo, abro la boca.

—Si es un burdel, un hombre armado no pasará desapercibido cuando esté… ocupado. Pero una mujer, sí.

El silencio que sigue me pone los nervios de punta. Todos me miran, incluso Ronan, que abre la boca como si acabara de oír una blasfemia.

Kerran se incorpora despacio.

—No.

—Ni siquiera lo has pensado.

—No necesito pensarlo —responde, acercándose—. No pienso dejar que te pongas en manos de un borracho con las ideas nubladas y las manos sueltas.

Su voz es baja, pero hay algo peligroso en ella.

Me cruzo de brazos.

—No es tu decisión.

—Claro que lo es. Estoy al mando.

Tavish, que ha aparecido justo a tiempo para empeorarlo todo, suelta un bufido.

—Por una vez, estoy de acuerdo con él. No vas.

La sorpresa me deja sin habla.

Kerran y Tavish, de acuerdo.

—Vaya —murmuro, con la mano en la frente y mirando hacia arriba—. ¿Sigue saliendo el sol por el este?

Kerran me frunce el ceño.

—¿Qué?

—Nada, solo comprobaba que el mundo no se hubiera vuelto loco —respondo con fingida naturalidad—. Si vosotros dos coincidís, algo raro está pasando.

—No es broma, Leigh —replica Tavish.

—No lo parece —respondo, con una sonrisa ladeada—. Sois como perros de pelea casi siempre.

Kerran da un paso más, tan cerca que puedo ver la tensión en su mandíbula.

—No lo estás entendiendo, Leigh. Tú no sabes comportarte como una prostituta.

—Ni tú sabes lo que puedo hacer.

Nos quedamos así, frente a frente, el aire tenso entre ambos.

Su respiración choca con la mía.

Puedo oler el cuero de su chaqueta, el humo del fuego que se le ha pegado al cuello. Y debajo, ese aroma a piel caliente que me

remueve algo que intento enterrar.

—Altair —digo, sin apartar la vista de Kerran—, ¿crees que podrías conseguirme un vestido adecuado para la ocasión?

Altair, que lleva medio capítulo fingiendo que no existe, sonríe desde la sombra del establo.

—Tengo algunos contactos. —Su mirada va a Kerran, y añade con malicia—. De hecho, creo que tengo justo lo que necesitas.

Finn se ríe, Broen se lleva la mano a la frente, Tavish refunfuña algo sobre mujeres y locuras. Y Kerran, simplemente, cierra los ojos, como si necesitara toda su fuerza para no estallar.

—Maldita sea —murmura—. Esto va a salir fatal.

—Eso no lo sabes —respondo.

Él abre los ojos.

—Lo digo porque te conozco, Leigh.

No sé qué me irrita más, si su tono o que use mi nombre como si aún le perteneciera.

—No, Kerran —respondo, bajando la voz—. Me conociste. Pero esa mujer se quedó atrás… justo donde tú la dejaste.

El silencio que sigue es casi físico, espeso. Su mirada se oscurece, y por un instante creo ver algo parecido al dolor antes de que la ironía vuelva a cubrirlo todo.

—Entonces será interesante volver a presentarnos —dice al fin, ladeando una sonrisa lenta.

No le contesto. Pero siento su mirada seguirme, como una cuerda invisible que me sujeta aunque finja no notarla.

Tavish da un paso hacia Kerran, los ojos encendidos, la voz baja pero tan afilada que corta el aire.

—Si le pasa algo… te mataré, Campbell.

Por un instante nadie respira.

Kerran ni se inmuta. Apenas inclina la cabeza, la sonrisa ladeada, ese gesto que parece burla y desafío a partes iguales.

—Te agradeceré que lo intentes —responde, con calma peligrosa —. Me ahorrarás el trabajo de volver a cabrearme contigo.



Capítulo 23

«LEIGH»

El viento frío nos corta la cara antes de alcanzar siquiera el primer valle.

Salimos cuando el cielo empieza a morir sobre las colinas, con esa luz indecisa que convierte la tierra en un mapa de sombras.

El camino hasta la taberna no es largo, pero se siente eterno cuando nadie habla.

Altair cabalga en cabeza, silbando una melodía apenas audible. Broen, detrás, ajusta la montura como si el chirrido del cuero pudiera distraerlo del frío. Finn masca una rama y sonríe cada vez que el viento le escupe el pelo en la cara.

Y Kerran…

Kerran no dice nada.

Va a mi lado, el tartán echado hacia atrás, la mirada fija en el horizonte. Ni una broma, ni una de sus frases afiladas. Solo ese silencio tenso, cargado, que pesa más que la armadura que no lleva.

Bajo la capa me arde la piel. No por el frío, sino por el vestido que llevo debajo.

El corpiño es estrecho, tan ceñido que cada respiración me recuerda que fui yo quien insistió en este plan.

Sin mangas y con un escote profundo, la falda ligera se pega a mis muslos al cabalgar y luego se abre en una raja que deja ver mis piernas.

Altair lo consiguió en menos de un día. No quiero ni imaginar de dónde lo sacó.

—Espero que hayas hecho tus rezos, Leigh —murmura Finn sin girarse—. Si el vestido es tan revelador como dice Altair, el pobre mensajero no volverá a ver recto ni el camino.

—Cállate, Finn —gruñe Kerran sin mirarlo.
La voz le sale baja, seca, casi gutural.

Finn levanta las manos, divertido.

—Solo digo lo evidente.

—Entonces deja de decirlo —responde Kerran, y sigue mirando al frente.

Yo sonrío bajo la capucha. No lo puede evitar.

La idea de que el hombre que un día me rompió el corazón ahora se contenga para no perder la compostura me resulta… satisfactoria.

Altair vuelve la cabeza, el viento agitándole el cabello rubio.

—Cuando lleguemos nadie mirará al cielo —dice con una sonrisa que sé perfectamente a quién va dirigida.

Y suelta un silbido bajo, burlón.

El resto del camino transcurre en un silencio espeso. Solo el ruido de los cascos, el crujido del cuero y el rumor del río siguiendo nuestra marcha.

Cuando el bosque se abre, la taberna-burdel aparece al borde del camino: una construcción baja, con las ventanas iluminadas y risas desbordándose hacia el exterior.

Las sombras de las mujeres se dibujan tras las cortinas de lino; la música de una gaita desafinada se mezcla con el murmullo de las voces masculinas.

Altair se detiene y desmonta primero.

—Ahí está nuestro paraíso de perdición —anuncia con tono teatral.

—¿Nuestro o tuyo? —masculla Broen.

—No te hagas el inocente —replica Finn, y ambos ríen.



Cuando bajamos de los caballos, la noche es una boca que traga los sonidos.

Finn y Broen se mezclan con la sombra por la fachada principal y Kerran me lanza una mirada que no es mirada sino un aviso.

Se acerca un paso, y su voz es un murmullo grave, apenas audible por encima del viento.

—Todavía puedes echarte atrás.

—No pienso hacerlo.

—Hablaba conmigo mismo —dice, y su mirada se endurece.

Altair me echa una mirada rápida.

—¿Estás lista?

—¿Alguna vez no lo parezco?

Sonríe de lado.

—De eso se trata. De que no parezcas tú.

—Quiero que te quedes cerca de mí todo el tiempo —me indica Kerran—. Si el mensajero pasa de largo, abortamos. Si hay una

mínima señal de peligro, sales por la puerta trasera. ¿Entendido?

Me giro, despacio.

—¿Eso es una orden o una amenaza?

—Es una advertencia —responde, sin rodeos.

—Vamos por aquí —susurra Altair, llevándome hacia un portal lateral, una puerta pequeña disimulada por barriles y heno—. Lo demás irán por la entrada principal para mezclarse.

Las voces del salón se distinguen apagadas, como a través de una piel gruesa.

Una mujer nos espera al final del corredor.
Alta, delgada, con el cabello recogido en un moño flojo y un cabo de vela recién apagado que aún echa un hilo de humo. Su mirada se detiene en mí, fría, calculadora.

—¿Es ella? —pregunta sin saludar.

—Sí —responde Altair, con esa voz suya que convierte cualquier palabra en burla—. Solo una noche. Necesitamos que se haga pasar por una de tus chicas, Nessa.

Ella me examina de arriba abajo, sin pudor.

—No parece de las mías.

—Precisamente por eso servirá —replica él—. Si caen sospechas sobre el burdel será tu defensa.

Nessa sonríe, seca, sin dientes en un lado.

—Eso es verdad. Pasa, niña. No tengo toda la noche. Arriba hay un cuarto libre. La muchacha que lo atendía se fugó con un cliente hace dos días. —Su tono es plano, sin sorpresa—. Pero no te pongas cómoda porque volverá tarde o temprano.



La habitación donde me lleva es estrecha, iluminada por una vela. La mujer me ayuda a desprenderme de la capa con manos rápidas. Sus dedos revisan las costuras como si comprobaran una mercancía.

—Mírate —dice, colocándome frente a un espejo rajado—. Si sonríes un poco, podrías hacer que un rey se olvidara de su corona.

El espejo me devuelve un rostro que no reconozco del todo: los ojos más oscuros, el labio mordido.

Nessa me ajusta el vestido, baja el escote y me mueve el pecho para que resalte por encima. Si no se me escapa un pezón será un milagro.

—¿De qué clan eres? —pregunta, más por costumbre que por interés.

—De los MacKinley.

—Entonces sabrás fingir —responde, y se ríe sola—. Los de tu tierra siempre han sabido hacerlo. Todavía no he conocido a un MacKinley que no guardara más de lo que admite.

Me ajusta las cintas del corpiño con una fuerza que me roba el aire.

—Sonríe cuando entre —me dice—. Pero no demasiado. Si pareces hambrienta, creerá que lo necesitas. Si pareces altiva, querrá doblegarte.

—¿Y qué hago si intenta tocarme?

—Decide tú —responde sin mirarme—. Ninguna aquí tiene el mismo límite, pero ten en cuenta que si te arrepientes nadie vendrá a salvarte ni aunque grites.

Su tono no es cruel. Es honesto. Y eso me da más miedo que cualquier amenaza.

Altair asoma la cabeza por la puerta.

—El mensajero ya está dentro. Mesa al fondo, junto al fuego. Lleva el zurrón cruzado. Kerran y los demás están dispersos entre los clientes.

Nessa me entrega un abanico deslucido.

—Te servirá para taparte… o para abofetearlo. Según te parezca.

—¿Algún consejo más? —pregunto, intentando que mi voz no tiemble.

Ella sonríe.

—Sí. Si te gusta, vuelve. Paga mejor que la mayoría…

Se ríe, ronca, como si masticara piedras.
Yo no.

Altair me abre el pasillo lateral que da al salón principal.

La música me golpea como una ola caliente. La luz de las velas baila entre las sombras, las mesas rebosan de copas y cuerpos.

El aire es espeso, huele a vino agrio, a sudor y a perfume barato.

Mujeres con corsés casi abiertos se ríen contra el pecho de los hombres.

Una de ellas me roza al pasar.

—Nueva, ¿eh? —murmura con una sonrisa cansada.

—Solo de paso —respondo.

—Todas decimos eso al principio —contesta, y desaparece entre las sombras.

El corazón me late en los oídos. El vestido, rojo oscuro, brilla al moverse: el escote derrama piel, el corpiño ciñe y la falda, ligera, se abre a cada paso dejando ver mis piernas.

Noto el calor del fuego, la mirada de los hombres, y entre todas esas caras, una me encuentra.

Kerran.

Apoyado en la pared junto al hogar, con una jarra en la mano que no ha probado.

No sonríe. No se mueve.

Solo me mira, pero inspira de golpe con un ruido corto, animal.

Sus ojos se cierran un momento y cuando los abre, hay algo en ellos que no es burla ni acero, es una sorpresa que huele a rabia y a apetito. Me mira como si estuviera descubriendo una herejía hermosa.

Altair, sentado en otra mesa, finge no mirar, pero sonríe tras la copa mientras me hace una señal hacia un hombre.

Mi estómago se encoge.

Esperaba un mozo de correos, un soldado cansado y fácil de manejar, no un hombre de guerra, con los hombros anchos bajo la capa de viaje y las botas manchadas de barro seco.
Tiene esa mirada de quien ha visto demasiado.

Bebe despacio, en silencio, ajeno a las risas que lo rodean. El zurrón de cuero pende de su costado, el sello de Argyll grabado en la hebilla.

Ese es nuestro objetivo.

Mi objetivo.

La música cambia. Un ritmo más lento, más denso. Perfecto.

Me detengo un instante junto a una columna, fingiendo que busco con la mirada a alguna compañera. No necesito actuar mucho. El vestido se encarga de captar la atención.

Sé que me mira.

No el mensajero. Kerran.

Sigo sintiendo su mirada fija en mí desde el rincón junto al fuego. Está ahora sentado cerca de nuestra mesa. No con la burla de siempre o con esa prepotencia cargada de doble filo. Esto es otra cosa. Es más oscura. Más densa. Como si estuviera apretando los dientes para no cruzar la sala y detenerme.

Lo disfruto más de lo que debería.

Me acerco a la mesa del mensajero, despacio, con paso leve, como si me deslizara entre la música y los murmullos. Me detengo justo cuando él levanta la mirada.

—¿Esperas a alguien? —pregunto, con la voz más dulce de lo que suelo usar.

Él parpadea, desconcertado. Me observa como si intentara colocarme en algún recuerdo que no existe.

—No… —dice, y luego sonríe, torpe—. Aunque ahora ya no estoy tan seguro.

Me dejo caer sobre el banco, no justo a su lado sino en el extremo opuesto, de forma que tenga que girarse para verme. Para olerme. Para desear que me acerque más.

Aprieto los muslos, cruzo las piernas, dejo que la abertura de la falda se desplace apenas.

—Parece que has tenido un día largo.

—Largo y mal pagado —responde, y le da un trago a su copa—. Pero no me quejo. Este sitio tiene… encanto.

Miro alrededor. Mujeres sobre regazos masculinos, bocas que se buscan como animales, gemidos ahogados tras cortinas. Asiento, como si estuviera de acuerdo.

—Sí. Todo es tan… honesto aquí. Todos quieren lo mismo. Solo hay que adivinar el precio.

Él se ríe, ronco. Baja la copa y se inclina un poco más.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu precio?

Sonrío. Pero no me acerco. Todavía no.

—Depende. ¿Eres de los que pagan por compañía?

El hombre entrecierra los ojos. Su mano se mueve, lenta, hacia la bolsa de cuero, como si se asegurara de que aún cuelga de su cadera.

—Pagaría por no volver a dormir solo nunca más. Pero no tengo tanto dinero.

—Tal vez no necesites tanto —murmuro, y ahora sí, me levanto despacio—. Vamos arriba. Tengo la sensación de que eres de los que saben valorar la compañía.

Él asiente, torpe, y se pone en pie con un leve tambaleo. Deja unas monedas sobre la mesa sin contar. No aparta los ojos de mis piernas mientras le doy la espalda.

Y sé que otros tampoco.

Altair, desde una mesa del fondo, se incorpora. Finn hace un gesto breve. Broen ya se ha deslizado cerca de la escalera trasera. Todo está en marcha.

Pero es su mirada la que me arde en la nuca. Kerran.

Cuando paso junto a él, no digo nada. Ni él. Pero sé que me sigue con la mirada. Sé que su mano se ha cerrado en puño sobre la jarra. Sé que si ese hombre llega a rozarme más de lo necesario, no hará falta ninguna señal para que arda el burdel entero.

Subo los peldaños con paso firme. El mensajero va detrás, jadeando apenas. Mis caderas se mueven despacio, como un péndulo.

Y le guio hasta la habitación.

—Cierra —digo, sin mirarlo.

Él lo hace. La madera cruje.

Y entonces me giro.

No hacia él.

Hacia el espejo. Me miro. Me obligo a hacerlo.

Porque debajo del escote, debajo de las medias, de los labios pintados y la espalda recta, estoy yo. Con el corazón desbocado. Con el orgullo intacto. Y con una daga escondida en el liguero, por si todo falla.

—¿Y ahora? —pregunta él, acercándose con torpeza, con hambre.

—Ahora —respondo, y le tomo la mano con una sonrisa—. Ahora te callas… y haces lo que yo diga.



Capítulo 24

«KERRAN»

La risa del mensajero rebota por las paredes del burdel como un latigazo. Grave, gutural, salpicada de vino y arrogancia. Me cuesta no seguirlo con la mirada cuando rodea a Leigh por la cintura y ella lo permite. Porque debe. Porque este maldito plan depende de eso.

Ella sonríe. Lo justo. Ni dulce ni seductora. Justo lo que debe. Pero yo…

Yo no puedo respirar.

Broen se ha sentado cerca de mí. Finge que está bebiendo, pero no ha tocado su jarra. Está atento. Me conoce demasiado bien. Sabe que tengo los puños cerrados. Sabe que, si miro un segundo más, voy a hacer una locura.

Ella se gira un momento, fingiendo que le acomoda el brazo al tipo, y entonces su mirada me alcanza. Solo un segundo.

Pero me atraviesa.

Y no puedo hacer nada.

El mensajero la conduce entre las mesas, con esa forma de caminar de quien se cree dueño de todo. Su capa ondea tras él

como si fuera un noble y no escoria que es. Sus dedos van demasiado bajos en la espalda de Leigh. Él ríe. Ella también. Pero su risa… su risa suena como una amenaza embotellada.

Cuando desaparecen por la escalera, me muevo de golpe. Broen se adelanta, apoyando una mano en mi hombro.

—Kerran —murmura, como si supiera lo que viene—. Respira. Es parte del plan —me recuerda, con voz firme.

Lo miro como si me costase entender el idioma. Porque sí, es parte del plan. En el papel.

Sin embargo, verla subir, envuelta en ese vestido que parece hecho de deseo y fuego, guiada por un cerdo que no sabe lo que tiene entre manos…

No estaba preparado para esto.

—Espero que no sea el primero con el que se acuesta —dice una voz femenina a mi lado, inesperada, casual, como quien comenta el clima.

Me giro, seco. Es una de las chicas del burdel. Morena, labios oscuros, mirada de pozo.

—¿Cómo dices?

Se encoge de hombros.

—Ninguna quiere nada con el que acaba de subir con la nueva. Pero siempre encuentra alguna chica que no sabe lo que hay.

Mis dientes rechinan sin querer.

—¿Qué hay?

—Le van los juegos raros. Atar, pegar, humillar, eso. Lo del cinturón. Siempre usa el cinturón para hacer daño. A una le dislocó el hombro. A otra le rompió la nariz. Pero como paga bien…

La sangre se me escurre por la garganta, se agolpa en el pecho y después me sube como un trueno al cráneo.

—Kerran… —Broen se adelanta a la vez que yo.

—No.

Cruzo el salón a zancadas, empujando sillas, esquivando cuerpos, sin oír ya la música ni las risas. La escalera cruje bajo mi peso, pero no me detengo. Cada peldaño me acerca a una imagen que no quiero imaginar, a un sonido que no quiero oír, a un dolor que me está desgarrando desde dentro.

No sé cuál es la puerta.

Entonces la oigo gritar.

No es un grito largo. Ni dramático. Es uno de esos sonidos secos, arrancados, como si el miedo le hubiera apretado la garganta antes de salir. Un grito que solo se suelta cuando algo va mal. Muy mal.

Empujo la primera puerta sin pensarlo. No es.

La segunda.

Y entonces lo veo.

El mensajero está de espaldas a mí, inclinado sobre ella, el cinturón en la mano, ya descargado varias veces contra ella, con esa expresión torcida de quien disfruta con el poder.

Leigh tiene las muñecas alzadas y sujetas a una argolla en la pared. Está atrapada entre el cuerpo del hombre y el muro. El escote de su vestido está roto, el corpiño torcido, el miedo en su rostro me desgarra más que cualquier cosa anterior que haya podido ver en toda mi puñetera vida.

El tipo ni siquiera ha oído la puerta abrirse.

Pero me oye llegar.

El primer puñetazo le parte el labio. No tengo ni tiempo ni ganas de avisar.

El segundo le abre la ceja.

El tercero le rompe algo, lo noto en los nudillos.

Ni siquiera sé si está consciente cuando cae al suelo, pero no me importa. Le pateo el estómago.

No pienso. No mido. No obedezco. Solo actúo. Y cuando por fin me detengo, el plan está hecho pedazos bajo mis botas.

Solo oigo el eco de mi propia respiración, furiosa, entrecortada, y el crujido del cinturón al caer.

Leigh sigue pegada al muro.

Tiembla.

No dice nada.

Su cabello le tapa medio rostro, los labios entreabiertos, la piel encendida por el esfuerzo o el miedo.

Me acerco despacio.

—Voy a tocarte —le aviso—. Solo para ayudarte. ¿Vale?

Ella traga saliva. Asiente.

En cuanto la libero, se lleva las manos al pecho, como si quisiera recomponerse, como si el aire pesara demasiado.

—¿Te ha hecho daño? —pregunto.

No responde. La voz no le sale.

Sus ojos se encuentran con los míos un segundo, y ahí está todo: el susto, el orgullo, la rabia y el agradecimiento.

Me paso una mano por la cara, tratando de no perder el control.

—Vámonos —digo, y mi voz suena como si hubiera tragado fuego.

La cubro entera con mi capa. La rodeo con un brazo, y ella se apoya en mí sin pensarlo, sin fuerza. Pongo el otro bajo sus piernas, y la alzo.

No se resiste. No dice nada. Solo apoya la cabeza contra mi hombro y se agarra a mi cuello con una mano temblorosa.

Bajo con ella en brazos, pisando fuerte, sin importarme las miradas.

Broen aparece al pie de la escalera y me abre paso sin decir palabra. Los demás ya se han dado cuenta de que algo ha salido mal. Muy mal.

—¿Lo mataste? —pregunta Altair desde un rincón.

—No. Pero debería. Coge el correo y vámonos.

—Argyll sabrá que hemos sido nosotros y que conocemos el contenido —dice Altair desde un rincón.

—Me importa una mierda —respondo sin detenerme.

La puerta del burdel cruje al abrirse. El aire frío de la noche nos golpea de lleno. Leigh se estremece, apenas perceptible, como si todo su cuerpo reaccionara al cambio de temperatura… o al de realidad.

Aprieto el paso. Quiero sacarla de aquí.
Ahora.

Detrás de mí, los demás siguen en silencio. Altair no hace más preguntas. Broen echa un vistazo hacia atrás para asegurarse de que nadie nos sigue.

Cuando llegamos a los caballos, Colum sostiene las riendas del mío.

—¿Puede montar? —pregunta, bajando la voz.

La miro.

—No —digo—. Irá conmigo.

Me monto con ella en brazos, acomodándola delante de mí, con cuidado. Su espalda se apoya en mi pecho. Su respiración me alcanza en ráfagas cortas.

—Te tengo —murmuro, apenas audible—. No pasa nada, Leigh. Te tengo.

Los demás montan también. Nadie habla.
Solo se oye el golpeteo de los cascos sobre la tierra húmeda, el viento moviendo las ramas, el crujido de los árboles al inclinarse.

Media hora más tarde, cuando el burdel ya no es más que un recuerdo borroso tras nosotros, Leigh habla por primera vez.

—¿Está muerto? —susurra.

Su voz no suena a voz. Suena a miedo tragado, a control mal aprendido.

—No.

—Debería estarlo.

No respondo.

Porque estoy de acuerdo.

—No sabía que había personas así. Hombres que se excitan cuando hacen daño. Que encuentran placer en ver a una mujer doblarse, sangrar, callarse, que disfrutan de la humillación y el tormento ajeno, no por deseo ni siquiera por lujuria, sino por poder.

Me aprieta sin querer. Un instante. Luego afloja.

—Todo lo que sé sobre lo que ocurre cuando alguien te toca… lo aprendí contigo —continúa—. Tú me enseñaste que había ternura. Que podía ser suave e intenso y que no había vergüenza si había deseo, que para ti es importante lo que yo siento, no solo lo que tú quieres.

Traga saliva.

Yo no puedo hablar.

—No sabía que también podía dar miedo.
Ni que alguien pudiera convertirlo en castigo.

Cuando me mira, no busca consuelo.
Busca sentido.

—Me siento sucia, utilizada, menospreciada e indefensa.

Me duele escucharla.

Porque no sé si la herida más profunda de esta noche se la ha dejado el hombre al que golpeé… O el mundo que se acaba de hacer más real dentro de ella.

—Esa gente tiene la cabeza podrida y se sabe insignificante, así que intenta agrandarse rebajando a los demás para sentirse alguien. Tú sigues siendo tú, Leigh. Un poco más cabreada. Un poco más peligrosa. Pero tú.

No responde enseguida.

Después, gira la cabeza despacio y me clava esa mirada que siempre me ha desarmado más que cualquier espada.

—Eres único reconfortándome, Campbell.

No sé si me está agradeciendo… o tomando el pelo. Lo más probable es que haga ambas cosas a la vez.

—Lo intento. Aunque reconozco que se me da mejor sacarte de quicio que consolarte.

—Me temo que haces ambas cosas demasiado bien.

La dejo hablar. Porque su voz todavía tiembla un poco y eso me jode más que los nudillos ensangrentados.

—Tú solo preocúpate de volver a gruñirme como antes —le digo, buscando la broma fácil, la grieta por donde colarnos de vuelta a lo nuestro—. Entonces sabré que todo va bien.

Ella resopla. Y esa media sonrisa que le asoma… esa… Esa es la única victoria que me interesa hoy.

—Eso puedo prometerlo —dice.

No la abrazo.

Pero mis dedos rozan los suyos, despacio.
Y juro por Dios que si me los agarrara ahora mismo… no la soltaría nunca.



Capítulo 25

«LEIGH»

Apenas cruzo el umbral del castillo, siento cómo se me agarrotan los músculos. No hay fuego suficiente para arrancar el frío de esta noche.

Kerran frena el paso justo tras cruzar la puerta. Sus ojos recorren las sombras del recibidor con ese gesto suyo de animal en terreno enemigo.

Iona aparece en cuanto me ve, se lleva una mano al pecho.

—¿Estás bien? —pregunta, y su mirada baja instintiva al estado de mi vestido, a lo que se entrevé debajo de la capa, al lodo en mis botas, al rostro que no sé si llevo en pie o descompuesto.

Asiento.

—El abuelo… —empieza ella, y ya con esas dos palabras me basta para olvidarlo todo.

—¿Qué pasa?

—Ha tenido una crisis. No sabemos por qué. Ha gritado que nos larguemos todos, se ha puesto a tirarnos cosas. No nos reconoce.

Mi estómago se revuelve. El miedo se me cuela entre las costillas.

—¿Dónde está?

—En su alcoba. Nadie ha logrado calmarlo. Ni los criados, ni Tavish. Ni siquiera Ronan.

—Leigh… —murmura Kerran a mi espalda. Su voz suena baja, como si no quisiera interferir pero necesitara decir algo.

Me detengo medio segundo. Me giro hacia él.

Está ahí, con los brazos cruzados, la mirada fija en mí como si no supiera si seguirme o apartarse. Y aun así no da un paso atrás.

—Estoy bien —le digo. Y lo estoy. Al menos, ahora mismo, sí. Porque hay algo más importante que mi miedo.

Él asiente una sola vez. Y no dice nada más.

Me giro sin decir nada. Corro por los pasillos sin quitarme la capa, sintiendo cómo la preocupación me arranca las costras que apenas empezaban a cerrarse.

Porque él… él es lo único que me queda. Lo único que ha sido mío, sin condiciones, sin exigencias. Mi clan, mi sangre. El único que no me juzga cuando no entiendo el mundo.

Y si también lo pierdo a él…

Empujo la puerta.

La alcoba está revuelta. Hay ropa tirada en el suelo, un brasero volcado, papeles rotos. El abuelo está de pie, junto a la cama, descalzo, con el tartán revuelto y los ojos encendidos de furia.

Pero no furia hacia mí.

Furia contra algo que ya no está. Contra un fantasma. Contra un recuerdo que no entiende.

—¡Fuera! ¡Ladrones! ¡Largaos de mi casa o juro que os quemo a todos! —vocifera—. ¡Han entrado! ¡Los ingleses! ¡Van a por las

tierras!

—Abuelo —susurro, acercándome a él.

Él se gira. Me mira. Pero no me ve. Hay un abismo en sus pupilas que me hiela.

—No te acerques. No me fío.

Aun así, avanzo.

Sin miedo.

Con ese amor testarudo que solo me nace con él.

—Soy yo —digo, bajando la voz—. Soy Leigh. Tu nieta.

Él parpadea. Me observa. Como si no supiera si creerme.

—No conozco a ninguna Leigh —musita.

Se me rompe el alma. Pero no me inmuto. Me acerco un paso más.

—Abuelo, soy yo —digo, avanzando otro paso—. La pesada que siempre se colaba aquí a por nueces.

No sé por qué insisto. Normalmente, le sigo la corriente, no intento que vuelva ni me reconozca, pero hoy lo necesito.

Que el abuelo me mire sin verme es desaparecer un poco. Ya no soy su nieta, ni la hija de mis padres, ni la heredera de los MacKinley. Me duele imaginar que, cuando el olvido lo termine de vaciar, se lleve consigo el amor de quien más me quiere.

—Soy la que te robaba las cartas del escritorio, aunque no sabía leerlas. La que te traía las medias al revés. La que te quitaba la capa cuando nevaba y luego se la ponía al perro.

Sus labios tiemblan. Se tambalean. Como si algo se rompiera dentro de él.

Y entonces baja la cabeza.

Se deja caer en la silla como un roble viejo que por fin se rinde al viento.

Me acerco. Cojo la manta de cuadros del arcón, la que siempre se queja de que pica.

—¿Quieres que te la ate con el cinturón como cuando te duelen las rodillas?

Él me mira. Y por fin… por fin me ve.

—Leigh.

—Aquí.

—Leigh… —repite, y esta vez no suena como una duda. Suena como un reencuentro.

Me arrodillo ante él como hacía de niña, y empiezo a envolvérsela en las piernas. Sus dedos tiemblan cuando me tocan el rostro.

—Estás… grande —susurra.

Sonrío.

—Tú sigues igual de testarudo.

—No me dejes solo.

Se me atraganta el llanto. Porque no se ha dado cuenta de que es él el que me deja sola cuando no sabe quién soy.

—No pienso hacerlo. Aunque grites. Aunque me eches. Aunque olvides.

Él baja la mirada. Parece que ha regresado. Aunque las ausencias sean cada más frecuentes.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta de pronto—. ¿Se fue al mercado?

No contesto. Solo apoyo la frente en sus rodillas, dejando que me acaricie el cabello.

No necesito que lo recuerde todo.
Solo que, durante unos minutos, sepa que me quiere.

Entonces, sin abrir los ojos, dice:

—Tengo hambre.

Sonrío sin poder evitarlo. Se me escapa sola. Es como si ese simple comentario hiciera que todo encajara de nuevo en su sitio, al menos un poco.

—¿Quieres que baje a la cocina?

—No. Diles a todos esos inútiles que me espían detrás de la puerta que hagan algo de provecho por una vez —gruñe, cerrando un ojo—. Seguro que están todos ahí como grajos esperando a ver si estiro la pata.

Me giro.

Y sí. Están.

Iona, Tavish, Fergus, Ronan, Innes... y Kerran. Todos asomados al marco de la puerta, intentando fingir que no estaban espiando, pero con la culpa pintada en la cara.

—Innes, ¿puedes traerle algo de comer, por favor?

—¡Claro! ¡Un caldo caliente! —responde, y echa a correr.

El abuelo me mira de reojo.

—Más te vale que no sea esa porquería aguada que me sirvieron la otra vez. Sabía a botas mojadas.

—Te juro que no sabía que las habías probado —le respondo con burla.

Él bufa. Es un sonido áspero, pero familiar. Reconocible.

Cuando llega el caldo, huele a tomillo y a ajo. Innes se lo acerca con una sonrisa nerviosa, pero el abuelo le lanza una mirada asesina, como si la pobre mujer fuera la culpable de todos los males de

Escocia. Le cojo el cuenco con una media sonrisa de disculpa y me siento a su lado.

Innes le tiende la cuchara, pero no la coge.

Su mirada baja lentamente al cubierto. Lo observa como si fuera un objeto extraño. Le frunce el ceño. Acerca una mano con lentitud, lo coge… pero no hace nada.

Lo sostiene sin moverse. Luego lo gira, como probando peso o forma. Luego lo deja caer sobre sus rodillas, sin intención.

—No… no sé —murmura, y su voz suena hueca. Ausente.

—¿No sabes qué?

Él no responde.

Solo me mira, con ese gesto que parte el alma: mezcla de confusión, vergüenza y una rabia muda que no sabe contra quién lanzar.

Se me hiela el estómago.

—Es solo una cuchara, abuelo —respondo bajito, sin juicio. Sin miedo.

—Ya… —dice, bajando la vista otra vez. Pero no la toca. Como si el simple hecho de olvidarlo lo hubiera dejado exhausto.

La cojo yo, la lleno de caldo y esta vez no digo nada. Solo le acerco la cucharada a los labios.

—Abre la boca, abuelo.

Y él, después de un segundo eterno, lo hace.

Iona se ha acercado, despacio, como si le doliera respirar. Ronan también. Incluso Tavish. Los tres se detienen justo al borde de la alfombra, sin atreverse a entrar del todo. Con los ojos brillantes. Y no por el calor.

—¿Vais a mirarme mientras me muero? —gruñe mi abuelo sin levantar la vista.

Y, aun así, sus palabras suenan más dolidas que iracundas.

—Nadie se muere, abuelo —murmura Iona, dándose valor para dar un paso dentro—. Solo estás cansado.

—Sí, es verdad. Lo estoy.

Me muerdo el labio por dentro. Duele más verlo así que cualquier herida que me haya hecho la vida.

Tavish da otro paso. Se pone a mi lado, aunque no dice nada. Sus ojos me buscan, como si preguntaran en silencio qué puede hacer.

Y yo solo puedo dar otra cucharada.

Y otra.

Y otra.

El abuelo no dice más mientras le doy una nueva. Ni cuando limpio con el pulgar la gota de caldo que se le ha escapado por la comisura. Solo me mira. Y esa mirada —aunque frágil, cansada y lejana— me reconoce.

—Tú siempre tan mandona —murmura con una sonrisa que dura apenas un segundo—. Desde pequeña, todo lo querías hacer tú. Incluso darme de comer.

Se ríe un poco. Mastica lento. Se toma su tiempo. Luego alza la mirada hacia mí.

—Leigh, ¿le has dicho ya a Tavish que te casarás con él?

El aire de la alcoba se corta como con una cuchilla.

Yo no respiro.

Tampoco Tavish.

Ni los demás.

Solo el fuego cruje en la chimenea, como si se hubiera tragado la tensión en la habitación y no supiera qué hacer con ella.

—Me lo prometiste —insiste el abuelo, más convencido que nunca—. Ese muchacho que te hacía sonreír al principio y después te rompió el corazón… ya no va a volver.

—Abuelo… —susurro.

Pero no puedo seguir.

Porque siento la mirada de Tavish.

Y no es inquisitiva.

Ni esperanzada.

Es triste.

Una tristeza muda, que no reclama nada, que no exige, pero que me cala los huesos.

Y también es consciente. Sabe que no es el momento. Ni el lugar. Ni, probablemente, el destino.

Solo me sostiene la mirada durante un segundo más del que debería.

Después, la baja.

No hay reproche. Solo resignación.

Y eso duele más.

Kerran, detrás, es puro silencio. Pero siento el peso de su presencia detrás de mí. La forma en que su moderación se clava en mi nuca como una espada que no se atreve a caer.

No me atrevo a mirarlo.

El abuelo aún me sostiene la mano.

—Bastante has tenido que aguantar por culpa de él —añade, más bajo, más dolido que enfadado—. Esos rumores, esos insultos. Como si fueras menos por algo que nunca fue culpa tuya.

Las palabras se me enredan en la garganta. Como espinas. Como sal.

Me obligo a sonreír, pequeña, rota, solo para él.

—Ya hablaremos de eso, ¿sí? Ahora acaba el caldo.

—Eres Leigh MacKinley. No lo olvides —dice con los ojos ya medio cerrados—. Y ningún hombre tiene derecho a hacerte dudar de lo que vales.

Sus dedos aflojan.

Se queda dormido.

Yo me quedo ahí sentada, con su mano sobre la mía, el cuenco medio vacío a un lado… y un silencio alrededor que me asfixia más que cualquier palabra.

Tavish me dedica una última mirada, sin esperar nada, y se va en silencio.

Yo no lo detengo.

Porque no sé si tengo derecho.

Porque no sé si quiero que lo haga.

Y porque siento, a mi espalda, que hay otro hombre que tampoco se ha movido ni un milímetro desde que el abuelo pronunció su nombre.

Y no sé si me parte más lo que ha oído…

O lo que no ha dicho.



Capítulo 26

«LEIGH»

La puerta aún no ha encajado y ya noto que se me cierra otra cosa por dentro. La garganta. El pecho. El aire.

Bajo la escalera como quien baja a otra vida.
Una en la que he aprendido a sonreír mientras me rompo. Y a no llorar hasta que nadie mire.

Pero al tomar el recodo del pasillo los encuentro a los dos.

Esperándome.

Uno a cada lado del pasillo, como si el mundo se hubiera reducido a eso: a escoger un lado. Tavish, con los brazos cruzados sobre el pecho y ese gesto sereno que parece nacido para templar tormentas. Kerran, más atrás, con la espalda apoyada en la pared.

—Sé que ha sido un día duro —dice Tavish, dando un paso más cerca—. Solo quería saber si estás…

—No lo estoy —le corto. Sin crueldad. Sin suavidad.

—Y si vuelvo a fingir que sí, voy a gritar.

—Siempre eres tú la que aguanta lo que los demás no pueden —replica, comprensivo.

Miro a Kerran. Parece fuera de lugar, y, al mismo tiempo, demasiado dentro de todo esto.

— Puedes apoyarte en mí. Sabes que puedes y, respecto a lo que ha dicho el abuelo…

—Tu abuelo no sabe lo que dice, Leigh —interrumpe Kerran al fin —. No estás obligada a obedecer los delirios de un hombre enfermo.

—¿Y por qué no? —pregunta sin perder la calma, pero sin fingirla tampoco—. No tienes derecho ni a opinar. Ni a interferir. Ni a quedarte.

Kerran no lo mira. Me mira a mí.

—¿Vienes a recordarme, una vez más, que sigo siendo tu prometida? — le lanzo, sin suavidad.

Kerran no se inmuta. Ni retrocede.

—Lo eres —dice, sin matices, sin rubor, sin contexto.

—¿Y qué se supone que significa eso? ¿Que tengo que vivir esperando a que tú decidas si esa promesa alguna vez valió de verdad?

Kerran baja la vista un segundo. Lo suficiente para que me dé cuenta de que ni siquiera él se cree sus propias palabras. Pero igual las sostiene.

—Significa que no pienso dejar que te cases con otro sin recordarte que aún estás prometida a mí.

—Qué fácil es reclamar cuando no se ofrece nada —respondo, más harta que herida—. No te he oído preguntarme si me casaría contigo.

—No tengo nada que ofrecerte ahora —contesta al fin.

Y me duele más que si me hubiera gritado.

—Pues ya lo has dicho todo —respondo, sin temblar a duras pena.

—Dime, Leigh, ¿renunciarías a tu apellido, a tu clan, a tus tierras, a proteger a tu gente por mí? ¿Por una vida en clandestinidad, con la sombra de una soga siempre sobre tu cabeza?

—Sabes que no puedo hacer eso.

Mi voz suena más tranquila de lo que siento. Como si la hubiese entrenado para no quebrarse. Pero el temblor está ahí, escondido, agazapado bajo las costillas.

Kerran aprieta la mandíbula, como si contuviera algo que se le sube desde el pecho y no quiere salir convertido en grito.

—Lo suponía, pero tampoco me pidas que me quede quieto mientras te entregas a él.

—¿Entregar? —Tavish se adelanta medio paso, lo justo para ponerse entre los dos—. Esto no es una transacción. Se ofrece un nombre para sostener otro.

—Eso no es sostener —responde Kerran—. Es atar.

—Es protegerla —replica Tavish, y la palabra le sale limpia, sin orgullo—. Y protegerlos a todos. No pretendo encerrarla en una promesa que ni siquiera me he molestado en renovar.

Silencio de esos que queman.

—No voy a discutir por ella —añade Tavish, girándose hacia mí—. Ni a jugar a ver quién la quiere más.

—Porque ya sabes que no puedes ganar —le escupe Kerran.

Y ya está.

La chispa.

El filo.

La maldita grieta.

—¿De verdad? —Tavish no se inmuta—. No eres el primero que ama a alguien y lo da por perdido, Campbell.

Tavish respira hondo por la nariz, la mirada fija en una piedra del suelo, y entonces decide algo. Lo veo en la forma en que deshace los brazos cruzados y alisa el tartán como quien se prepara para hablar ante el consejo.

—Mañana —anuncia, y esta vez me mira solo a mí— pediré formalmente tu mano ante los nuestros. No para encerrarte: para blindar el valle. Te daré tiempo para decir que no. Pero lo diré en público, porque Uilleam no entiende otra lengua que la de los hechos. Y si dices sí, no habrá más dudas.

El aire cambia. Kerran se endereza, la espalda se despega de la pared como si la piedra quemase.

—Si la empujas con un anuncio delante de todos, no eres mejor que él —escupe, en voz baja—. Solo más amable.

—No la empujo —Tavish sostiene la mirada—. La cubro. Con mi clan. Con hombres. Con ley. Tú no tienes ninguna de las tres.

Kerran da un paso. Se quedan a un palmo. La antorcha más cercana chisporrotea y deja caer una brasa en la junta del suelo. Yo levanto el pie sin pensarlo y aplasto la brasa con la suela antes de que prenda en la paja que alguien dejó en el zócalo. Ninguno de los dos se mueve.

—Yo elegí no arrastrarla conmigo a la horca —gruñe Kerran—. Eso también es proteger.

—No —dice Tavish, y la voz se le afila—. Eso es esconderte.

—Basta —susurro, pero mi voz no corta nada.

Kerran respira fuerte, el pecho sube y baja como si cada palabra fuera una amenaza que intenta contener.

—No sabes nada, Tavish.

—Sé lo que no hiciste —responde él, sin alterar el tono—. No la defendiste cuando el mundo la señaló. No dijiste nada cuando su

nombre ardía en las bocas de todos. La abandonaste con tu silencio. Y eso, Campbell, no se borra con desearla para ti ahora.

La mandíbula de Kerran se tensa hasta que parece que le va a crujir.

—No me hables como si fueras un santo. Tú también la miras con hambre.

—Claro que la miro —contesta Tavish, sin apartar los ojos de él —. Pero no la devoro hasta verla marchitarse.

—Leigh no se vende por estabilidad. No puedes hacer que se sienta obligada a casarse contigo.

—Y yo no pienso verla morir por seguirte —responde Tavish, sin titubear.

Kerran da otro paso. Ya casi se tocan.

—Cállate.

—Hazme callar tú.

Respiran como si les doliera. Y yo… yo estoy en medio. Literal. Emocional. Maldita.

Me paso una mano por el rostro. Estoy agotada. Los miro a los dos, con la sensación de que cualquier palabra más rompería algo que aún se sostiene por milagro.

Y entonces me canso.

—¿Queréis callaros los dos?

No grito.

Pero lo digo con esa voz mía que, cuando la saco, es para matar.

—Estoy aquí delante. Viéndoos. Escuchándoos. Aguantándoos. Y os juro que, si uno más habla en mi nombre como si le perteneciera, me encierro en el cuarto del abuelo y no salgo hasta la próxima cosecha.

Se callan.

Por fin.

—Yo tomaré la decisión, pero no esta noche —digo al fin—: ni por amor, ni por miedo, ni por obligación.

Nadie responde.

Y me aparto. Paso entre ambos, sin tocarlos, pero con la sensación de que si lo hiciera arderíamos los tres.

Tavish se inclina levemente en señal de respeto y se marcha por el corredor, con el paso firme y el silencio de quien se guarda lo que siente.

Kerran se queda atrás, quieto, sin moverse.

No miro atrás.

No puedo.

Porque si lo hago, no sigo andando.

—Leigh.

Su voz me alcanza antes de que llegue al final del pasillo, no como una orden, sino como una súplica mal disimulada.

Aprieto el paso. Pero sus botas suenan detrás, rápidas, agiles, demasiado cerca.

—No quiero hablar, Kerran.

—Perfecto —responde—. Yo tampoco.

Pero no deja de seguirme.

Me giro.

—¿Entonces qué haces?

—Acompañarte en tu silencio —dice, encogiéndose de hombros —. Aunque tengo que advertirte que se me da fatal callar.

No sé si reír o empujarlo por la escalera.

—Necesito pensar.

—Yo necesito sentido común y, sin embargo, aquí estoy —replica.

—Vete a dormir, Kerran.

—No tengo sueño.

—Pues búscalo.

—Me cuesta dormir en esa cama —responde, y su tono tiene ese brillo torcido que solo él consigue—. Solo soy capaz de recordarte en ella gimiendo mi nombre debajo de mi cuerpo.

Cierro los ojos, exhalo despacio.

—No empieces.

—No empiezo, solo constato. Y si constatar se considera delito, que me cuelguen.

Me vuelvo. Está allí, medio en penumbra. Avanza un poco, despacio, hasta que el fuego del pasillo le ilumina la cara.

Tiene ojeras, la piel tensa, la culpa marcada en los hombros. Y aun así, sonríe. Esa sonrisa rota que solo él podría hacer parecer peligrosa y dulce al mismo tiempo.

—Podrías hacer lo que te pido por una vez en tu vida —murmuro.

—Lo intento —responde—. Pero luego me acuerdo de que hoy te he visto con miedo y que hace unas horas un hombre te golpeó. Y, curiosamente, se me pasa lo de querer dejarte sola.

Bajo la mirada. No quiero hablar de eso. No quiero que lo vea en mi cara, ni en mi cuerpo, ni en el temblor que todavía me recorre si lo recuerdo.

—No tienes por qué sentirte responsable de eso.

—Demasiado tarde —dice, sin arrogancia, sin sonrisa—. Ya lo hago. Dejé que cargaras sola con mierda que era mía.

Sus palabras me golpean con la suavidad de lo inevitable.

Kerran nunca se explica. Nunca se justifica. Pero esta vez lo hace.

—Yo insistí. Era parte del plan.

—Y yo debía protegerte, no dejar que te pusieras delante de un animal.

—Ya lo hiciste —respondo—. Me salvaste.

—No fui yo quien te golpeó —dice, bajando la voz—. Pero igual me duele como si lo hubiera hecho.

—No puedes cambiar el pasado —respondo.

—No. —Asiente—. Pero puedo intentar que duelas menos en el presente.

—Eso no funciona así.

—No —replica—. Pero déjame al menos acompañarte mientras finges que sí.

Por un segundo pienso que voy a reír. Que no puedo con él, con su manera absurda de hacerme quererlo justo cuando menos debería.

—Tienes un don para empeorar las cosas.

—Y tú un talento natural para decir que no cuando hay que responder que sí —contraataca, y la curva en su boca me mata un poco más.

Kerran suspira, bajo, casi un gruñido.

—Necesito saber si te hizo daño.

—Estoy bien.

—Mientes fatal.

He tratado de disimular, de contener el dolor, pero él, como siempre, lo ha notado. Claro que lo ha notado.

Da otro paso, y luego otro, hasta quedar detrás de mí.

—¿Puedo? —pregunta.

Asiento sin mirar atrás.

Siento el roce de sus dedos cuando busca el broche de la capa. Lo desabrocha despacio, sin prisa. La tela resbala por mis hombros antes de que la sujete contra mi pecho.

El aire de la estancia se vuelve frío contra mi espalda.

Oigo cómo traga saliva.

Luego su voz, casi un suspiro:

—Maldita sea, Leigh…

Sé lo que ve: el desgarrón en el corpiño, la piel marcada. No quiero compasión, pero en su silencio no hay eso. Hay rabia. Y dolor.

—No es nada —murmuro.

—Si esto es nada, no quiero imaginar lo que consideras algo.

Su voz suena ronca, casi rota.

—Hay que curarlo —afirma impaciente—. Puedo llamar a Iona.

—¡No! —salta de mi garganta antes de pensarlo.

Él frunce el ceño.

—¿No?

—Es que… —trago saliva—. No quiero que lo sepan. Ni que lo vean. Él… —respiro hondo, buscando palabras—. Me levantó la falda y también me dio con el cinturón en… en el trasero. Me moriría de vergüenza si alguien lo ve.

Kerran cierra los ojos un segundo. Se pasa una mano por la nuca. Respira hondo. Cuando habla, su voz es grave, pero templada.

—Joder… —susurra—. ¿Y no se te ocurrió decirlo antes mientras cabalgábamos?

Lo dice sin teatralidad, sin alzar la voz. Solo con ese tono bajo que da más miedo que un grito.
Luego levanta la mirada.

—Déjame a mí —dice.

Lo miro, incrédula.

—¿Crees que será menos humillante para mí si lo haces tú? —le lanzo, con esa ironía cansada que me sirve para defenderme.

Él tarda un segundo en contestar. Pero lo hace.

—No sé si será menos humillante —dice, inclinando apenas la cabeza—. Pero sí más justo.

—¿Justo? —pregunto.

—Sí. —Da un paso hacia mí, despacio—. Porque yo soy el idiota que no llegó a tiempo para evitarlo. Déjame, al menos, ser el que llega ahora para curarlo. Te juro que no haré nada que te haga sentir menos dueña de ti misma.

Su mirada es tranquila. No hay deseo en ella, solo culpa. Y ternura. Y algo que me parte.

—Prometo no mirarte más de lo imprescindible —añade, con un atisbo de sonrisa.

—Idiota.

—Lo sé —responde, sin borrar la sonrisa—. Pero uno dispuesto a aprender.

Y, por primera vez en mucho tiempo, le creo. Y eso, maldita sea, me duele más que la herida.



Capítulo 27

«LEIGH»

La puerta de mi habitación se cierra tras nosotros con un chasquido seco.

No es solo el sonido de la madera. Es algo más. Como si cerrara también una tregua que ya no sé si existe.

Kerran se detiene un segundo en el umbral. No cruza del todo. Solo me mira. Con esa mezcla de descaro y gravedad que parece una contradicción, pero que en él tiene sentido.

—Nunca antes me dejaste entrar.

La frase no suena a reproche. Suena a recuerdo. A esos que deja caer como si no dolieran, como si no hicieran nudo.

—Y aun así te colaste un par de veces por la ventana —le recuerdo, sin mirarlo.

—Tenía mis motivos.

—Tenías poca vergüenza.

—Eso también. —Sus ojos recorren los muebles, el ventanal, la cama—. No ha cambiado nada.

—Tú sí.

—Depende. —Camina despacio, hasta quedar a un paso—. Sigo siendo el mismo idiota que trepaba paredes para verte. Solo que con más cicatrices.

La sonrisa se me escapa antes de poder contenerla.

—Todo parece más pequeño —susurra, como si se lo dijera a sí mismo.

—Si vas a curarme, hazlo ya. Estoy cansada.

Kerran levanta una ceja.

—No hace falta que lo digas con tanto entusiasmo.

Me mira de arriba abajo. No con lascivia, pero sí con esa forma suya de desnudar sin tocar.

—Una vez me quedé toda la noche bajo tu ventana —dice, de pronto.

No lo miro.

—Porque escuché que estabas enferma. No me atreví a entrar. Solo quería estar cerca por si me necesitabas.

—Lo sabía.

Él se detiene.

—¿Cómo?

—Te oí estornudar y maldecir. Tres veces al menos.

Se ríe. Su risa es baja, rota. Como si no supiera si está permitido.

Coge la palangana llena de agua que Innes me deja por la noche a rebosar para que me lave y un paño.

—Quítate el vestido —dice, sin levantar la vista.

—No tengo camisola debajo.

—Entonces usa la manta.

Dudo. Pero solo un segundo.

—No mires —le pido.

—No miraré. —Se gira hacia la ventana—. Tú mandas. Dime cuándo estás lista.

Me giro, de espaldas a él, y dejo que el vestido se deslice por mis hombros. El roce del tejido contra la piel herida me hace tensarme, pero no gimo.

Me cubro con la manta mientras le digo que ya puede girarse. Se sienta al borde de la cama. Alzo la vista y me indica que me acerque.

Me quedo de pie delante de él, dándole la espalda.

Oigo cómo abre el odre, mezclarlo con el agua y revolverlo tranquilamente.

—Vinagre —explica—. Y miel.

—¿Vas a endulzarme la herida?

—A endulzarte no llego, pero puedo evitar que se te infecte.

Desliza la manta hacia abajo, dejando al descubierto la piel de mi espalda, y pasa el paño por la herida con cuidado.

Arde. Escuece. Como todo lo que cura. Como todo lo que viene de él.

—Una vez, en la feria de otoño, te manchaste las manos con miel —continúa, con la voz más grave—. No dejaba de pensar en lamerte los dedos allí mismo.

—Lo hiciste.

—Lo sé, pero tú reías. —Su voz se suaviza—. Reías como si el mundo te sobrara. Y yo creí que, si te escuchaba una vez más, nada podría matarme.

El silencio se estira.

Solo el sonido del paño en el agua.

El fuego casi apagado.

Y su respiración.

—Tendrás que bajar un poco más la manta —dice al fin. Su voz suena baja, áspera.

Asiento, pero no me muevo.

Está tan cerca que puedo oír el roce del cuero de sus botas al doblar las rodillas. Apoya el cuenco en el suelo y, sin mirarme, tira despacio del borde de la manta que me cubre. Lo hace con los nudillos, despacio, sin exhibición, solo lo necesario para trabajar. El aire frío me muerde la parte baja de la espalda, **aún sin** revelar el latigazo en las nalgas**.** No me giro. No quiero verle la cara.

Él traga saliva. Sus manos tiemblan al empapar el paño en vinagre y miel.

El primer contacto me hace tensarme.
Pero él no dice nada. Solo limpia con movimientos lentos, precisos, como si me deshiciera el daño con paciencia.

Vuelve a mojar. El agua hace un ruido pequeño, repetido. El lino gotea en dos hilos que me recorren la curva hasta perderse en la manta. Él los seca con el dorso de la mano y maldice muy bajo, como para sí.

—No mires —repito, sin girarme.

—No te estoy mirando. —Su voz sale ronca—. No mucho, al menos. Intento no hacerlo.

Casi sonrío.

Casi.

El paño se desliza desde mi omoplato derecho a la cintura. Y él extiende los dedos por mi cadera para sujetarme mientras el líquido resbala por debajo de la manta.

El líquido pica, el aire quema. El olor del vinagre se mezcla con el humo de la vela.

Vuelve al ritual: paño, vinagre, presión justa, aire. El tiempo se mide en esos gestos. En ruidos mínimos. En la paciencia con que sopla sobre la piel cuando el escozor sube.

Se toma un segundo. Deja el paño en el cuenco. Coge un frasco pequeño de su morral y lo destapa con los dientes. Huele a grasa y a resina. Calienta una pizca entre los dedos. No me toca todavía.

—Esto cura —avisa—. Arderá un poco al principio.

—Hazlo.

El primer contacto del ungüento es tibio. Sus dedos no aprietan. Solo dibujan a favor de la piel, extendiendo, sellando. Trabaja en silencio, concentrado, y en ese silencio coloca, por fin, la verdad donde duele.

—Sí, me fui —dice—. Pero ¿sabes qué me llevé conmigo? Cada maldito recuerdo de ti. Y es lo único que me mantuvo vivo.

Continúa sin dejar de tocarme:

—Ni cuando dormía con un ojo abierto, ni cuando huía. Ni entonces dejé de oír tu risa en la cabeza.

Hace una pausa para coger aire.

—Cuando creí que me ahorcaban, lo único que pensé fue en que jamás volvería a oler tu piel. Ni el humo, ni la sangre, ni la humedad de las cuevas consiguió arrancármelo de la cabeza.

—No tienes por qué explicarte —susurro.

—No, pero si no lo hago, tú seguirás creyendo que te fallé por cobarde.

Levanta la mirada y yo le miro por encima del hombro.

Y lo veo.

En sus ojos.

El peso.

La culpa.

El infierno.

—Maté a mi padre —dice, por fin.

La frase no me golpea como antes.

Tal vez porque ya la sabía.

Tal vez porque esta vez la dice él.

—Fue un accidente. Algo impremeditado, pero lo haría otra vez si eso te salva.

—¿Me salvó? —pregunto, apenas audible.

Sus dedos siguen extendiendo el ungüento con cuidado, ascendiendo por mi espalda.

—Ellos, mi padre y mi tío, querían arrebatarte todo. Tus tierras. Tu nombre. Tu gente. Querían que me casara contigo para usarme como llave.

—¿Qué? —pregunto, entre el estupor y la certeza de que todo encaja.

—Una firma mía bastaba para entregar el paso de tus montes a los ingleses. Lo habrían hecho en mi nombre, y tú nunca habrías podido evitarlo. Te habrías despertado casada conmigo y sin nada. —Traga saliva, el sonido seco, como si también eso le doliera. —Y yo… no podía permitirlo.

Sus dedos se detienen, abiertos sobre mi espalda.

—Por eso me negué a la boda. Por eso discutí con él. —Respira hondo. —Por eso lo maté.

El silencio se vuelve tangible. Podría tocarlo.

—Si me quedaba, te habría puesto en peligro. Mi tío habría utilizado nuestra cercanía para acusarte también. —Su voz ya no tiembla, solo pesa—. Y preferí que me odiaras viva a que me amases muerta.

Cierra el frasco. Se limpia los dedos en un trapo. Me deja respirar con la piel al aire, como si supiera que el cuerpo necesita ese frío para creer que ya ha pasado.

Yo respiro hondo.

—Él dijo… tu tío le dio la vuelta. Me hizo creer que no me querías, que sentías nuestro compromiso como una cárcel, que odiabas la idea de que fuera tu esposa.

—Hizo lo que mejor sabe —responde—. Convertir una mentira útil en verdad pública. «El prometido rompe; mata al padre; huye». Así consiguió dos cosas: tu vergüenza… y mi horca lista si volvía.

—No deberías haber vuelto —murmuro.

—No —concede—. Pero si no volvía, seguía ganando él.

Me vuelvo al fin. Kerran sigue sentado, la camisa remangada, los dedos aún manchados de resina, la boca apretada como si contuviera la última palabra que le queda. No hay soberbia. Hay cansancio. Y un miedo que no enseña a nadie.

La manta aún me cubre a medias.

Él ni siquiera intenta mirarme.

—No te pido que me perdones —dice—. Ni que me elijas. Solo que me creas.

No puedo hablar.

Solo lo miro.

—No me fui para olvidarte, Leigh, sino para que tú pidieras olvidarme a mí.

—Pues no funcionó.

Él sonríe apenas.

Y esa sonrisa, cansada, herida, me desarma más que cualquier mirada. Kerran suele tener palabras para todo. Sarcasmos para cada

herida. Pero ahora… ahora parece que tiene miedo de romper algo si las elige mal.

Silencio. Solo su respiración. Solo la mía, más agitada.

—¿Ese paso que querían entregar… era el de Kilbrannan? ¿Por eso insiste en casarse conmigo?

Él asiente. Apenas un leve movimiento, pero me basta para que la sangre me hierva.

—¿Sabes que si Uilleam sigue negociando con los ingleses como sospechamos, deberíamos denunciarlo a la Corona?

—¿Y condenar a todo mi clan por la traición de su Laird? —responde, bajo—. La Corona no distingue ramas: corta el árbol entero**.** ¿Te acuerdas de los Armstrong? Jacobo V citó a Johnnie Armstrong con promesas de perdón… y lo ahorcó con varios de los suyos. Después quemaron torres, colgaron más hombres, desterraron familias. Muchos Armstrong tuvieron que cambiar de apellido o largarse. No juzgaron solo a su laird. Aplastaron a su gente para que los demás aprendieran.

Y ahí está. Lo que pesa. Lo que duele. Por qué guarda el secreto.

Me quedo callada. Porque lo entiendo. Porque lo conozco. Y sé que él no carga solo con sus pecados, sino con los de todos los que protege.

—Lo que ha pasado esta noche… —empieza.

—No quiero hablar del burdel.

Niega con la cabeza.

—No. No de eso.

Traga saliva. Cuando vuelve a hablar, su voz es más baja, como si cada palabra le costara sangre.

—Hablo de ti —dice por fin—. De lo que sentí al verte allí, sonriendo a ese hombre.

—Era un plan.

—Era una tortura.

El silencio vuelve a llenarlo todo.
Solo se oye el fuego crepitando y mi respiración intentando no temblar.

Pasa una mano por el pelo, cansado, sin pensar.

—Y cuando Tavish ha dicho que pedirá tu mano… —continúa, la voz ronca— he querido romper algo. No porque la pida él —sigue—, sino porque no soy yo quien puede hacerlo.

Siento el calor de sus muslos a ambos lados de mi cuerpo. El vaivén lento de su pecho.

—No puedo renunciar a ti, Leigh. —Se lleva una mano al rostro, la deja caer después, sin fuerza—. Dios sabe que lo he intentado con todo lo que soy, pero no sé cómo hacerlo.

Respiro despacio.

No me muevo.

Él tampoco.

—Cada vez que regresaba a tus tierras para espiarte, me decía que era para asegurarme de que estabas bien —dice—. Pero solo era así en parte. También quería asegurarme de que ningún otro te tenía.

Su voz no tiembla, pero sus manos sí.

—¿Cuántas veces lo hiciste?

—Más de las que quiero admitir.

—¿Y qué veías?

Traga saliva. Como si responder le costara más que todas las confesiones anteriores.

—Veía que no te habían roto. Que seguías con la espalda recta y la boca sucia. Que aún sonreías, aunque fuera poco. Que nadie se te

acercaba. Que estabas sola. Que aún estabas libre.

—¿Y eso te consolaba?

—Sí, aunque también me destruía. Pero era lo único que me mantenía cuerdo.

Y ahí, justo ahí, se me afloja la garganta.

Nuestros ojos se encuentran.

Y en el silencio que se abre entre nosotros solo respiran nuestras heridas.

—¿Y qué hubiera pasado si me hubieras visto? —pregunta, con la voz baja, afilada por dentro.

—No lo sé —respondo, con el nudo aún en el pecho—. Tal vez habría salido corriendo. Tal vez me habría roto entera solo con mirarte. Pero cada vez que no aparecías, aprendía a odiarte un poco más.

—Entonces estábamos igual de jodidos —murmura, casi con ternura—. Yo intentando olvidarte, tú intentando odiarme.

Y entonces baja un poco la cabeza. No por vergüenza, sino como si por fin soltara el peso.

—Sé que un buen hombre desearía tu felicidad, aunque fuera en brazos de otro.

Se ríe, bajo, con esa amargura que ya no intenta disimular.

—Pero yo no soy un buen hombre, Leigh. Ni noble. Ni generoso. Ni libre de rabia.

Alza la vista. Sus ojos brillan, húmedos, sin vergüenza.

—Soy humano, Leigh. Y muy imperfecto.
He cometido más errores de los que podría contarte, y probablemente seguiré cometiéndolos.
Sigo sin tener nada que ofrecerte. Ni nombre, ni casa, ni paz. Solo esto. —Se da un leve golpe en el pecho con el puño cerrado—. Lo que queda de mí cuando pienso en ti.

El aire se me atasca en la garganta.
Él respira hondo, la mirada aún fija en mí, como si me estudiara de memoria.

—No voy a soportar verte con otro. No puedo fingir que no te quiero. —Su voz apenas se oye—. No puedo. Ni oírte pronunciar su nombre. Ni imaginarte sonriéndole, como me sonreías antes a mí. Ni que no me jode hasta la médula imaginarte en su cama.

Al decirlo, se le escapa un suspiro. Se inclina hacia delante, un poco. Deja que su mano ascienda, con duda, hasta rozar la manta que me cubre. La mano se detiene en mi cadera, abierta, cálida.

—Si eso me condena, lo acepto.
Si me hace egoísta, lo soy. Pero no me pidas que me quede mirando cómo te pierdo otra vez. No tengo fuerzas para eso.

Me mira.

Y ahí está: la rendición, la ternura, la herida abierta.

La otra mano sube, lenta, hasta la otra cadera. Me sostiene sin apretar, sin exigir. Mis dedos buscan su cabello. No sé si para apartarlo o para sostenerlo.

Él exhala, largo, hondo. Me mira desde abajo, con esa mezcla de deseo y culpa que solo él sabe sostener sin romperla.

—Kerran Campbell —murmuro—, como esto sea uno de tus ardides para que me entregue a ti antes que a Tavish…

Él parpadea.

Sonríe.

Descarado.

—Eh, eh… ¿quién ha hablado aquí de sexo? ¿Qué te hace suponer que lo quiero?

Lo fulmino con la mirada. Pero no retrocede.
Ni un centímetro.

—¿No lo quieres? —pregunto, arqueando una ceja.

Él suspira, como si se rindiera.
O como si le doliera demasiado fingir.

—Sí, joder —responde, con la voz ronca, como si le doliera decirlo—. Con todo lo que soy.
Con la cabeza, con las manos… y con la parte de mí que lleva toda la vida temblando por ti.
¿Crees que estoy lo bastante cuerdo como para rechazarlo? ¿Después de haberme pasado años enteros soñando contigo, sin tocar a nadie más?

Hace una pausa. Traga saliva.

—Pero no hoy.

Levanta la mirada y me la clava como si pudiera sostenerla solo con los dedos.

—Primero rechaza a Tavish. Descansa. Cura ese culito. Y luego… —sonríe apenas, con esa media sonrisa suya que mezcla provocación y promesa— volvemos a esta conversación. En el mismo sitio. Sin testigos. Y sin interrupciones.

Me lo quedo mirando.

Silencio.

Fuego.

Respiración.

—Vale —respondo, más rápido de lo que pretendía.

Él alza las cejas, sorprendido.

—¿Vale? —repite—. ¿Así de fácil? ¿Después de ponerme la miel en los labios?

—Tú has sido quien ha dicho que no hoy. —Cruzo los brazos.

—Ya, pero no esperaba que fueras tan obediente. —Su tono se vuelve juguetón, casi dolido—. Leigh, he sido un caballero. No

puedes castigarme con tanto entusiasmo.

Me río. No puedo evitarlo.

Y él, al oírlo, deja escapar una risa baja, casi incrédula.

—Ahí está —murmura—. Echaba de menos ese sonido.

No sé si me tiembla el alma o el cuerpo.
Y no sé si quiero que se marche o que se quede para siempre.

Luego da unas palmadas sobre la manta de piel de mi jergón.

—Ahora túmbate boca abajo sobre la cama para que pueda curarte esa herida de las posaderas.

Lo dice sin inmutarse, como si me estuviera pidiendo que le pase la sal.

Dudo. Pero solo un instante. Y Me dejo caer sobre la cama junto a él**.** Me estiro sobre ella, con el rostro hacia el cabecero y los brazos bajo la almohada. La cama protesta con un susurro cuando acomodo la cadera para no rozar las marcas.

Él no toca de inmediato. Siento su sombra acercarse. El peso de su cuerpo hunde un poco el borde del colchón. El calor de sus muslos cerca de mi pierna. Su respiración, lenta, controlada.

—Así está bien —murmura—. No te muevas.

Aparta con los nudillos el borde de la manta hasta dejar al descubierto lo que tiene que ver. La piel se me eriza por el aire fresco. Un silencio corto, contenido.

—Joder, Leigh…



Capítulo 28

«LEIGH»

No me atrevo a girarme, pero siento el peso de su mirada. La noto como si me acariciara solo con los ojos.

Sus dedos me rozan las nalgas, exploran con la yema la zona más dañada. La piel está caliente. Lacerada. Y cuando presiona un poco más fuerte, mi cuerpo se tensa.

—Hay sangre seca —dice—. Y la piel está inflamada. Tendrás cardenales hasta el alma.

Suena como si se estuviera conteniendo. Como si, por cada palabra que dice, tuviera que morderse otra.

Oigo cómo el paño se empapa y el chirrido leve del colchón cuando se inclina hacia mí. Sé que está sentado junto a mi muslo, que sus rodillas rozan mi pierna y que su mirada se clava en mi desnudez.

—Va a escocer.

—Ya lo sé.

—Lo digo en serio, Leigh.

Me giro apenas, lo justo para mirar por encima del hombro.

—Estoy hecha de algo más resistente que una flor de primavera.

—Muy bien, florecilla. Allá voy.

El olor ácido del vinagre llena la estancia. Y cuando el trapo mojado toca la primera línea amoratada, me arqueo sin querer.

El escozor es inmediato. Como un latigazo que me obliga a apretar los dientes.

—Por todos los demonios…

Mi voz sale más ronca de lo que pretendía. Kerran se ríe bajo.

Oigo el sonido del paño volviendo al cuenco, el agua agitada, el vinagre mezclándose con la tensión del cuarto. Y entonces él sopla sobre la herida. Y el calor de su aliento se mezcla con el escozor, confundiéndome hasta no saber si me calma o me enciende.

Su mano izquierda se apoya en mi muslo. Es grande, firme, cálida. Me sujeta con los dedos bien abiertos, como si necesitara recordarse que eso, que yo, soy real. Y su pulgar, maldito sea, se queda a escasos milímetros de mi sexo. No me toca. No se atreve. Pero está ahí. Como una promesa. Como una amenaza. Como un incendio contenido.

Vuelve a empapar el paño y lo escurre con fuerza. Las gotas resbalan entre sus dedos.
La siguiente pasada es más lenta. No tanto para limpiar, como para explorar.

Pasa el trapo… pero se retrasa.
Amasa la carne con los dedos. Dedos grandes, curtidos, que no fingen indiferencia.

Su palma cubre toda la nalga. Y entonces aprieta, firme. Como si reclamara. Como si probara que puede hacerlo.

Giro la cabeza, solo un poco, buscando su rostro por encima del hombro. Está cerca. Demasiado.

Los labios entreabiertos. Los ojos oscuros y hambrientos. Las mejillas encendidas.

El vinagre vuelve a arder en mi piel, pero esta vez no arqueo la espalda. Esta vez, lo dejo hacer. Porque la mano que me sostiene se ha movido apenas, dibujando círculos en mi piel. Y porque sus dedos, los del paño, ya no solo curan. Exploran. Aprenden. Recuerdan.

Recorren los contornos del morado, bordean la línea de la herida, bajan por la curva hasta detenerse donde empieza el hueco de mis muslos. Y allí, se detienen.

Y entonces… cae: un hilo rebelde, silencioso, traicionero de vinagre. Baja por la nalga y se desliza entre mis piernas hasta mi sexo. Justo ahí.

El escozor me atraviesa como un relámpago.
Me revuelvo.

—¡Maldita sea!

Mi voz rebota contra las piedras como si hubiera estallado algo más que el dolor. Me retuerzo, las piernas tensas, los músculos ardiendo. El aire se me queda atascado entre los dientes.

—¿Qué ha pasado? —pregunta él, alarmado, acercándose más.

—¡Ha caído vinagre en... ahí! —escupo, sin saber ni cómo explicarlo—. ¡Me escuece!

—¿Ahí? —Su voz suena entre la risa y el susto—. ¿Dónde es *ahí,* exactamente?

Le doy un manotazo, torpe, sin mirar.

—¡Tú lo sabes! ¡Echa agua!

—¿Qué agua, Leigh? —replica, girando sobre sí mismo como si esperara hallar un pozo en la mesilla—. ¡Toda tiene vinagre!

—¡Pues algo! ¡Haz algo!

—Espera, joder.

Y entonces me gira.

Me coloca de espaldas sobre el colchón, las piernas abiertas. Me sostiene los muslos con las dos manos, firme, con la respiración agitada y los ojos que no saben dónde quedarse.

—Kerran… —mi voz suena entre advertencia y súplica.

—No te muevas. —Y entonces sopla con la cara pegada a mi sexo.

El aire me golpea la piel ardiendo, frío, salvador, y no puedo evitar el sobresalto.

—¿Qué haces?

—Tratar de aliviarte.

—Pues no está funcionando.

Él ríe, bajo, con esa risa rota suya que me enerva y me desarma a la vez.

—Dame un segundo. Todavía estoy descubriendo qué puedo hacer sin perder el control.

Me retuerzo.

—Escuece, Kerran. —resoplo—. Escuece mucho.

—¿Dónde, Leigh?

—¡Ya te lo he dicho!

—Señálamelo.

Le fulmino con la mirada. Él no se inmuta.

Así que, con la cara roja y el orgullo por los suelos, señalo.

—Aquí —murmuro, sin mirarlo—. Aquí justo… en este punto.

Mi dedo roza el centro de la quemazón. El punto exacto donde el dolor late, pero también algo más.

Kerran no responde.

Solo baja la cabeza.

Y me muero un poco.

Su boca me roza. Primero el aliento. Después la barba. Después él.

Con la lengua plana.

Con la boca abierta.

Con ese calor suyo que no pide permiso.

Lame.

Y dejo de respirar.

Su cabeza se mueve con lentitud, como si aprendiera cada pliegue, cada temblor, cada sonido que se me escapa. El pelo se le derrama por mis muslos, suave, cálido. Sus labios se abren. Y sigue. Como si no supiera —o no quisiera— parar.

Y yo…

Yo dejo de recordar por qué estaba enfadada.

Ya no hay urgencia en ninguno de los dos. Su lengua se mueve más despacio. Más abajo.
Más profundo. Roza y se abre paso. Lo hace sin pudor. Con hambre. Con devoción.

Y algo en mí se deshace.

Siento cada trazo, cada caricia húmeda, cada roce de su barba encendida, salvaje, contra la piel más blanda y más vulnerable que tengo. Siento el calor de su aliento, la presión de sus labios, la devoción de su lengua. Siento que su hambre se descontrola.

Kerran gime.

Gime contra mí.

Y me derrumbo un poco más.

Sus dedos se clavan en mis muslos, me sostienen como si temiera que me deshiciera entre sus manos. Su nariz roza donde nadie ha rozado nunca. Su lengua se curva. Se hunde. Traza

caminos, explora grietas, lame como si buscara un secreto en mi cuerpo, como si quisiera memorizarme desde dentro.

Y yo no puedo más.

Mi respiración se agita.

Mi vientre tiembla.

Mis caderas se elevan hacia él, buscando más, buscándolo a él.

—Kerran…

Solo digo su nombre. No sé si como súplica o como advertencia.

Él me entiende igual.

Su mano derecha sube. Me separa aún más. Y su lengua se detiene en ese punto exacto que me escocía antes, pero que ahora… ahora late.

Ahí.

Justo ahí.

El roce se vuelve insistente. Circular.
Perfecto.

Me incorporo apenas, los codos temblorosos, el cuerpo rendido, y lo miro. Veo su cabeza entre mis piernas, su pelo alborotado, los ojos oscuros alzados hacia mí, la boca abierta, entregada, lamiéndome con una mezcla de ternura y lujuria que me parte en dos.

Me mira con deseo puro.

Me come como si me necesitara.

Y yo me muero.

Me muero por dentro.

Me muero por él.

Porque no hay espacio entre la pasión y el consuelo. No hay frontera entre su lengua y mi alma. Solo hay piel. Solo hay deseo.

Solo hay él.

Y lo que está haciendo con su boca.

Con su lengua.

Conmigo.

Me muerdo el labio hasta que duele.

—Kerran —vuelvo a decir, pero esta vez no hay advertencia en mi voz. Solo hay necesidad. Y una rendición que me asusta.

Él responde con un gruñido grave que vibra contra mi piel y me sacude entera.

Cuando sube un poco más con la lengua, cuando se detiene justo donde más lo necesito y me lame con un movimiento lento, deliberado, cargado de intención… mi cuerpo se retuerce. El aire no me basta. La vergüenza se ha ido. La cordura, también.

Mis manos buscan algo a lo que aferrarse. Encuentro su pelo. Lo enredo entre los dedos. Lo aprieto. Y él no se aparta. Al contrario. Redobla la intensidad. Me lame con la lengua abierta. Me chupa. Me succiona. Y mi nombre escapa de sus labios con una súplica que no reconozco.

Algo dentro de mí estalla. No con violencia. No de golpe. Es como si me abriera en capas. Como si una ola empezara a crecer despacio desde el centro y no dejara de subir.

Él lo nota. Lo presiente. Lo intuye. Porque sus manos me agarran con más fuerza. Porque su boca se aferra a mí como si quisiera llevarse el temblor. Como si quisiera sostenerme mientras me rompo.

Y me rompo.

Con la boca abierta.

Con un gemido roto.

Con la espalda arqueada y la garganta seca.

Mi cuerpo entero se sacude contra él y su lengua no se aparta. Me lame como si quisiera ayudarme a atravesarlo. Como si fuera suya la responsabilidad de que no me caiga. Y no me caigo, pero me deshago. Me diluyo. Me derramo en su boca como si nunca antes me hubiera permitido sentir así.

Kerran besa mi muslo y apoya la frente contra él. Respira hondo. Se queda quieto. Y siento su aliento calentarme la piel, como si la lamiera sin tocar.

—Joder… —susurra, sin mirarme.

No dice mi nombre, pero me siento invocada igual.

Sus manos siguen en mis muslos, pero una de ellas sube. Me acaricia la cadera, lenta, firme. Luego el costado, la curva de mi cintura, el hueco que deja la respiración cuando se me escapa. Y entonces me mira. Se arrastra hacia arriba y me mira. Sus ojos están oscuros, húmedos. Y no hay ni una pizca de serenidad en ellos.

—¿Se ha calmado? —pregunta.

—No, claro que no, Kerran. Me acabas de lamer. Eso no calma. Eso arde.

—Joder, Leigh… no me provoques.

No aparta las manos. No baja la vista. No deja de sostenerme las caderas como si fueran su ancla. Lo dice con la voz más grave que le he oído nunca, ronca de deseo y de algo que no sabe si quiere permitir.

—¿Yo?

Él resopla. Niega despacio, como si le costara volver a meter al infierno el demonio que se le ha escapado.

—No tienes ni idea de lo que pareces ahora mismo —susurra áspero—: desordenada, despeinada, desnuda…

Mis pechos suben con la respiración. Él los mira. Solo una vez. Y luego otra. Como si no quisiera hacerlo, pero se le escapara. Como si supiera que si los toca, se acabó. Que ya no va a parar.

Y aun así, lo hace.

Extiende la mano —la de la falange ausente— y me acaricia uno. Solo un roce. Un gesto lento, con los dedos abiertos. Apenas me roza la aureola. Pero yo me arqueo. Porque me enciende. Porque es él. Y me he pasado meses maldiciendo su nombre con la boca llena de rabia… pero ahora solo quiero su aliento en mi piel.

—Pareces un incendio —murmura—. Uno de esos que arrasan un valle entero… y aun así dan ganas de quedarse a arder dentro. Me haces temblar.

Y es verdad. Sus manos tiemblan. Su torso sube y baja. Y cuando se acerca, cuando me besa el esternón y deja su jadeo entre mis pechos, algo se desmorona. La lógica. El plan. La contención.

Su boca encuentra mi pezón.

Lo atrapa.

Lo lame.

Y yo dejo de fingir que puedo con esto.

—Kerran…

—Solo un momento —gruñe él contra mi piel—. Solo… un maldito momento.

Pero no es un momento. Porque no se aparta. Porque su lengua se enrosca y su boca se abre. Porque su mano izquierda baja otra vez por mi costado, acaricia mi vientre, se detiene justo ahí, donde me ha lamido hasta enloquecerme, y luego sube. Me abre más las piernas. Se acomoda entre ellas con su ropa aún puesta. Y su erección, dura, hambrienta, me roza el muslo como una promesa.

Su nariz roza la curva de mi pecho, luego mi cuello. Me besa allí, bajo la mandíbula. Y me lame como si estuviera probando el precio de todo lo que está a punto de romper.

—Solo… necesito… un poco más.

Se tumba encima. Con cuidado. Apoya el peso en los antebrazos. Pero su cuerpo me cubre. Su torso me aprieta. Su boca se hunde en la mía.

Y yo…

Yo muevo las caderas contra él.

No hay palabra. No hay decisión. Solo un reflejo. Un gemido. Un permiso que me traiciona.

Y él lo siente.

—Leigh… —Su frente se pega a la mía, y su voz ya no tiene dueño—. No voy a… entrar. Solo… haremos como la otra noche.

Asiento.

Kerran baja una mano entre nosotros. Se abre el tartán a tientas, jadeando. Le cuesta. No deja de besarme. De sujetarme la cara. De lamerme los labios como si fueran la única parte que aún le da tregua. Y cuando por fin saca su sexo —grueso, caliente, ansioso—, no lo empuja. Solo se apoya y se roza sin dejar de guiarse con su mano.

Y el mundo deja de girar.

La punta me acaricia. Justo ahí. En el centro del deseo. Entre los pliegues mojados que todavía arden de su lengua.

El roce es mínimo.

Pero me incendia.

Él cierra los ojos, jadea. Me abraza fuerte con el brazo libre, como si lo necesitara para no romperse.

—No sabes lo que me haces, florecilla.

—Tú sí sabes lo que me haces a mí.

Y entonces, se deja caer. Solo un poco. Y frota su sexo duro contra el mío, sin penetrarme. De arriba abajo. Lento. Con una

caricia larga y honda que me hace gemir como si me hubiera invadido el alma.

Me roza el clítoris.

Se desliza por mi entrada.

Y vuelve a subir, con un gruñido que me rompe.

—Solo esto —susurra. Pero ya no se lo cree ni él—. Solo… esto.

Pero no es solo eso. Porque se vuelve a mover. Porque sus caderas empujan con más fuerza. Porque se acomoda. Porque se queda en la entrada y presiona. Un poco. Luego otro poco.

Y entra.

Muy poco.

Pero entra.

Un gemido se me escapa. Él se tensa. Me mira como si acabara de romper todas las reglas que juró proteger.

Pero no lo detengo.

Porque no hay nada que me duela más que tenerlo encima y no tenerlo dentro.

—Mierda —dice, con la voz rasgada—. Solo quería sentirte.

—Entonces no te muevas.

—Pero te has movido tú.

Me muerdo el labio. Sí que lo he hecho. Sin darme cuenta me he arqueado buscando más.

Y entonces…

Nos movemos los dos a la vez y entra un poco más y mi carne cede, haciéndole sitio. Noto cómo me invade, me estira y él abre mucho los ojos.

—Intento no parecer un animal —susurra contra mi mejilla—. Porque te juro que estoy a un paso de perder el control. No puedo

más, Leigh.

—Entonces… —respondo sin pensarlo— hazlo.

No hay espacio entre su deseo y el mío. Entre su carne y la mía. Entre la culpa y el hambre. Lo único que hay es el roce lento de su cadera empujando sin querer. El calor que se enciende donde sus muslos rozan los míos. La forma en que su sexo se acomoda, como si buscara, como si llamara.

Y yo también me arqueo, sin querer.

Y él gime.

Y entonces se detiene. Se apoya en un codo, me sujeta la cara con la otra mano. Me obliga a mirarlo. La voz le tiembla.

—Si lo hago… —dice, con los ojos clavados en los míos—, si entro en ti, no aceptaré que te cases con otro. No podré, no quiero y no lo haré.

Trago saliva. Mi corazón retumba como un tambor antiguo.

—Rechazarás a Tavish —insiste—. Júramelo. Joder, júramelo.

Sus manos me sujetan fuerte, pero no me duelen. Me sostienen. Como si temiera que dijera que no.

—Júrame que soy yo. Que siempre fui yo. Que no habrá nadie más.

Y cuando lo miro… no veo arrogancia ni soberbia.

Solo veo a un hombre al borde del abismo. Luchando contra su culpa y contra el miedo de haber llegado tarde.

—Siempre fuiste tú —respondo.

Y entonces me besa.

Me besa con la boca empapada de mí. Me besa como si pudiera salvarse en mis labios y esa fuera la única verdad que le queda.

Sus dedos me recorren, me sostienen, me abren. Me acarician con una mezcla de hambre y devoción. Y yo me agarro a sus

hombros, al calor de su espalda, al temblor que también me pertenece.



Capítulo 29

«LEIGH»

Aún lleva la camisa puesta, desabrochada, y, de algún modo, se ha deshecho del resto sin apartarse de mí.

Me busca con la frente, apoya la suya y respira hondo.

—Joder… No puedo más. Me estás matando.

Mis dedos acarician su nuca. Su pelo. El temblor de su duda. Y sonrío, aunque tengo el corazón encogido.

—No sé si… —traga saliva—. No sé si sabré hacerlo sin hacerte daño.

—Respira. —Le sujeto la nuca—. No me rompo tan fácil. Si duele, te lo diré.

Solo asiente. Su cuerpo se tensa sobre el mío. Y entonces, empuja. Despacio. Con los dientes apretados. Como si cada centímetro fuera una frontera que no quiere invadir sin permiso. Como si no creyera que yo lo quiero ahí.

Gimo.

Porque duele. Sí.

Arde. Me quema. Me abre.

Pero también me llena. Me habita. Me deshace.

Kerran jadea contra mi cuello, sorprendido, cuando la primera resistencia cede y yo contengo un gemido.

Se queda quieto, muy quieto, cuando está dentro apenas una fracción. Su frente se apoya en la almohada, junto a mi oreja, y sus manos se clavan en la manta, una a cada lado de mi cabeza.

—Joder, Leigh… nunca había sentido algo así.

Su voz suena rota. Vulnerable. Como si no supiera si aguantar o dejarse ir.

Y yo, que siento cada latido suyo temblando en mi interior, abro las piernas un poco más. Le rodeo la cintura con las rodillas. Le ofrezco todo.

Él gruñe. No un gruñido de furia. No. Es otra cosa. Una mezcla de hambre y de miedo. De reverencia. De gratitud.

Y vuelve a empujar. Más. Despacio. Tenso. Como si en cualquier momento yo fuera a cambiar de idea.

Pero yo ya estoy abierta para él.

Su sexo me llena centímetro a centímetro. Se abre paso entre el deseo y el dolor.

Y cuando por fin entra del todo, ambos gemimos. Su cuerpo se queda rígido. El mío tiembla. Nos miramos, y lo que hay en su rostro no es solo lujuria. Es asombro. Es rendición. Es algo muy parecido al amor, aunque ninguno lo diga.

Sus labios buscan los míos. Me besa. Me lame. Me acaricia con la boca como si pudiera pedirme perdón sin palabras.

—Siento cómo me abrazas por dentro —susurra, con una mezcla de asombro y devoción—. Como si tu cuerpo supiera que soy yo.

No se mueve; sin embargo, su cuerpo entero vibra sobre el mío como un músculo tenso a punto de romperse.

Siento el temblor en su abdomen, en su pecho, en la forma en que sus caderas palpitan contra las mías. Está al borde. Pero no de acabar, de quebrarse. Porque me tiene. Porque soy su primera vez. Porque lo soy todo ahora mismo.

—¿Te duele? —pregunta, con la voz tan baja que casi no la oigo.

—Un poco —admito—. Pero más me dolería que no siguieras.

Sus labios rozan mi mejilla con una ternura que me hace daño.

—Dime tú cuándo moverme—murmura, tan cerca de mi oído que se me eriza la nuca—. Porque siento que es lo único que mi cuerpo sabe hacer ahora.

Me remuevo apenas, tanteando. No es que duela menos. Es que ahora duele… distinto. Duele porque me está llenando, porque me invade. Pero también me está uniendo a él. Como si cada segundo que pasamos así tejiera algo invisible entre nuestras pieles.

—Ahora —susurro—. Quiero que lo hagas ahora.

Lo noto tragar saliva. Y entonces, se mueve.

No sale de golpe. Apenas retrocede. Un suspiro largo se le escapa cuando lo hace. Como si esa mínima retirada fuera ya demasiado. Como si su cuerpo se resistiera a alejarse de mí.

Y luego vuelve a empujar. Despacio. Contenidamente. Como si no se fiara de su fuerza. Como si temiera romperme.

Gimo. No por dolor. Esta vez no. Es otra cosa. Y ese placer que había despertado con su lengua vuelve a resurgir con fuerza.

Porque siento cada palmo de él rozándome por dentro, acariciándome con la fricción de su punta. Y al volver a llenarme, algo en mí se contrae. Algo que no sabía que existía.

Sus manos me envuelven la cara, los pómulos, como si no supiera cómo sostener lo que está sintiendo.

—Dios... —jadea, hundiendo la frente en la mía—. Si sigo así, no voy a aguantar nada.

Sonrío, aunque no hay rastro de burla en mí.

Sus caderas se mueven con una cadencia más definida ahora, aunque aún suave. Un vaivén que no busca castigar, sino explorar. Como si su cuerpo estuviera aprendiendo el mío desde dentro. Y el mío… se abre. Se ofrece. Se adapta.

Cada embestida se siente distinta: una más honda, otra más lenta, otra que me roza justo donde empieza a encenderse algo nuevo.

Mi espalda se arquea sin querer, buscando más, dándole sitio. Y él gime. Un sonido rasgado, masculino, animal.

—No me dejes —dice, entre jadeos—. No ahora. No después de esto, Leigh.

Y yo lo abrazo con los muslos. Le clavo las uñas en la espalda. Me entierro en su cuello, en su piel, en la sal de su sudor.

Su vaivén se vuelve más marcado. Más torpe. Más humano. Se le escapan los jadeos como si el aire no bastara. Como si todo su cuerpo estuviera ardiendo por dentro y no supiera dónde poner tanto calor.

Me embiste con ternura. Con hambre. Con esa mezcla perfecta de contención y torpeza que solo tienen los que están sintiendo algo por primera vez.

Y yo… yo no puedo dejar de mirarlo.

Tiene los ojos cerrados, el ceño fruncido, el sudor perlándole la frente. Su labio inferior entre los dientes, como si solo así pudiera contenerse. Pero no puede. No del todo.

Y entonces él se detiene. Se tensa por completo. Su cuerpo entero se queda rígido, y un gemido le estalla en el pecho, áspero,

profundo, como si se le rompiera algo dentro.

—Leigh…

Mi nombre suena en su boca como una plegaria. Como una rendición. Como si acabar dentro de mí fuera un milagro que no se le permite del todo.

Y lo hace.

Siento cómo su cuerpo se sacude. Cómo algo caliente me invade. Cómo todo él se vacía dentro de mí como si no pudiera evitarlo. Como si jamás hubiera sentido algo así.

Su cara se descompone de puro… asombro. Crudo. Brutal. Dulce. Casi infantil.

Se queda ahí, temblando sobre mí. Con los ojos muy abiertos, la boca entreabierta y el alma, quizá, rendida. A mí. A esto. A lo que acabamos de hacer.

Yo le acaricio el pelo, la nuca, la espalda tensa. Me lo bebo con la mirada. Porque no existe nada más hermoso que ese gesto suyo. Esa cara de hombre que no sabía que podía sentir así.

—¿Estás bien? —murmura entonces, sin salir de mí, sin moverse apenas—. ¿Te duele?

—No.

—¿Segura? Porque si… Joder, Leigh, ¿y tu espalda?

Y ahí me echo a reír. Me río de verdad, todavía con su sexo dentro, abrazándolo con las piernas, como si el cuerpo no entendiera que el momento ha terminado.

—Eso era lo último en lo que estaba pensando, Kerran.

Él deja caer la frente en mi hombro, vencido, medio riendo también. Su aliento me calienta la clavícula.

—Maldita sea —susurra, con una sonrisa—. Creo que acabo de enamorarme de esto. De ti de nuevo.

Y yo… yo solo lo abrazo más fuerte. Porque no tengo palabras. Porque nada en mí quiere separarse de él.

De la forma en que me desarma sin brutalidad, sin prisa, sin miedo. Como si toda su vida hubiese esperado esto. Como si, al fin, el deseo tuviera nombre y cuerpo y yo fuera su lugar.

Su respiración sigue agitada. Su pecho sube y baja contra el mío con una cadencia irregular, y su piel está tan caliente que podría fundirme en ella.

Durante un instante, no dice nada. Solo se queda ahí, con la mejilla pegada a mi cuello y los brazos rodeándome, como si temiera que, si se aparta, yo desaparezco.

Y entonces se ríe. Bajo. Casi con incredulidad.

—¿Es así siempre…? —murmura, con la voz ronca, como si le costara creerlo—. ¿O es que contigo es distinto?

Sonrío, sin abrir los ojos.

—No lo sé. Yo tampoco tengo con qué comparar.

Él se incorpora un poco, lo justo para mirarme con los ojos entornados y las cejas alzadas.

—¿Eso significa…?

—Significa que no me esperaba esto —murmuro—. Que no sabía que podía sentirse así.

—¿Así cómo?

—Como si el mundo se encogiera a una sola persona. A una respiración. A un solo cuerpo.

—No quiero saber cómo es con nadie más. Me da igual que sea menos. O más. O distinto. Yo solo quiero que sea así. Contigo. Otra vez. Y otra. Y otra.

—Dios, qué intenso eres —murmuro, riendo flojito mientras le acaricio la nuca.

Se aparta despacio. Sale de mí con una delicadeza que me arranca un suspiro y me deja un vacío tierno.

Queda un rastro tenue de sangre en su piel. Él lo mira, me mira, y aprieta los ojos como si le doliera también.

Luego se tumba a mi lado, aún con la camisa medio puesta, la piel brillante de sudor y esa expresión de haber vivido algo que le ha reventado los esquemas.

Lo observo unos segundos.

Hay una gota de sudor que le baja por el esternón, y sin pensarlo, meto la mano por debajo de la tela y la sigo con la yema del dedo. Su estómago tiembla apenas. Me gusta eso. Que tiemble. Que no sea del todo el hombre invencible que finge ser.

—No sabía que eras tan suave —murmuro, en voz baja, como si estuviéramos en una iglesia.

—¿Suave?

—Aquí —le acaricio el pecho—. Y aquí —bajo hasta su vientre—. Pensé que tendrías cicatrices, o pelo como un oso. Pero pareces… no sé. Real.

—¿Real?

Me mira de reojo, ladeando la cabeza con fingida indignación.

—¿Sabes qué? Podrías haber dicho que soy apuesto. O que tengo buena técnica. Pero no. Has decidido que la palabra para describir la primera vez de tu vida es «decepcionante».

—He dicho que pareces real. No decepcionante.

—A mí me suena igual —suspira, teatral—. ¿Qué tendría que haber hecho para satisfacer a tan exigente dama? ¿Gritar un poema en gaélico mientras entraba en ti?

—Tampoco te pongas arrogante. Has durado lo justo para no ser humillante.

—¡Leigh!

—Estoy bromeando —digo, riéndome en su cuello—. Ha sido… no sé, algo que no sé explicar. Como si el mundo se hubiese quedado en silencio.

Se calla. Me mira.

Y esta vez no hay burla en su expresión. Solo una emoción contenida que le oscurece la mirada y le ablanda el gesto.

—Yo tampoco sé explicarlo —murmura—. Pero si esto es hacer el amor… entonces entiendo por qué la gente se muere por hacerlo.

Silencio.

Sus dedos encuentran los míos sobre su pecho. Me los acaricia. Me los besa.

Y luego, en el tono más bajo, más descarado, más *él*, suelta:

—Eso sí. Si mañana no puedo caminar, será culpa tuya. Nadie me advirtió que desvirgarse dolía tanto.

—¿Dolerte a ti? —alzo una ceja, divertida—. ¿Qué se supone que te duele? ¿El orgullo?

—El corazón —responde sin dudar.

Y aunque sé que lo dice como chanza, como excusa para no profundizar, algo en mí se contrae.

Porque a mí también me duele.

Porque esto no era solo deseo.

Porque algo de él… se ha quedado dentro.

Y, joder, no quiero que se vaya nunca.



Capítulo 30

«KERRAN»

La mañana se abre paso entre la bruma con la misma desgana que nosotros. El patio de Dùn Fhionnlaigh huele a pan tostado, a hierro y a caballo. Finn intenta cortar un trozo de manzana con la daga y casi se rebana un dedo.

Broen lo observa con la paciencia resignada de quien ya ha asumido que lo va a tener que coser algún día.

—¿Sabéis qué es lo mejor de los castillos? —pregunta Finn, con la boca llena—. Que tienen cocineras. Y camas. Y mujeres que no se asustan si las saludas.

—Eso último es mentira —responde Altair, sirviéndose cerveza floja—. Las asustas igual. Solo que aquí no pueden huir tan deprisa.

Yo me dejo caer en el banco junto a ellos. Llevo la camisa abierta, el pelo todavía húmedo, y esa sensación extraña de... satisfacción plena. Finn me mira con disimulo, que en su caso es lo contrario de sutileza.

—No sé qué demonios le pasa a este sitio, pero aquí la cerveza sabe a caldo de botas —murmura Altair, arrugando la nariz tras dar

un trago.

—Será que no te acostumbras al lujo, rata de túneles —le lanza Finn, sin mirarlo siquiera—. A mí me sabe a victoria.

—¿A qué sabría eso, exactamente? —pregunto, con una ceja alzada.

—A lo que sea que te estás bebiendo tú desde hace unos días —responde Finn, apuntándome con la daga—. Porque te juro que tienes otra cara.

Broen levanta la vista y sonríe apenas.

—¿Menos tenso, quizá?

—Excepto en el burdel. —Finn da un mordisco teatral a la manzana—. Ahí parecías un loco escapado del infierno. Subiste las escaleras como si fueras a destripar a medio ejército.

Me río por lo bajo, sacudiendo la cabeza.

—Tenía mis motivos.

—Ajá. Seguro. ¿Y ahora qué? Lo cierto es que nunca te había visto con esa cara, Kerran. La de quien ha dormido más de dos horas seguidas y no en una zanja.

—O la de quien ha dejado de dormir solo —añade Altair, con una sonrisa torcida.

—Lástima que el abuelo de Leigh ya tiene planes para ella. El buen Tavish, claro —añade Finn—. Todo el castillo lo comenta. Dicen que sería un matrimonio prudente. Conveniente. Que él la cuidaría bien.

La madera cruje bajo mi mano antes de que me dé cuenta de que la estoy apretando.

—¿Conveniente para quién? —pregunto.

—Para ella, imagino —responde Broen con serenidad—. Para el clan.

—Y para Tavish —añade Altair, divertido.

—No pienso permitirlo —digo al fin, en voz baja.

Finn arquea una ceja.

—¿Y cómo piensas impedirlo?

—Sabes que no puedes arrastrarla a tu vida —dice, tranquilo—. Ni a tu condena.

Lo observo.

—Tampoco puedo quedarme mirando cómo la atan a otro.

Finn me estudia con el mentón apoyado en la mano, divertido.

—Tienes ese brillo en los ojos, Kerran. Ese que da miedo. Como cuando te da por hacer planes imposibles.

—Qué curioso —replico—. El mismo brillo que tú tienes cuando ves una jarra llena.

Él se ríe, pero Broen sigue observándome, atento, como si intentara entender qué parte de mí se ha vuelto más peligrosa: la que mata o la que siente.

—Tampoco puedes quedarte aquí para siempre —dice, con esa calma suya que suena más a advertencia que a consejo.

—No tengo intención de quedarme.

Bebo un trago, dejo la jarra sobre la mesa y miro hacia las murallas, donde el viento levanta la bandera con desgana. Leigh estará arriba, probablemente con el ceño fruncido, intentando fingir que no piensa en mí.

—Pero no puedo seguir viniendo y yéndome como un ladrón —digo, más para mí que para ellos—. Si la quiero, tiene que ser con todo lo que soy.

Finn levanta las cejas.

—¿Y qué eres exactamente, Kerran? Porque lo de proscrito encantador suena bien, pero no sé si te convierte en un buen

partido.

—Tal vez no. Pero Leigh será mi esposa.

Altair silba, divertido.

—Creo que Tavish insistirá en pedir su mano.

—Si lo hace, acabará sin ella.
—respondo.

—¿La mano o la mujer? —pregunta Broen.

—Las dos, si no sabe elegir bien.

La mesa estalla en carcajadas. Y aunque yo sonrío con ellos, siento ese peso leve en el pecho, el que te recuerda que reírte de lo que duele no lo hace desaparecer.

Finn levanta su jarra, solemne.

—Por el idiota que cree que puede cambiar el mundo por amor.

—Por el idiota que va a intentarlo —respondo, chocando la mía contra la suya.

Finn continúa, encantado de escucharse:

—¿Y qué milagro ha obrado semejante cura? No me digas que al fin has perdido tu voto de castidad. ¿Ya has probado el pecado?

Altair ahoga una risa en su jarra.

—Recomiendo que te preocupes por tu propia espada antes de hablar de la mía —respondo sin perder la sonrisa.

—Eso suena a evasiva —dice Finn.

—Eso suena a «me he hecho un hombre, pero no pienso contároslo» —apunta Altair, con una sonrisa.

Finn me mira con la misma devoción con que un borracho mira un barril lleno.

—Yo creo que ha dejado de ser hombre y ahora se ha convertido en leyenda.

Broen suspira, resignado.

—Sois insoportables por la mañana.

—Por la tarde también —añado—, pero con más encanto.

Finn está a punto de lanzar otra estupidez cuando el sonido de cascos rompe la calma del patio. Un murmullo recorre el aire. Los mozos dejan de cargar los sacos, un perro ladra, y hasta Broen alza la vista.

—Eso no suena a caballería local —murmura Altair, entornando los ojos hacia la puerta principal.

Me pongo en pie sin pensarlo. El eco de los cascos se acerca, firme, demasiado firme. No son visitantes. Son intrusos con protocolo.

—¿Esperabais compañía? —pregunta Finn, mordiendo un trozo de su manzana.

—Si fuera compañía, no habrían traído tantas lanzas —respondo.

El portón se abre con un chirrido largo. Tres jinetes cruzan primero el arco, seguidos de una escolta con el estandarte al viento.

Amarillo y negro. El maldito jabalí de los Campbell.

—Por todos los demonios —gruñe Broen—. No puede ser.

Finn se endereza.

—Dime que eso no es lo que creo.

—Lo es. —El estómago se me contrae—. Argyll.

El conde. Mi tío. El hombre que lo empezó todo. No necesito mirarlo dos veces. Reconocería su porte entre mil: esa arrogancia de quien camina como si el suelo le debiera pleitesía.

La brisa agita su capa mientras desmonta, y el brillo del broche familiar me atraviesa como una cuchilla con el lema del clan: ne Obliviscaris.

—No olvides, ¿eh? —apunta Finn.

—Nunca lo hago. Es lo único que sé hacer bien.

—¿Se avecinan problemas? —pregunta Altair.

—Eso mismo quiero saber —respondo y le hago una señal para que me siga.

Camino hacia las escaleras traseras, las que dan al pasillo del ala norte. Altair me sigue, silencioso, como una sombra bien entrenada. Finn se queda en el patio, intentando parecer que no pertenece a nadie.

El castillo se estremece de actividad. Los criados corren, las voces se mezclan, y el sonido de espuelas golpea la piedra. Nos deslizamos entre los pasillos hasta el corredor que bordea el salón principal.

Desde la galería superior, la escena se ve como un cuadro congelado: el conde en el centro, la capa ondeándole detrás, la mirada arrogante recorriendo la sala. A su alrededor, el abuelo de Leigh, Tavish y un puñado de guardias.

—Tiene más escolta que un rey —susurra Altair.

—Y menos alma que un cadáver —respondo.

Apoyado en la barandilla, observo cómo Argyll se quita los guantes con parsimonia. Su voz resuena en la piedra con la misma autoridad que recuerdo de mi infancia.

—Vengo en nombre de la corona —declara—. Para tratar un asunto urgente con el clan MacKinley.

El viejo Seumas se mantiene firme, aunque su rostro es un mapa de recelo.

—¿Y desde cuándo la corona habla con la voz de los Campbell? —pregunta, seco.

Argyll sonríe con esa sonrisa que siempre anuncia tormenta.

—Desde que algunos lairds olvidaron a quién deben su lealtad.

Altair me lanza una mirada rápida.

—Si el viejo MacKinley le escupe en la cara, lo beso —murmura.

—Haz cola.

Argyll se gira un poco. Por un instante, creo que sus ojos recorren la sala buscando algo. O a alguien. Y siento un escalofrío bajo la piel, ese reflejo antiguo de la montería: el cazador oliendo el rastro de su presa.

Y entonces sus ojos se detienen en Leigh, entrando en la sala.

Lleva el vestido azul con los corpiños cruzados al frente, el cabello recogido con descuido y la expresión tensa de quien ha llegado tarde a una batalla sin saber qué armas lleva. Se detiene al ver al conde. No hace una reverencia. No sonríe. Solo lo observa. Y eso, en una mujer como ella, vale más que cualquier gesto de sumisión.

—Ah —dice Argyll, con la voz impregnada de una cortesía untuosa que huele a sangre—. Precisamente la persona a la que esperaba ver.

Leigh se queda inmóvil. No es miedo lo que muestra, es cálculo. Medición. Lo que hace un lobo cuando no sabe si escapar o atacar.

—No creo que tengamos nada que hablar, milord —dice con frialdad.

Uilleam la observa con esa sonrisa suya de víbora. Se lleva las manos a la espalda, pasea por el salón como si fuera suyo y durante un instante, juro que el aire se vuelve más frío.

—Hace poco llegó a mis oídos un incidente… singular. Un mensajero de mi casa fue interceptado en una taberna de mala reputación. —Hace una pausa, teatral, mientras se dirige a la audiencia—. Al parecer, una dama con curiosa destreza para el disfraz y la insolencia, sustrajo correspondencia que no le pertenecía.

Nadie respira. Solo se oye el eco de sus pasos y mi propio pulso en las sienes. El laird MacKinley lo mira con el ceño fruncido. Tavish,

de pie junto a él, parece una estatua: tenso, prudente, como si esperara el golpe antes de tiempo.

—Curioso, ¿verdad? —prosigue—. Porque entre las cartas robadas había sellos de la corona. Y ya se sabe lo que implica eso. Robo de correspondencia real. Alta traición.

Siento cómo la furia me sube por el pecho.
Si pudiera saltar ahora, le rompería el cuello antes de que terminara la frase.

Pero Argyll no busca justicia. Busca espectáculo.

—La descripción que dio mi mensajero fue bastante detallada —continúa, fingiendo no mirar a Leigh—. Una mujer con la piel como miel tostada por el sol, el cabello muy oscuro y los ojos tan claros como el color del cielo tras la tormenta. Una belleza insólita dijo. No hay muchas con esas características en estas tierras.

Altair murmura algo que suena a mierda.

El abuelo de Leigh frunce el ceño. Tavish da un paso adelante.

—¿Está insinuando que…?

—No insinúo nada —responde Argyll, sin levantar la voz—. Afirmo. Esa mujer era Leigh MacKinley. Y cometió un delito castigado con el destierro, la horca o, si los tiempos son benévolos, el despojo completo de sus derechos y títulos.

Mi corazón se aprieta. Leigh no se mueve. No niega. No tiembla. Solo lo mira. Y eso lo enfurece aún más.

—¿Qué quiere de nosotros, Argyll? —interrumpe el abuelo, con voz áspera.

El conde sonríe. Es un depredador oliendo sangre.

—Nada que la razón no pueda resolver. No he venido a exigir castigo. No todavía. —Hace una pausa, meditando su siguiente estocada—. Pero la corona me autoriza —dice, y todos sabemos que se refiere a sí mismo— a entregar un ultimátum. La joven puede redimirse… si acepta una unión conveniente.

Tavish se tensa, le vibra un músculo en la mandíbula.
Leigh alza la cabeza. No dice palabra, pero su mirada bastaría para incendiarlo todo.

—Una unión… ¿con quién? —pregunta Seumas, aunque ya lo sabe.

Uilleam se permite una sonrisa lenta, satisfecha.

—Conmigo, por supuesto. —Y lo dice tan tranquilo, como si estuviera pidiendo un favor—. Es la única forma de evitar un proceso que, me temo, acabaría no solo con ella, sino con todo este castillo y el clan.

El silencio cae como una piedra en el agua.
Yo no respiro. Altair tampoco.

Tavish da un paso adelante, la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

—Eso es una broma.

—Me temo que no —replica Uilleam, sereno—. Es un trato. O me entrega su nieta, Laird MacKinley, o entrego yo esta fortaleza a las tropas de la corona.

El abuelo se endereza en el bastón.

—Antes tendría que pasar sobre mi cadáver.

—Créame, Laird, eso no sería un problema —responde el conde con una calma que hiela la sangre.

Mi mano se cierra en torno a la espada, intentando no hacer lo que el resto de mi cuerpo pide. Llegar hasta él, arrastrarlo por el salón y estamparle la cabeza contra el broche de su maldita capa hasta que olvide su nombre.

Altair me sujeta el brazo sin apartar la vista de abajo.

—No lo hagas —susurra—. No todavía.

Leigh se adelanta un paso. No parece una mujer asustada. Parece una tempestad contenida.

—Prefiero enfrentar la horca que compartir su lecho —responde ella, y el silencio posterior parece partir la piedra.

Siento un dolor físico, seco, justo en el centro del pecho. Como si alguien me hubiera hincado un dedo ahí dentro y lo girara.

Tavish respira hondo.

—Conde —dice, con la voz templada del diplomático que mide cada palabra—, si de verdad representa a la corona, sabrá que atacar a un clan sin causa legítima sería un acto de guerra.

Uilleam lo mira con esa frialdad que reserva para los hombres que aún conservan ideales.

—La causa la tengo —replica—. Su dama atentó contra correspondencia real.

—Y usted sabe que eso no es más que una excusa. ¡No tiene pruebas! —interviene Seumas—. Si quiere nuestras tierras, venga con su ejército y su cobardía a partes iguales, pero no venga a fingir que le interesa la justicia.

Por un segundo, el conde pierde la sonrisa.

Solo un segundo.

Y yo lo disfruto.

Pero la recupera rápido.

—Tiene hasta el baile de máscaras para darme su respuesta —añade, y esa sonrisa suya se clava como una daga—. Allí anunciaré nuestro compromiso… o firmaré la orden que permitirá a mis hombres acabar con esta farsa de independencia que vuestro clan ha alimentado durante demasiado tiempo y la historia recordará a los MacKinley como traidores.

El murmullo estalla como un enjambre furioso. Tavish da un paso al frente, pero su abuelo lo detiene con la mano.

Leigh no tiembla. No le da ese placer.
Solo se queda ahí, tan erguida que parece que el orgullo la sostiene.

Uilleam se gira con la capa ondeando a su espalda. Todo en él es cálculo, teatro, amenaza medida al milímetro. Al pasar junto a Tavish, se detiene.

—Te tenía por un hombre inteligente —le dice sin mirarlo—. Pero la inteligencia no siempre gana. A veces gana quien no tiene nada que perder.

Y con eso, se marcha. Sin esperar réplica. Porque no la necesita.

Desde la galería, el frío me atraviesa. Leigh sigue inmóvil. Yo también. Como si alguien nos hubiera encerrado en ámbar. Solo que lo que nos rodea no es tiempo detenido.

Es la guerra.

Y ese maldito lema que cuelga del broche en el pecho de Uilleam: Ne Obliviscaris.

No olvides.

No lo haré.

No olvidaré que quiso comprarla.

Ni que ella prefiere morir antes que pertenecerle.

Altair me lanza una mirada de reojo.

—¿Y ahora qué, jefe?

—Ahora —respondo, bajando la vista al salón—, empieza la caza. Como dije: ya maté a un Argyll.
Y si hace falta, mato al siguiente.

Respiro, bajo el tono.

—Pero primero veamos qué tiene ese malnacido en su preciado correo.

—Intentamos leerlo, pero está codificado. No hay manera de descifrarlo.

—Yo sí podré.



Capítulo 31

«LEIGH»

El eco de las botas del conde aún resuena en la piedra cuando la puerta del salón se cierra tras él.

El abuelo no se sienta. Permanece erguido junto a la mesa, con el rostro tan inmóvil que apenas parece respirar. Sus nudillos están blancos de tanto apretar el bastón, pero no dice nada. Nadie lo hace.

Tavish me lanza una mirada fugaz. No es la de siempre. Hay rabia esta vez. O miedo. O algo que se parece demasiado a ambas. Los demás están en silencio: los consejeros, los guardias y Ronan con los labios apretados y la mirada perdida. Iona, en cambio, se limpia una lágrima que no se ha molestado en disimular.

—No podemos ignorarlo —dice, al fin—. No esta vez.

Su voz suena temblorosa, pero firme. Como si llevara rato ensayando la frase.

—Es una amenaza —espeta Tavish—. No una sentencia.

—Una amenaza con el sello de la corona —replica ella, clavando los ojos en los suyos—. Leigh robó correspondencia oficial. Y no solo

eso. Lo hizo disfrazada, en un burdel y junto a un grupo de proscritos.

El murmullo es inmediato. Yo no me inmuto.

—¿Vas a leer también mi confesión en voz alta? —pregunto, sin apartar la mirada de ella.

Iona baja los ojos un instante, pero solo para tomar aire.

—Digo que esto no se soluciona con orgullo. Estamos hablando del futuro del clan.

—¿Y cuál es tu propuesta? —pregunta Ronan con voz grave—. ¿Que la entreguemos?

—No. Que acepte —responde ella, mirándome—. Que se case con él. Es la única forma de evitar una masacre.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero? —pregunto, incrédula.

—Lo harías por nosotros. Por tu gente. Por el abuelo.

Él sigue sin decir nada. Parpadea dos veces, confuso, como si intentara recordar por qué sigue aquí. Luego aprieta el bastón, se endereza y recupera esa dignidad prestada que le queda. Pero yo sé que se le escapa entre los dedos. Es un milagro que haya podido mantener la compostura delante de Argyll.

Y su silencio pesa más que cualquier veredicto. Yo lo miro, esperando que lo niegue, que me defienda, que diga que no, que su nieta no se casará con ese bastardo ni aunque arda el castillo entero.

Pero no dice nada. Como si su esqueleto se hubiera anclado a la piedra del suelo. Y eso me duele más que si hablara para entregarme a Argyll.

—Podría ser peor —continúa Iona, intentando suavizar el tono—. Uilleam es poderoso. Tiene tierras, aliados importantes, serías condesa. Podrías... vivir bien.

—¿Y por qué no lo haces tú? —pregunto, despacio—. ¿Tanto te atrae el sacrificio?

Iona palidece.

—Porque él no me lo ha pedido a mí. Te ha pedido a ti —susurra Iona—. Y tú… ni siquiera sabes lo que quieres.

—Sí lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es? ¿Casarte con Tavish y enviudar rápido?

No llego a responder porque sé que habla desde el dolor y el miedo.

—Hay que tomar una decisión —dice Tavish, con tono sereno, casi diplomático.

Ese *hay* me corta por dentro. Como si no hubiera opción, como si el deber se impusiera incluso sobre lo que duele y él estuviera dispuesto a aceptarlo sin luchar.

—No hay muchas opciones —responde uno de los consejeros—. Si no acepta, el conde pedirá permiso a la corona para intervenir militarmente. Y esta vez, la ley estará de su lado.

—Lo único que quiere es el control de las tierras de Leigh —replica Ronan, cruzado de brazos—. Casarse con ella lo convertiría en señor de este castillo. Y a nosotros, en sus vasallos.

—Mejor vasallos que muertos —insiste otro, con una mirada entre culpable y cobarde.

Yo me mantengo en silencio. Porque si abro la boca, gritaré.

Sé perfectamente por qué Uilleam me quiere. No es por mí. No lo ha sido nunca. Quiere el paso de Kilbrannan, aunque ni siquiera lo ha nombrado delante de los demás. Ese paso es la garganta estrecha entre montañas que conecta el oeste con el corazón de las Highlands. Si cae en manos inglesas, abriría una ruta directa para mover tropas, armas, poder. Y él piensa vendérselo.

Y yo no puedo decirlo. No puedo usar eso como argumento. No sin traicionar un secreto que no me pertenece.

El portón trasero se abre de golpe. Un golpe seco, cortante. El viento arrastra el olor a cuero, a acero, a barro. Y voces.

—¿Nos hemos perdido la fiesta? —dice Finn, entrando como quien llega tarde a una boda.

Tras él, Kerran. Altair. Broen. Todos. Con la ropa sucia, las espadas al cinto y esa mirada burlona que siempre parece fuera de lugar.

Kerran no dice nada al principio. Solo me busca con los ojos. Y cuando me encuentra, el mundo se reduce a eso. A su presencia. A su silencio. A ese instante en el que mi cuerpo quiere correr hacia él y mi mente le grita que no.

—Espero que estemos a tiempo —dice por fin, con una sonrisa que no llega a los ojos—. Porque no pienso dejar que esta locura siga su curso sin decir lo que tengo que decir.

Y entonces lo sé.

Ha venido a hacer lo impensable.

A enfrentarse a todos por mí.

A decidir que esta vez no va a dejar que el destino, ni la culpa, ni el miedo, lo vuelvan a separar de lo que ama.

—¿Qué significa eso? —pregunta Tavish, interponiéndose en su camino, una mano en la empuñadura de la espada, la otra temblando de contención.

—Significa —responde Kerran, sin bajar la voz ni desviar la mirada— que no pienso permitir que esta farsa continúe. Ni que Argyll ponga una sola mano sobre ella.

—Kerran… —intento decir, pero me corta con una mirada.

No es una orden. Es un ruego.
Un *déjame hacerlo*. Y, por algún motivo, lo hago.

El abuelo alza la vista, desorientado al principio, luego alerta, como si su mente resucitara por un instante ante el sonido de ese nombre.

–Habla —gruñe, aferrándose al bastón como si le devolviera el peso del laird que fue.

Kerran se inclina apenas, un gesto que no llega a ser reverencia.

—Soy Kerran Campbell —dice en alto, orgulloso, mirándonos a todos—. Y voy a reclamar lo que debió ser mío hace mucho tiempo.

Un silencio espeso recorre la sala.
Las miradas van de él a mí, de mí a Tavish, de él al abuelo.

Nadie respira.

Hasta Finn parece contener la lengua.

—¿Reclamar? —repite Tavish con desprecio—. ¿Hablas de una mujer como si fuera una tierra o un botín?

Kerran sonríe apenas, sin apartar la mirada de mí.

—No, Tavish. Hablo de una promesa.

—Una promesa rota —espeta él.

—Una que pienso cumplir —responde Kerran, sin vacilar—. Porque Leigh no se casará con Argyll.

Da un paso más, el aire entre nosotros se tensa.

—Se casará conmigo. Ahora mismo, si hace falta.

El silencio que sigue no tiene forma. Es un golpe seco, una respiración contenida en cada pecho, el eco de una locura pronunciada con voz serena.
El abuelo abre la boca, pero lo único que logra es un leve temblor en la mandíbula, un intento de palabras que no terminan de salir. Tavish, en cambio, sí encuentra las suyas.

—¿Te has vuelto loco? —dice, incrédulo—. ¿Pretendes librar una guerra por un matrimonio imposible?

—No hay guerra más justa —replica Kerran.

Su mirada vuelve a mí. Y el resto del mundo se disuelve.

Solo queda él.

Su respiración. Su determinación. Ese fuego contenido que arde justo debajo de su calma.

—No puedes decidir por mí —susurro sin mucha convicción.

—No lo hago —dice, acercándose despacio—. Solo pongo una opción sobre la mesa antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y qué esperas que diga?

—Que, si tienes que pertenecer a alguien, prefieres que sea yo —responde sin dudar.

—¿Y tú crees que eres la elección sensata? —le pregunto, intentando mantener la voz firme.

—No —admite él, con una media sonrisa que me desarma y me cabrea a partes iguales—. Pero soy extraordinariamente convincente cuando me empeño en ser un desastre romántico.

La sala suelta un murmullo que es mitad risa contenida, mitad incredulidad.

Kerran se queda inmóvil, los ojos clavados en mí, como si ya hubiera ganado algo con esa simple confesión de culpabilidad.

Me pongo en pie. Lo hago despacio, sintiendo las miradas que se clavan en mi nuca como alfileres. La sangre me golpea en las sienes y, sin embargo, la decisión me sale limpia y clara.

—Vale —digo.

Solo eso.

Kerran parpadea. Una, dos veces.

Se espera un momento, un espacio absurdo y pequeño como una fisura por donde se cuela su risa.

—¿«Vale» de nuevo? —protesta, con esa mueca burlona—. ¿Cómo si te hubiera ofrecido una taza de té y no un futuro entero? Leigh, esperaba más entusiasmo. No te voy a engañar.

—¿No aceptas? —pregunto, fingiendo inocencia.

—¡Sí! Vale—responde enseguida, riéndose—. Tienes razón. Funciona.

Me vuelvo hacia el abuelo. Mi voz ya no tiembla, aunque me duele tener que decirle esto:

—Renuncio a mis derechos sobre la herencia —declaro—. Entrego mis títulos, tierras y rentas al consejo para que decidan su destino. Renuncio también al apellido MacKinley públicamente: que no exista argumento que pueda convertir en pretexto la continuidad de nuestras propiedades por mi supuesta traición. Si alguien pretende acusar al clan por la acción de una sola, que no tengan nombre con qué señalar. Que me nombren como prefieran y que nadie aquí sea perseguido en mi lugar. Y si el consejo lo considera justo, que Tavish reciba la administración vitalicia de las tierras y las propiedades de los MacKinley. Todo… salvo el paso de Kilbrannan.

Un ruido ahogado recorre la sala; algunos palidecen, otros aprietan los labios. Iona se tapa la boca con la mano, porque la renuncia suena a condena y a salvación al mismo tiempo.

—¿El paso? —pregunta Tavish, desconcertado—. ¿Para qué lo quieres?

—Conecta con los puertos y las rutas de contrabando… Estoy segura de que me será útil.

—Eso no funcionará —escupe Tavish inmediatamente—. Aunque te desvincules, Argyll puede declarar que el clan protege a una traidora o que su sangre corre en nuestras venas. Puede enviar tropas y quemar los pueblos, aunque tu nombre ya no esté en los libros.

La voz de Tavish es práctica, cortante, y en ella hay verdad que duele.

Kerran no se inmuta. Se acerca un paso, y su presencia llena la sala.

—Es que no vamos a desaparecer —interviene Kerran, sin levantar la voz—. No vamos a escondernos ni a arrastrarnos. Vamos a plantar cara. Convocaré hombres, haré llamar a los lairds que aún recuerdan lo que significa tener honor y coraje y no pararé hasta recuperar lo que fue mío y lo que me pertenece. Te haré condesa —se inclina apenas, como si pronunciara una profecía íntima—. Recuperaré mi nombre, mi título y mi honor. Y te daré lo que mereces, lo que te prometí desde que solo era un niño que te seguía como tu sombra.

Tavish palidece, la incredulidad y la furia hacen que su mandíbula tiemble.

—¿Y quién legitimará ese teatro? —pregunta, en un tono que pretende ser mordaz pero que suena más a desafío práctico—. ¿Crees que basta con gritar «he venido a recuperar esto» para que los lairds te entreguen hombres y alianza? ¿Que los clanes se reorganizan por capricho de un proscrito con demasiada poesía en la barba?

Kerran ladea la cabeza, la sonrisa se ensancha y entonces, como si hubiera guardado la mejor ironía de su vida para el final, suelta:

—Claro que no. Por eso traigo abogado.

Kerran se vuelve hacia el fondo del salón y señala con la cabeza.

—El señor Altair MacVraigh. Arquero en sus ratos libres. Doctor en leyes en los demás.

Todas las miradas se giran hacia Altair, que parpadea con incomodidad bajo la atención general.

—¿Tú? —pregunta Finn, medio riéndose—. ¿Tú eres abogado?

Altair se encoge de hombros, con sus trenzas rubias, su pinta de vikingo y la expresión del que ha sido pillado robando galletas.

—Qué queréis que os diga —murmura—. Uno debe tener un plan B.

El abuelo, Seumas, respira hondo.

—Digo que sí, maldita sea.

Y luego mira a Kerran:

—Siempre supe que volverías, muchacho. Nadie que mira a una mujer como tú miras a mi nieta es capaz de renunciar a ella sin perderse a sí mismo en el intento.



Capítulo 32

«LEIGH»

Cuando me reúno con Kerran y los Cuervos después de acostar a mi abuelo, las velas se consumen despacio sobre la mesa de piedra, dejando charcos de cera junto a las cartas abiertas.

Kerran debe de llevar más de una hora inclinado con el cuerpo sobre los pliegos, los codos apoyados, el ceño fruncido, las manos manchadas de tinta.

Altair, a su lado, parece su sombra, más paciente, más limpio, como si la frustración de Kerran no lo alcanzara.

—Hola, futura esposa —murmura de pronto, ladeando la cabeza con una sonrisa lenta.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad?

—Podría haber dicho «mujer destinada a arruinarme el sueño y la cordura», pero me parecía menos romántico.

—Qué detalle.

—Lo sé. Soy pura cortesía.

Ruedo los ojos, aunque no puedo evitar que se me escape una sonrisa traicionera.

—Eres insoportable.

—Y, sin embargo, irresistible.

—Eso es discutible.

—Discutamos entonces —responde, inclinándose un poco hacia mí.

Su tono baja apenas un grado, lo justo para que me llegue al estómago. No sé cómo lo hace, pero cada vez que habla así el aire parece quedarse sin espacio entre nosotros. Y durante un instante, olvido que hay una guerra, un conde, y un montón de cartas vacías sobre la mesa.

—No parece una buena idea —susurro.

—Cuando estás cerca no tengo buenas ideas… o quizá las mejores. Depende de cómo se mire.

Finn carraspea desde la otra punta de la mesa.

—Podemos volver cuando terminéis de medir quién respira más fuerte.

Yo me aparto medio paso, fingiendo que reviso las cartas solo para romper el embrujo. Y entonces, como si nada hubiera pasado, Kerran suelta:

—Ya están todas descifradas —anuncia al fin.

Broen, Finn y yo nos acercamos. Kerran empuja una de las hojas hacia mí con gesto brusco.

—¿Y? —pregunto, alzando la vista.

—Y nada —responde él, secamente.

—¿Nada? —replica Altair, acercándose un poco.

—Espero que la yegua haya parido sin problemas. Dile a tu madre que pruebe el ungüento de salvia para la tos... —recita

Kerran, con voz neutra—. Eso es lo que dicen. Palabra por palabra. Tonterías. Pantomimas.

—¿Y no podría ser un doble cifrado? —pregunta Colum, aunque su ceño fruncido ya delata la duda.

—No. Lo he comprobado. Es eso lo que escribieron. Usaron un cifrado de alto nivel para mandar cartas sin contenido real. Es absurdo —murmura Kerran, llevándose una mano a la nuca y resoplando como si le hubieran colado una broma de mal gusto—. ¿Quién demonios escribe a un consejero real para preguntarle si ha llovido lo suficiente para la cebada?

—¿Una trampa? —aventura Altair.

—O una cortina de humo —añade Kerran—. Una forma de justificar la existencia del mensajero sin delatar lo que realmente transportaba. Algo llevaba encima ese hombre... pero no era esto.

—¿Y el consejero al que van dirigidas estas maravillas epistolares? —pregunto, inclinándome hacia la mesa.

—James Hamilton, conde de Arran —responde Altair, sin levantar la mirada del pergamino—. Pariente del rey. Lo tiene cerca, aunque nadie acaba de fiarse de él. Se sospecha que simpatiza con el protestantismo, ambicioso y bastante hábil para moverse entre dos bandos sin mancharse.

—¿Es simpatizante de los ingleses? —pregunto, ladeando la cabeza.

—O de la reforma de la Iglesia. Que para el caso, en estos tiempos, es lo mismo. Depende del día y del oro —responde Altair, apoyado con los brazos cruzados en el marco de la puerta—. A veces juega para Francia, a veces para Inglaterra. Y si hace falta, para sí mismo.

—Creía que Jacobo V no tragaba a los herejes.

—No los traga y, además, los quema —responde de nuevo, sin inmutarse—. Hace un año mandó a Patrick Hamilton a la hoguera

por enseñar doctrina luterana. Y antes de que terminara de morirse, ya estaba preparando leña para el siguiente. Pero este Hamilton es más escurridizo. Tiene buenos contactos. Y por ahora, el rey lo prefiere dentro, donde pueda verlo.

Kerran guarda silencio. Pero no está quieto. Sus manos se mueven como si aún buscaran algo. Una clave. Un error. Un resquicio.

Colum interviene:

—Leigh debería fingir que acepta la propuesta de Uilleam. Hacerle creer que está dispuesta a casarse con él. Si se lo cree, ganaremos tiempo. Podremos reunir aliados, preparar una defensa, entender mejor a quién responde.

El silencio es denso.

Yo no parpadeo.

Kerran, en cambio, se echa hacia atrás en la silla. El gesto tranquilo. La mirada cargada.

—No me gusta. —Sus palabras caen con un golpe seco. No sube la voz, no lo necesita—. ¿Quieres que la use de carnada?

—Quiero que se presente como lo que Argyll cree que es: una dama asustada que intenta ganar su favor —replica Colum, con calma—. Cuanto más seguro esté de tenerla en su mano, más fácil será golpearlo.

El silencio que sigue pesa más que el aire. Kerran no dice nada, pero su mandíbula se tensa.

Yo sé qué detesta la idea. Y, sin embargo, es buena.

—Acepto —digo.

—No —responde Kerran, al instante.

—No te he pedido permiso.

—Y yo tampoco te lo doy.

—Perfecto —digo—. Estamos empatados.

Finn se pasa la mano por la cara, intentando no reírse.

—Qué pareja tan equilibrada. No hay manera de aburrirse con vosotros.

Kerran se gira hacia mí.

—¿Qué propones, futura esposa?

—Que no me llames así delante de nadie.

—Demasiado tarde —responde—. Ya lo has firmado con un vale. Y significa que tengo el derecho a preocuparme —dice, acercándose un paso—. Y también el deber de irritarte, al parecer.

—Ambos los cumples con dedicación.

—Soy un hombre de palabra.

Altair se recuesta en la silla.

—¿Queréis que os dejemos solos o vais a seguir coqueteando delante del equipo de estrategia?

—No es coqueteo —replico.

—Claro que lo es —dice Kerran, sin dejarme terminar.

Broen interrumpe el momento, con su tono de siempre, tranquilo y analítico.

—Dejando de lado las tonterías de enamorados, necesitamos un plan para ese baile.

Kerran se aparta de la mesa, se pasa la mano por la barba y respira hondo.

—Bien. Ya que todos estáis tan empeñados en arriesgar el cuello, hagámoslo con algo de orden. —Su tono tiene ese deje de mando natural que no necesita imponerse. Lo lleva en la voz, como si la autoridad le creciera entre los dientes.

Se inclina sobre el mapa y clava una daga justo en el centro del dibujo del castillo.

—Dunstaffnage. El corazón de la peste gracias a mi querido tío —dice, sin emoción—. Si todo sale bien, entraremos sin que nadie sepa quiénes somos. Si sale mal, Finn improvisará algo heroico y moriremos todos.

—A mí me gusta la parte heroica —responde Finn, encogiéndose de hombros.

—Por eso te la he dejado —replica Kerran, seco.

—Qué detalle.

Kerran continúa como si no hubiera oído nada.

—Altair, tú te encargas de la seguridad exterior. Argyll tiene hombres vigilando los establos y la entrada del acantilado.

Altair asiente.

—¿Y si me descubren?

—Sonríe y diles que estás perdido buscando el excusado. Con esa cara, te creerán.

Finn se ríe entre dientes.

—O insistirán en acompañarle.

Altair lanza una nuez en su dirección sin mirar.

—Sigue, estratega —le dice a Kerran, sin levantar la cabeza.

—Broen, tú estarás cerca de la galería superior. Tendrás vista de todo el salón. Si algo se mueve donde no debe, das la señal.

—¿La señal de siempre? —pregunta Broen, con esa calma suya que podría intimidar a un oso.

—Exacto —responde Kerran—. Un silbido breve y agudo, y otro más largo después.

El ambiente huele a peligro, pero también a camaradería vieja, esa que solo nace cuando uno ya ha sangrado junto a los otros.

Kerran levanta la vista hacia mí.

—Tú irás conmigo —dice.

—Qué sorpresa —respondo, sin levantar las cejas.

—Aún no he terminado. —Su voz baja apenas, y el aire cambia. Los demás dejan de moverse—. Entraremos juntos. Pero una vez dentro, tendrás que dejarme a mí el control. Si Argyll se te acerca, no te apartes. Si te toca, sonríe. Si intenta besarte, recuerda que llevarás un puñal en el muslo.

Colum interviene, más práctico.

—Finn y yo iremos mezclados entre los invitados. Los criados, los músicos, los soldados del conde. Cualquier hueco es bueno para un oído dispuesto.

—Tú no vendrás al baile.

Colum alza una ceja.

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque necesito que llegues a Dùn Fergas —dice Kerran, con voz grave—. Encontrarás a Darian y a Caelan. Les contarás lo que ocurre. Diles que… voy a reclamar lo mío, que necesito hombres, armas, alianzas. Si Argyll se alía con Arran o con los ingleses, no habrá Highlands que resistan.

Colum asiente despacio, comprendiendo el peso del encargo.

—Llevaremos máscaras negras, sin emblema —añade Broen—. Nadie sabrá quién es quién.

—Perfecto —dice Kerran—. Así, cuando alguien meta la pata, podré fingir que no lo conozco.

Yo sonrío de lado.

—Qué conveniente.

—Lo aprendí de ti —contesta, sin mirarme.

En ese momento, la puerta se abre de golpe.

—Vaya, parece que no soy el único que quiere ir al baile —dice Tavish, cruzando el umbral con el ceño fruncido—. ¿Y qué papel juego yo en todo esto?

Finn suspira.

—Y el circo se completa.

—El de quedarte aquí y cuidar del castillo —responde Kerran.

—No pienso hacerlo.

Kerran no aparta la mirada de Tavish, pero asiente.

—Bien. Si tanto quieres venir, vendrás. Pero te disfrazas de otra cosa.

—¿De qué? —pregunta él, con evidente reticencia.

—De silencio —responde Kerran.

Finn casi se atraganta de la risa.

Kerran ignora las carcajadas y vuelve al mapa.

—Entraremos por tres puntos. Altair desde el exterior, Broen por la cocina, Finn se mezclará entre los guardias del salón. Tavish y yo escoltaremos a Leigh. Ella será el centro de atención; nosotros, las sombras.

—Y mientras todos miran a la prometida, nosotros miramos al conde —añade Broen.

Kerran asiente.

—Exacto. Ningún movimiento sin que lo sepamos.

Su mirada se cruza con la mía. Hay algo distinto esta vez, una seriedad que no necesita alzar la voz.

—Leigh, si en algún momento algo va mal, busca mi mirada. Solo eso. No te muevas, no hables, no corras. Me encontrarás antes de que el peligro te encuentre a ti.

Y por primera vez desde que empezó la reunión, nadie bromea.

Kerran se endereza y apaga con los dedos la última vela. La oscuridad nos baja la voz y nos sube la responsabilidad.

—Entonces está decidido —dice—. En el baile, seremos sombras entre sombras. Y si Argyll quiere jugar a los disfraces, que lo haga. Solo que esta vez, no sabrá quién es su verdadero enemigo.



Capítulo 33

«LEIGH»

El viento se cuela entre los arcos del patio, arrastrando olor a lluvia y a piedra mojada.
No he dado más de tres pasos cuando oigo su voz detrás.

—Leigh.

Me detengo. No necesito girarme para saber que es él. Tavish siempre suena como si estuviera pidiendo permiso hasta para respirar.

—¿Vienes a discutir también el plan o solo a recordarme lo insensata que soy? —pregunto, sin mirar atrás.

—No. —Su voz suena baja, casi ronca—. Vengo a disculparme.

Eso sí me obliga a volverme. Tavish no pide perdón con facilidad.

—¿Por qué?

—Porque te dejé sola cuando no debía —dice, avanzando un paso—. Porque dejé que otros decidieran por ti, cuando yo sabía lo que eso te iba a costar.

—No te lo ordenaron, Tavish. Elegiste callar.

Asiente despacio, la mandíbula tensa.

—Lo sé. Pensé que era lo correcto. Que si apoyaba al consejo, si actuaba como la voz razonable, podía protegerte sin hacer más daño. Pero lo único que hice fue dejarte en las manos de ese bastardo de Argyll.

Lo miro en silencio. Su rostro parece más cansado que nunca, como si llevara años asosteniendo un peso que por fin lo ha vencido.

—Siempre creíste que la razón salvaba a la gente —le digo—. Que bastaba con hacer lo que toca.

—Sí —responde con una sonrisa amarga—. Hasta que te vi aceptar casarte con otro.

Sus ojos buscan los míos y ahí está todo lo que nunca dijo.

—¿Y qué esperabas que hiciera? —pregunto.

—Nada. —Su voz se rompe un instante, apenas un suspiro—. Porque siempre supe que no había nada que yo pudiera darte que él no te diera solo con mirarte.

El aire se espesa. Me obligo a no apartar la vista.

—Tavish…

—No, déjame terminar. —Respira hondo, como si tuviera que sacarlo de una vez—. No fue desde que el abuelo lo propuso, Leigh. Fue desde mucho antes. Desde que eras demasiado pequeña para saber lo que significaba una promesa. Yo ya lo sabía. Nunca hubo un momento en que no te deseara a mi lado. Pero tú... tú solo tenías ojos para el maldito Campbell.

Su mirada baja un instante.

—Y cuando él huyó, pensé que por fin… —Hace una pausa, niega —. Pero ni entonces hubo espacio para mí. Seguía allí, incluso cuando lo odiabas. Incluso cuando fingías que lo habías olvidado. Y desde el momento en que volvió… supe que acabarías con él, que se lo darías todo.

No sé qué decir.

Tavish da un paso atrás.

—No te lo digo para que me mires de otro modo. Ya he aprendido a vivir con eso. Solo… necesitaba que lo supieras. Te he fallado. Y no me lo perdono, pero no me callé por cobardía, sino porque sabía que no tenía sentido librar una guerra que ya estaba perdida.

El silencio nos envuelve. Solo se oye el viento.

—No eras el único que perdía una guerra, Tavish —digo al fin.

Él asiente.

—Lo sé. —Su voz suena más tranquila—. Pero tú todavía puedes frenarla.

Y se marcha.

Me quedo sola. El eco de sus pasos se apaga en el corredor y el aire vuelve a su sitio.
Apoyo las manos en la barandilla de la galería y dejo que la brisa me enfríe la garganta.

—Ya puedes salir, Kerran—susurro.

La penumbra responde con una sombra que se separa del pilar. Su sonrisa ladeada aparece antes que su cuerpo.

—¿Qué me ha delatado?

—Igual no eres tan sigiloso como crees.

—O me ha delatado mi mirada asesina —dice, avanzando despacio—. Juro que he tenido que contenerme con ese tipo.

—¿Contenerte?

—Te abandona cuando debería haber dado un paso por ti, y encima te hace sentir culpable por no corresponder sus sentimientos. —Su voz suena grave, pero tranquila, con ese filo de sinceridad que siempre corta—. Menuda estupidez.

—No lo juzgues —respondo, sin girarme—. Al menos fue honesto.

—No. Fue cobarde. —Su tono se suaviza—. Y tú no mereces hombres que se escondan detrás de la razón para no elegirte.

Lo miro entonces.

Está de pie a pocos pasos, el rostro medio iluminado por la antorcha, los ojos ardiendo con esa mezcla de deseo y rabia que lo vuelve peligroso.

—Y lo dice el hombre que…

—Yo elegí protegerte, incluso cuando eso me destrozaba. —Su voz suena contenida, pero vibra por dentro—. Elegí marcharme antes de arrebatarte todo. Antes de que mi apellido te arrastrara a una cárcel, o peor.

Da un paso más. La luz se derrama sobre su mandíbula, la sombra en su cuello parece moverse con la respiración.

—Renuncié a todo lo que tenía. A mi nombre. A mi casa. A mi vida. A ti. Porque sabía que, si me quedaba, te destruiría conmigo.

Me cuesta tragar saliva. Hay algo salvaje en su forma de hablar, una furia tan contenida que parece temblar en el aire entre nosotros.

—Elegí ser el traidor, el cobarde, el que se largó, porque era la única forma de no arrastrarte conmigo.

Sus palabras me laten en la piel como una herida que no sangra, pero arde.

—Bajé al infierno por ti, Leigh. —Su respiración golpea el aire—. Y ahora pienso destruirlo desde dentro solo para poder tenerte.

Avanza otro paso, lento, como un depredador que ha decidido dejar de esconderse.

—Tavish eligió quedarse al margen —continúa, despacio—. Yo elegí cargar con el barro. Puedes justificarlo todo lo que quieras,

pero no me compares con él.

Lo tengo tan cerca, tan cargado de furia que la piedra bajo mis pies parece vibrar con su voz.

—Kerran…

—No. No me frenes ahora —dice, y su voz baja como una amenaza dicha al oído—. Porque llevo años tragando fuego. Años sin tocarte, sin decir tu nombre, sin mirar atrás porque sabía que si lo hacía, me rompía. —Su respiración se vuelve más rápida.

Las palabras me atraviesan. Porque son verdad. Porque son llamas.

—Y tú te atreves a decirme que Tavish fue honesto —escupe—. Cuando yo llevo años gritando que soy tuyo, incluso cuando tú decías odiarme.

Me quedo quieta. Quieta porque si me muevo, voy a tocarlo. Y si lo toco, ya no hay regreso. Lo siento en las venas, en el pulso que me golpea la garganta. Siento el mapa del peligro dibujándose en cada costilla.

Lo miro, y la rabia se transforma en algo más oscuro, profundo.

No sé en qué momento sus labios están en mi cuello, besando, mordiendo. Me lame el pulso y sus manos me atraen hacia él con urgencia, con necesidad, con esa violencia tierna que no pide permiso porque ya tiene mis sentidos.

Me arrastra hacia el pilar, me acerca hasta que la piedra áspera choca con mi espalda y siento el peso de su cuerpo contra el mío.

—Arrepentirse es perder el tiempo —responde él—. Yo vengo a enmendar.

Sus labios bajan, dejando un rastro de fuego. Sus manos empujan la tela de mi vestido hacia abajo dejando mis pechos desnudos.

No hace ruido. No dice nada. Solo me mira.

Y lo que veo en sus ojos no es deseo. Es hambre.

Se agacha. Y antes de que pueda decir su nombre, ya tiene mi pezón entre los labios.

Gimo.

Gime él.

Su lengua traza círculos lentos, húmedos, pacientes. No hay prisa. No hay duda. Solo esa forma suya de lamerme como si estuviera memorizando el sabor. Como si eso le salvara la vida.

Y quizá lo haga.

Aprieta con los labios, muerde apenas. Yo me arqueo contra su boca mientras él rodea con sus dedos uno de mis senos y lo aprieta.

Mi espalda se curva contra el pilar, los dedos se me enredan en su pelo, y mi respiración empieza a sonar como una súplica. Porque lo es. Porque no sé cómo pedirle que siga. Porque no sé cómo decirle que me ha roto sin tocarme y ahora solo quiero que me reconstruya con la lengua.

—Leigh… —murmura, apenas rozando el borde de mi boca con los labios—. No voy a parar.

—Espera, Kerran… no podemos.

Le planto la mano en el hombro. Se detiene al instante. Me mira con una ceja alzada y la impaciencia pintada en los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Estoy en esos días.

—¿En cuáles?

Trago saliva. No aparto la vista.

—Menstruo, Kerran.

El silencio dura un pulso. Se le curva la boca en esa sonrisa torcida con un brillo canalla:

—Ningún guerrero teme manchar su espada de sangre, Leigh.

—Idiota.

Asiente con la cabeza y se pega a mí con todo, con el pecho, con las caderas, con las palabras que ya no dice.

Su boca no me besa. Me embiste. Como si también hubiera estado aguantando el aire todo este tiempo y por fin pudiera respirar.

Lo hace con rabia, con urgencia, con ese tipo de desesperación que no pide permiso ni perdón.

Mis labios lo reciben con un gemido roto, mis manos se hunden en su nuca, mis dedos buscan algo a lo que aferrarse y solo encuentran piel caliente y músculos tensos.

–Pero, ¿aquí?

–¿Crees que voy a ser capaz de llegar hasta las habitaciones? Aquí sí. Voy a reclamar lo que es mío.

Sus palabras me golpean entre las piernas.

—Kerran, no soy…

—¿No eres qué, Leigh?

—Sí, demonios, sí, soy tuya.

Le muerdo. Me muerde.

Una mano me agarra el culo. La otra me aprieta el muslo y me sube contra él como si pesara menos que una promesa rota.

—No quiero que cierres los ojos —murmura contra mi boca mientras rodeo su cintura con mis piernas—. Quiero ver tu cara cuando entre en ti.

Gimo. Porque lo siento.

Duro. Tenso. Cargado de rabia y de ternura, como todo en él.

Me empuja contra la columna más fuerte con el cuerpo, y con una mano aparta mi vestido, su ropa y todo lo que le estorba. Lo hace rápido. Como si le fuera la vida. Como si llevara demasiado

tiempo soñando con esto y no pudiera soportar ni un segundo más sin estar dentro de mí.

Siento su erección rozarme, rígida y casi cruel. Buscar en mi sexo la forma de entrar casi a ciegas y, cuando presiona en mi entrada, lo hace.

Entra despacio, pero no suave.

Abro los párpados, aunque me cueste. Aunque el deseo me los cierre por reflejo. Porque sí, quiero que me vea. Que me sienta desde dentro y desde fuera.

La cabeza entra primero. Su grosor me obliga a abrirme más de lo que recordaba. Mi cuerpo lo recibe con una mezcla de ardor y hambre. Como si llevara años esperando esta exacta forma de llenarme. Este peso. Esta presión. Esta manera de invadirme como si no hubiera un después.

Mis uñas se clavan en sus hombros. Él gime sin apartar los ojos de mi cara. Su voz ronca, rota, casi suplicante.

—Joder… cómo aprietas.

Se empuja otro poco. Me río. Un jadeo roto que me sacude las costillas.

—No digas esas cosas.

—Ni lo sueñes. Llevo años aguantándome las ganas de hablarte mientras te imaginaba así. No pienso callarme ahora.

Sujeta mis caderas con ambas manos, me empuja contra él, y siento sus testículos chocar contra mí en cada embestida, calientes, pesados.

Tiene la boca entreabierta, las venas del cuello tensas, la mandíbula trabada. Y los ojos, Dios santo, los ojos son un puñetero incendio.

Me lo está diciendo sin decirlo: que esto no es solo sexo, que lleva años queriéndome así, con esta urgencia, con este

resentimiento, con este amor torcido que se desborda por las grietas.

Me embiste más hondo.

El sonido es osceno. Nuestros cuerpos chocando, el chasquido húmedo de su sexo entrando en el mío, el jadeo que se le escapa cuando está tan profundo.

—Leigh —gruñe contra mi boca.

Me lo da todo. Todo lo que calló. Todo lo que sangró. Todo lo que dolió. Me lo clava con cada empuje, con cada jadeo. Y yo lo recibo. Lo abrazo. Lo araño. Me aferro a su cuello como si fuera a romperse conmigo y no me importara.

Él cierra los ojos. Gime. Embiste más fuerte.

Y entonces lo siento. Ese temblor. Ese tirón en mis músculos. Ese calor que me recorre la columna desde la base del vientre hasta la garganta.

Y necesito gritar y trato de cubrirme la boca con mi mano, pero él me la aparta y me sujeta la muñeca contra la piedra, con la palma abierta.

—Que te oiga, Leigh. Que sepa quién te tiene y te hace gritar así.

No sé si habla de Tavish. O de todos. O de mí. O de los fantasmas que me han hecho dudar de él.

Pero no puedo responder. No con palabras. Solo con el cuerpo.

Grito. No puedo evitarlo. Digo su nombre.

Y lo noto romperse también.

Su cuerpo se tensa, se arquea, se entierra hasta lo más hondo y se queda ahí, pegado, contenido, mordiendo mi hombro para no gritar también. Pero le tiembla el pecho. Le tiembla la espalda. Le tiembla el corazón contra el mío.

Nos quedamos así, jadeando uno contra el otro, con el peso de todo lo que no dijimos apretándonos las costillas.

Su frente cae sobre mi cuello. Su respiración me lame la clavícula.

—Maldita sea —murmura contra mi piel, ronco, casi roto—. No quería que la segunda vez fuera así también... tan de golpe, tan poco pensada.

Se queda un momento en silencio. Sus dedos me acarician el muslo, sin rumbo, como si no supiera si pedirme perdón o volver a hacerlo.

—Tenía un plan para esta vez —añade, con una risa áspera, apenas una exhalación contra mi cuello—. Te desnudaría despacio, te recorrería entera con mi lengua, con mis dedos, dejaría que acariciaras mi...

—Entonces no planees —le corto, con la voz más aguda de lo que pretendía—. No te sale bien.

Él levanta la cabeza, me mira con esa mezcla de burla y orgullo que solo él sabe sostener.

—No. Pero me sale bien perder la cabeza contigo. Aunque… —su sonrisa se ladea— ahora que ya te ha oído medio castillo, podemos ir a por una tercera ronda sin vergüenza. Como siempre lo he soñado.

Y sin dejarme bajar las piernas de su cintura, me alza un poco más, ajusta su agarre y echa a andar por el pasillo.

El suelo retumba bajo sus pasos, el aire aún huele a nosotros, y yo solo alcanzo a reír entre jadeos mientras me lleva casi al trote hacia la habitación.



Capítulo 34

«KERRAN»

Aún tengo a Leigh dormida sobre mi pecho, la piel pegada a la mía, el pelo enredado entre mis dedos como si se negara a soltarme. El fuego del hogar hace horas que se apagó, pero ella sigue caliente, blanda, viva.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que oigo los golpes en la puerta.

Uno.

Dos.

Y luego la voz de Altair al entreabrir la puerta.

—Kerran, levanta el culo del catre. Te esperan. Y dudo que estén interesados en ver cómo recuperas años de celibato en una sola semana.

Abro los ojos y suelto una risa ronca, baja.

—Vete al infierno, Altair.

—Ya he estado —responde desde fuera—, y era más silencioso que esta habitación.

Leigh murmura algo entre sueños y se mueve, rozando con la pierna justo donde menos conviene.

Joder.

Respiro hondo, intento despegarme sin despertarla. No lo consigo.

Su cuerpo se pega más. Su rodilla roza la cicatriz de mi muslo y me tensa entero.

—Te oigo suspirar, Kerran. Y te recuerdo que hay seis hombres en la sala de consejo esperando tus milagros —añade Altair, divertido—. Si vas tarde, pensarán que el único territorio que te interesa conquistar está dentro de esas sábanas.

—Estoy pensando estrategias —gruño.

—Claro. Posiciones estratégicas, diría yo.

Me paso una mano por la cara, resignado, y salgo de la cama completamente desnudo.

—Diles que ahora voy.

—Díselo tú. —Guarda silencio—. O díselo a ella. Pero baja eso, hombre, porque si apareces así delante de los MacLeod, puede que te juren lealtad por otros motivos.

Oigo sus pasos alejarse entre carcajadas.

Miro a Leigh otra vez. A su boca. A la marca que le dejé en el cuello. A la forma en que se encoge entre las sábanas.

Si tuviera menos sentido común, la haría mía otra vez hasta que el castillo se derrumbara.

Le aparto un mechón del rostro.

Ella no se despierta, solo suspira.

Me pongo la camisa, el tartán, y antes de salir recojo el puñal de la mesa.

El mismo que clavé en el pecho de mi padre.
Por si me hace falta recordarle a alguien de qué lado estoy.



Nunca he soportado las reuniones. Me recuerdan demasiado a mi padre. A su tono altivo, a las sentencias envueltas en humo, a las decisiones que se tomaban antes de sentarse siquiera a fingir que atendían al resto.

Pero esta vez soy yo el que debe escuchar. El que se sienta y espera a que los demás hablen.

Delante de mí hay cinco lairds con más cicatrices que tropas. Y aun así, aquí están. Dispuestos a pelear. A cambiar el rumbo de una guerra que no empezó con ellos, pero que les ha ido royendo el orgullo hasta dejarles solo con la sed de venganza.

Ninguno sonríe. Ninguno ha venido a brindar. Han venido a mirar si merezco seguir vivo.

Algunos ocultan la ansiedad tras una falsa dignidad, otros tras un silencio que me habla más que cualquier discurso.

Pero todos están aquí por lo mismo: quieren recuperar algo que Uilleam les quitó. Poder, tierras, venganza o una última oportunidad para no morir como perros bajo la bota de un conde que ya se cree rey.

—Llegas tarde —dice uno de ellos, el más viejo, con barba blanca y ojos de hielo. Laird MacLeod.

—Me gusta que la gente me espere —respondo, tomando asiento —. Así sé quién tiene paciencia y quién no.

Un par de ellos resoplan. El resto me mide.
No son aliados. Aún no.

—Si habéis venido por cortesía, hay vino. Si es por miedo, también lo hay. Pero si es por conveniencia... vais a tener que sudar un poco más.

—No somos estúpidos —espeta uno, un joven que creo que heredó el título tras la caída de los MacPhail. Se le nota la rabia de segunda generación. De esos que no han luchado pero llevan el odio cosido a la piel.

—¿Y quién ha dicho que lo seáis? —respondo, acercándome hasta estar lo bastante cerca para que huela el acero bajo mi aliento —. Aunque si lo fuerais, tampoco os culparía. Uilleam es bueno con las promesas. Solo que nunca cumple las que no le benefician.

—¿Y tú sí? —pregunta el mayor de ellos con los ojos hundidos y manos que tiemblan cuando no las aprieta contra la mesa. El Laird de los MacLellan, si no me equivoco—. ¿Por qué deberíamos fiarnos de ti, Campbell?

El apellido me cae encima como una piedra.
Nadie lo repite, pero todos lo piensan.

—Mataste a tu propio padre —añade MacBain, con voz grave—. ¿Qué nos garantiza que no hagas lo mismo con cualquiera de nosotros cuando te convenga?

—Nada —respondo.

No se lo esperan. Ninguno.

—Pero hay una diferencia —añado—. A los hombres que respeto, no los apuñalo sin una buena razón.

—Si lo hiciste por poder, no te diferencia tanto del bastardo de tu tío —escupe otro.

—No lo maté por oro ni por tierras —digo—. Lo hice porque había cosas que no pensaba permitir, ni siquiera a mi propio padre.

—¿Y qué cosas eran esas? —pregunta MacNeill, con tono de reto.

—Las que hacen que un hombre deje de serlo.

Nadie responde.

Ni hace falta.

Todos han tenido que mancharse alguna vez las manos para mantener el alma.

MacLeod apoya las manos sobre la mesa.

—Dicen que el rey aún pone precio a tu cabeza.

—Entonces será que sigo haciendo las cosas bien —respondo.

Lo miro de frente.

—No prometo nada que no piense cumplir. Y cuando cumplo, dejan de hacer preguntas.

—¿Cumplir? —gruñe uno, ladeando la cabeza con una sonrisa torcida—. Que se lo digan a la nieta de Seumas.

La frase cae como una daga. No por inesperada, sino porque duele justo donde debe.

La mesa se queda en silencio.

Me inclino hacia él, sin sonreír.

—¿Vas a decirlo tú o prefieres que lo diga yo? ¿Que lo dejé todo? ¿Que desaparecí sin dar explicaciones? ¿Que ella cargó con las cenizas mientras yo me escondía en las sombras?

No responde.

Claro que no.

MacNeill da un paso, la voz cargada de acero viejo.

—Somos hombres que han perdido hijos, tierras, la dignidad. No vamos a prestaros hombres ni barcos porque te parezca una idea romántica. Queremos resultados. Condiciones. Pruebas.

Lo esperaba.

Un silencio incómodo recorre la sala, hasta que habla el Laird MacIntyre, con una voz que suena a piedras frotándose entre sí:

—He oído hablar de los Cuervos. Todos lo hemos hecho. Si las historias que cuentan son ciertas… Si quieres mi apoyo, tendrás que sacar a mi hijo de las mazmorras de Dunstaffnage. Argyll lo encerró hace meses por rebelión según él. Está malherido. Quiero a mi hijo de vuelta.

Lo dice como quien lanza un guante. No me molesta. Lo respeto más que si hubiera venido suplicando.

Asiento.

—Hecho. Rescatar a condenados injustamente es nuestra especialidad y da la casualidad de que me conozco esos calabozos como la palma de mi mano.

Otro interviene. Tiene una cicatriz en el cuello y un tono de voz que delata demasiado resentimiento mal digerido.

—Mis hombres están hartos de esconderse. Quiero recuperar la torre de Ardluin. La mía. Me la arrebató por una traición, con ayuda de un primo bastardo al que ahora llama capitán. Necesito que me ayudes a entrar. Y quiero la cabeza de ese traidor.

—Habla con Broen —le indico con una sonrisa torcida—. Lo suyo son las cabezas. Yo prefiero jugar al ajedrez con ellas puestas.

Ríen. No mucho. Pero lo suficiente para saber que están empezando a ver que no soy mi padre. Ni un político. Ni un santo. Ni un mártir. Solo un bastardo con buen oído, mala leche y una causa tan personal como la suya.

—¿Y tú? —pregunto a MacBain.

—Recuperar lo que me pertenece —responde, seco—. Argyll tomó mis campos, mis molinos, mis hombres. Si los recuperas, te seguiré hasta el infierno.

—No te prometo milagros —digo—. Pero sí fuego.

MacNeill sonríe apenas.

—Yo solo quiero que mi gente pesque sin tener que pagar tributo a los perros de Argyll.

—Eso es más fácil —respondo—. Solo hay que cortarles las manos.

Finn suelta otra carcajada.

—¿Ves? Ya empieza a pensar como un conde.

—¿Y qué queréis a cambio? —pregunta MacLeod, que no se fía de nada que no lleve un cuchillo encima.

Le miro a los ojos. Si me esperan palabras bonitas, se equivocan de hombre.

—Hombres. Armas. Y la libertad de movernos cuando haga falta. Señales y rutas limpias para que mis aliados crucen sin que nadie pregunte. Y algo más: juráis en público que esta campaña no es para aliaros con Inglaterra ni con la Corona. Será una acción nuestra, contra Argyll. Que el pueblo lo vea y no tenga excusa para no unirse.

MacLeod no sonríe.

—Y si no lo consigues, ¿qué? ¿Qué nos ofreces si acabamos en la horca por seguirte?

—Un motivo para no morir como cobardes —respondo—. O la satisfacción de haber mordido antes de caer.

Se hace el silencio. Un silencio que ya no huele a duda, sino a posibilidades.

—Si lo hacemos, lo haremos bien. Y sin errores—dice MacLeod al fin.

—Y sin traidores —añade otro.

—Y luego —añado, girándome con una sonrisa torcida—, os invitaré a una boda. A la mía con Leigh MacKinley.

Un silencio breve. Y entonces, la voz rasposa de MacLeod:

—No sé qué le has dicho a la nieta de Seumas para que te perdone, Campbell, pero si alguna vez te cansas de la guerra, podrías ganarte la vida vendiendo milagros.

Ríen. Incluso MacNeill sonríe con el labio roto.

—Sabía que no dejarías que se casara con otro —masculla el de Ardluin—. Te pasaste años espantando a todos los pretendientes que se le acercaban.

—Yo no hacía nada —respondo, encogiéndome de hombros con fingida inocencia—. Solo aparecía. Y se lo pensaban dos veces.

—Normal —gruñe MacNeill—. Si yo fuera a cortejarla y me cruzo con esa cara tuya en el camino… también me iría por otro.

—¿Podéis culparme por ello?

Ríen. No mucho. Pero lo suficiente para saber que la guerra ya no es solo una idea. Y que mi palabra, por una vez, empieza a pesar más que mi apellido.

La gente de las Highlands no hace discursos. Hace tratos y sangre, y luego canta en la taberna como si nada. No hay grandes proclamas ni juramentos eternos: hay listas de nombres, fechas y hombres que saben pelear.

Aquí nadie te regala nada por buen juicio. Te lo ganas con puñal, con fuego o con la palabra que puedas respaldar con hombres y con acero. Esa es la ley que nos mantiene en pie cuando las leyes del rey no valen ni la tinta con que se firman.

MacLeod inclina la cabeza y aprueba con la mirada. Los demás asienten, el gesto corto de los que ya han visto demasiados funerales. Nos estrechamos las manos como quien pisa barro: con cuidado, midiendo el agarre.

Nuestras promesas quedan en tinta y un puñado de nombres escritos en pergamino. Eso basta.

Me siento más cansado que antes.

—¿Eso fue todo? Ha sido más fácil de lo que creía —comenta Altair con un bote de tinta y una pluma en la mano.

—Así funcionan las cosas por aquí—digo, despacio—. No por la nobleza de la causa, sino porque si no pones condiciones la gente te roba hasta las botas.

Finn suelta una risita baja, se vuelve y me mira con la mitad de la cara iluminada por la lumbre.

—Por eso prefiero ser cuervo —murmura—. Menos papeleo, más libertad para cortar cuellos.

Altair se incorpora, deja el tintero y me lanza una mirada de medio lado.

—Colum ha salido al amanecer hacia Dùn Fergas.

—Bien —respondo—. Enviad mensajeros a los lairds que no han venido. Que sepan qué pedimos y qué damos. Y que el nombre de Argyll quede aislado: solo él contra nosotros, no quiero que todo el clan sea castigado. Solo sus fieles y allegados. Y yo voy a buscar a mi doncella dormida.

—¿Tu doncella? —Altair levanta la ceja con sorna.

—Cállate y escribe —le digo—. Tenemos hombres que reclutar.



Capítulo 35

«LEIGH»

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que se fue, pero el fuego del hogar se ha convertido en un montón de brasas quietas, y el aire huele a madera dormida y a algo que todavía me tiene el cuerpo alerta.

La puerta se abre sin ruido.

Y sé que es él antes de verlo por el peso de sus pasos, por la manera en que la oscuridad parece hacerse más consciente de sí misma cuando él entra.

Kerran.

Deja el tartán sobre la silla y empieza a desabrocharse la camisa sin prisa. La tela cae al suelo con un susurro, y sus músculos se tensan un instante antes de relajarse, como si también se quitara de encima algo más que ropa.

La luz de las brasas dibuja su cuerpo con la impiedad de un escultor.

Y luego está el resto.

La piel caliente, el vello oscuro, el movimiento lento cuando deja el puñal sobre la mesa.

No intenta provocarme. Ni siquiera me mira.
Y precisamente por eso me provoca.

Me quedo quieta, fingiendo que duermo, observando entre las pestañas el culo duro, apretado, redondo e inequívocamente masculino, que se contrae con el movimiento.

Y luego se agacha para recoger la camisa del suelo y la postura le hace bajar un poco más la cadera, separar las piernas. Y me da una visión perfecta del movimiento oscilante de su sexo ahora blando y los testículos, pesados y colgantes.

Se incorpora con la misma lentitud con la que lo ha dejado mi mundo al borde de un desmayo o un sofoco.

Su respiración es pausada, como si arrastrara el peso de todas las decisiones que acaba de tomar.

Y, aun así, hay algo distinto en él.

Una calma falsa.

Cuando se tumba, la cama cede y el aire se llena de su olor: humo, sudor, metal, algo salvaje que se me mete debajo de la piel.

Cierra los ojos.

Cree que no lo miro.

Y yo lo observo a placer.

Otra vez.

¿Cómo no voy a hacerlo? Todo en él es duro, grande, caliente, fascinante.

El pecho abultado, el abdomen recto, la línea de vello que desaparece bajo la manta, el temblor leve de su respiración cuando suspira.

La tentación no tiene el aspecto del pecado. Tiene el suyo.

Él abre la boca, sin abrir los ojos.

—Te condenarás al infierno por mirarme así.

Me muerdo el labio.

—¿Y qué te hace pensar que te estoy mirando?

—Que te he oído parpadear.

—¿Acaso eres como un sabueso con el oído y el olfato más desarrollados?

—¿Quieres que te diga qué huelo ahora? —murmura, con la voz tan baja que parece formar parte del murmullo del fuego.

—Sorpréndeme —respondo, apoyándome en el codo, sin perder la distancia, pero sin dejar de mirarlo.

Él no abre los ojos. No lo necesita.
Sonríe. De ese modo suyo que parece una orden.

—A tus ganas. Que no tienen tacto, pero sí perfume. Lo huelo en el aire. Lo noto en mi lengua. Tu deseo es denso, dulce, como miel.

—¿Y el tuyo? —pregunto, sin pensar.

Él abre los ojos. Oscuros, encendidos.

—Mi deseo es torpe. Inoportuno. Y ahora mismo está creciendo bajo esta manta, solo porque tú existes.

Lo dice sin moverse.

Sin parpadear.

Sin cambiar el tono.

Pero sé que es verdad.

Y eso me incendia.

Y entonces no lo pienso.

Simplemente… deslizo la mano bajo la manta.
Y lo toco.

Primero el muslo, fuerte, caliente, cubierto de vello. Luego más arriba. Y cuando mi palma roza el sexo noto el cambio.

Aún está flácido, pero no del todo.
La piel es fina, sedosa, elástica. Siento el calor, la base densa y la forma aún relajada, pero ya sensible.

Y cuando cierro los dedos un poco más, lo noto engrosarse.

—¿Leigh? —Su pregunta sale como si alguien le hubiera tirado de un hilo desde dentro.

—¿Qué tal la reunión?

Le oigo tragar.

Y entonces se ríe. Muy bajo.

—Depende —dice con esa voz baja que parece hecha de piedra mojada—. Si consideras un éxito que cinco lairds me pidan milagros y condiciones imposibles… entonces sí: perfecta.

—¿Y qué les has prometido?

—MacLellan quiere que le devuelvan su molino. Dice que es la única manera de que su esposa no le envíe a dormir al establo.

Ahora lo tengo duro.

Mi mano se desliza despacio por la piel que se ha vuelto tersa, tirante, con venas marcadas que le recorren la base como raíces vivas.

Siento el vello enredarse entre mis dedos, los testículos llenos, pesados, que se mueven ligeramente como si tomaran decisiones propias.

Y la cabeza hinchada y sedosa que parece latir contra mi palma.

Cuando deslizo el pulgar por la punta, húmeda, resbaladiza, él maldice.

—Estás jugando —gruñe.

—¿Quién más ha acudido?

Traga saliva con lentitud cuando yo lo rodeo con mis dedos y los muevo sobre esa piel más suave que se retrae poco a poco con cada caricia.

—MacLeod vino. Y MacNeill… —empieza a decir, pero se le corta la voz cuando cierro un poco más los dedos y presiono bajo la punta.

Siento el movimiento casi imperceptible de su abdomen, en la forma en que su cadera se curva apenas hacia mi mano como si no pudiera evitarlo.

—¿Y qué dijeron? —insisto, como si no supiera que estoy tentando al diablo.

—Que… que quieren garantías. No se fían del todo. —Su voz es más grave, más rota. Jadea. Y cuando deslizo un dedo más abajo, acariciando el peso de sus testículos, se le escapa un gruñido bajo, ronco, tan masculino que se me encienden hasta las costillas.

—¿Y tú qué les ofreciste? —susurro, acercando los labios a su cuello sin llegar a tocarlo.

—Todo. —La palabra le cuesta. Tiene la frente perlada. La boca entreabierta. Y los ojos cerrados, como si eso fuera a salvarlo de lo que le estoy haciendo.

La cadera le tiembla un poco cuando muevo la mano de nuevo, más firme esta vez. Siento cómo se engrosa aún más, cómo palpita, cómo le traiciona el cuerpo antes que la lengua. Un hilo de líquido caliente me mancha los dedos, y por un segundo me detengo solo para observar su cara.

Está precioso así. Desnudo, abierto, vulnerable. Intentando no rogar. Intentando mantener la compostura mientras todo él tiembla bajo mi tacto.

—¿A ellos o a mí? —insisto.

—Leigh, tú ahora mismo me tienes de rodillas.

Lo miro. No sonrío. No me muevo.
Solo dejo que el peso de sus palabras me cruce el cuerpo entero como un trueno que se expande en la piel, pero también en el alma.

Kerran, de rodillas.

No literalmente, no todavía.

Pero ese temblor en su voz, ese jadeo contenido, ese músculo en la mandíbula que se contrae como si fuera lo último que le queda para no rendirse…
Sí. Está vencido.

Y me encanta.

—Pareces muy cómodo de rodillas —murmuro, sin dejar de acariciarlo—. No haces ni ademán de moverte.

—Porque si lo hago… —traga saliva—, no respondo de mí.

Está tan al límite que hasta su sarcasmo se ha vuelto un acto de fe.

Deslizo la mano un poco más despacio. Siento cómo el glande palpita, morado, brillante, curvándose hacia mí como si me buscara. La piel se ha retraído del todo. Está empapado. Tibio. Vivo.

Y, aun así, no miro hacia abajo.

Lo sigo mirando a él.

Solo a él.

—¿No ibas a contarme más sobre la reunión? —susurro.

No sabe si maldecirme o seguirme la corriente, así que se ríe. Pero aprieto la base sobre los testículos y él jadea y cuando vuelve a abrir los ojos, algo ha cambiado.

Me mira como si fuera el único ser vivo sobre la tierra que puede calmarlo… o romperlo del todo.

—Cásate conmigo, Leigh.

—Ya dije que sí.

—No luego, cuando todo haya acabado. Hazlo ahora, conmigo. Aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. No necesito iglesia ni testigos, Leigh. Solo tu palabra y nuestras manos enlazadas. Hagamos un matrimonio por consentimiento verbal, un *handfasting*

—¿Así de fácil?

—Así de imposible. —Sonríe con esa mezcla de insolencia y ternura que solo él domina—. Di que me perteneces y que no hay otro hombre con el que quieras estar.

—¿Eso es una petición o una orden?

—Es una súplica muy digna, joder.

No sé en qué momento exacto dejo de acariciarlo. Solo sé que sus manos acaban en mi nuca, en mi espalda, en mi cintura. Que su respiración se vuelve un secreto compartido entre mis labios y su garganta. Y que, cuando me doy cuenta, estoy de rodillas sobre el colchón, frente a él.

Desnuda.

Abierta.

Con el corazón en carne viva.

Kerran se incorpora despacio. Sus rodillas se clavan en el colchón, una a cada lado de mis muslos, y su pecho roza mi espalda sin llegar a aplastarme. Siento su calor en toda la columna. El vello de sus piernas, espeso y caliente, me envuelve los costados. Y su sexo, duro, húmedo, pegándose a la curva de mi trasero mientras él respira hondo, como si necesitara memorizar este instante antes de romperlo.

Entonces, sin palabras, coge su tartán. Lo desenrolla sin prisa y rasga un trozo, con la fuerza justa para que la tela ceda, pero sin violencia.

Me toma las muñecas con cuidado. Las lleva hacia delante. Y junta una suya con las mías.

El tacto de su piel contra la mía es firme. Inamovible. Como una promesa que no necesita palabras para hacerse verdad. Y nos ata con ese pedazo de tartán.

Uno contra el otro.

Uno junto al otro.

Mano con mano.

Piel con piel.

Es un gesto ancestral. Un símbolo. Un acto que no entiendo con la cabeza, pero que mi cuerpo asimila con reverencia.

—En las Highlands, cuando unimos nuestras manos así —susurra, apoyando la frente en mi hombro—, no es un juego. Es una alianza. Un juramento. De los que no se rompen aunque te partan el alma.

Cierro los ojos.

Siento su aliento en mi cuello.
Sus labios rozan la curva de mi hombro.
Y mi cuerpo entero se arquea hacia atrás, hacia él.

—¿Qué juras, entonces? —susurro, sin reconocer mi propia voz.

Él no responde de inmediato. Me envuelve con su pecho. Me sujeta las manos atadas con la suya, como si con eso pudiera contenerse… o contenerme. Y luego, al oído, suelta:

—Juro no dejarte sola. Aunque me odies. Aunque no me entiendas. Aunque quieras huir, juro caminar contigo hasta que no me queden piernas. Hasta que el mundo se me deshaga bajo los pies.

—Kerran…

—Juro devolverte cada trozo de lo que rompí. Con paciencia. Con los dientes. Con la vida si hace falta.

Me tiembla la garganta. El vientre. Todo.

—Juro no soltarte —dice, más bajo—. Y si alguna vez lo hago… te juro que volveré. Aunque me cueste la sangre.

La voz se le quiebra justo en el momento en que yo abro los ojos.

El tartán nos mantiene unidos por las muñecas.
Nuestros cuerpos están tan cerca que solo el temblor de la respiración cabe entre nosotros.

Y le juro lo que nunca he dicho en voz alta:

—Yo te juro que no volveré a esconderme. Que no fingiré que no me importas. Que no voy a hacer como si no me dolieras.

Inspira fuerte, afectado, pero yo sigo.

—Juro que, si caes, te levantaré. Y si no puedo levantarte, me quedaré en el suelo contigo.

Las lágrimas no caen, pero arden por dentro.

—Juro que me entrego a ti sin armadura, sin condiciones, sin orgullo de por medio. Me entrego así: desnuda.

—Y de rodillas como yo —añade él, con su boca contra mi piel.

Siento el nudo en nuestras muñecas como un lazo invisible que me ata el cuerpo al suyo, pero también el alma.

—Ahora somos el uno del otro. —murmura, y tiene razón en que no suena como una orden. Suena como una plegaria.

Sus manos, aún unidas a las mías, se mueven despacio. Me guía hacia delante, con una ternura que casi me rompe. Me deja caer poco a poco sobre el colchón, el vientre contra las sábanas calientes, el cuerpo ofrecido. No me fuerza. Me inclina como si supiera que así me entrego mejor.

Se tumba sobre mí con lentitud, sin separar nuestras muñecas atadas, sin esconder nada. Siento su piel contra toda la mía: el pecho rugoso en mi espalda, los muslos firmes sobre mis nalgas, su

sexo húmedo, palpitante, alineándose con una precisión que me estremece.

—Leigh —susurra, y mi nombre en su boca es una reverencia.

No hay espacio para girarme. No lo necesito.
Nos hemos dicho todo.

Inclina la cadera, y siento la cabeza suave de su sexo, caliente, insistente, buscando entre mis piernas. Se desliza despacio y mi cuerpo se abre. Se arquea. Se ajusta.

Un jadeo profundo me sube desde la garganta al sentir cómo entra.

Dolorosamente hermoso.

No por el cuerpo, sino por lo que significa. Por lo que rompe y por lo que repara.

Siento cómo su piel se funde con la mía, cómo el grosor me llena, cómo mis dedos aprietan los suyos aún atados.

No sé qué es mío y qué es suyo.
Solo sé que lo quiero así: encima, dentro, atado, rendido.

Sus caderas comienzan a moverse, despacio. Cada empuje es una declaración muda. El colchón cruje bajo nuestro peso, pero él no se apresura. No busca alcanzar el alivio.

Busca fundirse.

Deshacer la herida.

Reescribirla con el cuerpo.

Y mientras lo hace, entre suspiros entrecortados y roces de piel, sus labios me nombran una y otra vez.

—Leigh… Leigh… Leigh…

Como si fuera un conjuro.

Siento su vientre presionado contra mis nalgas, sus testículos balanceándose contra la parte más sensible de mí con cada vaivén

lento y firme. Sus jadeos me calientan el cuello. El lazo en nuestras manos aprieta, se tensa con cada embestida, nos mantiene unidos.

—Ahora, aunque acabe en la horca… —susurra contra mi piel—, habrá merecido la pena.
Porque esto… lo nuestro… ha sobrevivido a todo. A todos. Y sobrevivirá también a la muerte.

Sus palabras me atraviesan más que su sexo.
Más que cualquier lanza.

—No —digo, con voz baja, rabiosa, rota—. No digas eso. No te despidas. No lo conviertas en un adiós.

—Leigh…

—No me digas mi nombre como si ya no fueras a volver a pronunciarlo. No lo soportaría.

Y él responde con el cuerpo. Más profundo. Más dentro. Más suyo.

Me arqueo debajo de él, me empapo, me quemo, me diluyo.

Hasta que no hay nudo que nos ate más fuerte que el temblor que nos atraviesa al unísono.

Y en ese momento exacto —con el cuerpo lleno, las muñecas atadas, el alma rendida y los labios de Kerran pronunciando mi nombre como si lo salvase—, sé que no hay matrimonio más real que este.

Y entonces, despacio, me besa el hombro.

—No lo es —responde al fin, con la voz hecha escombro—. No es un adiós. Nunca más.

Nos quedamos así. Atados. Fundidos. Temblando.

Dos cuerpos desnudos.

Dos almas rotas que se reconocen.

Dos bestias cansadas que han dejado de huir.

Y aunque el mundo fuera a arder mañana, hoy… hoy todo está en paz.



Capítulo 36

«LEIGH»

Llevamos cabalgando desde el amanecer, atravesando colinas que parecen no terminar nunca, con el viento cortando la piel y la lluvia pegándose a la ropa como una condena.

El barro llega a las rodillas de los caballos, las capas pesan el doble y el aire huele a hierro y a cansancio. Nadie habla desde hace un rato. Ni siquiera Finn, lo cual es casi un milagro.

Desde el camino de tierra, Dunstaffnage no pincha el cielo**:** lo aplasta**.** No es alto ni bonito. Es una coraza baja y gruesa, una elipse de piedra gris que se encaja en la roca como si hubiera nacido de ella.

El mar lame el promontorio por debajo y, cuando sopla del oeste, la sal sube por las saeteras y se mete en la boca como un juramento.

No es un castillo para fiestas por mucho que se empeñe Uilleam, es un dintel contra la tormenta**.** Aquí uno no se siente recibido, se siente admitido**.**

Y aun así, cuando el viento baja por el Loch Etive y hace vibrar las banderas, hay una belleza tosca.

—Bonito —murmuro, secándome el rostro con la manga.

—Depende del gusto —responde Kerran, sin mirarme, con esa calma suya que siempre suena a desafío—. A mí me gustan los sitios donde el peligro te saluda antes que el anfitrión.

—Y a mí me gustan los sitios donde no tengo que ponerme una máscara.

—Querida esposa, a eso lo llaman matrimonio —susurra.

Me dan ganas de golpearle con el pomo del estribo.

Tavish nos adelanta unos metros, más rígido que nunca sobre la montura, el perfil tenso y la mirada fija en las puertas del castillo. Ni siquiera bajo la máscara consigue disimular la incomodidad.

El aire cambia en cuanto entramos en el patio.

Kerran desmonta primero.

Sus botas salpican barro al caer.

Yo lo observo mientras me tiende la mano para ayudarme a bajar, con el pulgar rozándome justo en la muñeca.

Está empapado, el cabello pegado al cuello, la mandíbula tensa. La máscara negra le cubre media cara, pero la sonrisa se la adivino igual.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja.

—Nada. Solo disfruto del espectáculo.

—¿Cuál?

—Tú. Con ese vestido pegado a la piel y esa máscara que deja los labios al descubierto. Si quisieras, podrías incendiar el castillo sin levantar una antorcha.

—¿Y tú crees que necesitaré eso?

—Tú no necesitas nada, Leigh. Ni siquiera a mí.

La forma en que lo dice no suena a piropo, sino a resignación.

Y lo peor es que tiene razón en que el vestido, empapado por la lluvia, se ha vuelto más ajustado; la tela se pega al cuerpo, el corsé resalta cada curva, y el tartán azul oscuro que llevo sobre los hombros apenas oculta la piel que asoma en el escote.

La máscara de encaje negro me cubre los pómulos, pero deja los labios descubiertos.
Y Kerran no aparta la vista de ellos.

—Podrías dejar de mirarme así —murmuro.

—Podría —responde, bajando la voz—, pero entonces me perdería la única parte buena de esta noche.

Tavish carraspea detrás.

—Por favor, mantened la discreción. No podemos llamar la atención.

—Tranquilo —responde Kerran—. La atención me llama sola.

Lo fulmino con la mirada porque sé que alguien podría estarnos observando. No puedo permitirme ni una sonrisa, ni un roce más de lo necesario.

Él lo entiende. Por supuesto que lo entiende.
Y aun así, sonríe. Esa sonrisa suya, insolente, satisfecha, que parece hecha para recordarme que da igual cuántas máscaras nos pongamos: debajo de todas, seguimos siendo lo que somos.

Me ofrece el brazo igual. No por cortesía, sino por provocación.

Y, después de un segundo de resistencia, se lo acepto.

Sus dedos se cierran sobre los míos, cálidos, firmes, y siento el pulso de su sangre contra mi piel.

Si alguien nos mira, solo verá a una dama y a su escolta. Pero si me mirase más de cerca, vería… a una mujer enamorada.

La puerta del gran salón se abre.
El sonido de la música se vuelve más nítido. Violines, flautas, el eco

de risas forzadas y el tintineo de copas. El calor nos golpea de frente, mezclado con el olor de los perfumes caros y el sudor.

El resplandor de las velas lo inunda todo.
Paredes forradas de tapices, máscaras doradas, sonrisas falsas. Nadie parece respirar del todo tranquilo, pero todos fingen hacerlo.

Y en medio de aquel teatro, Kerran se mueve como si le perteneciera el escenario. Con esa tranquilidad que siempre parece un acto de provocación, la máscara negra pegada a la piel, la mandíbula dura como si alguien le hubiera cosido dentro una rabia bonita.

Cada tanto, me roza el brazo con la palma y yo siento cómo se me eriza la columna, cómo el calor que viene de su cuerpo empuja mis costillas hacia delante como si quisiera decirme: aquí estoy.

La música nos empuja hacia el centro. Las parejas giran con elegancia medida, hay risas que suenan a alivio retenido, copas que chocan con un tintineo metálico.

El salón está atestado de máscaras doradas, plumas, terciopelos que atrapan la luz.

—No te separes de mí —dice, apenas un susurro—. Y si algo sale mal, ve hacia la galería, donde está Broen para reuniros con Altair.

—¿Y tú?

—Yo haré lo que mejor se me da.

—¿Provocar a medio salón?

—Sobrevivir mientras lo hago.

Un criado se acerca con una bandeja de copas. Tavish toma una sin probarla, tenso como una cuerda a punto de romperse. Yo la rechazo con un gesto. Kerran la agarra con su mano libre y, sin soltar la mía, la alza con una sonrisa que no alcanza los ojos.

—Por el amor —dice, con una voz que solo yo oigo—. Y por lo que cuesta disimularlo.

—Por lo que cuesta callarlo —le contesto, sin mirarlo.

Avanzamos entre los grupos. Nadie pregunta y si me reconocen fingen que no es así.

Entonces lo veo.

Argyll.

Sentado en lo alto de la escalinata que domina el salón, como si fuera un rey de pacotilla en su trono de piedra y terciopelo. La máscara que lleva es una de zorro.

Su mirada se posa en mí y no se mueve. Como un cazador que reconoce su presa aunque cambie de pelaje.

Siento la tensión de Kerran junto a mí. Apenas un segundo. Pero suficiente para que su dedo se aferre un poco más fuerte al mío.

—¿Bailamos? —pregunta.

—Kerran —susurro, porque la razón todavía tiene algún sitio en mi garganta—. Se suponía que mantendríamos un perfil bajo. Si te reconoce…

Él inclina la cabeza, sin soltarme, y por un segundo la máscara negra se le clava como una sombra. Veo el músculo de su mandíbula trabajar. Hay una cosa en él que no admite medidas modereadas: o calla o rompe algo.

—Ya lo ha hecho —responde, despacio.

—¿Qué?

—Sabe quién soy, Leigh. No me cabe ninguna duda.

Mi primer impulso es empujarle la mano, apartarme, inventar una excusa para sacarlo de allí —que me duele el corsé, que la lluvia me ha calado hasta los huesos—. Pero la verdad es más fría y es que no hay salida rápida.

—Pero, ¿cómo? —digo, con la incredulidad clavada en la lengua —. Es imposible que sospechara que aparecerías aquí.

Kerran ladea la boca en una mueca que contiene ira y una risa bastante parecida al desprecio.

—Entonces habrá un traidor. —Su tono es tan sereno que me inquieta más que si gritara—. Y, por desgracia, me temo que no tardaremos en saber quién es.

—Vete —digo en voz baja, apretándole la mano—. Si te atrapan ahora, no saldrás vivo de aquí.

Antes de que pueda responder, Tavish se adelanta un paso, interponiéndose entre nosotros.

—Tiene razón —dice, con la mandíbula tan tensa que casi parece dolerle—. Vete, Cuervo. Acaba lo que has venido a hacer y sal del castillo. Yo me encargo de ella.

Kerran ni siquiera lo mira al principio. Solo deja escapar una risa breve, sin humor, y levanta por fin la vista hacia él.

—¿Encargarte de mi esposa? No lo creo.

Tavish aprieta los dientes, pero mantiene la compostura.

—Te has puesto títulos que nadie te ha dado todavía. No es el momento de jugar con fuego. Argyll tiene ojos en todas partes.

Kerran me mira con los ojos entrecerrados. Le pedí que mantuviera en secreto nuestra unión por ahora, pero es reacio y su orgullo prende mecha.

—Tengo práctica en quemarme —replica Kerran, con esa calma que siempre precede a una tormenta—. Además, si fuera a delatarme, ya lo habría hecho. Mientras mantenga las apariencias, nosotros también lo haremos.

Tavish suelta un resoplido que suena más a amenaza que a rendición.

—No te das cuenta, ¿verdad? Esto no va a salir bien.

Kerran da un paso adelante y apoya la mano en mi cintura, como si no lo hubiera oído.

—Una sola pieza —dice, mirándome a los ojos—. Después, cada uno hará lo que deba. Tenemos cosas que celebrar, ¿sabes?

—Eres un maldito terco —escupe Tavish, sin poder disimular la rabia que hierve bajo la máscara.

Kerran me guía hacia el centro del salón con una reverencia apenas insinuada. Su mano roza la mía solo lo justo, pero ese roce me basta para sentir el calor que desprende.

—La pavana, mi señora —dice, con una ironía tan fina que casi parece otra cosa.

—Y yo que pensaba que preferías las peleas a los bailes —respondo, bajando la voz.

—Tanto esto, como lo otro… Solo lo hago con cierta dama. —Su sonrisa se ensancha—. Contigo, no hay peligro de aburrimiento.

La música se desliza en el aire. Avanzamos dos pasos, retrocedemos uno, giramos. El movimiento es pausado, medido, elegante. Cada gesto parece inocente, pero sus ojos no lo son: me siguen, me desnudan, me miden.

Uilleam Campbell, Conde de Argyll nos observa desde lo alto de la escalinata, inmóvil, con esa sonrisa de serpiente que me hiela la sangre.

Kerran inclina la cabeza al pasar frente a mí, y el roce de su aliento en mi mejilla me corta la respiración.

—Baja la mirada —susurra, sin dejar de moverse—. Si Argyll nota que lo observas, sabrá que le temes.

—No le temo —replico.

—Lo sé. Pero él necesita creerlo —susurra, con el tono justo entre orden y ruego—. Recuerda lo que te he dicho, si ocurre algo, busca a Broen.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

—Seguir con el plan —responde, con esa sonrisa que debería calmarme pero, que ahora, me irrita.

Y justo cuando el compás cambia y el círculo de bailarines nos obliga a acercarnos, lo piso.

No por accidente.

Por rabia.

Él se detiene un instante. Apenas un temblor. Luego se inclina hacia mí, tan cerca que su máscara roza la mía.

—¿Me has pisado a propósito? —murmura, con la voz baja y un brillo divertido en los ojos.

—Sí. —Elijo mis palabras como quien carga una flecha—. Por no ponerte a salvo. Por fingir normalidad cuando estás en peligro.

Kerran se ríe, pero su risa no suena alegre. Es esa que usa cuando algo le duele y prefiere esconderlo bajo su encanto.

—Así que este es tu modo de salvarme… dejarme cojo.

—Las bromas no te sirven conmigo, Kerran. Las usas para esconderte detrás. —Doy un paso hacia él, marcando el ritmo de la danza, aunque mis labios apenas se mueven—. Y ahora es momento de salir de aquí.

—No voy a darle a Argyll la satisfacción de verme correr. Prefiero que me vea bailar.

Me tensa la mano, y me hace girar.

Cuando vuelvo a quedar frente a él, su respiración está cerca. Demasiado.

—Si mueres esta noche, te juro que te mato yo —le susurro.

Kerran arquea una ceja.

—Tienes prisa por ser viuda.

Los pasos del resto de parejas marcan un ritmo que no oigo, porque lo único que percibo es el golpe del corazón de Kerran contra

el mío cada vez que nos acercamos.

—Podrías marcharte —susurro, sin apartar la mirada de la suya —. Podrías huir antes de que Argyll dé la orden.

—Y dejarte aquí con él —dice, sin dejar de moverse—. No, esposa mía. Procuro no cometer dos veces el mismo error.

La música se acelera, pero nuestros cuerpos no la siguen. Nos quedamos quietos, apenas balanceándonos, fingiendo seguir el ritmo mientras el mundo alrededor se emborracha de risa y vino.

—Kerran…

—Shh. —Apoya la frente contra la mía, su respiración caliente, su voz quebrada y baja—. No es una despedida. Es un baile para despistar a la muerte.

Sus labios rozan los míos sin llegar a besarlos.
Y en ese segundo lo entiendo: que no hay forma de detener lo que viene, que su sonrisa es una armadura y su burla, una plegaria.



Capítulo 37

«KERRAN»

A mi lado, Leigh aprieta la mano sobre la mía. Se inclina apenas hacia mí, como si fuera a susurrarme una broma.

—Me trajiste aquí para ganar tiempo —dice, con una voz tan baja que solo yo la oigo.

—Leigh…

—Si vas a hacerlo, hazlo ya. Saca al hijo de MacIntyre mientras todos miran hacia aquí.

—No voy a dejarte.

—Sí, vas a hacerlo. —Sus dedos me aprietan la mano con fuerza —. No pienso ver cómo te ahorcan por mi culpa. Si no lo haces —añade, sin parpadear—, anularé nuestro matrimonio.

Sonrío, porque no sé hacer otra cosa cuando el alma se me desarma.

—¿Después de llevar más de una semana consumándolo?

Ella no sonríe.

—Vete, Kerran. Ahora.

—Leigh…

—Hazlo. —Y cuando dice eso, no lo dice con rabia. Lo dice con amor. Con ese tipo de amor que te desangra por dentro porque te salva desde fuera.

Y se aparta.

Solo un paso.

Pero es suficiente para que el suelo se abra entre los dos.

Camina hacia el centro del salón, despacio, sin volver la cabeza. El vestido azul, aún húmedo por la lluvia, brilla con las luces del baile; el tartán sobre los hombros cae como una bandera que no quiere rendirse.

Yo la miro avanzar, y es entonces cuando lo siento:

Nunca he odiado tanto la belleza.

Porque la de Leigh, ahora, no sirve para lo que debería: no abrasa, no seduce, no pertenece al deseo.

Brilla como una condena.

—Mi lord Argyll —su voz corta la música—. Hace unos días me hizo una proposición.

El salón enmudece.

Yo doy un paso atrás, hacia las sombras, sin apartar los ojos de ella.

—Y le dije que respondería esta noche.

He visto a hombres enfrentar la muerte con menos valor del que Leigh tiene ahora mismo, empuñando solo una sonrisa.

El salón entero la observa.

Argyll baja los escalones con la elegancia de quien nunca ha tenido que ensuciarse las manos. Su máscara dorada de zorro reluce como si la mentira le hiciera de espejo.

—Mi lord Argyll —empieza con una reverencia que parece una burla—, espero que mi viaje merezca la pena para uno de los dos. El clima lluvioso hasta aquí ha sido tan hospitalario como vuestro carácter.

Un murmullo recorre la sala. Algunos ríen. Otros no saben si deberían. Argyll ladea la cabeza, divertido.

—Mi carácter, lady MacKinley, solo se adapta a la compañía y los deseos cumplidos.

—Entonces me compadezco de vuestros amigos —replica ella, y la sala estalla en una carcajada nerviosa.

Dios, es tan lista. Y tan temeraria.
Habla con la voz de quien ya no tiene nada que perder y por eso me aterra.

—Os diré algo —continúa, avanzando hacia el centro, el vestido azul aún húmedo y pegado a su piel—. Cuando recibí vuestra proposición la primera vez, sí, porque hubo más de una, incluso algún ultimátum, pensé que el conde de Argyll debía de haberse confundido de destinataria. Pensé que tal vez buscabais a alguna doncella impresionable o a una viuda aburrida.

—¿Y os convencí de lo contrario? —pregunta él, con esa voz que corta más que un cuchillo afilado.

—Me convencisteis de que sois un hombre con… ambiciones. —Hace una pausa, lo justo para que el silencio pese—. Aunque, si me permitís, dudo que ninguna esposa pueda satisfacerlas todas y es algo que he tenido muy en cuenta a la hora de elegir una respuesta…

Las risas se reparten entre las máscaras. Hasta los músicos bajan el volumen. Todo el mundo está en vilo y pendiente de sus palabras, esperando esa respuesta.

—Y decidme, lady MacKinley —dice Argyll, bajando otro escalón —, ¿qué es lo que finalmente os ha hecho decidiros?

Leigh levanta el mentón. La luz de las velas le roza la piel y, por un instante, parece hecha de fuego.

—La curiosidad. —Su tono es puro veneno dulce—. Me intrigaba saber si el hombre que arrasa tierras con tanta facilidad sería capaz de mantener una conversación sin degollar a nadie.

Algunos nobles se atragantan con el vino. Argyll sonríe, los dientes reluciendo bajo el oro.

—Cuidado, mi lady. Las palabras, en ciertos labios, pueden ser más peligrosas que las espadas.

—Entonces estamos empatados, mi lord.

Yo debería estar buscando las celdas, pero no puedo apartar la vista.

Ella los tiene a todos.

El salón entero está suspendido de su voz.

Y él, el zorro dorado, lo sabe. Por eso la deja hablar. Porque quiere ver hasta dónde llega.

Leigh camina en círculo, rodeando a los invitados, dejando que todos la sigan con la mirada.

—No os voy a negar que vuestra proposición me halaga. Vuestros modales son tan legendarios como vuestra… clemencia. —Hace una pausa—. Casi.

Yo la veo sonreír. Falsa. Perfecta. Brillante.
Así sonríe alguien que sangra y no quiere que lo huelan.

—Pero —añade—, una dama como yo no puede responder a una oferta de matrimonio tan… singular sin asegurarse de algo antes.

Argyll se acerca un paso más.

—¿Y de qué necesitáis aseguraros, mi lady?

Ella lo mira de frente.

—De que la jaula sea lo bastante grande para no notar las rejas.

El silencio cae como una hoja afilada. Él la estudia.

—Sabía que vuestra lengua era hermosa, pero no imaginaba que también fuera tan afilada.

—Las mujeres de las Highlands aprendemos a usarla porque todos sabemos que los hombres tenéis miedo de que aprendamos a usar la espada.

Argyll la observa como quien evalúa el valor de una pieza rara.

—Entonces habladme, lady MacKinley. Si no habéis venido a rechazarme, ¿a qué habéis venido?

Leigh da un paso adelante. Su vestido húmedo reluce como una armadura.

—He venido a contaros una historia.

Un murmullo curioso recorre el salón. El aire se enrarece. Hasta el fuego parece inclinarse para escuchar.

—Dicen que hubo una vez un zorro —empieza—. Astuto, encantador, tan hermoso que todos los animales del bosque lo admiraban.

El propio Argyll sonríe por debajo de la máscara dorada.

—Ya me gusta ese zorro.

—A todos les gustaba. —Ella asiente—. Aunque no tanto como a sí mismo. El zorro se creía invencible. Pero un día, un cuervo —hace una pausa, y mis entrañas se tensan— dejó caer un trozo de carne justo a sus pies. Y el zorro, convencido de que podía arrebatárselo sin mancharse el pelaje, levantó la cabeza… y no vio la trampa.

El salón contiene el aire. Leigh sonríe con suavidad.

—Cuando quiso darse cuenta, tenía el cuello atrapado. El cuervo ya había volado, y el zorro… bueno, el zorro descubrió tarde que no era tan listo.

Un par de carcajadas nerviosas estallan. Argyll se las traga con una sonrisa forzada.

—Interesante moraleja, mi lady. ¿Quién ganó, al final, el cuervo o el zorro?

Leigh baja la mirada, con un gesto que parece humildad, pero no lo es.

—Nadie gana cuando se alimenta del otro. —Levanta la vista—. Pero algunos sobreviven más tiempo.

Silencio absoluto.

Y ella, en ese silencio, brilla como si fuera dueña de todo lo que la rodea.

Argyll la rodea despacio, como un depredador midiendo la distancia.

—No todas las damas saben contar historias.

—No todas las damas tienen un público tan devoto, mi lord.

Él se detiene frente a ella.

—Y, decidme, ¿a qué viene vuestra fábula esta noche?

—A recordarnos —dice— que incluso los zorros más astutos pueden necesitar compañía.

—¿Os ofrecéis como tal?

—Me ofrezco como espejo —responde, con una media sonrisa—. Reflejad en mí lo que queráis ver, y así sabréis que tenéis delante.

Él se ríe, bajo, peligroso.

—Una esposa y una poeta. Interesante combinación.

—Pensé que os gustaban las mujeres que saben usar bien la lengua —replica ella, con dulzura venenosa.

Algunos nobles ahogan la risa; otros fingen toser.

Yo aprieto los dientes para no salir corriendo hacia ella.

Cada palabra es un paso más cerca del precipicio.

—Y bien, lady MacKinley —dice Argyll al fin, extendiendo la mano —, ¿qué conclusión tiene vuestra historia?

Ella se la queda mirando. Luego la toma.

—Que no hay jaula que no se pueda abrir… si se sabe amar lo bastante.

Los aplausos estallan. Argyll le besa la mano.

—Entonces ¿aceptáis mi propuesta?

Leigh sonríe, espléndida.

—¿De matrimonio? Claro, mi lord. Después de todo, ¿qué mujer sensata rechazaría un trato con el diablo?

Se gira un instante, entre el ruido y las risas. Me busca. Y en esa mirada me lo dice todo: corre, Kerran. Corre ahora.

Así lo hago.

Mientras el zorro dorado sonríe satisfecho sin saber que el cuervo ya ha escapado de la trampa.

El aplauso estalla como una llamarada contenida.
Las máscaras se inclinan, los nobles ríen con admiración.

Y ella —mi esposa, mi maldita luz— inclina la cabeza como si hubiera ganado un juego cuando, en realidad, lo que acaba de hacer es comprarme unos minutos de vida.

El corazón me late tan fuerte que juraría que el zumbido del aire lleva mi nombre. Me muevo entre las sombras, pegado al muro, y busco a los míos.

Broen está en la galería, apoyado en la barandilla, observando cada movimiento del salón como si pudiera anticipar el desastre antes de que ocurra.
Cuando alza la vista y me encuentra entre la multitud, le hago un gesto con dos dedos hacia los ojos, luego hacia Leigh.

No la pierdas de vista.

Él asiente, apenas una inclinación de cabeza.

Más allá, entre los músicos, reconozco a Finn por el brillo de su máscara torcida, por la manera en que nunca logra estarse quieto.

Alzo la mano con discreción, como si me ajustara la capa, y marco con el índice una dirección: hacia el pasillo de piedra que lleva al ala norte.

Las mazmorras están bajo ese corredor.

Finn me observa, deja que su copa se derrame con fingida torpeza sobre el suelo, provoca una distracción y se escurre detrás de mí sin que nadie lo note.

A mi alrededor, el salón vibra de risas, copas y música.

Pero lo único que oigo es la voz de Leigh.
Está hablando todavía, improvisando un brindis con la insolencia de una reina coronada por su propio sacrificio:

—Brindo —dice— por los hombres que creen que a las mujeres se las conquista con espadas, cuando a veces basta con saber hacerlas reír.

La sala estalla en carcajadas. Argyll también. Y mientras él lo hace, yo me deslizo fuera y empiezo a caminar entre sombras.

El ruido del salón se apaga tras las puertas de roble, reemplazado por el eco hueco de las bóvedas subterráneas.

Finn me alcanza unos pasos más abajo, todavía sonriendo con esa mezcla de adrenalina y locura que solo tiene cuando está al borde del desastre.

—Voy a decirlo sin sutilezas. Ella acaba de eclipsar a todo el salón. Si el infierno tiene trovadores, hoy estarán tomando notas. ¿Cuánto crees que durará el ardid antes de que el conde se dé cuenta de que lo está entreteniendo?

—Lo justo para darnos una oportunidad. —Miro al frente, calculando—. Mi tío sabe que estoy aquí, Finn.

Él se detiene un instante.

—Entonces esto no es una jugada… es un suicidio.

—Calla y sígueme.

Le muestro el rincón donde el muro se curva, cubierto por un tapiz. Lo aparto. Detrás, la piedra revela una grieta estrecha, con el relieve de un ciervo tallado a medio borrar por la humedad.

—Aquí.

—¿Y esto qué es? —pregunta Finn, arqueando una ceja.

—Otro atajo que mi padre nunca supo que yo conocía.

—Ah, una historia familiar. Me encanta cuando las mazmorras tienen valor sentimental.

Nos deslizamos dentro.

Los escalones son tan estrechos que tenemos que bajar de lado, con las antorchas levantadas.El sonido de la piedra húmeda bajo las botas se mezcla con el eco de gotas cayendo.

Finn sigue detrás, murmurando entre dientes:

—No es por ofender, pero el esplendor de tu castillo se desvanece un poco cuando estás pisando ratas.

A lo lejos, el corredor desemboca en una galería más amplia, una reja de hierro al fondo y el sonido apagado de una respiración humana.

Finn se adelanta un paso.

—¿MacLellan, no?

Asiento.

—¿Alguna seña?

—Sí —respondo, bajando la voz—. Una cicatriz en la sien. Y la rabia en la mirada.

Finn asiente, casi con respeto.

—La rabia siempre es buena compañía para salir de una celda.

Nos acercamos. La puerta del calabozo tiene la cerradura vieja, de las que ceden con la presión adecuada.

—No la han cambiado desde que yo tenía doce años.

Finn me observa en silencio.

—¿Y qué hacías tú con doce años en las mazmorras?

—Pagar penitencia por decir lo que pensaba.

—¿Y tu madre?

—La perdí antes de aprender a hablar y con ella a mi futuro hermano, pero cualquier otro momento es mejor que este para contarte la historia de mi vida, Finn.

—Entonces calla y obra el milagro, santo Kerran de las cerraduras.

Me agacho, paso los dedos por los bordes del metal y la abro con mi daga.

Cuando el cerrojo cede, el chirrido me recorre la espalda. El muchacho que está dentro levanta la cabeza, los ojos encendidos de fiebre y cansancio.

—¿Quién…?

—Un amigo de tu padre —respondo—. No hay tiempo. Ponte esto.

Le lanzo la capa y una máscara. Finn corta las cuerdas de sus muñecas.

—¿Sabes andar? —pregunta.

El chico asiente.

—Pues anda sin hacer ruido —añade Finn—. Y si oyes pasos, recuerda cómo correr.

Nos damos la vuelta. El aire se ha vuelto distinto. Demasiado silencioso. Tan solo el chisporroteo de la antorcha y el eco, lejano,

de la música que cambia de tono.

Finn se detiene.

—Demasiado fácil.

El silencio siempre avisa antes de la desgracia.
Lo noté cuando tenía ocho años y los soldados de mi padre entraron a quemar la aldea de los MacLeod.

Lo noto ahora, en las mazmorras de Dunstaffnage, cuando el aire se vuelve denso, como si hasta la piedra estuviera conteniendo el aliento.

El muchacho de los MacLellan da un paso atrás, con los ojos abiertos como si viera fantasmas.

—¿Qué ocurre?

—Que el diablo ha decidido llegar antes de lo previsto —respondo.

Un crujido nos corta la respiración: el chirrido del hierro abriéndose en la galería.

No hay tiempo.

Apago la antorcha con un golpe seco contra el suelo y tiro del chico hacia la pared, indicándole que no respire.

Finn se mueve junto a mí, el cuerpo pegado a la sombra.

Los pasos se acercan.

Tres. No… cuatro.

El fuego baila en las paredes. La luz se arrastra por el pasillo hasta rozarme los pies.

Veo al capitán de la guardia Campbell con otros dos hombres detrás y entonces lo veo a él.

Finn me mira.

Su expresión es una mezcla de incredulidad y esa resignación cínica que solo tienen los que ya han visto demasiadas veces

repetirse la misma historia.

—No me jodas… —susurra.

—Sí. —Trago saliva—. Justo él.

Tavish avanza y es el que ordena:

—Revisad las celdas —dice—. El traidor está aquí.

Finn se encoge junto a mí, el filo de su daga apenas asomando entre los dedos. Le hago un gesto con la mano para que espere. Mi sangre hierve, pero mi cabeza sigue fría. Doy un paso hacia atrás, despacio.

Finn me mira.

—¿Qué hacemos?

—Esperar a que se acerque lo suficiente.

—¿Para matarlo?

—Para que me lo diga a la cara.

La antorcha avanza, el fuego baila sobre la piedra húmeda, y entonces se detiene frente a mí.

—Aquí—dice—. He encontrado al traidor.

Finn se mueve instintivamente, poniéndose a mi lado.

—¿Qué demonios estás haciendo, Tavish?

—Es mi deber mirar por el bien de mi clan. —Su voz no tiembla —. Y el vuestro, ahora, es rendiros.

El capitán levanta la espada. La hoja reluce, y el reflejo me alcanza los ojos.

Pienso en Leigh. En el salón. En cómo se reía hace unos minutos, tan viva que dolía mirarla.

Y me arde la garganta.

—¿Qué te ha prometido, Tavish? —pregunto, con la voz ronca.

Él me sostiene la mirada.

Se pasa una mano por la cara, arrastrando el sudor y la culpa como si fueran lo mismo.

—Lo justo —dice al fin—. Lo que me corresponde.

—¿Y qué es eso, exactamente?

—Dun Fhionnlaigh —dice, despacio—. Las tierras. Las rentas. Todo lo que herede Leigh.

—¿Y ella? —pregunto, más bajo.

Tarda en contestar.

—Él no la tocará. Solo quiere el paso de Kilbrannan.

Me echo a reír, pero no hay humor en el sonido.

—¿Y te crees esa farsa? Uilleam no comparte lo que roba.

No lo entiendo. No quiero entenderlo. Doy un paso hacia él. La piedra cruje bajo mi bota.

—Creí que la amabas —digo.

—La amo —responde, sin vacilar.

Y lo peor es que sé que dice la verdad.

—Entonces explícamelo. ¡¡Explícame cómo un hombre entrega al demonio a la mujer que dice amar!!

Tavish me mira con los ojos enrojecidos, la respiración entrecortada.

—Porque el amor no basta, Kerran. No en este mundo. Ella… no iba a elegirme nunca. Y mi clan necesita un líder fuerte y unidad y paz.

En mi cabeza encajan al fin todas las piezas. Las cartas sin contenido, que Uilleam supiera que la mujer del burdel era Leigh. Alguien se lo contó. Sabían a dónde iríamos y a quién tendrían delante.

—Y por eso vendes a Leigh.

—No la vendo. Me aseguro de su bienestar —Levanta la barbilla, convencido de su propia farsa—. Está mejor con él que contigo.

—¿Bienestar? ¿Sabes lo que intentó hacerle su mensajero cuando cerró la puerta con ella dentro del burdel? Quiso forzarla. La marcó. Y tal vez Uilleam lo supo y lo celebró. ¿De verdad vas a dejar que él la tenga?

—Si no hubiera hecho un trato con Uilleam, habría muerto en la frontera.

Suelto una risa que no tiene nada de diversión.

—No es poder lo que te falta, Tavish. Es dignidad.

Sus ojos se oscurecen. Por un momento, la máscara cae.

—¿Y tú qué sabes de dignidad, Campbell? —escupe—. Mataste a tu padre. Huiste como un perro. Y ahora vienes a darme lecciones de honor cuando ni siquiera has sido capaz de respetar a tu prometida.

—No es mi prometida, Tavish. Es mi esposa por juramento. Y te lo advierto, no dejaré que la nombres nunca más.

Finn suelta un suspiro bajo.

—Esto se va a poner feo —murmura.

—Tú morirás esta noche. Y ella… ella me necesitará. No le quedará otra.

Lo miro. Y por primera vez, no siento rabia. Siento pena por él.

—Te equivocas, Tavish —susurro—. Ella no necesita a nadie.

Él levanta la espada, con la respiración desbocada, el orgullo en carne viva.

—Entonces quédate fuera de su camino.

—No lo haría ni aunque pudiera —le respondo con la quijada rígida.

Y alzo la mía.

El capitán levanta la espada, pero no la blande contra mí. Durante un segundo, sus ojos —grises, cansados, leales a un fantasma— se cruzan con los míos.

—Guardad las armas —ordena a sus hombres.

Los guardias se miran entre sí, desconcertados.

—Mi lord Argyll ordenó…

—He dicho que no —interrumpe el capitán, bajando lentamente la hoja—. Este asunto se resuelve entre ellos.

Su voz es grave, serena, pero hay algo en ella que huele a respeto antiguo. A esa lealtad que sobrevive incluso cuando todo lo demás se pudre.

—Capitán… —empieza Tavish, incrédulo.

—Tú has querido emboscarlo y matarlo, MacKinley —dice él—. Si quieres respeto, gánatelo. Con tus propias manos.



Las antorchas parpadean. El eco del acero chocando, resuena en las piedras. Y entre el ruido, oigo su voz:

—No tenía otra opción.

Pero sí la tenía. Siempre la tuvo.

Si ella pudiera verme ahora. Si supiera cuánto me arde el alma con solo imaginar que él toque su nombre con esa boca sucia.



Capítulo 38

«LEIGH»

Corro tras Broen por los pasillos de piedra como si pudiera alcanzarlo todo: el tiempo, la verdad, la esperanza. Pero solo alcanzo el frío.

—Por aquí —dice Broen, girando en seco hacia una galería más estrecha. El fuego de la antorcha tiembla al chocar contra las corrientes de aire, y el sonido de la música que llega desde arriba se va apagando hasta quedar solo el eco de las gotas al caer**.**

Hay un eco metálico, distante, que corta el aire. Es un sonido breve, seco, que no pertenece a la piedra ni al viento. Es un golpe. De acero contra acero. Después, un silencio tan absoluto que parece imposible que haya vida al otro lado.

Broen acelera el paso. Yo también. No pienso, solo me dejo llevar por la urgencia que me sube desde el estómago y me empuja hacia delante. El corazón me late en la garganta, y cuando giramos el último recodo del pasadizo, el tiempo deja de moverse.

La escena delante de mí queda entera suspendida en un segundo que no acaba nunca.

Kerran está frente a Tavish, los cuerpos tan cerca que parecen dos sombras fundidas.

El filo de la espada de Kerran brilla bajo la antorcha. Un segundo. Solo uno. Y luego se hunde, despacio, dentro de la carne. Justo en el centro del estómago de Tavish.

El sonido es sordo, húmedo, insoportable.

Tavish arquea el cuerpo hacia atrás, el aliento se le escapa con un jadeo, y la hoja, al salir, lanza una lluvia diminuta de sangre que salpica las losas.

Y el mundo… se calla.

No hay música.

No hay respiración.

Solo el goteo constante del agua, la antorcha crepitando y el ruido de algo que se rompe dentro de mí.

—No… —susurro. No sé si lo digo o si lo pienso.

Mis piernas se mueven solas. Corro. Las faldas arrastran el barro, pero no me detienen.

Tavish cae de rodillas primero y luego se desploma de lado, con un gemido que parece una oración maldita.

Kerran da un paso atrás. Su pecho sube y baja. No hay ira en su rostro ni rabia ni satisfacción.
Solo esa mirada suya fija en mí —abierta, rota, silenciosa—, como si el peso de lo que acaba de hacer fuera demasiado grande para sostenerlo.

Caigo de rodillas junto a Tavish. El suelo está helado, el olor a sangre me sube hasta la garganta.

Le aparto el cabello empapado de sudor de la frente, y mis dedos se tiñen de rojo al colocarlos sobre su herida para taparla**.**

—Tavish —susurro, temblando—. Dios mío, Tavish...

Él abre los ojos con esfuerzo. Hay tanta culpa, cansancio y miedo en su mirada que me rompe por dentro.

—Leigh... —su voz apenas es un hilo, un murmullo que se apaga entre jadeos—. No quería...

—Shh, no hables —le digo, pero mis palabras me tiemblan y no me obedecen.

—No quería perderlo todo... —su pecho se agita, la sangre se acumula en sus labios—. Ni a ti.

No entiendo lo que dice. O no quiero entenderlo. Solo sé que el aire se vuelve más denso, que cada segundo pesa como una piedra sobre el pecho.

Kerran sigue allí, inmóvil, con el rostro desencajado por una calma terrible.

—¿Por qué? —susurro, sin mirarlo.

Él no responde. Solo baja la cabeza, y ese silencio suyo duele más que cualquier palabra.

El capitán Campbell da un paso al frente cuando sus guardias levantan las espadas.

—¡Quietos! —les ordena. Los soldados se detienen confundidos.

—Pero… —empieza uno.

—¡Guardad vuestras armas! —repite el capitán, y el tono no deja lugar a dudas.

Camina hacia Kerran y lo agarra del brazo.

—Marchaos ahora —susurra entre dientes—. Antes de que el conde baje y os encuentre. Kerran lo mira, incrédulo.

—¿Por qué me ayudas?

El capitán aprieta la mandíbula.

—Porque algunos de nosotros aún recordamos quién fuiste antes de ser un proscrito. —Su voz se quiebra apenas—. No todos los Campbell rendimos pleitesía a Uilleam. Cuando llegue el momento, recordad que aquí dentro aún hay gente leal al conde legítimo.

Broen se acerca por detrás, cubriendo a Kerran, la mano en la empuñadura, atento a cualquier movimiento.

—Tenemos que irnos ya —le dice.

Kerran da un paso, como si quisiera acercarse a mí, pero no lo hace.

—Leigh...

—Ya dudé de ti una vez, sin darte la oportunidad de explicarte —susurro, más para mí que para él—**.** No volveré a hacerlo.

Tavish se mueve. Muy poco. Intenta sonreír, y el gesto se le rompe antes de formarse.

—Siempre... lo elegías a él... —murmura—. Aunque no lo supieras.

La sangre le brota de la comisura de los labios, y en ese instante todo se detiene. Su respiración se apaga y el silencio vuelve a llenarlo todo.

No lloro. No puedo. Pero con él, algo dentro de mí también muere un poco.

Arriba, la música sigue sonando.
Y me doy cuenta de que el mundo, incluso cuando se derrumba, no deja de bailar.

Kerran se agacha a mi lado, con voz grave y suave a la vez.

—Tenemos que irnos, Leigh.

No respondo.

Solo miro la espada de Kerran, la marca de su hoja en el cuerpo de Tavish, la sangre que aún tiembla sobre la piedra.

Y pienso que el amor no siempre redime.
A veces solo deja cicatrices más hondas.



Capítulo 39

«LEIGH»

Llueve. No con furia, ni con estruendo. Llueve como si el cielo también estuviera agotado. Las gotas caen despacio, sin prisa, resbalando por mi capa, por los dedos que ya no siento del todo. Me cala hasta el hueso. Pero no es eso lo que me hiela.

Altair nos esperaba con los caballos justo en la linde del bosque, bajo las ramas espesas, con el rostro mojado y la mirada alerta.

No ha hecho preguntas. Nos ha dado los nombres de los caminos seguros y despejados y el de la gente que todavía no ha sido comprada por Argyll.

Luego ha montado y se ha ido con Broen, escoltando al hijo del laird MacLellan hacia el norte, hacia su gente. Un pacto sellado con sangre ajena. Uno más.

Y nosotros... cabalgamos.

Kerran delante, apenas una sombra tensa recortada contra los árboles. Finn a mi lado, en silencio. El bosque parece un animal dormido que respira despacio. Hay ramas que crujen bajo las patas de los caballos, algún búho que canta a lo lejos, y ese olor a humo húmedo y a tierra revuelta que no se va.

Tengo frío. Un frío raro, como si no fuera del cuerpo. Me ha calado por dentro. Desde que vi hundirse esa espada. Desde que escuché ese último susurro de Tavish.

«Siempre lo elegías...».

No dejo de oírlo. Una parte de mí se repite que no es cierto. Que yo no elegí nada. Que solo hice lo que pude. Pero otra parte... la más cansada, la que tiembla por dentro, no lo niega. Solo se queda callada.

Finn me lanza una mirada de reojo. Su capa ondea a cada galope, y el barro salta rítmico bajo los cascos.

—¿Quieres hablar o prefieres seguir pareciendo un fantasma atormentado? —pregunta, con esa voz suya que parece siempre a medio camino entre la burla y la preocupación.

No respondo.

No porque no quiera.

Sino porque no sabría por dónde empezar.

—Lo vi con mis propios ojos. Si Kerran no lo hubiera detenido, ahora estarías camino a ser la señora Argyll. Y no por elección.

Trago saliva.

Finn baja un poco la voz.

—Lo hizo no porque piense que lo mereces todo, sino porque, para él, tú lo eres todo.

Pasamos un arroyo que baja cargado por la lluvia. El agua salpica. La noche sigue cerrada. Solo la luna, entre nubes, nos presta algo de luz para no perdernos del todo. Aunque yo ya estoy un poco perdida.

Kerran detiene el caballo al llegar a un claro. Desmonta sin decir palabra, y su silueta se recorta contra la niebla. Desmonto también. Mis piernas flaquean, no por el viaje, sino por todo lo demás.

Finn ata su montura a una rama baja y se aleja unos pasos, dándonos espacio.

Y entonces, solo entonces, Kerran me mira con esa mezcla de rabia muda y pena antigua que le asoma a veces cuando baja los muros y se deja ver de verdad.

No intenta explicarse.

No se defiende.

Y eso… eso duele más.

Porque así, roto, calado hasta los huesos, con los ojos fijos en los míos como si ya se hubiera rendido… lo único que siento es que me estoy rompiendo yo también.

—Si vas a decir algo —le susurro—, que sea ahora. Antes de que me acostumbre a este silencio.

Kerran traga saliva. El movimiento le tensa la mandíbula y la nuez del cuello sube y baja, marcada. La lluvia se le escurre por la cara, como si el cielo también le pesara encima.

—Eligió el lado equivocado —dice, con voz ronca, rota, como si cada palabra le arrancara algo.

No me muevo.

—Lo quería —digo.

—Lo sé.

—Era mi familia.

—También lo sé, Leigh. Pero hizo un trato con Uilleam, se lo contó todo, que tú eras la mujer del burdel para que pudiera chantajearte, nuestros planes, mi presencia en el castillo.

Se calla. Aprieta la mandíbula. Da un paso hacia mí.

—Todo a cambio de tu herencia. Como si tú no importaras. Como si no valieras más que tus tierras.

Mi pecho sube y baja. El aire no me basta. Las gotas siguen cayendo. El bosque guarda silencio.

—Y tú lo mataste —susurro.

—Y yo lo maté —asiente, sin apartar la mirada—. Porque iba a entregarte a Uilleam y arrebatarte todo. Porque ya había cruzado la línea al aliarse con mi tío y traicionarte. Y porque no me importaba morir si con eso te salvaba, pero tienes que saber que él fue el primero en blandir la espada.

No sé qué decir. El corazón me late tan fuerte que me duele. Lo odio. Lo amo. Lo quiero lejos. Lo quiero aquí.

—¿No había otra manera? —le susurro.

—No y por eso estoy aquí enfrentándome a tu dolor. Porque me conoces. Porque a pesar de todo, me conoces.

Me acerco un paso. Otro. Su aliento se confunde con el mío en el aire helado. Puedo oler la sangre que ya no lleva, el miedo que no admite, el amor que no dice.

Y sin embargo...

—Estoy rota —le digo.

—Yo también.

Nos miramos largo. Hay una urgencia vieja, una herida abierta, una promesa que aún no sabemos cómo cumplir.

Él da un paso más, despacio, como si temiera que el suelo pudiera quebrarse entre nosotros. Me busca los ojos, y lo que encuentro en los suyos no es culpa ni arrepentimiento: es cansancio. Cansancio de cargar con demasiadas verdades, de pelear siempre solo, de no saber cómo se sobrevive a una vida así.

—Podría decirte que no volvería a hacerlo —susurra—, pero no estoy seguro de que eso me deje dormir.

La voz le tiembla un poco al final, y no sé si es por el frío o porque, por primera vez desde que lo conozco, no sabe qué decir

para sostenerse. Me acerco un poco más, lo justo para sentir el calor de su respiración en la mía, el roce del aire que compartimos. Mis manos, sin permiso, se cierran en torno al borde de su capa empapada.

—Tú nunca duermes —respondo, bajito.

—Lo hago mejor desde que tú lo haces conmigo.

Me recorre un escalofrío que no tiene nada que ver con la lluvia. Hay algo en su forma de decirlo, algo que suena a confesión y a despedida al mismo tiempo. Levanto la mano sin pensarlo y le aparto un mechón de pelo que le cae sobre la frente y mis dedos rozan su piel fría y, aun así, siento cómo me quema.

—Puedes odiarme —dice, con una media sonrisa que no le llega a los ojos.

—Podría —respondo—, pero sería más fácil si no me miraras así.

Se ríe, apenas un soplo. Después me toma la muñeca con cuidado, sin apretar, como si temiera que el gesto pesara demasiado.

—No me pidas que me arrepienta, Leigh. No de esto. No de protegerte.

—No te lo pido —susurro—. Solo necesito tiempo para entender cómo se ama a alguien que mata por ti.

Sus dedos se tensan. Su mirada baja a mi boca, luego vuelve a mis ojos, y hay algo salvaje en ese vaivén, algo que me desarma porque no es deseo solo: es todo lo que no se han dicho en años.

Y entonces me dejo ir.

No a él.

Sino al abrazo.

A ese impulso estúpido y necesario de hundirme en su pecho, de cerrar los ojos, de temblar contra su cuerpo como si pudiera fundirme con su calor.

Kerran me abraza sin dudarlo. Con fuerza. Con todo el cuerpo. Como si me conociera entera. Como si supiera que el silencio duele menos así.

Y yo…

Yo lloro.

Por Tavish.

Por mí.

Por lo que fuimos.

Por lo que ya no volverá.

Lloro hasta que la lluvia me confunde la cara con el alma.

Y entonces, solo entonces, me permito respirar.

Porque mañana será guerra.

Pero esta noche… esta noche es duelo.

Finn carraspea detrás de nosotros, donde está apoyado contra un tronco, con los brazos cruzados.

—Por favor, que alguien diga que nos vamos antes de que empiece a llover otra vez… o antes de que tenga que fingir que no veo lo que está pasando.

Kerran no se ríe, pero suelta el aire con la mitad de una sonrisa. Me tiende la mano. La miro. La tomo.

Volvemos a montar.

Y cabalgamos hacia Dùn Fhionnlaigh. Con la lluvia cayendo. Con el barro bajo los cascos. Con la muerte en los talones y el amor, aunque dolido, intacto.

Finn nos sigue, refunfuñando algo sobre lo poco que le gusta ser el tercero incómodo de un drama romántico con barro hasta las rodillas.

El sol asoma entre las nubes, gris y pesado, cuando divisamos a lo lejos la silueta de Dùn Fhionnlaigh recortada contra la neblina.

Kerran frena el caballo. Se queda mirando las torres oscuras, los muros empapados que parecen resistir a todo, incluso al tiempo.

—¿Cuánto puede tardar Uilleam en reunir un ejército y presentarse aquí con el cuerno de guerra? —pregunta Finn.

—Menos del que tenemos —responde Kerran.

Su voz se pierde entre el ruido de la lluvia. Ninguno de los tres se mueve. Frente a nosotros, Dùn Fhionnlaigh parece un animal dormido, inmenso y oscuro.

Finn suelta un bufido.

—Genial. Así que vamos directos a una masacre segura.

—Si vas a morir, al menos que sea en un sitio con buena piedra —replica Kerran, sin girarse.

—¿Siempre eres así de optimista o es una estrategia para que el enemigo se ría antes de matarte?

Kerran lo ignora. Sus ojos siguen fijos en el castillo. Yo también lo miro. Hay humo saliendo de alguna chimenea, pero no hay movimiento en las murallas. Demasiado silencio. Demasiado vacío.

—¿Crees que Argyll atacará? —pregunto, rompiendo al fin el aire denso entre nosotros.

—No lo dudes. —Kerran ajusta la capa, el rostro ensombrecido—. Sabe que no puede dejarme respirar. Si no me mata rápido, los lairds bajo su yugo empezarán a dudar de él.

No lo dice con miedo. Lo dice con una calma que asusta más.

—Hay que adelantarse —añade—. Convocar a nuestros aliados antes de que Argyll los llame bajo su estandarte. Si lo consigue, estaremos rodeados.

El viento sopla fuerte, levantando la capa de Kerran, el tartán pegado a su pierna. Su perfil, bajo la lluvia, parece tallado en piedra.

—¿Y crees que vendrán? —pregunto.

—Vendrán los que aún recuerden qué significa el honor —dice él.

—O los que odien más a Argyll que a ti —añade Finn.

—Es lo mismo —responde Kerran, seco.

El silencio que sigue no es vacío. Está lleno de todo lo que no decimos: del miedo, de la rabia, del cansancio de las diez horas que arrastramos desde Dunstaffnage.

—Tendremos que mover a los más frágiles fuera del castillo ya. Si él ataca, lo hará por el flanco sur.

—¿Tan pronto?

—No esperará. —Su tono es áspero—. Si algo he aprendido de Uilleam es que, cuando sonríe, ya está planeando a quién enterrar.

Lo dice sin dramatismo, pero el aire cambia. El bosque parece encogerse alrededor.

—Entonces —susurro— no hay tiempo para el duelo.

—No —responde, con un leve giro de cabeza—. Pero si sirve de consuelo, tampoco lo habrá para pensar.

Finn vuelve a mirarnos, levantando la voz.

—¿Sabéis lo que más me gusta de viajar con vosotros?

—No —responde Kerran sin pensarlo.

—Que cada conversación es una oda a la alegría.

Y pese a todo, se me escapa una sonrisa. Breve, cansada, pero real.

La luz pálida se derrama sobre el valle, el castillo y las tierras empapadas que un día fueron promesa y ahora son frontera.

—Quiero hablar con tu abuelo antes de que Argyll le envíe emisarios —dice Kerran, con ese tono que mezcla mando y autoridad.

—Yo lo haré —respondo.

Me muerdo el labio. La lluvia se ha vuelto más fina, más constante. Ya no me duele la piel. Me duele el pecho.

—Y si pierdo —añado, sin saber si hablo de la guerra o de mí—, no quiero que seas tú quien cargue con eso.

Kerran niega, lento.

—Si tú pierdes, Leigh… yo también pierdo.

Finn, quizás consciente de que hemos cruzado la frontera de lo privado, vuelve a carraspear.

—¿Vamos al castillo o esperamos a que nos saluden con flechas? Porque os juro que preferiría morir atravesado que seguir flotando en esta tensión romántica a tres cuerpos.

Kerran suelta una risa breve, amarga.

–Vamos.

Nos ponemos en marcha.

Y mientras cabalgamos hacia Dùn Fhionnlaigh, sé que lo que viene no es una batalla, ni una escaramuza. Es el principio del fin.

De un linaje, de un silencio, de todo lo que todavía duele. Pero también… puede que sea el principio de algo más.



Capítulo 40

«KERRAN»

El fuego arde despacio en la chimenea, con ese crepitar suave que parece medir los segundos entre respiraciones.

La estancia huele a madera húmeda, a ungüentos, a esa mezcla de humo y tiempo que tienen los lugares donde la vida se resiste a irse del todo.

Me detengo en el umbral. Leigh está sentada junto al lecho, sosteniendo la mano del laird MacKinley con ambas, como si así pudiera anclarlo al presente.

Su perfil se recorta contra la luz del fuego. Está cansada, empapada, con la mirada de quien ha perdido más de lo que el cuerpo admite y aun así no se rompe.

Durante un instante, no digo nada. Solo la miro.

Y me duele verla así, tan sola en su ternura, tan pequeña ante el peso de todo lo que carga.

—Quédate —me dice, sin girarse siquiera, como si hubiera sentido mi presencia antes de oírme. Asiento y cierro la puerta despacio.

Busco una manta doblada sobre una silla y se la acerco al anciano, cubriéndole el pecho.

—Los caminos están vigilados —le digo en voz baja—. Si Argyll manda exploradores, no llegarán hasta aquí sin que lo sepamos.

Ella asiente apenas, agradecida, y vuelve su atención al viejo.

No habla al principio. Solo le pasa el pulgar por los nudillos, con una devoción que no le he visto jamás. Luego se inclina despacio y le susurra algo al oído, una frase que no alcanzo a oír del todo, pero suena con cariño.

Él parpadea, intenta enfocar su rostro, y tarda un momento en reconocerla.

—¿Lilias? —dice al fin, y el nombre me atraviesa como una sombra.

Leigh sonríe con paciencia, esa paciencia que duele de ver.

—No, abuelo. Soy yo. Leigh.

Él frunce el ceño, confuso, y vuelve a mirarla con los ojos vidriosos.

—Te pareces tanto a tu abuela… —murmura, y luego suspira, como si el esfuerzo de recordar le pesara más que el cuerpo.

—He venido a contarte algo, abuelo.

Él tarda en reaccionar. La mira como si tratara de recordar de dónde viene esa voz.

—¿Ha pasado algo? —pregunta, y el temblor en su tono delata que ya sabe la respuesta.

Leigh se inclina un poco, hasta que sus frentes casi se tocan. Sus dedos buscan los suyos, los entrelazan, y durante unos segundos solo se oye el fuego y el viento rascando en la ventana.

—Tavish no volverá —dice al fin. No hay dramatismo, solo verdad dicha con delicadeza—. Pero no se fue solo. Yo estaba con él.

El anciano parpadea, como si la memoria le doliera.

Se le quiebra la respiración.

—¿Cómo...?

Leigh aprieta su mano.

—Fue valiente hasta el final. Luchó por lo que creía justo.

Una lágrima se desliza por la mejilla del laird, lenta, casi con pudor.

—Mi muchacho… —susurra, apenas un hilo de voz—. Siempre supe que la vida no lo dejaría en paz. Guardaba el miedo a no ser suficiente y lo llevaba escrito en la cara. Por eso se aferró al deber, que hace menos ruido que el corazón, cuando lo que necesitaba era valor. Yo también le fallé.

Leigh lo mira sin poder contener el temblor.

—No tenía tu fuego. Tú… —la mira, con una lucidez repentina que duele—, tú tienes el mío y el de tu abuela.

Ella le besa la frente con un cuidado reverente, sosteniéndole la mano como si temiera que el mundo se desmoronara si la suelta.

—Entonces estaremos a salvo —murmura—. Porque nunca he conocido a nadie más fuerte que tú.

Él sonríe, con esa media sonrisa de los que ya no necesitan demostrar nada.

—No soy fuerte, niña —dice, con voz quebrada—. Solo soy un viejo árbol que no ha aprendido a caer.

Leigh aprieta su mano, conteniendo el temblor.

—Y ese árbol sigue dando sombra, abuelo. Aunque el bosque arda.

El laird cierra los ojos un instante, y cuando los abre, hay un destello de lucidez tan nítido que me deja sin aire.

—Has venido a decirme algo más —murmura.
Leigh asiente despacio.

—Argyll no se detendrá. Está reuniendo a sus hombres. En pocos días estará aquí.

El anciano guarda silencio. Su mirada se pierde en el fuego, que chisporrotea lento, arrojando destellos anaranjados sobre sus arrugas.

—Entonces que venga —dice al fin, con un tono tan sereno que parece antiguo—. Que venga y mire lo que queda cuando intenta arrancar las raíces de esta casa.

Leigh lo mira, con lágrimas que no llegan a caer.

—No quiero que sufras por esto. No quiero que vuelvas a perderlo todo.

Él sonríe, y esa sonrisa tiene algo de orgullo y algo de despedida.

—Perderlo todo, dices… —suspira—. Cuando era joven, creía que el hogar eran los muros. Ahora sé que son las manos que los levantan. Tú, muchacha, eres ese hogar.

Ella se queda quieta, como si esas palabras la atravesaran de parte a parte.

—Si ese malnacido pisa este suelo con un cuerno de guerra —añade el laird, más firme—, que sepa que las piedras mismas le recordarán a quién pertenecen.

Leigh inclina la cabeza y le besa la mano.

—Lo prometo —susurra—. No dejaré que destruya nada de lo que amas.

El anciano asiente, satisfecho, y su mirada se vuelve más suave.

—Entonces ya puedo dormir tranquilo —murmura.

Cierra los ojos con un suspiro largo, profundo, y Leigh se queda allí, sentada a su lado, sin soltar su mano, como si la vida pudiera sujetarse con solo quererlo lo bastante.

Yo la observo desde un paso atrás. La luz del fuego le tiñe el cabello de cobre y el rostro de una vulnerabilidad que duele mirar.

Pienso que ojalá el viejo la pudiera ver como la veo yo ahora: como la última raíz viva que ha resistido todas las tormentas.

Cuando al fin sale de la alcoba, no dice nada. Me basta con la expresión de su rostro para entenderlo todo.

El deber, el amor y la pena van trenzados en su mirada.

—Hay que preparar el castillo —dice, y su voz ya no tiembla.

Asiento mientras la sigo a la sala común.

—Los exploradores vigilan el paso norte. Yo me encargo del sur. —Hago una pausa—. Necesito al herrero. Quiero todas las cuchillas listas antes del amanecer.

Leigh asiente.

—Y manda llamar al carpintero. Que refuerce las puertas.

—Ya lo he hecho. —La miro—. Pero si Uilleam se mueve antes… no podremos resistir un asedio.

—¿Crees que esos hombres a los que llamaste llegarán a tiempo?

—No. —La palabra cae seca, sin adornos. No hay razón para mentirle—. Uilleam se moverá antes. No querrá darme tiempo a reagruparme.

—Si nos atrincheramos, perderemos el castillo y la moral —añade —. Lo sabes tan bien como yo.

—Sí —respondo—. Pero salir al encuentro no es menos peligroso.

—No. Pero al menos será en nuestro terreno.

Sus ojos se clavan en los míos, firmes.

—El paso de Kilbrannan. Cuando Argyll lo cruce, tendrá que hacerlo entre barro y una pendiente estrecha.

—Y nosotros podremos cerrarle el paso y contenerlo hasta que llegue la ayuda —termino la frase por ella.

Durante un instante ninguno habla. Solo se oye la lluvia, el golpeteo constante sobre las contraventanas.

—Mi abuelo no soportaría otra guerra bajo este techo —dice al fin, en voz baja.

—Lo sé.

—Entonces decidamos aquí, ahora. Sería muy poético que esta guerra se resolviera en el lugar que lo originó todo.

Yo la miro. Me acerco. Y en voz baja, solo para ella, le digo:

—Si tú decides luchar fuera, yo iré delante.

—No va a tocar este castillo —dice.

Hay algo en su tono que me obliga a mirarla. Ya no es la muchacha herida que temblaba hace un rato junto al lecho del abuelo. Es otra. Una que ha decidido no huir más.

Apenas acabo de decirlo cuando la puerta de la sala común se abre con un golpe seco.

Iona irrumpe como una tormenta, el rostro empapado en lágrimas, el cabello suelto, los puños cerrados. Ronan la sigue detrás, intentando sujetarla, pero ella se zafa con una fuerza que no parece de este mundo.

—¿Qué le has hecho? —grita, sin aliento, y su voz se quiebra al nombrarla.

Por un segundo nadie se mueve. Ni siquiera Leigh. La veo parpadear, como si aún no entendiera del todo lo que ve.

—Iona…

—¡Dime que no es verdad!—la interrumpe, temblando—. ¡Lo arrastraste contigo y murió! ¡Es tu culpa, Leigh!

Ronan intenta alcanzarla, sujetarla por los hombros, pero ella lo aparta con un gesto brusco. Está fuera de sí, la respiración entrecortada, los ojos hinchados.

—No quería que muriera, Iona.

—¡Pero murió contigo allí! —Su voz se rompe en mil pedazos—. ¡Contigo!

—Se alió con Argyll —dice Leigh, de repente. La voz le tiembla, pero no retrocede.

Iona la mira con los ojos rojos de furia.

—¿Y qué? —le escupe—. ¡Lo hizo por todos nosotros! ¡Por este clan! ¿Tan importante te crees que no eres capaz de sacrificarte por tu gente?

Leigh la mira, firme.

—¡No se trata solo de mí! —le responde, y el grito le sale desgarrado—. ¡Argyll tiene planes que van más allá de este castillo, de ti, de mí, de Tavish!

—¡Y tú decidiste que él debía morir! —le grita Iona—. ¡Como si eso te hiciera diferente de Argyll!

Doy un paso.

—¡Basta! —Mi voz retumba más fuerte de lo que esperaba.

Las dos se callan.

—No fue una ejecución. Fue una maldita pelea. Él eligió a quién quería servir y yo elegí a quién juré proteger. Ninguno ganó.

Ronan contiene el aliento.

No dice nada.

Su mirada va de Leigh a mí, y en ese instante sé que lo entiende.

Yo lo maté.

Pero Iona… Iona no lo asimila. Me mira con los ojos tan abiertos que parecen cortarme, la respiración acelerada, las lágrimas aún sin caer.

—Tú… —susurra primero, y luego la palabra se le atasca en la garganta—. Lo hiciste tú.

No suena como una acusación. Suena como si no pudiera creerlo. Como si la realidad se le hubiese vuelto un enemigo.

—Tú —repite, y esta vez escupe la palabra con todo el odio que le cabe en el cuerpo—. ¡Tú, que te haces llamar hombre! ¡Que finges salvarnos mientras lo único que haces es destruirlo todo!

Da un paso hacia mí, temblando de rabia, de impotencia. Ronan la sujeta por el brazo, pero ella se sacude, sin dejar de mirarme.

—¿Qué sabrás tú de lealtad? ¡Tavish sangró por este clan antes de que tú aparecieras a jugar a salvador!

Respiro hondo. No contesto. No serviría de nada. A los que aman, no se les convence. Se les hiere.

—Él levantó la espada —digo, al fin, sin alzar la voz—. Y yo no tuve otra opción.

Iona me mira como si quisiera arrancarme la cara a bofetadas.

Leigh da un paso hacia ella.

—Iona…

—¡No! —grita, y la voz se le quiebra—. ¡No te atrevas! ¡Tú también lo dejaste morir!

La rabia le consume la voz. Las lágrimas ya le corren por la cara, pero no intenta limpiárselas.
Ronan la abraza por detrás, fuerte, con los dientes apretados.

—Basta —le dice en voz baja, y su tono suena a súplica más que a orden—. Basta ya.

Ella no se resiste. Solo se deja caer contra su pecho, rota. Solloza como si se le rompiera el aire dentro.

—No lo entenderéis —susurra, sin mirarnos—. Ninguno de los dos. Él… él creía que todavía había una manera de salvarnos.

Leigh cierra los ojos. Creo que acaba de entender que la traición no solo era de Tavish y que Iona lo sabía todo.

No puedo callarme más.

La frase me sale áspera porque no la he pensado; sale porque la rabia y la verdad se me pegan en la lengua y, si no las digo ahora, me vomitan por dentro cada vez que respire.

—Tavish no traicionó por nobleza ni por defender su clan —digo, y mi voz, que intento mantener baja, corta la habitación como una cuchillada—. Tavish se vendió porque quería lo que no tenía: el castillo, las rentas, el nombre sin la rémora de ser solo el que «sostenía la espada». Le ofrecieron un trato que le llenaba la ambición hasta las cejas. Uilleam le prometió la herencia de Leigh si la entregaba a él.

Iona se queda congelada, como si la palabra «herencia» fuera una piedra que le pegara en el pecho. Veo sus dedos blanquear alrededor del puño de Ronan, veo cómo su furia se transforma en incredulidad, y luego en algo que se parece demasiado al horror.

Leigh llama a Ronan con un hilo de voz, sosteniéndole la mirada como quien lanza un ancla:

—Ronan… se avecina una guerra y tú eres el futuro de este clan. El próximo laird. Te necesitamos.

Él la busca con la mirada y le responde sin teatralidades, con la gravedad de quien no promete por impulso:

—No, Leigh. El futuro eres tú. Porque el pulso de este clan late donde estés tú, no en la jaula que te quieran imponer. —Da un paso hacia ella, con los ojos fijos en los suyos—. Yo no quiero el título; quiero que esta casa tenga quien la merezca. Si tú tomas el estandarte, yo estaré detrás, con la espada y la lealtad intacta. Siempre.

Leigh baja la mirada, y por primera vez en horas, la sombra que llevaba en el rostro se suaviza.
No porque crea que todo estará bien.
Sino porque, por un instante, deja de sentirse sola entre los suyos.

—Eso duele, porque yo no quería esto.

Y luego la respiración se le rompe y se deja ir, con el rostro hundido en el hombro de Ronan.

Él no dice nada. Solo la sujeta, firme, con esa calma que a veces vale más que todas las promesas.

Porque a veces amar también es saber cuándo quedarse quieto.



Capítulo 41

«LEIGH»

La lluvia ya no golpea, se instala del todo. Cae con esa paciencia de quien sabe que el mundo esperará.

Sobre la mesa, el mapa del paso de Kilbrannan está sujeto por un peso de hierro y por mi dedo índice, que recorre la línea del camino como si pudiera borrar la muerte con el roce.

Al otro lado de la puerta se oyen cascos en el patio, cadenas y risas contenidas. Hombres que hacen que la vida siga con el único instrumento que aún les queda, que es la fuerza.

Y entonces Kerran, que no ha dejado de moverse desde que amaneció gris, se detiene a mi lado y coloca sobre el papel un peso de hierro con la misma precisión con que yo quisiera colocar el mundo.

—Los mensajeros ya han salido —dice, sin alzar la voz—. Avisarán a nuestros aliados, a Broen y Altair que deben reunirse con nosotros en Kilbrannan.

—Bien —respondo, y el bien me sale áspero pero firme, como una piedra que encaja en un muro—. Quiero víveres para una

semana, resina para antorchas, mantas secas, y que el carpintero deje listas las estacas.

—Finn está en ello —añade Kerran, y su media sonrisa, cansada y viva, me pega un poco de sangre al pulso—. Eso significa que tal vez solo podamos contar con la mitad porque puede que venda la otra en el mercado negro o a contrabandistas.

—Dile que lo mataré si hace eso —murmuro, y cojo la pluma para marcar en el margen las tres vaguadas que siempre engañan al que llega confiado.

La puerta se abre y entra Fergus empapado hasta el hueso, el tartán pegado a los muslos, la barba goteando un agua.

Se detiene a dos pasos del mapa, observa el peso de hierro y mi mano sobre el pergamino, mira a Kerran, y se planta.

—Capitán —digo, sin apartar la mano del paso—. Vamos a Kilbrannan. Esperaremos allí a Argyll.

—Entonces es cierto —responde él, y su voz trae dentro noches sin dormir—. Reuniré a los mejores arqueros.

Sostengo su mirada porque ahí hay preguntas que todavía no ha contestado nadie, y decido no esquivarlas.

—¿Lo sabías? —pregunto, y mis dedos dejan por fin el mapa para abrirse sobre la mesa.

—Sabía que Tavish estaba cansado de esperar lo que creía suyo —contesta, limpiándose el agua de las cejas con el dorso de la mano —. No sabía hasta dónde. Mi lealtad es al clan, no a un hombre, Leigh. Y ese juramento hoy te pertenece a ti. Si me ordenas defender estas piedras, las defiendo. Si me ordenas morir en el barro, muero.

—Eso me basta —respondo—. Kerran está al mando, así que nadie debe dudar de sus órdenes.

Fergus asiente y Kerran pone un dedo sobre el mapa para guiarle.

—Esta vaguada se encharca con media nube, aquí metes madera cruzada y dos filas de puntas. El flanco sur lo cierra la roca, úsala. Si oyes el cuerno de guerra desde la colina de los tejos, no corras hacia el sonido, corre a cubrir el hueco que deja. Que nadie dispare sin ver el blanco de los ojos del enemigo ni hable ni se delate sin un propósito.

—Estaremos listos en dos horas —responde Fergus antes de girarse y marcharse.

Kerran se acerca y me coloca la capa sobre los hombros con la precisión de quien ajusta una armadura.

Sus dedos rozan mi cuello, ajusta el broche, desliza el pulgar por el borde para comprobar que no muerde la piel, y deja su mano un segundo más de lo necesario, solo uno, en mi clavícula.

—No pienso dejar que te maten antes de aburrirme de ti. Debes mantenerte a salvo en la retaguardia. Tú traerás lo que más falta hará: orden.

Lo miro de reojo. Tiene el cansancio y las horas sin sueño grabados en la cara y aun así tiene ese gesto insolente, el de quien podría decir cualquier cosa y salirse con la suya.

—Eso suena casi a afecto. —Miro al frente, fingiendo desinterés.

—Casi —responde—. No quiero que se me malinterprete. Tengo una reputación de canalla que mantener.

Incluso en la víspera de una batalla es capaz de hacerme sonreír. Qué fácil lo dice todo, como si no cargara encima medio mundo.

Se apoya junto a mí, la cadera contra la piedra, y durante un instante el silencio se llena de un rumor que no es ruido con su respiración, el goteo del tejado y su voz profunda y ronca.

—¿Sabes qué recuerdo? —pregunta.

—Me temo que vas a decírmelo igual.

—Cuando nos prometieron en esta sala. Tenías el cabello recogido, pero se te escapaban mechones todo el rato. —Me mira,

ladeando la cabeza, y en su tono hay algo entre ironía y nostalgia—. Yo intentaba parecer un hombre y tú solo querías escaparte del vestido.

—Tenía diez años. —Le devuelvo la mirada, medio sonriendo—. Y tú, trece y más arrogancia que sentido.

—Era parte del encanto. —Se encoge de hombros—. Aunque debo admitir que lo que más me gustaba no era la promesa, era la idea de que todo el mundo pensara que serías mía.

—No lo era —respondo, bajando la voz.

—No —dice, y en sus ojos pasa algo que no se disfraza—. Pero te bebía con la mirada como si lo fueras.

El aire se tensa un segundo. Hay cosas que nunca cambian, aunque una vida entera las cubra de silencio.

—Y ahora lo soy —añado, tan bajo que casi no me oigo.

Él gira despacio la cabeza, con esa mezcla de incredulidad y sonrisa torcida que solo él tiene.

—Soy tu esposo en secreto. —Sus labios se curvan—. Lo cual suena sorprendentemente excitante.

—Alguien tendrá que saberlo antes de…

—No lo digas. No, así, como si todo estuviera perdido y tuviéramos que prepararnos para lo peor. Sabes que voy a hacer todo lo que pueda para que sigas viva, ¿verdad?

—Lo sé. —Trago—. Y sé que eso es lo que más me duele porque solo deberías preocuparte de no morir tú.

Se pasa una mano por el cabello mojado, y me cubre los hombros con la capa de nuevo, con ese gesto torpe y feroz que solo él tiene.

—Si me da por morirme, prométeme una cosa —dice.

—¿Cuál?

—Que te enfadarás conmigo. No que me llorarás. Los hombres muertos no sirven para las lágrimas, pero sí para maldecirlos.

No puedo evitar sonreír, aunque el nudo en la garganta me quema.

—Va a ser un baño de sangre, Leigh. No hay manera de que esto acabe limpio.

Silencio. Solo la lluvia, los truenos lejanos, la cera goteando.

Siento cómo me tiembla el pulso.

—Kerran… —empiezo, sin saber cómo seguir.

—No digas nada. —Niega, con un gesto suave—. Si empezamos a decir lo que sentimos, no habrá quien nos mande a la guerra.

—Entonces déjame al menos decirte que te amo.

Las palabras me salen despacio, torpes, como si tuvieran miedo de no sobrevivir al aire.
No suenan grandilocuentes. Suenan reales. Dolorosas. Vividas.

Kerran cierra los ojos un instante, y por un segundo creo que va a hacer alguna broma sobre el dramatismo o sobre lo inoportuno del momento. Pero no.

Cuando los abre, me mira como si acabara de recibir una herida que no quiere vendar.

Sus manos me toman la cara con una delicadeza que no le conocía, como si temiera dejarme marcas.

—Te amo —repite, bajito, con un hilo de voz que parece arrancárselo del pecho—. Y si muero mañana, que el infierno me encuentre con tu nombre en la boca.

No sé quién se acerca primero, si él o yo. Solo sé que su boca me encuentra como si ya supiera el camino. El beso no es suave. Tampoco feroz. Es el beso de dos personas que saben que el tiempo se les acaba y quieren grabarse a fuego la forma exacta del otro.

Me muerde el labio inferior, leve, solo lo justo para arrancarme un gemido.

Yo respondo, tirando de él con la misma desesperación que tiene quien intenta guardar aire antes de hundirse.

Su lengua me busca, me encuentra, y la mía responde sin pensar, sin táctica ni pudor.

El beso se vuelve lento y profundo, una guerra distinta, hecha de saliva y respiraciones entrecortadas.

Siento el sabor del vino que bebió horas antes, el olor de la lana mojada, el roce rasposo de su barba contra mi mejilla, la presión de sus dedos en mi nuca.

Cuando se separa, apenas unos centímetros, ambos jadeamos.

—No te atrevas a morirte —le digo.

—Tarde. —Su sonrisa se ladea—. Ya lo hice una vez, cuando te perdí.

—¿Sabes qué es lo que más recuerdo de ti? —pregunto, despacio.

Él arquea una ceja, medio divertido.

—Mi irresistible encanto, supongo.

—Eso vino después. —Sonrío, apenas—. Mucho después.

Kerran baja la mirada, pero el gesto no le borra la sonrisa.

—Entonces ilumíname, esposa mía.

Respiro.

—Recuerdo cuando tenías trece años y robaste el caballo del laird MacDuff solo porque decidiste que nadie merecía tener un animal tan hermoso y tan triste al mismo tiempo. —Sus ojos se abren, incrédulos—. Lo devolviste tres días después porque tú padre te obligó, pero te pasaste semanas alimentándolo a escondidas sin decir nada, ¿te acuerdas?

—Era un buen caballo. —Responde con media sonrisa—. Más noble que su dueño.

—Sí. —Asiento—. Y tú también lo eras, aunque no lo supieras.

—También recuerdo la primera vez que peleaste con un hombre adulto. —Suspiro, y la imagen me asalta tan viva que me tiemblan las manos—. Tú eras un niño y todos se reían de ti, y aun así, no diste un paso atrás. Tenías el labio partido, la cara hinchada, y dijiste que un hombre solo se mide por lo que no está dispuesto a rendir. Tenías catorce años, Kerran. Y ya eras más hombre que todos ellos juntos.

Él traga saliva. Su voz sale baja, ronca:

—Eras demasiado observadora para tu edad.

—Y tú demasiado imprudente para la tuya. —Le sonrío—. Pero no sabías mentir. Esa fue siempre tu mayor condena.

Kerran sonríe apenas, con esa mezcla de orgullo y pena.

—¿Sabes qué más recuerdo? —le digo, sin mirarlo todavía—. El día que se me escapó el caballo y casi acabo en el río. Tú apareciste sin decir una palabra, me sacaste del barro y me echaste encima tu capa. Yo temblaba, medio muerta de frío, y tú solo dijiste: «si no aprendes a montar bien, al menos aprende a caer con dignidad». Tenías barro hasta las pestañas, sangrabas por la ceja porque te precipitaste en una carrera salvaje por mí… y aun así te reíste. Esa risa tuya, ¿sabes? —Lo miro—. La recuerdo mejor que mi propio nombre. Siempre sonaba como si te burlaras del miedo. Como si todo doliera, pero tú decidieras que no.

—Supongo que ya apuntaba maneras.

—Apuntabas a todo lo que eras —susurro—. Valiente, insoportable, imposible. Pero noble hasta el tuétano. Aunque el mundo se haya empeñado en hacerte creer lo contrario.

—No recordaba eso —murmura.

—Yo sí. Lo recuerdo todo, Kerran.
Recuerdo cómo reías antes de que la vida te rompiera. Cómo escuchabas antes de decidir. Cómo me mirabas sin tocarme, como si hubieras llegado a casa y no hiciera falta abrir la puerta.

Él cierra los ojos. Su respiración se acelera apenas.

—No me hagas esto, Leigh. No sé si merezco que me recuerdes así.

—Te lo debo. —Le tomo la mano, la aprieto con ambas—. Porque te has pasado la vida cargando con culpas que no te pertenecen.

Sus ojos me buscan. Son de un color tormentoso que casi duele. Yo sigo, porque si paro ahora, me rompo.

–Y el día que te fuiste… Yo solo veía el vacío que dejabas, no lo que estabas intentando salvar.
Y te odié por eso. Te odié tanto que cada vez que decía tu nombre me dolía el pecho. Y estaba tan equivocada… y ahora, te he visto mandar hombres sin levantar la voz. Te he visto sangrar por otros sin que nadie lo notara. Y cuando todo se cae a pedazos, tú sigues en pie, sin pedir nada, sin explicarte, como si no supieras que eso… —le rozo el pecho con la mano— eso es lo que te hace distinto. Lo que te hace mejor.

Él traga saliva, los ojos brillando con una furia que no sé si es tristeza o amor contenido.

—Leigh… No digas eso justo antes de ir a morir.

—Entonces no mueras. —Respiro contra su boca—. Pero si lo haces, que sea sabiendo quién eres.

Le muerdo el labio y él responde con ese sonido bajo, casi un gruñido, que me eriza el alma.

Sus manos me sostienen como quien teme soltar el último pedazo de vida que le queda.

La barba me raspa la piel, la capa se abre, el aire se llena de amor y ternura y pienso que no hay nada más vivo que este instante

que puede ser el último.



Capítulo 42

«LEIGH»

Llueve. Otra vez. No con fuerza, pero con esa insistencia obstinada que parece propia de las Highlands.

El paso de Kilbrannan se abre entre las montañas como una herida aún sin cerrar. Aquí estamos, desplegados entre la niebla y el barro, con las capas empapadas, los caballos resoplando, y el sonido sordo de las armaduras mal ajustadas.

Las tiendas son pocas, las hogueras, contadas. Pero las miradas... las miradas lo dicen todo.

Kerran camina por el campamento como si ya hubiera luchado. Cada paso le pesa, pero no afloja. Altair está encorvado sobre un mapa, trazando rutas, mientras Finn murmura una sarta de improperios sobre el estado de sus botas, el barro, los lairds, el barro otra vez, y el universo en general. Broen no habla. Nunca habla mucho, pero su sola presencia parece contener el aire.

Yo intento no pensar. O pensar solo en lo necesario.

—Si seguimos así —dice Finn, arrojando un hueso al fuego—, Argyll no tendrá que matarnos; nos mataremos nosotros por aburrimiento.

—O por tus chistes —responde Altair sin levantar la vista—. Llevas tres días sin callarte.

—Es mi modo de contribuir al esfuerzo bélico —replica Finn, con una sonrisa que vale más que toda la pólvora de Escocia—. El enemigo no teme al acero, pero sí al ridículo.

Broen, al fondo, suelta algo parecido a una risa. O un gruñido. Nunca estoy del todo segura con él.

De repente, uno de los vigías grita.
Un grupo de hombres arrastra entre la niebla a un mensajero cubierto de barro, la boca amordazada, el emblema de los Campbell todavía visible bajo la capa empapada.

—Iba hacia Dùn Fhionnlaigh —dice Altair, con su calma peligrosa —. Lo hemos interceptado antes de que llegara.

Le quitan la bolsa de cuero que lleva colgada al pecho. Dentro, un pergamino sellado con cera roja.
Kerran lo toma y lo deja sobre la mesa improvisada.

Altair rompe el sello y lee en voz alta:

«Por orden de Su Majestad Jacobo V, Rey de Escocia, se autoriza al Conde de Argyll a aprehender y entregar al traidor Kerran Campbell para su ajusticiamiento, y a proceder contra cualquier clan o individuo que le preste amparo con el fin de restablecer la paz en las Tierras Altas.»

La frase flota unos segundos, pesada como plomo.

Finn silba, bajo.

—Bueno… —murmura—, al menos se han tomado la molestia de escribir tu nombre correctamente.

Kerran no responde. Se limita a mirar el pergamino como si fuera una piedra que ya conocía y que ahora solo confirma lo que sospechaba.

Uno de los lairds, McRae, da un paso atrás.

—Eso cambia las cosas. Enfrentarse a Argyll es una cosa. Enfrentarse al Rey, otra.

Otro lo sigue.

—Yo no me he aliado para participar en un alzamiento contra la Corona.

El aire se llena de murmullos. Duda. Prudencia.
Y ese miedo que empieza siempre por el estómago.

Camino entre ellos. Paso a paso. No me detengo hasta llegar al centro.

—No pedimos traición —digo, sin alzar la voz—. Pedimos que la ley del Rey no se use para extorsionar a los clanes de las Highlands. Que su nombre no sirva de excusa para que un hombre como Uilleam Campbell destruya lo que otros protegen.

Me escuchan. Algunos, de verdad. Otros, solo lo fingen. Pero el murmullo baja. El campamento respira. Es poco. Pero es algo.

Entonces Altair da un paso al frente, seco, decidido.

—Pediremos parlamento al alba con bandera blanca y la lectura pública de la comisión —dice, y todos lo miran como si hubiera perdido el juicio.

Él mantiene la calma, como siempre.

—¿Para qué? —pregunta uno de los hombres del norte—. La orden lleva el sello real. Eso basta.

Altair ni parpadea.

—Precisamente por eso —responde, con una calma que solo los que piensan más rápido que el resto pueden permitirse—. Si el conde de Argyll dice actuar en nombre del Rey, que venga y lo diga frente a todos. Que lea el mandato en voz alta y ante testigos.

El silencio que sigue es denso, cargado de comprensión a medias y de miedo disfrazado de sensatez.

Kerran lo rompe con un gesto seco.

—Que así sea —dice—. Parlamento al alba. Que el capitán del Rey se ate a su propio mandato.

Altair asiente, y en su mirada pasa un destello que solo unos pocos entienden.

—No hay mejor forma de vencer a un mentiroso que obligarlo a hablar.



La lluvia arrecia cuando se reparte la cena entre los hombres. Las mujeres que han acompañado a sus esposos o hijos tienden una mano como pueden: cocinan, remiendan, calman. El campamento entero… huele a despedida.

Las sombras crecen entre las tiendas, y hay cuerpos que no se atreven a cerrar los ojos.

Guardias que miran de reojo cada crujido. Hombres que rezan. Hombres que beben. Hombres que fingen que no tiemblan. Otros que no encuentran reposo. Y yo… yo tampoco.

Kerran no ha dicho una palabra desde que Altair propuso el parlamento. Pero ahora me busca con la mirada entre la bruma. No dice nada. Solo me hace un gesto con la cabeza. Lo sigo.

Esta podría ser la última noche. La última vez que lo vea. Que lo toque. Que lo tenga.

Abro la lona de la tienda y me lo encuentro de frente, quitándose la camisa con prisas. Y en cuanto me ve, algo se rompe en su rostro. No dice nada. No pregunta. Solo me mira con ese fuego oscuro que me atraviesa y me consume.

No habla.

No me deja ni cerrar la lona.

Me atrapa.

Me empuja con el cuerpo hasta una de las columnas de madera de la tienda que tiembla, y cuando sus manos me agarran la cara, no sé si quiere besarme o borrarme el pensamiento.

Su boca choca con la mía sin permiso, con hambre. Con urgencia. Me muerde. Me come. Me maldice.

—¿Sabes qué odio? Pensar que cuando me vaya serás de otro. Intento no pensar en ello, te lo juro, pero me vuelve loco. Te imagino besándolo, mirándolo como me miras , olvidándote de mí y dándole hijos, una familia mientras yo me convierto en polvo y eso me mata, Leigh.

Me quedo quieta. No porque no tenga respuesta, sino porque todo en mí tiembla. Él está delante, tan cerca que puedo oler la lluvia en su piel y el humo en su pelo.

—Entonces no te vayas —susurro. Y mi voz, tan firme hace horas ante los hombres, suena ahora como la de una niña perdida.

Él me mira como si le doliera oírme.

—Esa es una promesa que no puedo hacerte.

—Tampoco yo podré olvidarte.

Me sujeta la cara con manos ásperas que no saben de dulzuras fingidas y me obliga a mirarlo y me veo en sus pupilas como en un precipicio.

Le rodeo el cuello con brazos que tiemblan y descubro, junto al hueso, el olor metálico del hierro y de la piel mojada.

—Dime que no estás pensando en entregarte. No te atrevas a morir sin mí —le digo entre beso y beso, y mis palabras se le cuelan dentro como si fueran suyas.

Sus dientes rozan mi labio, no con intención cruel sino con esa mezcla de posesión y necesidad que hiere y cura a la vez. Me

muerde apenas y me corta el aire con un gemido que no es de miedo sino de entrega.

Me atrapa por la cintura y me levanta sin decir una palabra. Me sienta de golpe sobre la mesa de campaña, con tanto ímpetu que las patas crujen.

Su lengua entra en mi boca con violencia. Sus manos me recorren como si no fueran a volver a tener cuerpo que tocar.

—No sé si podré dejarte —susurra contra mi clavícula, y la frase me rompe.

—Entonces no lo hagas. —Mi voz sale baja, entrecortada.

Me arranca el corpiño.

No lo desata. Lo arrebata. Lo revienta.

Y tira de mi ropa como si la odiara. Como si odiara todo lo que me separa de él. Las cintas saltan, los ganchos rasgan, la tela cede. Me deja desnuda. Entera. Delante de él. Y no me mira con dulzura. Me devora con los ojos.

Le tiembla el pecho. Le tiemblan los brazos. La camisa ya no está. Solo queda su piel mojada, caliente, salpicada por la antorcha que lanza sombras en los laterales de su torso. Está empapado. Y hermoso. Y desesperado.

Sus pupilas están dilatadas. Su erección le tensa la ropa. El aire que exhala suena a rugido contenido.

—Te quiero marcada entera por mí —dice.

No sé si me habla él o al demonio que parece dominarle ahora. Gruñe, me empuja más sobre la mesa y está termina rota, cayendo al suelo. El sonido nos sacude, nos arranca una carcajada rabiosa, casi feroz.

Pero él me alza por las caderas y me lleva contra la pared de lona, tropieza con una silla y la derriba.

Me gira. Me aprieta contra una de las columnas de madera de la tienda. Me pone de espaldas y me aprieta las muñecas sobre la cabeza con una sola mano. Mete la otra entre mis piernas. Me toca. Me abre. Me hace gritar.

—Esto es mío —me susurra al oído mientras me penetra más hondo con los dedos—. Tú eres mía. Aunque me muera. Aunque me odies.

Y me lanza sobre el catre, que parece a punto de derrumbarse también. Todo cruje, todo estalla. La madera. Mis huesos. El mundo.

No hay palabras. Solo deseo.

Y algo que se parece demasiado a un adiós.

Se arranca el cinturón de un tirón. Como si no tuviera tiempo. Como si el amanecer fuera una guillotina. Y su tartán cae al suelo.

Y lo miro a placer.

Su sexo, grueso, palpitante, tenso. Las venas marcadas, la piel tirante. Se le agita el pecho. Y el fuego en su mirada es una amenaza.

Me sube las piernas hasta sus hombros y se arroja sobre mí, piel contra piel, cuerpo contra cuerpo, furia contra necesidad. Me muerde el cuello, el hombro, baja por mis pechos sin cuidado. Me sujeta con una mano mientras con la otra me tira del pezón hasta que grito. Se agacha, me chupa con los dientes, me muerde el otro pezón hasta que grito de nuevo.

—No te atrevas —me susurra entre los dientes—. No te atrevas a gritar así con nadie más, a darle esa cara, esos gemidos, el placer de verte deshecha.

Hay un miedo en su voz que lo hace más humano que nunca.

Lo empujo. Le pego en el pecho con rabia, pero solo es un muro de músculos y le clavo las uñas en los hombros. Le muerdo el labio.

—¡Y tú no te atrevas a morir sin mí!

—Quiero morir en ti —susurra.

—Y yo quiero vivir en ti —respondo.

Me embiste.

Brutal.

Hondo.

Entero.

Me arranca el aire.

Grito.

Me sujeta las muñecas por encima de la cabeza y me penetra como si no fuera a poder hacerlo nunca más. Como si en ese momento, su vida entera dependiera de marcarme por dentro. De quedarse dentro de mí. De grabarse. De tatuarme con su carne.

—Mírame —me pide. No es una orden, es una súplica. Lo hago.

Su mirada me incendia y me calma al mismo tiempo.

—Si muero mañana, quiero que recuerdes esto. —Su voz se quiebra al decirlo.

Le acaricio la mejilla con la yema de los dedos, siguiendo la línea de su barba.

—Lo recordaré. Aunque no quiera. Aunque intente olvidarlo. Aunque me odie por hacerlo.

Empuja con rabia. Golpea el catre. La tienda entera se sacude. La lona cruje. Un cuenco cae al suelo. La mesa pequeña que hay al lado se vuelca. No lo oye. No le importa.

Solo aparta los ojos un segundo para mirar un palo de soporte caído y la lona medio desplomada sobre nosotros, y sonríe, esa sonrisa torcida, feroz y dulce al mismo tiempo.

—Si no vuelvo, prométeme que vivirás. Yo te querré incluso cuando no quede nada de mí.

—No, solo prométeme que no te entregarás.

No responde. Solo me mira, y en sus ojos hay una promesa muda que solo el amanecer podrá romper.

Cuando me besa otra vez, lo hace con rabia. Una rabia limpia, desesperada. Me muerde el labio, me obliga a abrir la boca y entra en ella con la lengua como si buscara refugio. Yo le devuelvo el beso con la misma violencia.

Y entonces se parte.

Se rompe dentro de mí, con un gemido ronco, desgarrado, primitivo que devuelvo con mi propio clímax mientras él me llena con todo su miedo, su deseo, su despedida. Me cubre con el cuerpo, con el alma, con la desesperación más hermosa que jamás haya sentido.

Nos quedamos así. Pegados. Respirando el mismo aire. Sin movernos. Sin palabras. Sin tiempo.

Las sillas están tiradas. La mesa rota. El catre hundido. La lona colgando. Nosotros jadeando en el suelo, cubiertos de sudor, de saliva, de desesperación.

Afuera, la lluvia sigue cayendo.

Dentro… todo se derrumba.



Capítulo 43

«KERRAN»

El amanecer no llega, se arrastra.

La niebla cubre el paso de Kilbrannan como una sábana sucia, y la lluvia fina sigue cayendo mientras cala sin prisa pero sin tregua.

Los hombres revisan cuerdas, filos, correas, aunque todos saben que nada de eso bastará si el Rey decide que hoy debe morir un Campbell.

Altair da órdenes con esa calma suya que irrita y tranquiliza al mismo tiempo. Broen afila una hoja. Finn bebe algo que no es agua y que probablemente podría prender fuego a un ciervo.

Y Leigh…

Leigh camina entre los hombres con la cabeza alta y las manos heladas. Nadie lo dice, pero todos la siguen con los ojos. Porque cuando ella pasa, parece que la lluvia deja de importar.

Yo intento no mirarla. No me sirve de nada.

A veces me descubro deseando que esta niebla lo cubra todo y nos borre a los dos de todo esto. Pero luego recuerdo su cuerpo

contra el mío, su respiración ardiendo sobre mi piel, su voz diciéndome que no me atreva a morir sin ella y sé que ya no hay vuelta atrás. Esto es todo por Leigh.

Estoy revisando la espada cuando oigo el inconfundible sonido de Finn acercándose. Tiene ese paso ligero que anuncia problemas o soluciones, y casi nunca sé cuál de las dos trae.

—Buenos días, marido en prácticas —dice, y solo con eso ya sé que algo va mal.

Levanto la vista.

Viene empapado, sonriendo como si acabara de robarle un beso a la muerte, y trae con él a un hombre encorvado bajo una capa negra y una jarra de cerveza en la mano.

—¿Qué demonios es eso? —pregunto.

—Esto —responde, quitándole la capucha al pobre desgraciado— es un sacerdote. O algo muy parecido. Dice que puede casar a dos almas perdidas incluso antes del desayuno.

—Finn…

—Cállate. —Levanta un dedo—. No he venido a discutir. He venido a corregir un error.

Leigh, que estaba al otro lado del fuego, se acerca, con el pelo suelto y la capa empapada pegada a la piel.

—¿Qué error?

Finn la mira, y por primera vez en días no sonríe.

—Escucha, hermano. —Hace una pausa, y su tono cambia, más bajo—. Ya sé que hicisteis el handfasting. Que sois marido y mujer. Te lo oí decir. Pero el cielo es más terco que la tierra, y si vamos a morir, al menos moriremos haciendo las cosas bien, con testigos, ante Dios y legalmente. Así que, si alguien tiene algo que decir, que lo diga ahora o que cierre la maldita boca para siempre.

—Finn… —empiezo paciente, pero él me corta.

—No me jodas, Kerran. —Me mira con esa mezcla de afecto y fastidio que solo él sabe manejar—. Te he visto morir más de una vez. No pienso verte morir otra sin que esta mujer lleve tu nombre en los registros. Anoche pensé que se nos venía abajo medio campamento con vuestro... entusiasmo.

Leigh se tapa la cara con una mano, entre la risa y la vergüenza.

—Eres un imbécil, Finn.

—Sí, pero un imbécil con oído fino. —Levanta la jarra—. Brindo por eso y por el catre caído en combate.

Altair sonríe de lado, y Broen masculla algo como «descansen en paz las bisagras».

El cura, por su parte, parece preguntarse en qué tipo de infierno ha aterrizado.

Leigh me mira. No dice nada, pero en sus ojos hay una calma que da más miedo que la tormenta y afirma con la cabeza.

Y entonces lo entiendo. No es por fe. Ni por leyes. Es por eso que no se dice pero se siente. Ese impulso idiota de querer dejar una marca antes de desaparecer.

Respiro hondo.

—Está bien. —La frase me raspa la garganta—. Hagámoslo.

Finn sonríe, satisfecho, y le da una palmada en la espalda al sacerdote, que casi cae al suelo.

—Ya lo oíste, hombre santo. Reza rápido, que tenemos una guerra que atender.

Nos colocamos bajo una de las carpas, donde el agua gotea sin ritmo. Finn, por supuesto, se planta a mi lado como si fuera mi padrino de boda y de muerte a la vez.

El sacerdote carraspea, nervioso.

—¿Queréis unir vuestras vidas… hasta que la muerte os separe?

Leigh da un paso al frente. No parpadea.

—Que la muerte lo intente —responde.

Yo no sé si reír o arrodillarme ante ella.

Así que solo digo:

—Sí. La quiero. Y, si muero, que sepan que fue lo único que hice bien.

Finn suelta una carcajada.

—Eso sí que es amor. O locura, que al final es lo mismo.

El sacerdote levanta la mano temblorosa y murmura unas palabras que nadie escucha porque el viento las roba. Cuando termina, hace una cruz sobre nosotros con el dedo húmedo y dice algo parecido a una bendición.

Leigh me mira.

Y lo que pasa después no es ceremonioso ni solemne. Es simple. Humano. Me toma la cara con las manos heladas, y me besa. Lento. Callado. Con esa suavidad que hiere más que cualquier espada.

Altair murmura algo que suena a «Vaya forma de empezar un día de guerra».

Y yo pienso que, si este es el último amanecer que veo, no podría haber elegido otra forma mejor de empezarlo.

La lluvia sigue cayendo.

El sacerdote se santigua y se aparta, con la cara de quien ha visto demasiadas locuras para una sola mañana.

Finn rompe el silencio:

—Listo. Casados, bendecidos y, con suerte, todavía vivos. —Alza la jarra—. Si el Rey quiere arrestarte, que lo haga con tu esposa al lado.

—Gracias, Finn —digo.

—No me lo agradezcas todavía —responde—. Cuando mueras, yo tendré que consolar a la viuda.

Leigh se ríe. Y ese sonido, tan pequeño, tan improbable, me atraviesa más que cualquier lanza.

Altair da un paso al frente.

—Es hora. Nos esperan—dice.

Asiento.

Tomo a Leigh de la mano. Su piel está fría, pero me agarra con fuerza.

Y mientras salimos bajo la lluvia, con los estandartes blancos preparados, pienso que Finn tiene razón, que si vamos a morir, al menos moriremos haciendo las cosas bien.



Capítulo 44

«LEIGH»

Las banderas blancas ondean en el paso de Kilbrannan como mentiras mal lavadas, y en el aire hay un tipo de silencio que solo conocen los que ya han visto morir a alguien.

Altair está a mi izquierda, con el arco a la espalda y el gesto tranquilo de quien podría matar sin alzar la voz. Finn camina delante, silbando algo que no tiene nombre, porque a él ni la muerte le impone protocolo.

Y Kerran…

Kerran va al frente.

Camina como si nada le pesara. Ni la cota de cuero, ni la lluvia, ni la condena real que lleva escrita sobre el pecho.

Lo miro y entiendo por qué incluso los hombres que no lo temen lo siguen. Tiene esa calma de quien ya ha estado en el infierno y le pareció aburrido.

El ejército de Argyll nos espera al otro lado del claro. Ciento y pico hombres con los colores de los Campbell y del rey y la mirada vacía.

En el centro, sobre un caballo negro y cubierto de plata, Uilleam Campbell, conde de Argyll, tío de Kerran.

Lo reconozco incluso antes de que hable: la arrogancia no se disfraza ni con armadura.

—Vaya —murmura Finn—. Si los bastardos volaran, este cielo estaría lleno.

Broen lo mira hosco, pero Kerran sonríe sin apartar la vista del enemigo.

—Déjalo, tiene razón. —Se pasa una mano por la barba húmeda —. Aunque dudo que mi tío haya venido a elevarse por los aires. Siempre ha preferido reptar.



Nos han convocado dentro de la tienda más grande, la que hasta hace unas horas servía para guardar provisiones. Ahora huele a cuero empapado, a sudor, a pólvora y a miedo mal disimulado. Hay antorchas clavadas en cubos de arena y el humo sube en espirales torcidas, dejando el aire denso, casi irrespirable.

Kerran se coloca de pie frente a la mesa central, las manos apoyadas sobre la madera, la cabeza alta, los ojos fijos en el suelo embarrado que se adivina bajo la lona. No lleva capa. No lleva espada. Solo su voz y ese orgullo que le arde por dentro.
Parece un hombre esperando su juicio.

El sonido de cascos se oye fuera, luego pasos, voces que se apagan. La lona se abre.
Uilleam Campbell entra con la arrogancia de quien se cree dueño de la sala y del destino de todos los que respiran dentro.

Lleva la capa seca, lo que significa que ha esperado a que alguien la secase por él. Le sigue un grupo de hombres del rey, con sus emblemas intactos y las caras tan grises como el cielo.

Entre ellos, un escribano del monarca.

Uilleam levanta la mano.

—Así que el traidor ha decidido dar la cara.

—Solo porque merece la pena verla —responde Kerran, con una voz tan tranquila que duele más que un grito.

Uilleam lo observa con la suficiencia del que cree tener todas las cartas.

—Por orden del rey de Escocia, estás acusado de alta traición y de asesinato. —Levanta un pergamino con el sello real—. Y vengo a ejecutar justicia en su nombre contra ti y el clan que te ha protegido y ayudado a conspirar.

Nadie respira.

Solo se oye el goteo constante del agua filtrándose por las costuras de la tienda.

Kerran no se mueve.

Ni siquiera levanta la cabeza.

Uilleam sonríe, esa sonrisa suya que siempre me ha recordado a una cuerda apretándose alrededor de un cuello.

—Cuidas demasiado tus palabras para alguien que pronto perderá la cabeza.

—Y tú poco para alguien que nunca la tuvo —responde Kerran.

Uilleam clava entonces los ojos en mí y hace una leve inclinación de cabeza en mi dirección.

—Leigh MacKinley —dice—, me temo que ya no puedo ofrecer matrimonio libremente a la cómplice de un traidor, pero podemos discutir otro tipo de… acuerdos.

El aire se corta.

Kerran levanta la cabeza despacio.

No dice nada al principio, y eso es lo que más asusta.

—Vuelve a pronunciar su nombre, y juro que ni el rey ni tu ejército podrán recomponerte la lengua.

Uilleam arquea una ceja.

—¿Amenazas al emisario del rey durante un parlamento?

—No —responde Kerran, sereno—. Te describo un hecho inevitable.

Y yo… yo noto cómo me hierve la piel. Hay algo en Kerran que, cuando se enfada, deja de ser humano. Se vuelve precisión, puro filo, como si pensara con el cuerpo.

Uilleam da un paso hacia él, pero Kerran no se mueve. Ni un milímetro.

Lo observa con esa calma que solo tienen los que ya han matado y aprendido a dormir después.

—¿Vas a matarme con tus ojos, Kerran? —pregunta el conde, fingiendo ironía y mira a sus hombres con una sonrisa buscando complicidad—. ¿O preferirías clavarme una daga en el cuello como hiciste con tu padre?

El silencio se dobla.

Ni siquiera las antorchas parpadean.
Finn deja de respirar. Altair levanta apenas la mirada.

Y Kerran... Kerran sonríe.

Una sonrisa lenta, torcida, que no tiene nada de humor.

Esa que da miedo porque parece calma y no lo es.

—¿Sabes qué es lo curioso de los muertos, tío? —Su voz suena baja, ronca, como si hablara desde un sitio al que los demás no

quieren acercarse—. Que sus recuerdos no duelen cuando los entiendes.

Da un paso al frente.

Otro.

Y otro más, hasta que la distancia entre ambos se convierte en una provocación.

—Mi padre murió por equivocarse de bando. Tú estás a un suspiro de seguir su ejemplo. ¿Quieres que hablemos de ello? ¿Aquí delante de los hombres del rey Jacobo?

Uilleam intenta reírse, pero el sonido le sale hueco.

—Tu insolencia no impresiona a nadie.

—No. —Kerran ladea la cabeza, estudiándolo como si evaluara dónde clavar el golpe—. Pero inquieta. Y a veces, eso basta.

—No tienes pruebas.

—¿De qué, tío? —la respuesta de Kerran cae como un guijarro en el agua quieta de la tienda—. Yo no he dicho nada.

Nadie se atreve a mover la mirada de Kerran, porque cuando él decide mirar, el mundo entero parece encogerse bajo ese peso.

Altair interviene sin prisa.

—La comisión del rey —dice, mostrando el pergamino como si fuera un fósil— autoriza la aprehensión de Kerran Campbell. No hace mención, aquí —su dedo recorre la caligrafía fresca, la fórmula redonda del sello—, a la confiscación automática de tierras ni a procedimientos sumarísimos contra clanes. Si el conde de Argyll pretende algo mayor, debe decirlo, y aquí, delante de testigos.

—El Rey me faculta —replica Uilleam con la voz fina—. El mandato es claro. Se me autoriza al ajusticiamiento por el bien de la paz en las Highlands.

Altair toma el pergamino con calma, lo sostiene bajo la luz de una antorcha y lo lee otra vez, despacio, como si descifrara un

secreto entre líneas.

—Ajusticiamiento, sí. —Asiente, con ese tono tranquilo que siempre anuncia una trampa—. Pero no hay una sola palabra sobre confiscaciones, ni sobre intervención territorial, ni sobre transferencias de tierras o derechos.

Levanta la mirada hacia el emisario del rey, un hombre joven de gesto tenso y barba aún sin madurar.

—Decidme, señor, ¿veis algo más aquí que no esté escrito? —le tiende el pergamino con una sonrisa civilizada.

El hombre duda, pero niega.

—No, señor. Solo se ordena la aprehensión del acusado.

Altair asiente y devuelve el pergamino a la mesa, con un golpe seco.

—Entonces, ¿podría alguien explicarnos por qué el conde de Argyll está tan interesado en declarar la guerra al clan MacKinley?

—Es curioso, ¿no? —interviene Kerran, casi amable—. Traes contigo mapas, ingenieros, catapultas, arietes y medio centenar de soldados que saben más de levantar fortificaciones que de ejecutar condenas.

Se endereza, lo mira fijo.

—Parece más una expedición de conquista que un arresto, ¿no te parece, tío?

Finn, apoyado contra un poste, sonríe.

—Por si acaso el prisionero decidía hacerse castillo, supongo.

Algunos hombres ríen por lo bajo, los del rey no tanto.

Uilleam intenta mantener la compostura.

—Seumas MacKinley te ha estado ocultando y dando cobijo.

Altair levanta una ceja, casi divertido.

—¿Y desde cuándo ofrecer refugio a un acusado es lo mismo que declararle la guerra al rey? —pregunta con una calma que corta más que el acero

—Creo que está más interesado en el paso de Kilbrannan —comenta Kerran como quien no quiere la cosa.

Un murmullo recorre la tienda.

Yo despliego mi mejor sonrisa y eso hace que Kerran me mire con la ceja alzada.

—Quizá sea que el conde teme perder algo de valor. —Vuelvo la mirada al emisario, con fingida inocencia y le cojo del brazo para acercarlo a la entrada de la tienda—. Decidme, milord, ¿qué ve Su Señoría en este trozo de tierra? Aparte de barro, lluvia y ovejas con mejor criterio que muchos nobles.

El hombre vacila.

—Nada, en realidad. Solo un paso estrecho, sin valor militar… salvo que se pretenda abrir hacia el oeste.

—Ah. O sea, salvo que alguien piense comerciar con quien está al otro lado del mar.

—O invitarles —concluye él con voz cortante, mirando a Uilleam — a pasar por él.

Uilleam frunce el ceño, irritado.

—¿Qué insinuáis?

Kerran se apoya en la mesa.

—¿No lo quieres? Pues firma aquí y ahora una declaración ante el emisario del rey de que renuncias a toda reclamación o negociación de obtener en vida el Paso de Kilbrannan.

La sola idea de poner una firma, de convertir la ambición en tinta bajo la vista ajena, deja a Uilleam con la boca seca. Veo cómo sus dedos buscan la empuñadura que no lleva.

—Ya basta. No sé a qué estás jugando, Kerran, pero deberías rendirte y entregarte. Esto solo es una parodia para ganar tiempo.

—Vamos, Uilleam. Que te conozco. Siempre fuiste de las personas que cambian el honor por una buena oportunidad, venga del bando que venga. ¿No te aburres de ser tan obvio?

La tienda se agita. Uilleam palidece un poco y su sonrisa se endurece en rabia contenida.

—Calumnias —escupe—. Afirmaciones sin pruebas. Si tenéis pruebas, traedlas. ¡Y si las traéis, que sea ante un tribunal!

Entonces el capitán de los Campbell da un paso hacia delante con la evidencia en la mano y la frialdad en la voz de quien ha decidido no jugar a la cortesía.

—Si me permitís —dice, y su voz no pide permiso; impone—. Soy Alastair MacEwan, capitán de la guardia de Campbell. Vengo con hombres que no obedecen órdenes ciegas. Y traigo algo que tal vez no esperaban.

Un murmullo atraviesa la tienda, pero Kerran afila la mirada en su dirección como si hubiera esperado esa entrada.

Entonces, el capitán no tarda y saca un rollo de papel. Lo desenrolla sobre la mesa con la calma de quien muestra el mapa de una caza.

—No delato al conde por lealtad a MacKinley —continúa—. Vine porque muchos en nuestro clan se niegan a que Uilleam venda un paso a los ingleses que nos haga vulnerables. He sido testigo de tratos, he ocultado correo entre él y emisarios del rey inglés que tiene fechas y nombres. Algunas ni siquiera llevan el nombre de Uilleam, sino del antiguo Laird, Archibald Campbell y me consta que ese fue el motivo de disputa con su hijo aquí presente.

El capitán deja que sus palabras se hundan en el aire.

Nadie se atreve a moverse.

La lluvia golpea la lona como si marcara el pulso de una verdad que llevaba años pidiendo salida.

Uilleam se vuelve hacia él, blanco como la cera.

—Tú también morirás por traidor, insensato.

Altair se inclina un poco hacia delante.

—Permítame, mi señor —dice al emisario del Rey, sin apartar la vista del conde—. Lo que el capitán acaba de exponer no incrimina al clan Campbell.

Se oyen respiraciones que se interrumpen a medias.

—Lo que hace —continúa— es separar el honor del clan del crimen de su laird. Las negociaciones con Inglaterra fueron actos individuales, no deliberaciones del consejo. Además, hay que añadir que su legítimo laird no es Uilleam, sino Kerran acusado injustamente y con todos los derechos para asumir el liderazgo del clan y el título de conde, mal utilizado por su tío… el verdadero traidor.

Finn suelta una risa baja.

—Y pensar que veníamos a ver una ejecución y nos hemos topado con un juicio. —Me mira y añade—: Por eso me gusta viajar con abogados.

—Entonces —Altair retoma la palabra, con la frialdad elegante de quien clava el argumento final—, propongo que el acta del parlamento recoja que la Corona reconoce la lealtad del clan Campbell al rey Jacobo, y que cualquier culpa por tratos ilícitos con Inglaterra recaiga únicamente sobre el difunto Archibald Campbell y actual, pero injustamente, conde de Argyll, Uilleam Campbell, responsable de perpetuar la ofensa.

—Esto es inadmisible —protesta Uilleam, pero su voz suena hueca.

—Inadmisible —repite Altair, con media sonrisa— es vender Escocia a trozos a su enemigo.

Kerran da un paso al frente. La luz de las antorchas le enciende la mirada.

—No vine a limpiar mi nombre —dice—. Vine a limpiar el nuestro. El de mi gente. El de cada hombre que nació Campbell y no merece cargar con la vergüenza de quien confundió poder con derecho.

El emisario asiente lentamente.

—El acta quedará registrada.

—No cantes victoria todavía, sobrino.

Y entonces ocurre.

Un destello. Un sonido húmedo. Un golpe seco.

El capitán MacEwan se dobla sobre sí mismo con un gemido apenas humano.

Por un instante no entiendo qué ha pasado.
Solo veo sus dedos temblando, la sangre que se abre paso entre ellos y el mango de una daga brillando bajo la luz temblorosa de las antorchas.

Alguien grita.

Creo que soy yo.

Uilleam da un paso atrás, todavía sujetando la empuñadura de la daga que ha clavado en el capitán de los Campbell, con la respiración agitada y los ojos desorbitados y me atrapa.

No me da tiempo ni a pensar.

Solo siento el tirón seco, el brazo que me retuerce a la espalda y el filo que me roza la garganta.

Altair se mueve tan rápido que una silla cae. Finn se queda inmóvil, el rostro desencajado, y Kerran... Kerran reacciona como si el suelo se hubiera resquebrajado bajo sus pies.

—¡No! —Su voz estalla como un trueno.

El mundo se vuelve estrecho, sofocante.
La tienda se llena de alientos contenidos, del olor metálico de la sangre y del humo de las antorchas.

Uilleam me arrastra hacia él, su respiración caliente y áspera en mi oído.

—Un paso más, Kerran, y la degüello.

Kerran se queda quieto, los ojos como brasas.

—Suéltala.

Altair se mantiene a un lado, sin armas, sin margen, con esa tensión contenida de quien calcula posibilidades imposibles.

—Baja el arma —dice, sereno—. Estás rompiendo el derecho de parlamento.

—El derecho de los vivos —responde él, apretando más fuerte—. Y los vivos obedecen al que tiene el acero.

Kerran me busca con la mirada como si necesitara contarme todos los finales posibles con los ojos.

Y yo… yo contengo la respiración. Porque si él se mueve, yo sangro. Pero si no se mueve, él arde.



Capítulo 45

«LEIGH»

El filo se hunde apenas, lo justo para que el aire me duela al pasar por la garganta.

Siento una gota de sangre tibia deslizarse hacia el cuello, mezclada con el sudor y el frío que entra por la lona abierta.

No grito. No puedo. El miedo me atraviesa como una aguja helada, pero me aferro a una sola certeza: si dejo que vea el temblor, gana. Y no pienso darle ese privilegio.

—¿Qué quieres? —pregunta Kerran, y su voz no es una voz, es una amenaza en reposo.

Uilleam sonríe, o cree que lo hace, aunque el gesto le tiembla.

—Un caballo. Provisiones. Y la certeza de que nadie me seguirá.

Kerran no se mueve.

—Eso no te salvará —responde despacio, con esa calma que solo tienen los hombres que ya han perdido el miedo a la muerte.

—Pero igual a ella sí —replica Uilleam, empujándome un poco hacia él, usándome como escudo, como si mi cuerpo pudiera contener todo lo que él no se atreve a enfrentar.

Siento su pecho contra mi espalda, su respiración acelerada, el peso del miedo en cada exhalación. Me da asco. Me llega su olor, ese hedor agrio de sudor y vino que me revuelve el estómago. El filo se mueve con cada palabra y me roza la piel, pero debajo del miedo hay otra cosa: una corriente que arde, una rabia antigua que sube despacio, como fuego contenido.

—Cobarde —susurro.

Lo noto tensarse, un espasmo mínimo en su antebrazo.

—¿Qué has dicho?

—Que los hombres cobardes solo saben esconderse detrás de los demás.

El agarre se vuelve más brusco. El filo se clava un poco más, apenas un milímetro, pero suficiente para recordarme que sigo viva.

No aparto la mirada de Kerran.

Si va a ser lo último que vea, quiero memorizar su rostro con toda la precisión posible: la mandíbula tensa, el pulso marcándosele en el cuello, el brillo oscuro en los ojos azules que no es miedo, ni furia, sino contención.

Hay algo devastador en cómo me mira. No parece estar midiendo distancias, sino consecuencias.

Kerran da un paso.

Y luego otro.

Y cada paso suena más grave que un trueno.

Finn lo sigue, apenas un movimiento. Altair avanza por el flanco derecho, como una sombra que sabe calcular el riesgo. Broen, en silencio, se desplaza por el otro lado, sin dejar de observar.

Uilleam lo percibe. Retrocede un poco, arrastrándome con él hacia la salida, con esa torpeza desesperada de quien empieza a entender que el miedo no se obedece, se padece.

—¡Que alguien traiga un caballo! —ruge sin mirar atrás, con la voz rota por el pánico cuando estamos fuera.

Nadie se mueve.

Ni uno.

Kerran apenas ladea la cabeza, y su voz, cuando vuelve a sonar, tiene la gravedad exacta de un golpe que aún no ha caído.

—No.

—¿Quieres probar si miento? —dice Uilleam, y la pregunta le sale casi como un alarido.

Kerran da otro paso, más cerca.

—No —responde con un hilo de voz que podría ser un rezo o una sentencia—. Quiero que mires lo justo para darte cuenta de lo que tienes detrás.

Uilleam frunce el ceño, confuso, y gira apenas la cabeza.

Y entonces lo oye.

Primero, un rumor.

Un murmullo grave, profundo, como si el suelo hablara. Después, los cascos. El galope de decenas de caballos acercándose, un retumbar que se mezcla con el eco de las montañas y con el latido desbocado que me sacude las costillas.

El aire cambia.

Se vuelve denso, vibrante, cargado de un tipo de energía peligrosa.

Y detrás del resplandor gris del cielo aparecen ellos.

Los reconozco por los escudos y porque Colum está a su lado.

Darian MacNab, al frente, con la armadura ennegrecida por el barro y la barba empapada, y Caelan MacNeish, a su derecha, con esa serenidad que no se gana en el campo de batalla sino antes,

cuando se elige no temblar y con ellos un ejército como una sombra viva.

Las sombras se multiplican tras ellos, hombres de Perthshire, de Dùn Fergas, los mismos MacKinley, los McLeod, MacLellan, MacBain, MacIntyre.

El rumor se convierte en estruendo.

Uilleam se queda quieto, sin aire, como si el filo que sostiene a mi cuello se hubiera vuelto, de pronto, en su contra.

La rabia que lo sostenía empieza a pudrirse en miedo.

—No me subestimes —dice, pero la voz le tiembla.

Kerran niega con suavidad.

—No te subestimo. Te observo cometer el mismo error que mi padre, que es creer que el poder está en tener el arma más cerca del cuello de otro, incluso cuando es tu propio hijo.

Uno de los recién llegados —el del escudo con el ciervo de los MacNab— desmonta con un golpe seco. Su voz, cuando habla, es pura roca.

—Curioso —dice—. Juraría que un parlamento no era el lugar para degollar mujeres.

Altair da un paso adelante, sin apartar la mirada de Uilleam.

—Parece que el conde de Argyll tiene sus propias leyes.

El recién llegado clava en él una mirada densa, inquisitiva.

—Por lo que tengo entendido, no es el verdadero conde de Argyll.

—Menuda sorpresa, Kerran —bromea, el otro hombre, Caelan—. Qué bien se te daba ocultar tu nobleza.

—Perdonad si no estoy todo lo hábil con la lengua que debería —dice, y su tono es todo cortesía cortante—. Mi esposa está

amenazada por un cuchillo al cuello. Supongo que la pluma de la ironía me templa menos que la sangre en torno a su garganta.

—Ah, pero ahora el no-conde tiene como veinte flechas apuntando a su coronilla. No podría ni rascarse la oreja sin recibirlas todas y cada una de ellas —informa Altair, señalando a nuestra espalda.

El aire cambia de textura.

—¿Has dicho… esposa? —repite Darian incrédulo y mira a su medio hermano.

—Solo le dije que mantuviera todo en orden en mi ausencia —responde Caelan, defensivo.

—Pues ahora es conde y tiene esposa —replica Darian, negando despacio—. No se puede confiar en nadie.

Las risas contenidas de los hombres del Rey se mezclan con el murmullo inquieto de los nuestros.

La ironía flota, ligera y afilada, como una hoja nueva. Y Uilleam… Uilleam empieza a crisparse.

Lo noto en la presión de su mano, en la forma en que su respiración se acelera, en ese temblor imperceptible que le recorre el antebrazo. La mofa le hiere más que las amenazas, y lo sé porque su orgullo no soporta ser burlado.

Kerran no aparta los ojos de él. Cada palabra que no dice pesa tanto como las que pronuncia.

—¿Quieres matarlo tú o prefieres entregarlo a la justicia? —pregunta Darian práctico.

El emisario del rey, ese joven de cara tensa que aún sostiene el pergamino, despeja la garganta y habla con la voz burocrática y fría que caracteriza a quien debe decir lo que la Corona ya decidió.

—El conde de Argyll será aprehendido y entregado al castigo debido —declara, pronunciando las palabras con la levedad de quien recita un decreto empaquetado—. La traición debe servir de

ejemplo. No obstante —y aquí su tono se vuelve aún más cuidadoso, como quien añade una cláusula a un contrato mortal—, se enviará comunicación al Consejo Real para que, si procede, se reconozca al reclamante legítimo como sucesor y se transmita el título bajo la autoridad del Rey.

—Ya tengo suficiente sangre de mi familia en las manos —dice, Kerran y es una confesión envuelta en acero—. No quiero sumar más por orgullo ni por venganza. Si debe entregarse al Rey, que así sea y que lo juzguen.

En su voz hay un cansancio percutido por la prudencia de quien ya vio demasiadas venganzas inútiles. Sus ojos, sin embargo, buscan en los míos que yo esté a salvo.

—Pues adelante ya me estoy cansando —responde Darian y lleva su mano a la empuñadura de su espada y la saca poco a poco para tendérsela a Kerran.

Por un segundo todo se vuelve lentísimo: las miradas, la cuerda tensa de un arco, la respiración en el pecho de cada hombre.

El cuerpo de Uilleam se lanza hacia delante en la misma fracción en que Darian da un paso para interceptarlo.

—Si yo caigo, tú sufrirás las consecuencias —murmura Uilleam hacia Kerran.

Kerran se mueve entonces con la velocidad que le ha dado esa costumbre de no confiar en la suerte.

No corre hacia Uilleam como en un arrebato suicida, sino que se inserta en el ángulo que libera, tratando de poner su cuerpo y su aliento, entre la amenaza y yo.

El mundo se reduce a tensiones: la sangre en la palma de mi mano cuando sujeto la daga cuando se clava en mi cuello, el jadeo de Finn, el susurro de Altair con un ¡no!

Y sin embargo, en medio del caos, siento que algo se ha quebrado de una forma que no admite vuelta atrás.

El parlamento se convierte en campo de juicio y de guerra en un abrir y cerrar de ojos, cuando la daga corta carne, la mía y siento que la vida se me escapa y mi grito solo sale en forma de respiración entrecortada.

Kerran agarra la empuñadura de la espada de Darian, gira su cuerpo y con un impulso seco y controlado, hunde la hoja hasta el fondo en el costado de Uilleam.

Y los dos caemos al suelo mientras de mi boca sale un hilo de sangre y trato de luchar por aire.

Sobre mi cuerpo la lluvia sigue cayendo como si quisiera borrar lo ocurrido, como si intentara lavar la culpa.

Pero el agua no limpia la sangre. Solo la arrastra.

Kerran se tira a mi lado antes de que mi cuerpo toque del todo el suelo. Me rodea con los brazos, presionando la herida con las manos, con esa urgencia ciega que solo tienen los que temen haber llegado un segundo tarde.

—No, no, no… —murmura, y la voz se le rompe en cada sílaba—. Quédate conmigo, Leigh. No me hagas esto.

Su respiración roza mi piel, cálida y temblorosa. Siento su pulso en mi cuello, su aliento mezclándose con la sangre, con la lluvia, con la tierra.

—Mírame, Leigh —suplica—. Mírame.

Pero mis párpados pesan más que el deseo de hacerlo. Su voz se aleja, como si el viento la robara.

El sonido de los hombres, las órdenes, el metal y el miedo se desdibujan. Solo queda su voz, su desesperación, el temblor de sus dedos intentando mantenerme aquí.

—Aguanta. Por favor. Aguanta.

Y después… nada.

Solo el sonido de las gotas de agua golpeando el barro, como si el cielo también llorara.



Capítulo 46

«LEIGH»

El dolor se disuelve. Ya no pesa. Ya no quema. Solo flota, como si mi cuerpo se hubiera vuelto agua y el mundo quedara del otro lado, cada vez más lejos.

Oigo voces, gritos que no sé si pertenecen a los vivos o a los sueños.

Kerran.

Su voz me atraviesa, rota, como si cada sílaba fuera una herida abierta. Oigo cómo lo retienen, cómo suplica, cómo maldice al destino con un aliento que parece sangrar.

Intento llamarlo, pero la boca no me obedece. El aire se me escapa en un gemido mudo.

Todo se va desdibujando. Solo queda su nombre en mi cabeza, su voz que se quiebra al pronunciar el mío.

Y entonces… silencio.

La calma llega como una ola que arrastra la culpa y deja la orilla vacía. El cuerpo se me enfría, pero no duele. Por un instante pienso

que ya he cruzado, pero incluso con los ojos cerrados reconozco mi cama, mi lugar en Dún Fhionnlaigh, y me pregunto si la muerte es esto. Volver a casa.

La fiebre me vuelve blanda, porosa, como si el aire pesara más que mi cuerpo.

Alguien se acerca.

Primero oigo pasos lentos, firmes. Luego una respiración que reconozco antes de abrir los ojos.

—Iona —susurro, aunque creo que solo lo pienso.

Siento su presencia cerca, el roce de sus faldas al arrodillarse, el temblor de una mano que duda antes de tocarme.

—Nunca me di cuenta de los sacrificios que hacías por nosotros —dice, y la voz se le quiebra en un hilo de vergüenza y afecto—. Nunca valoré lo valiente que eres. Yo no habría sido capaz de ponerme frente a todos esos hombres… y tú lo hiciste. Sin vacilar.

Hace una pausa. La noto tragar saliva.

—Por eso Tavish te temía. Por eso intentó retenerte. Porque sabía que valías más que él. Y yo… —la respiración se le rompe—. Yo también dudé de ti, Leigh. Y aun así nos has salvado. Sin entregar nada que no fuera tu lealtad. No te mueras, Leigh, por favor. Te quiero. Te necesitamos.

No tengo fuerzas para responder, pero siento su mano sobre la mía, tibia, húmeda, humana.

Otra voz se suma. Grave, dulce. Ronan.

—El abuelo está más lúcido hoy —dice con esa ternura suya que parece siempre un suspiro de campo abierto—. No quiso que lo trajeran… No quiere verte débil. Dice que eso lo mataría, pero te manda esto.

Algo pequeño, metálico, roza mi palma. El sello de los MacKinley.

—Dice que es tuyo. Que lo heredaste con la misma testarudez con la que él sobrevivió a medio siglo de guerras.

Sonrío apenas, o creo que lo hago. Ronan huele a lluvia y a pan recién hecho. Me gustaría decirle que no cambie nunca, que es el mejor de todos, pero las palabras siguen ancladas en la garganta.

El murmullo de Iona se apaga.

El cansancio me empuja despacio hacia otro lugar. No llego a dormir del todo, pero la realidad vuelve a diluirse, como si se hundiera bajo el agua. Las sombras se alargan, los sonidos cambian de peso. Las voces se mezclan con el rumor del viento.

Oigo pasos, un leve choque de botas contra piedra. Un suspiro.

—No puede seguir así —dice alguien, y sé que es Finn, porque hasta la preocupación le suena burlona—. No come, no duerme. Se sienta ahí, como un fantasma con nombre.

Sé que se refiere a Kerran.

Puedo sentirlo al otro lado del colchón, derrumbado sobre la silla, el brazo extendido hasta mi mano ahora vendada.

—Déjalo —responde Altair, más serio—. Lo conozco. Si lo obligas a soltar algo antes de tiempo, se rompe.

—Ya está roto —replica Finn, más bajo—. Ha perdido incluso esa calma suya que da miedo. Ayer destruyó su habitación entera. Lo dejó todo hecho añicos.

Altair guarda silencio. Percibo cómo apoya el cuerpo en la pared.

—Parece que la única cosa que lo mantenía de pie es lo que más teme perder.

Finn suelta un resoplido leve, sin risa esta vez.

—Lo sé. Lo que ignoro es cómo ayudarlo.

Las palabras se apagan en el aire, se funden con el crepitar del fuego y con la respiración de Kerran, que sube y baja junto a la mía, desacompasada, viva.

Luego oigo el sonido de una jarra. El de un trago largo. Y después la voz de Darian, grave, como el suelo cuando tiembla.

—Cuídalo bien, Leigh —dice, y noto su sombra junto a la cama—. Es todo filo y culpa, y se disfraza de sarcasmo para no mostrar el resto. Pero lo que queda debajo… es nobleza.

Caelan añade algo desde el fondo:

—Y protección. No sabe amar de otra forma. Siempre está preparado para interponerse, incluso cuando nadie se lo pide. Pero tú eres la única que realmente le puede dar redención.

Las voces se van deshaciendo, una tras otra. El ruido se vuelve distancia.

Solo queda él.

Siento su mano sobre la mía, el peso de su cabeza recostada al borde del colchón. Su respiración es irregular, cargada, y cuando habla lo hace sin esperar respuesta.

—No busco redención —susurra—. Solo entender si te merezco.

Más pasos. El crujido del cuero húmedo.

Broen. Y Colum detrás.

No hablan al principio. Solo los reconozco por la manera en que el silencio cambia.

Broen siempre calla antes de decir algo que duela.

—No puedes seguir sin dormir —dice al fin, su voz grave, templada como un metal que ya se dobló demasiadas veces—. Vas a acabar cayendo tú también, y entonces no quedará nadie que la sostenga.

—He dormitado aquí —responde él, seco.

—No, te has hecho el dormido mientras entraban los demás, que no es lo mismo.

Kerran no contesta. Oigo solo el roce de su silla, un suspiro contenido.

—Broen tiene razón —añade Colum, más sereno, pero con ese tono de hombre que ha visto morir demasiados amigos—. No puedes vigilar a los muertos para evitar que mueran.

—No está muerta —murmura Kerran, y la voz le sale rota, hundida, casi un gruñido—. No lo está.

El silencio que sigue es tan denso que parece tener cuerpo.

Broen se acerca un paso.

—Lo sabemos. Pero tú no puedes salvarla con culpa.

Kerran golpea algo, quizás la mesa, quizás su propia rodilla.

—¿Y qué hago, entonces? ¿Dejarla sola? —dice, casi sin voz—. Esto es lo único que me queda y puedo hacer por ella. Mirar cómo se me escapa otra vez. Esperar a que se apague mientras yo respiro. Morir de dolor mientras no hay nada más que pueda hacer y rezar por un milagro.

Nadie responde.

Solo el fuego.

Solo la lluvia, que arrecia contra el techo como si quisiera ahogarnos a todos.

Y, en ese momento, Broen, que nunca alza la voz, lo hace.

—Quédate. Pero vive, no mueras con ella.

Oigo el golpe leve de una mano en su hombro y el eco de pasos alejándose.

Queda solo Finn, que suspira.

—Tienen razón —dice, más suave—. No puedes seguir desangrándote por dentro.

No oigo más.

Solo la respiración de Kerran, cada vez más cerca, cada vez más rendida, hasta que su frente se apoya contra mi mano.

Y en ese momento siento la desesperación de su cuerpo buscando refugio, la culpa que le tiembla en los dedos, y esa ternura escondida que solo me deja ver a mí.



Y entonces, él, despacio, con el sonido de una vida entera sujetándose a un bastón.

—Apartaos. —Es la voz del abuelo, áspera como grava mojada—. No necesito que me guíen, no estoy muerto todavía.

Su voz es una mezcla imposible de orgullo y ternura rota.

—Tantos años mandando en este castillo… —dice, sin mirarme aún—. Y al final lo único que me mantiene con vida es una niña que nunca obedeció a nadie.

Su mano, huesuda y tibia, me roza el cabello.

—Creí que lo tuyo era orgullo. Pero no… —traga saliva—. Era otra cosa. Coraje, quizás. O esa locura que solo tienen los que aman algo de verdad.

Su respiración es apenas un hilo.

—He sido un viejo testarudo, Leigh. —El tono le tiembla—. Pensé que te protegía, pero en realidad solo te estorbaba. Tú hiciste lo que ninguno de nosotros se atrevió. Te enfrentaste a todo y todos. Incluso cuando te rompía el dolor, lo que te daba rabia es que estuviera ahí y no te dejara. Tu fuerza siempre ha estado en lo que aguantas, no en lo que gritas. Tu amor en lo que demuestras, no en lo que dices. No hace falta. Lo filtras en tu forma de mirar, de cuidar, de velar.

Se queda un rato callado, como si buscara algo entre los recuerdos.

—Si este es mi castigo por todo lo que hice mal… lo acepto, pero no pagues tú por ello y vive. No te atrevas a adelantarme —dice, casi en un susurro—. Ya he enterrado demasiados valientes y tú eres el alma de este clan y el sostén de este viejo.

Luego el silencio.

Solo el ruido del viento y el olor del romero seco.

Y la oscuridad empieza a engullirme, a atraparme, a encerrarme. Los voy perdiendo a todos**:** sus voces, sus caricias, sus risas, sus emociones. Me hundo más y más... y solo siento cansancio. Y me dejo llevar más hondo, más profundo, como en una balsa que parece un refugio y calma todo este dolor del corazón y el cuerpo.

Y entonces, oigo un murmullo distinto. Una voz que no pertenece a los vivos ni a los sueños.

—Traedme luz —dice firme, con ese acento del norte que corta como cuchilla.

Llega como una ráfaga, moviendo a los hombres sin necesidad de gritar.

—Apartaos. —Su voz no deja espacio para la duda—. La sangre se ha vuelto fría, pero no está perdida.

Siento sus manos sobre mí: firmes, calientes, sabias. El olor del ungüento me llena los pulmones.

—Respira, muchacha. Todavía no.

Kerran se levanta, la voz deshecha.

—¿Qué haces?

—Lo que nadie más se atreve —responde—. Llamarla de vuelta.

Algo arde en mi garganta. El aire se abre paso.
Y entre el dolor y la vida, oigo un grito que no parece mío.



Despierto con el sabor del hierro pegado al paladar y una sensación de peso en el cuello, como si aún tuviera la hoja sobre la piel.

El aire huele a hierbas secas y a algo más… una mezcla amarga y dulce que no sé nombrar. Intento moverme, y una punzada de dolor me cruza la garganta breve, pero suficiente para recordarme que sigo viva.

Oigo un murmullo a mi derecha. Una voz grave, contenida, que no dice palabras sino respiraciones.

Kerran.

Está ahí.

Lo sé antes de abrir los ojos.

Cuando por fin los abro, lo veo sentado junto al lecho, con la cabeza baja, las manos entrelazadas sobre las rodillas. Tiene la camisa manchada, el cabello húmedo y los ojos… los ojos de quien ha visto morir algo sin saber aún si fue a otro o a sí mismo.

—Pensé que... —Su voz se quiebra, apenas un hilo. No termina la frase.

Intento hablar, pero el aire me raspa la garganta. Solo sale un ruido áspero, entre suspiro y queja. Él se inclina enseguida, me sostiene la nuca, y me da a beber un sorbo de agua templada.

La jarra tiembla en la mano.

—Tranquila. —Sus dedos me rozan el mentón—. No intentes hablar todavía.

Cierro los ojos un segundo. Me gustaría decirle que deje de temblar, que no me va a romper por tocarme. Pero no puedo. Así

que lo dejo sostenerme, solo eso.

—¿Cuánto…? —mi voz apenas sale.

—Cinco días —responde, rápido, como si llevara ensayando esa respuesta desde que me caí.

Silencio.

El fuego chisporrotea en algún rincón. Y entonces, una sombra se mueve más allá de la luz.

Una mujer.

Alta, el cabello recogido en una trenza grisácea, las mangas arremangadas, el gesto de quien ha visto demasiadas heridas para temer una más.

Sus manos huelen a ceniza, a ungüentos y a romero. Cuando me mira, hay algo antiguo en sus ojos, una calma que corta más que cualquier filo.

—La fiebre ha cedido. Procuremos que no vuelva —dice—. Pero es fuerte y una luchadora.

Kerran asiente con un respeto que no le he visto con nadie.

—Te debo la vida —murmura él.

Ella le lanza una mirada seca.

—No. Se la debes a su terquedad. —Se inclina hacia mí, me examina el cuello con dedos firmes.

—¿Quién…? —logro articular.

—Mairead Gunn —responde Kerran, antes que ella—. Dicen que una vez cerró con fuego la herida de un laird que ya estaba muerto y que cura heridas que ni Dios se atreve a mirar.

La mujer sonríe apenas.

—Y también dicen muchas tonterías, pero esa es verdad. Y ese laird era mi hermano, el conde de Sutherland.

No sé si reír o llorar. Solo siento las lágrimas mezclándose con el sudor y la respiración contenida de Kerran pegada al borde de mi cama, como si su vida dependiera de la mía.

Y quizá así sea.

Porque a veces no es la muerte la que se lleva a la gente, sino el miedo.

Y si algo he aprendido de todo esto —de la sangre, del frío, de los nombres que se pierden y de las manos que me sujetaron cuando ya no podía— es que no se trata de sobrevivir, sino de quedarse.

De seguir respirando aunque duela, aunque no quede nada por salvar.

De volver a abrir los ojos solo para encontrar a alguien esperándote al otro lado.

Eso también es vivir. Eso también es amor.

El fuego murmura bajo, la noche se arrastra por las paredes, y todo parece distinto y lo mismo a la vez.

No sé si hemos vencido o solo seguimos en pie porque no quedaba otra opción.

Pero el aire entra, la herida cierra, y el mundo —ese que casi me olvidó— vuelve a tener peso.

Los dedos de Kerran rozan mi mentón con delicadeza.

No dice nada al principio. No hace falta.

Su respiración es lenta, densa, casi un rezo. Y cuando por fin habla, lo hace como si cada palabra le costara sangre.

—No tienes idea de lo que fue mirarte sin saber si aún estabas ahí —susurra—. Cinco días midiendo tu respiración, contándola como si al detenerse se me acabara también la mía.

Su voz no tiembla, pero le duele. Lo sé por cómo me evita los ojos, por cómo aprieta la mandíbula para no romperse.

—No me mires así —consigo decir, aunque apenas me sale aire.

Él sonríe apenas, esa media curva arrogante y herida que conozco de memoria.

—¿Así cómo?

—Como si temieras que me deshaga en cuanto parpadees.

—No es miedo —responde, más bajo—. Ni siquiera se le parece. Es desesperación absoluta. Saber que, aunque te tenga delante, no bastará nunca. Que no hay aire suficiente para todo lo que quiero decirte y no sé cómo.

Sus dedos siguen mi pulso, suben por mi garganta, se detienen en el borde de la herida. Su voz vuelve, más ronca, más viva.

—No te mueras otra vez —dice, y el temblor de su voz es peor que cualquier herida—. Ya no sabría cómo seguir respirando si no lo haces tú primero.

Algo se me rompe por dentro, pero no es dolor.
Es ese tipo de ternura que solo nace del cansancio, del haber estado a punto de no volver.

—Estoy aquí —le digo, y la frase suena más como una promesa que como un hecho.

Sus ojos se cierran un segundo, y cuando los abre, brillan como si hubieran esperado toda una vida para escuchar eso.

—Entonces el resto me da igual —murmura—. Si sigues aquí, ya lo he ganado todo.

Me quedo mirándolo, el rostro agotado, los ojos azules oscuros llenos de esa esperanza que solo llega después de perderlo todo y después recuperarlo.

Quiero responder, pero no hace falta.

Porque ya lo sabe.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, también yo siento que he ganado.



Capítulo 47

«LEIGH»

El invierno ha hecho su trabajo. La nieve cubre los muros como una vieja manta y el aire del castillo huele a humo, pan caliente y resina.

Bajo despacio por las escaleras, con un cuerpo que todavía no me obedece del todo y esa torpeza de quien ha olvidado cómo caminar sin que duela. Kerran va a mi lado, un poco detrás, como si temiera que me desmoronara con el primer escalón.

—Despacio, cervatillo —murmura, con esa media sonrisa que siempre suena a provocación—. Llevas semanas sin moverte. No quiero explicar otra vez cómo logras matarte bajando doce peldaños.

—Y yo no quiero explicar cómo te has vuelto tan gruñón —respondo, agarrándome al pasamanos con una dignidad que no engaña a nadie.

—No es gruñón. Es sensato. El título lo exige.

—Ah, claro. El nuevo conde de Argyll, ejemplo de compostura y rigidez.

Él se ríe en voz baja, cerca de mi oído.

—Paciencia también, no lo olvides. Especialmente con las mujeres testarudas que bajan escaleras como si fueran a la guerra.

Me giro a medias, pero no lo suficiente como para que vea que sonrío.

—No empieces, conde.

—Oh, lo siento —susurra—. ¿Preferías cuando era solo un fugitivo insolente?

—Prefería cuando no te creías tu propio mito.

—Imposible —dice, y la sonrisa se le cuela por la voz—. El mito eres tú.

—No hables tanto, Kerran. Que el único que casi muere de agotamiento fuiste tú.

—Mentira. —Sonríe, y lo oigo aunque no lo mire—. Yo estaba perfectamente consciente de mi miseria.

—Pues disimulabas fatal.

—Es mi talento.

Me mira así, con ese descaro suyo que siempre parece prometer peligro, pero debajo hay algo más hondo, algo que se quiebra un poco cada vez que pronuncia mi nombre.

El salón está lleno cuando llegamos. El fuego ruge en el hogar y el aire vibra con las risas y el olor del estofado. Las velas titilan sobre la mesa larga donde se amontonan copas, pan y bandejas de caza.

Aithne intenta que su hijo no meta los dedos en la mantequilla, Isleen corta pan con la destreza de quien podría también desmembrar enemigos y Darian discute con Caelan sobre cómo ser un buen padre.

Los niños corretean entre las piernas de los adultos. Hay risas, olor a vino caliente, el sonido distante de una gaita que alguien intenta afinar.

La Navidad se siente distinta este año. Menos celebración, más refugio.

Iona aparece entre las sombras, lleva algo entre las manos: una cinta de seda oscura con un pequeño camafeo.

—Para ti —dice, mientras me la pasa por el cuello con dedos suaves—. No para tapar lo que viviste, sino para recordarte que lo venciste.

Me cuesta tragar.

—Gracias. No creo que haya un regalo mejor.

Ella sonríe.

—Eso dilo después de probar el vino que han traído los MacNab.

Cuando cruzamos el arco, todos se giran. El fuego se refleja en las copas, y por un segundo el murmullo se apaga.

No por solemnidad, sino por ese tipo de silencio que deja sitio al alivio. El abuelo, desde su silla, observa en silencio, con la copa en la mano y los ojos brillantes. No dice nada, pero cuando nuestras miradas se cruzan asiente una sola vez, como si esa fuera su bendición.

Finn es el primero en romperlo.

—¡Mira quién ha decidido resucitar! —dice, alzando su copa—. Juro que aposté a que no bajabas hasta la próxima nevada.

—Y yo —añade Altair—, que el conde iba a enraizar al pie de la cama.

Darian suelta una carcajada grave.

—He visto hombres en guerra más tranquilos en plena batalla. Si hubieras esperado un día más, Leigh, habríamos tenido que alimentarlo a cucharadas.

Broen se encoge de hombros, divertido.

—Al menos ya no parece un espectro. —Asiente hacia Kerran—. Ahora tiene color, hasta parece humano.

—Demasiado —responde Finn—. Creo que el tono se llama «angustia de hombre enamorado».

—Deberías patentarlo —añade Altair y mira a Caelan con intención—. Seguro que a más de uno le haría falta.

—Especialmente a ti, abogado-pirata —replica Darian, girándose hacia él—. Nunca olvidaré cuando te encontré en ese barco lleno de contrabandistas. Y ahora resulta que eras un letrado.

Altair arquea una ceja.

—Un pasado turbio mejora el currículum.

Aithne deja la copa sobre la mesa.

—Y yo creyendo que ninguno de vosotros sabía escribir.

—Yo no sabía —dice Broen, serio.

—Ni falta que hacía —añade Isleen—. Si la meta era vaciar las barricas, firmar era un trámite innecesario.

Ronan se sienta entre Broen y Finn, completamente a gusto, bebiendo como si llevara toda la vida entre ellos.

—Este crío nos va a destronar —dice Finn—. Tiene más lengua que todos juntos.

—Y más sentido —añade Broen, serio.

El abuelo alza la copa sin levantarse.

—A vuestra salud, proscritos. Y a la paciencia de los que os aguantan.

El vino corre, las risas también.

En algún momento, Darian se inclina hacia Kerran.

—El Rey enviará la ratificación del título la próxima luna. Tienes trabajo. Y enemigos nuevos.

Kerran asiente, sin solemnidad.

—Eso si el rey aprende a decir mi nombre sin maldecirlo. Creo que necesitaré un abogado astuto. —Mira a Altair—. Aunque me temo que el mejor ya tiene rumbo al norte.

Altair se encoge de hombros.

—Iré al territorio Gunn una temporada. El norte tiene cuentas que saldar conmigo y Nairn dice que el clima gélido ayuda a pensar.

Darian arquea una ceja.

—¿Otra deuda misteriosa? Empiezo a pensar que todos mentisteis sobre vuestra procedencia.

Kerran alza su copa.

—Yo no mentí. Solo omití detalles irrelevantes.

—Yo siempre fui y seré un don nadie —aclara Finn—. Supongo que por eso no entiendo cómo se pasa de abogado a pirata. ¿Te cansaste de las plumas o te mareaba menos el ron? —le pregunta directamente a Altair.

—En el mar uno aprende que la ley es relativa —responde Altair, mientras se sirve más vino con esa elegancia suya que hace que hasta el descaro parezca educación.

Kerran le sostiene la mirada con una media sonrisa cansada.

—En eso tienes razón. Aunque aquí arriba las olas son otras. Se llaman política, familia… o culpa.

Finn levanta la copa.

—Brindemos, entonces, por sobrevivir a todas ellas.

—Y por no hundirnos en ninguna —añade Broen, con sequedad.

La mesa estalla en carcajadas.

Kerran se pasa una mano por la barba, se inclina hacia mí apenas un poco.

—No sé qué es peor, si su verborrea o tu silencio.

—Mi silencio es una muestra de cortesía —respondo—. No quiero arruinarte la fama de hombre imperturbable.

—Demasiado tarde. —Su voz se curva, baja, casi un roce—. Ya saben que tengo debilidades. Hablando de apetito… No he perdido el mío.

Él sonríe sin dientes, con ese gesto suyo de quien haría una confesión si no fuera tan consciente de lo que implica.

Lo odio. Lo amo. Y odio amarlo con tanta facilidad.

—¿Quién ha hablado de apetito?

Sonríe, ladeando la cabeza.

—Estoy deseando retomar el tema de los futuros condesitos.

Le miro sin moverme.

—¿El tema o la forma de hacerlos?

Sus labios se curvan despacio, peligrosos.

—La motivación es buena, pero reconozco que el procedimiento es insuperable.

Él me mira otra vez, más despacio esta vez.
Sus dedos se deslizan hasta mi muñeca, y aunque nadie parece mirarnos, noto el pulso acelerarse.

—Prométeme una cosa —dice—. Que el año que viene seguiremos, al menos, igual que ahora.

—Eso está garantizado.

—Y que no volverás a morir. Ni aunque sea por llamar mi atención.

—Ese es un buen motivo —respondo.

—Dios nos libre de tus motivos —dice él, y se inclina hasta rozarme la sien con la voz—. Pero si es por amor, procura que me incluya.

—Sería imposible no hacerlo —le respondo, rozando mis labios con los suyos.

Finn, desde el otro extremo, alza su copa.

—Por los nuevos condes de Argyll, que no sabrán estar sin ponerse las manos encima ni atados.

—Finn —le reprehendo.

Kerran responde sin mirarlo.

—Por los Cuervos que tampoco sabrán cuándo callarse.

Las copas chocan. El vino cae sobre el mantel como una mancha de sangre vieja, y nadie se molesta en limpiarla.

La música sube.

Fuera, la nieve cae lenta, obstinada.

Y por primera vez desde que recuerdo, el frío no entra.

Está todo donde debe estar: las heridas, el fuego, las risas… y él, que me mira como si todavía no terminara de creerse que sigo aquí.

Y sí, lo estoy.

De cuerpo, de voz, y de ganas.



Epílogo

«LEIGH»

La nieve ha empezado a derretirse en los aleros, lenta, obstinada, como si también ella dudara en marcharse.

Hace solo unas semanas el castillo estaba lleno de voces, de risas, de niños que corrían por los pasillos, de copas tintineando bajo las ramas de acebo.

Ahora quedan los ecos: el olor del vino caliente, una cinta de seda olvidada en la barandilla, la leña consumiéndose con ese rumor que se parece a un corazón respirando.

El invierno, por fin, parece cansado.

Y yo también, pero de una manera distinta. De esa fatiga dulce que llega cuando la guerra se va y el cuerpo recuerda cómo se habita la calma.

Los Cuervos partieron al amanecer, unos hacia Perthshire, otros hacia Dùn Fergas, y el castillo volvió a su tamaño real.

Finn dejó promesas de regresar con whisky mejor que el nuestro —que eso no era whisky, era castigo divino— y una nota con dibujos obscenos pegada en la puerta de la despensa.

Caelan y Aithné se fueron al norte, con el niño dormido entre pieles y un futuro que, por primera vez, no parece una deuda.

Darian e Isleen regresaron a su torre, discutiendo sobre el número de hijos que puede sobrevivir un matrimonio. Es posible que llegue otro en camino.

El abuelo sigue aquí.

Hoy está lúcido. Ha jugado al ajedrez con Ronan y ha ganado.

Dice que, si la memoria vuelve en ráfagas, aprovechará cada una para dar órdenes mientras pueda.

Iona ha tejido otra cinta de seda, esta vez roja.

—Para cuando bajes al pueblo —dice.

Yo sonrío. No le digo que no pienso tapar mi cicatriz en Dunstaffnage, que la vean, que no olviden.

Porque iremos.

Cuando se derrita la nieve del todo y el camino deje de hundirse bajo los caballos.

No por el título, ni por el oro, ni por la autoridad.
Iremos a Dunstaffnage para cerrar lo que otros abrieron con sangre.

Kerran dice que quiere mirar las piedras y decidir qué partes merecen reconstruirse y cuáles deben quedarse en ruinas.

Yo le creo.

Porque los lugares, como las personas, no se salvan, se eligen.

Él está al otro lado de la habitación, sentado junto al fuego, afilando su espada.

La luz le dibuja la mandíbula, la sombra de la barba, el cansancio de quien todavía no se ha permitido del todo la paz.

Al notar que lo miro, sonríe sin apartar la vista de la hoja.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada.

—Mientes fatal.

—Solo te miraba.

—Otra costumbre peligrosa —responde, y deja la daga a un lado —. Cada vez que lo haces, acabo perdiendo el rumbo.

—Eso o la cordura —le devuelvo, alzando una ceja.

—La cordura es un mito inventado por los cobardes —dice, y se levanta despacio, cruzando la estancia hasta mí.

El suelo cruje bajo sus pasos, y cada crujido tiene la paciencia de un latido.

Se detiene frente a mí, lo bastante cerca como para que el calor del fuego se mezcle con el suyo.

Su mano acaricia la cinta de seda que cubre mi cuello.

—Si sigues mirándome así, tendrás que volver a casarte conmigo —murmura.

—¿Y si solo te miro para recordarme por qué lo hice la primera vez?

—Entonces estoy jodido. —Se inclina un poco—. Porque voy a necesitar recordártelo cada noche.

—No sé si me conviene. —Lo provoco, bajando la voz—. A este ritmo no dormiré nunca.

—Ya no lo necesito. —Me roza el mentón con el pulgar, despacio, y su voz baja un tono más—. Desde que casi te pierdo, duermo poco y vigilo mucho. Son mis nuevos vicios.

—Qué poético, Kerran.

—Solo cuando me duele la realidad. —Me observa, la sonrisa ladeada, la mirada viva—. Y tú eres la única que logra dolerme tanto.

Le doy un golpe leve en el pecho, pero no me aparta.

Su risa se mezcla con la mía, y por un instante, el fuego parece escucharnos.

Sus dedos siguen el borde de mi mandíbula, y la respiración entre ambos se vuelve densa, contenida.

—Tienes un talento absurdo para desarmarme —susurro.

—Y tú finges fatal que no disfrutas de que lo haga —contesta, con una sonrisa lenta que me recorre entera.

El silencio se estira.

El fuego se mueve.

Y en esa pausa donde el aire parece esperar, digo:

—Dame tiempo, conde.

—Eso planeo. —Me sostiene la mirada—. Todo el que quieras.

El viento golpea las contraventanas, el fuego lanza una chispa que se extingue antes de tocar el suelo.

No hay promesas. No hacen falta.

Solo este silencio nuevo, sin miedo, sin huida.

Finn

Ha dejado media despensa vacía y una lista de normas pegada a la puerta de la cocina:

No se guarda vino malo para visitas.

El humor negro es una religión, no un recurso.

Si me muero, que sea de risa o de hambre, nunca de aburrimiento.

Dice que va a abrir una taberna nueva en Argyll.
La llamará *El Cuervo Resucitado*.

Jura que servirá sopa, secretos y redenciones por el mismo precio.

Altair

Habla menos de lo que piensa, pero cuando lo hace, todos callan.

Ha vuelto a escribir, esta vez sobre leyes y justicia.

Darian lo llama *abogado de los proscritos,* y Altair solo sonríe.

A veces, cuando nadie lo ve, se queda mirando al norte.

Creo que pronto nos dejará.

Broen y Colum

Siguen enseñando a los jóvenes.

Han logrado lo imposible: que el estudio tenga el mismo valor que la espada.

Cuando Colum explica estrategia, Broen traduce con una mirada.

Y al revés.

No se interrumpen. Se entienden.

A veces creo que entre los dos guardan el equilibrio del mundo.

Caelan y Aithné

Mandan noticias. Su hijo ha dicho su primera palabra: *no*.

Aithne asegura que es genética pura.

Caelan, que es venganza divina.

Él sigue construyendo un mundo nuevo para ella, piedra a piedra, desde Perthshire.

Darian e Isleen

Han vuelto a ser una pareja funcional… si es que puede llamarse funcional a gritarse desde habitaciones distintas y hacer las paces bajo la misma manta.

El clan los adora.

La guerra los dejó marcados, pero la vida los ha vuelto incorregibles.

Y se siguen eligiendo cada día.

Ronan

Crece deprisa.

Tiene el humor de Finn, la calma de Broen y la curiosidad de todos los Cuervos juntos.

Dice que quiere ser uno de ellos.

Kerran dice que lo será… si logra sobrevivir a su supervisión…

Nosotros

Lo nuestro nunca será tranquilo. Discutimos, reímos, callamos, volvemos a empezar. Y, entre todo eso, aprendemos a estar.

Kerran sigue oliendo a refugio y a ironía.

Sigue hablando con las manos, besando con el alma y jurando con los ojos.

A veces me busca sin decir nada. Y yo lo dejo encontrarme. Porque así somos: siempre volviendo, incluso cuando juramos no hacerlo.

Cuando duerme, lo hace con una mano sobre mi vientre, como si temiera que me deshiciera con el amanecer.

Y a veces, sin abrir los ojos, dice:

—No te vayas.

Yo respondo:

—No podría, aunque quisiera.

Si mañana alguien pregunta por Kerran Campbell, puedes decir:

Que fue el hombre que eligió quedarse cuando todos huían.

Que comprendió que amar no era sacrificarse, sino sostener.

Y que descubrió que el perdón solo tiene sentido cuando deja de pedirse.

Y si preguntan por mí, diles:

Que soy la mujer que cruzó todos los infiernos y regresó con las manos llenas.

Que aprendí que el coraje no consiste en vencer, sino en no rendirse.

Y que, después de tanto fuego, encontré mi paz justo aquí: en la voz que me llama testaruda y me enseña, cada día, que la libertad también puede tener hogar.

El fuego baja su ritmo. La noche huele a madera mojada. El mundo, por fin, parece detenerse.

Y cuando Kerran murmura mi nombre, entre sueño y deseo, pienso que quizás el amor —el verdadero— sea solo eso: seguir despiertos, incluso cuando ya no hay nada que temer.

Fin

Gracias por haber llegado hasta aquí y haber hecho posible esta historia. ¿Nos vemos en los comentarios? Por fiiiiiiiiii. Dale a este QR.

Nota de la autora

(o cómo un secundario con demasiada labia acabó robándome el libro)

No os voy a mentir: este libro me ha costado. Y no por falta de ideas, sino porque Kerran Campbell decidió que ya no quería ser secundario. Desde la primera escena abrió la boca y no la volvió a cerrar. Y claro, ¿cómo le dices que no a un personaje que tiene más labia que tú, más humor y más trauma?

Cuando lo conocisteis en *Antes de ser suya* o *Después de ser suya*, era el alivio descarado, irreverente y lleno de humor, el amigo impertinente con una frase lista para cada desastre. Pero al ponerlo frente a Leigh… se volvió otra cosa. Profundo, leal, desesperadamente humano. Me desarmó, igual que a ella.

Confieso que pasé días riéndome a carcajadas con sus diálogos —ese rifi-rafe entre ambos fue como escribir tenis verbal con fuego — y luego noches llorando como si me hubieran arrancado el alma. No una lágrima bonita, no: **un llanto de los feos, de los que te dejan un ojo rojo y la cara como una pasa.** Pero lo necesitaban. Ellos, no yo. Bueno… quizá un poco yo también.

Escribir esta historia ha sido un ejercicio de paciencia y de entrega. Porque cuando partes de un personaje secundario y lo conviertes en protagonista, tienes que encontrar qué hay debajo del chiste, qué lo hace sangrar y qué lo salva. Y Kerran, con su humor, escondía una culpa entera. Leigh fue el filo que lo atravesó, y la ternura que lo sostuvo después. Entre los dos me enseñaron que el amor no redime, pero sí repara; y que a veces lo más valiente que puede hacer un hombre es marcharse.

Y hablando de redenciones. Hablemos de Argyll.

Una tierra preciosa y endemoniadamente complicada. La costa oeste de Escocia era por entonces un mosaico de clanes que se amaban y se odiaban con la misma intensidad. Los Campbell

dominaban media región, y no con abrazos precisamente. Tenían poder, tierras, un apellido que abría puertas y cerraba gargantas. Durante siglos fueron los "malos oficiales" de Escocia: pragmáticos, ambiciosos y muy buenos en eso de estar del lado del vencedor. No ayudó que, unas décadas más tarde, protagonizaran una de las traiciones más infames de la historia escocesa —la masacre de Glencoe, donde asesinaron a los MacDonald mientras dormían—. Desde entonces, su reputación quedó sellada en tinta negra.

Por eso, en cualquier historia highlander, si necesitas un villano elegante, lo lógico es poner un Campbell. Tienen pedigrí en eso. Pero ya sabéis que a mí me gusta llevar la contraria: mi Campbell venía a desmontar la leyenda.

En 1529 Jacobo V todavía es joven, hijo de Margarita Tudor (la hermana de Enrique VIII, sí, ese de las seis esposas y el hacha afilada). Jacobo fue el padre de la famosa María Estuardo —la reina decapitada por su prima Isabel I de Inglaterra.

Jacobo aunque joven, ya era bastante hábil para usar la culpa ajena como herramienta política. Las Highlands estaban tan revueltas que cada clan miraba por lo suyo y el rey, desde Edimburgo, hacía malabares con treguas y matrimonios para intentar mantener Escocia entera y medianamente unida.

El pobre Jacobo heredó un país fragmentado, una corte llena de traidores y una tendencia peligrosísima a enamorarse de mujeres casadas. Su amante más conocida fue **Lady Margaret Erskine, hija de Lady Margaret —atención—Campbell.**

Por si fuera poco, con otra de sus amantes tuvo una hija –Lady Jean Stewart—, que, ole, acabó casada con Archibald Campbell, el conde de Argyll (y que en mi libro es el padre de Kerran).

Resultado: la hija ilegítima del rey terminó siendo **condesa de Argyll**, y el apellido Campbell quedó cruzado con la dinastía hasta en la sopa.

En medio de todo eso, Argyll era un avispero. Entre las Highlands y la frontera inglesa, Escocia parecía una olla de presión a punto de estallar.

Y, ¿cuándo no? Efectivamente.

Jacobo V murió con treinta años y ya había tenido amantes, cinco hijos, guerras, un par de revueltas y un país que apenas cabía en las manos de nadie.

Yo, con treinta, todavía estaba decidiendo qué hacer con mi vida. Él, en cambio, ya había complicado medio reino.

Siempre suelo contaros de dónde salen mis historias. En este caso… ni yo misma lo tengo del todo claro.

Supongo que *Ya no soy tuya* nació de varias raíces que se fueron entrelazando sin pedir permiso:

de **Rob Roy MacGregor**, el proscrito más famoso de Escocia —mitad bandolero, mitad leyenda—, ese hombre marcado por la culpa ajena que acabó convertido en símbolo de honor y resistencia. (Y sí, confieso que cada vez que lo imagino, no veo al personaje histórico sino a Liam Neeson saliendo del lago sin nada en su 1,93 centíemtro... La historia puede ser trágica, pero la imagen, en fin, se agradece y deja más huella que cualquier documento histórico).

También me rondaba la historia de los **Campbell de Glenorchy**, los "Caballeros Negros", expertos en sobrevivir a base de alianzas peligrosas, matrimonios estratégicos y traiciones con firma real. Tenían poder, tierras y ese talento para caer siempre de pie que los hacía irresistibles y detestables a partes iguales.

Ahí está el germen del conflicto de Kerran: un hombre nacido en una familia de ganadores que carga el precio de sus victorias.

Y entre esos nombres —Rob Roy, los Campbell, las Highlands rotas por sus propias lealtades— fue apareciendo *Ya no soy tuya*.

Una historia sobre lo que se pierde cuando uno huye, y lo que se gana cuando decide volver.

Y ahí es donde os doy las gracias a vosotras, por volver siempre.

Por seguir leyendo, llorando, riendo y dejándoos arrastrar por mis highlanders como si no supierais lo que os espera (aunque lo sabéis, y aun así os lanzáis de cabeza).

Por escribirme, por esperarme incluso cuando tardo siglos en responder —lo mismo me pasa con mi familia, que ya me da por perdida cuando entro en modo escritura—.

Por cada mensaje, cada captura, cada vídeo, cada carcajada compartida.

Si veis que no respondo, insistid, que es que se me ha perdido el mensaje o se me ha ido el santo al cielo. Dadme un tirón de orejas, que lo acepto.

Porque sin vosotras, esto no sería una saga; sería solo una historia escrita en el vacío.

Gracias, de verdad, por seguir aquí, por dejarme contaros historias de amor entre espadas, ruinas, heridas y segundas oportunidades.

Y por recordarme que, aunque cambien los clanes, las épocas o los acentos, seguimos buscando lo mismo: que alguien nos mire sin miedo, y se quede.

Prometo que los Cuervos seguirán revoloteando.

Y sí, ya os lo confirmo oficialmente: **habrá libro de Altair**.

No sé si estoy lista para meterme en su cabeza… pero él ya ha empezado a hablarme (y lo hace con una voz peligrosamente adictiva y… ya tengo su imagen en mi cabeza y… ¡madre mía! Os va a romper el corazón).

Con todo mi cariño, mis ojeras y mi ojo rojo:

Anne

P.D: Podéis seguirme en Amazon y enteraros de todos mis lanzamientos, novedades y ofertas. Os dejo un QR para hacerlo

fácilmente, mis criaturas hermosas.



Agradecimientos

¡Y llegamos a los **agradecimientos**! ?? No sabéis lo feliz que me hace este momento, porque, chicas, con cada libro que escribo no solo voy ganando lectoras, sino también amigas. ?? ¡Y qué amigas! De esas que siempre están ahí para apoyar, comentar, reír y suspirar juntas por nuestros amados protagonistas. Voy a hacer una encuesta sobre vuestros favoritos, los amasaré juntos y crearé al protagonista de los protagonistas y lo le diremos a la IA que nos cree un novio virtual igual que él para los ratos aburridos, jajajajajaja.

Gracias a todas por estar a mi lado, por acompañarme en cada aventura literaria y por llenar mi buzón de mensajes, comentarios y reseñas que me alegran el día. Sin vosotras, esto no sería ni la mitad de divertido y gratificante. 🎈

Voy a intentar ordenar todo el torrente de emociones y agradecimientos que llevo dentro. Empecemos por lo más importante, sin rodeos: **gracias**. Pero no es un gracias cualquiera, es de esos que te recorren de la cabeza a los pies, uno de esos que llevan un "te lo debo todo" implícito. Cada vez que publico un nuevo libro, me embarga esa mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré tocar vuestras almas, arrancaros una sonrisa, una lágrima, un suspiro...

Y entonces llegáis vosotras. **Mis lectoras, mis amigas.** Porque sí, cada vez que una de vosotras se adentra en mis historias, siento que estamos conectadas de una manera especial, como si recorriéramos juntas cada castillo, cada campo de batalla, cada mirada intensa que atraviesa las páginas. Vuestras palabras, vuestras risas, esos mensajes que llegan tras haber pasado una noche en vela con mi libro entre las manos... Todo eso me hace sentir que no estoy sola en este viaje. Que **estamos en esto juntas.**

A vosotras, las que os habéis desvelado por "solo una página más", las que habéis hecho de mis personajes vuestros amigos, los habéis defendido, amado, odiado y vuelto a amar. Vuestras

emociones son mi premio, vuestro cariño es el mejor combustible para seguir escribiendo. **Sois el verdadero corazón de mis historias.**

No os imagináis lo que significan esos mensajes que recibo, cada uno es como un abrazo, como una conversación íntima entre amigas. Me hacéis reír, llorar y emocionarme con vosotras, y eso... eso es algo que no cambiaría por nada en el mundo. Porque, aunque parezca que soy yo quien os cuenta historias, sois vosotras las que dais vida a cada una de ellas.

Así que **gracias**, de corazón. Por vuestra pasión, por vuestro entusiasmo, por creer en mí y en mis personajes. Por cada comentario, cada reseña, cada palabra de aliento. Vosotras sois la razón por la que sigo creando, soñando y escribiendo con el alma.

Nos queda mucho por vivir juntas, y no puedo esperar para seguir recorriendo este camino con vosotras. Así que, con todo mi cariño y muchas más historias por contar, os mando el abrazo más grande del mundo, de esos que se sienten en lo más profundo.

¡Seguimos, chicas! Esto solo acaba de empezar, y sé que lo mejor está por venir. 🌟💖

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

A mi club de las Hadas:

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas

de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: ¡Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escámez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis novelas con su varita mágica de palabras.

Verónica Leiro, qué bonita es y que entusiasmo desborda.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero "mis chicas":

Emma… (tú sabes, jajajaja), Iria García Blanco (nos veréis un día removiendo una queimada), Lau Soler (que me alegra el día con sus MD, jejejeje), Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, Pilu_baca, Tere Reixach, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Julieta Mezz, Mar, Alexia RB, Pepi Armario, María_ese_ce, Denis Luz, MarW, , María Marchena González, Ana Sofía Ribeiro, Mariina Castro, Lola de Albacete, Pepa Urea Serrano, mi Lola López García, Monserrat Martin Barrero, Rakel Córdoba, Silvia Gámez, Gloria Benitez Sody, Antonia Ávila Suarez, Isabel Marchante (con esa estantería con todos mis libro, wowwww), Verónica Ramon Romero, Graciela Peñarrocha, Monica Lopez Torres, Noemí Ferrer Tudó, Susana Balduque, Pilu Baca, Tere Reixach, Rosana Arjona, Angélica Martín Moreno, Mar Romero Caballero, Inma Tenor, Leire Deluza, Diana, Rocío Pérez Rocamora, Begoña (la profe), Elena Jodar Gómez, Arancha CG.

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa,

si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras y para esos mensajes que me dejáis y me dan vida. Os lo juro. Sois increíbles.

Y gracias también a:

Elena de Elenasinh_books porque ha sido precioso su entusiasmo y la forma en que me ha tenido en vilo con sus stories sobre Entre las páginas del tiempo.

Gracias, Natti_Ruano, por esas reseñas que llegan como viento del norte y esos abrazos que abrigan más que un tartán en mitad de las Highlands.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespues: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger:Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizondo: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluables para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríajose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo… Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Joder, nunca me he reído tanto con alguien. Esta mujer es increíble y tenéis que leer sus libros si queréis ejercitar los

abdominales de la risa. Dublineta Eire, buscadla.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una "fuente" de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me ha hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Comgatigos, Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, Paqui Dede, Marisa Mengual, Marisa Ortega, Inma Camino, , Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, , Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer,

@la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramírez, Izaskun Rivas Hernández, Patricia López Alburquerque,, Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom, Martha Worthales, Mery Ross Blonde, Silvia Gámez que ha tenido una idea genial y es la de crear un grupo de escoobsesas.

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

Bibliografía

Scottish Customs de Sheila Livingstone

Scottish History of James MacKay

Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History

Jefes escoceses de Jane Potter

Breve Historia de Escocia de Ana Barrera

Escocia misteriosa de Manuel Jesús Palma Roldán

Blanca de Borbón de José de Espronceda

Clanes escoceses y genealogía en Escocia

Clan escocés - Wikipedia, la enciclopedia libre

https://www.labrujulaverde.com/2024/06/sudor-ingles-la-enigmatica-y-letal-enfermedad-que-asolo-inglaterra-entre-los-siglos-xv-y-xvi-y-desaparecio-tan-misteriosamente-como-llego

https://en.wikipedia.org/wiki/Elizabeth_Bethune

https://www.ccsna.org/dunstaffnage-castle

https://www.thecastlesofscotland.co.uk/the-best-castles/scenic-castles/caisteal-na-nighinn-ruaidhe/

https://es.wikipedia.org/wiki/Clan_Campbell

https://es.wikipedia.org/wiki/Blanca_de_Borb%C3%B3n

https://www.eldebate.com/historia/20231205/dona-blanca-borbon-desgraciada-reina-espana_158238.html

https://es.wikipedia.org/wiki/Jacobo_V_de_Escocia

https://en.wikipedia.org/wiki/Beltane

https://www.eldebate.com/historia/20230421/agnes-negra-defensa-castillo-dunbar_109332.html

https://es.wikipedia.org/wiki/Archibald_Douglas,_VI_conde_de_Angus

La Isla de las Discusiones y la Isla de los Acuerdos: el peculiar modo escocés de resolver conflictos

En tierra de leyendas – OSCAR LARRAGA

La sexualidad en la época victoriana

La primera revolución sexual | Clionauta: Blog de Historia

Sexo seicentista y dieciochesco - Jot Down Cultural Magazine

Lady Julian: sexualidad y prostitución en un barco del siglo XVIII

'Harlots: Cortesanas', el negocio del sexo en el siglo XVIII

Así eran las prácticas sexuales más peculiares de la Historia

https://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/sexualidad-epoca-victoriana/20171203181816145989.html

https://www.tienda-medieval.com/es/espadas-los-inmortales/12130-espada-mandoble-claymore-highlander-iii-larp.html

https://www.loquis.com/es/loquis/1375807/Castillo+de+Tor

La verdad sobre el cinturón de castidad y otros mitos sexuales

La verdadera historia del cinturón de castidad | Placeres | S Moda | EL PAÍS

El luto en la historia occidental - Funeraria Zaragoza - Servicios Funerarios Tempus

Biografía



Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla…

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19 ¿? Otra verdad impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto que es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón

de información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.